



Gely Santamarta

Dormido

D.J.57

en el alma

*"Cuando el tiempo es tu enemigo,
los recuerdos son tu aliado"*

“DORMIDO EN EL ALMA”

GELY SANTAMARÍA

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

“DORMIDO EN EL ALMA”

1ª PARTE

MI VIDA EN EL PUEBLO

CAPÍTULO I

Observo los últimos rayos de luz que se cuelan entre las ramas de los árboles, mientras el sol se va poniendo lentamente. Una suave brisa fresca acaricia mi cara y susurra a mis oídos, sonidos que despiertan un sinfín de recuerdos afables y hogareños, el cri-cri de los grillos, el cro-cro de las ranas transportan mi memoria hasta la infancia. Esa época de mi vida, tan lejana ya, y tan añorada siempre.

Venimos al mundo sin pedirlo, ignorantes de todo lo que nos espera, sin instrucciones, ni pautas para poder superar los obstáculos que la vida nos va poniendo. Cada obstáculo nos hará más fuertes, pero también nos dejarán cicatrices que quedarán dormidas en el alma, donde perdurarán eternamente.

Hoy, víspera de mi octagésimo cumpleaños, sentada debajo de la centenaria higuera, mi favorita, mientras la luz del atardecer se va apagando, para dar paso a una echizante noche de luna llena, que cubrirá todo con un manto de magia, revivo mis recuerdos dormidos durante tantos años en mi alma. Dentro de unos meses, no tendré el privilegio de recordar. Hace unos días el neurólogo me confirmó lo que me temía, el alzheimer se ha apoderado de mi mente e irá borrando todo de mi memoria. Mientras recuerdo ese día en la consulta del especialista, las lágrimas comienzan a brotar de nuevo y a resbalar por los surcos de mis arrugas forjadas durante todos estos años, con sonrisas, carcajadas, enfados, penas y lloros; cada una tiene una historia que no quiero olvidar. Es lo único que me queda y lo que me da fuerza para afrontar la recta final de mi camino.

Antes de que el alzheimer me gane esta última batalla, voy a sacar todo lo que tengo dormido en el alma, quiero recordarlo una última vez, antes de que lo olvide para siempre.

Era el mes de julio de 1937. La guerra civil estaba en su apogeo y España

entera estaba inmersa en el peor conflicto fratricida de la historia de nuestro país. Con el sonido de fondo de los bombardeos llegué al mundo en un pequeño pueblo del norte, una tarde de verano en la que en lugar de sol, brillaban los rayos de una tormenta que años después todavía recordarían los lugareños. Me bautizaron con el nombre de Gabriela, pero todos me llamaban “Lela. A pesar del hambre que se pasaba, pesé al nacer tres kilos y cuatrocientos gramos. Con la piel brillante y sonrosada, en la que destacaban dos ojos negros como dos carbones incandescentes.

Fui la mayor de tres hermanos. Cuando acababa de cumplir un año nació mi hermano Pedro y a los dos años mi hermana pequeña, Martina. Mis padres, Robustiano y Ángela habían nacido en el mismo pueblo y se conocían desde niños. Se casaron cuando mi padre regresó del servicio militar.

El servicio militar en España era obligatorio y duraba en esa época dos años. Se llamaban “quintos” a los muchachos reclutados porque se elegía a uno de cada cinco mozos en edad militar, mediante sorteo. A mi padre le tocó como destino Cádiz, en la otra punta de España, así que en los dos años sólo pudo volver a casa en las Navidades.

Mi padre era un hombre muy apuesto, parecía un galán de cine; tenía el cuerpo fibroso, producto del trabajo en el campo, con su tez morena, tostada por el sol, un pelo negro como el betún que se peinaba hacia atrás, formando ondas que brillaban como el azabache. Mi madre era más hermosa que mi padre, todavía. Su piel era perfecta, parecía una muñequita de porcelana, sus facciones parecían esculpidas por los dioses. Tenía una melena larguísima que le llegaba a la cintura. Cuando el sol posaba sus rayos en ella salían rebotados miles de reflejos dorados que cegaban a cualquiera que estuviera mirando.

Se casaron y se quedaron a vivir en el pueblo, en una pequeña casita que mi padre iba arreglando y ampliando, poco a poco, a medida que iban naciendo sus hijos o adquiriendo más ganado. Llegaron a tener más de veinte vacas. Vendían su leche y también cultivaban el campo, mi madre vendía verduras y hortalizas en el mercado de los jueves.

Los primeros años de la posguerra fueron muy duros, los campos estaban devastados por los bombardeos y no había apenas alimentos. Pasábamos mucho hambre; comíamos las cáscaras de los plátanos y las pieles de las patatas. Recuerdo como mi madre echaba las algarrobas en vinagre para que no criaran gorgojos y luego las comíamos como si fueran lentejas. En lugar de café se usaba cebada tostada. La ropa se hacía en casa, con remiendos de las partes que se podían aprovechar, de las prendas que se rompían y desgastaban, por viejas y

se iban heredando de hermano a hermano.

En la plaza del pueblo estaba la escuela. Era un edificio de una sola planta y todos los niños estábamos juntos en el único aula que tenía. Los niños nos sentábamos por grupos de edad y la señorita Eduvigis nos daba clase a todos a la vez. Era muy dulce y cariñosa con nosotros, casi nunca nos castigaba y siempre sonreía. Era muy jovencita, apenas había cumplido los veinte años. Entraba por las mañanas en la escuela impregnando todo con su olor a lavanda. Llevaba el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca; me gustaba mirarla cuando estaba de espaldas, escribiendo en la pizarra. Yo soñaba con tener una melena como la suya y me quedaba ensimismada mirándola. Me perdía en mis pensamientos, distrayéndome y no prestando atención a sus explicaciones. Eso me solía costar más de un castigo.

—¡Gabriela!...¿otra vez distraída pensando en las musarañas? Te quedarás al terminar la clase a limpiar el encerado. Así tendrás tiempo de pensar sin interrupciones —Solía gritarme la señorita Eduvigis desesperada, haciéndome volver a la realidad al instante.

Cuando la señorita Eduvigis hacía sonar la campanilla que colgaba del techo a la entrada de la escuela, avisando del final de las clases, salíamos todos corriendo, en desbandada y nos quedábamos un rato, jugando en la plaza.

Ese día salieron todos menos yo. Me tenía que quedar hasta que no quedase ningún resto de tiza en la pizarra. Por la ventana veía como mis compañeras jugaban a la teja. Mi amiga Sofía se acercó a la ventana y me preguntó si iba a tardar para esperarme, pero yo le dije que tardaría porque ese día la pizarra estaba llena con varios dictados y ejercicios de matemáticas.

Cuando la señorita Eduvigis comenzaba con sus aburridísimas explicaciones, mi mente volaba, me dejaba llevar como si se meciera con el viento, llevándome a un lugar diferente cada vez. No podía evitarlo, aun sabiendo que me quedaría castigada si la señorita Eduvigis me pillaba distraída.

Recuerdo que mi hermano Pedro y sus amigos aprovechaban para dispararme su cerbatana desde la puerta de la escuela para poder salir corriendo, mientras me gritaban:

—Lela, Lela, la más tonta de la escuela.

Estábamos a primeros de junio y acabábamos las clases a mediodía. Cuando acabé de limpiar la pizarra, recogí a mi hermana pequeña, que como siempre que me quedaba castigada, se sentaba en su pupitre a esperarme para regresar juntas a casa. El campo en esa época era un arco iris de colores, lleno de florecillas silvestres. Decidimos coger un ramillete para hacer un collar a nuestra madre y

dárselo al llegar a casa, aunque posiblemente estuviera vacía cuando llegáramos.

Mi hermano se habría ido a bañar al río; solían espiar a las chicas y esconderlas la ropa mientras estaban dentro del agua. Nuestro padre estaría en los campos con el ganado y no regresaría hasta la noche y nuestra madre quizás no habría regresado tampoco del mercado, como cada jueves. Llevaba lo poco que sobraba de la huerta para venderlo y así poder comprar, con el dinero que sacara azúcar, aceite y harina.

Yo, con casi diez años que iba a cumplir, ya me daba cuenta de la necesidad que pasábamos. De cómo muchas noches sólo cenábamos un vaso de leche de nuestras vacas y no podía dormir porque me crujían las tripas de hambre y de cómo nuestros padres casi nunca comían con nosotros. Esperaban que acabásemos para comer las sobras, si es que quedaban sobras.

Ese día llegábamos muy contentas porque Ezequiel, un vecino del pueblo al que a veces le hacíamos algún mandado, nos había dado una perra chica y estábamos deseando enseñársela a nuestra madre. Ezequiel era un hombre anciano, le faltaban muchos dientes y no tenía pelo. Siempre andaba encorvado apoyándose en su cachava, hecha de vara de avellano. Vivía sólo y muchos días nos esperaba sentado en la puerta de su casa, cuando volvíamos de la escuela, para pedirnos que le fuéramos al colmado a comprarle alguna cosa. Nosotras nos poníamos muy contentas porque siempre nos daba algo, dinero o alguna golosina.

Nuestra casa estaba situada en la parte alta del pueblo, al pie de la montaña. Era una casa humilde, como la mayoría de las casas del pueblo. Tenía una fachada blanca, que mi padre encalaba todos los veranos, con un balcón lleno de geranios rojos y blancos. En la planta baja estaba la cocina con el fogón y la chimenea donde mi madre cocía las tortas de borona; también había un pequeño cuartucho que hacía de fresquera en verano. En la planta de arriba había dos habitaciones, en una dormían nuestros padres y en la otra mis hermanos y yo. Apenas teníamos muebles; en la cocina había una mesa y cinco sillas que nos había regalado mi abuelo paterno, según nos dijo nuestro padre, porque no le llegamos a conocer apenas, murió al poco de nacer nuestra hermana pequeña; en las habitaciones había camas y un pequeño armario en cada una, como apenas teníamos ropa, no nos hacía falta más. En un lateral de la casa estaba la cuadra donde se cobijaban las vacas y detrás estaban el gallinero y un lavadero que construyó mi padre para que mi madre no tuviera que ir al río a lavar la ropa.

Esa tarde nuestro perro Bobby no salió a buscarnos al camino como hacía siempre. Al llegar a casa abrimos la puerta a la vez que llamábamos a nuestra

madre a gritos, pero dentro no se oían los zumbidos de las moscas. Al llamar a nuestro perro Bobby, nos contestó con un gemido que provenía de debajo de la silla que teníamos a nuestro lado. En ese momento yo empecé a inquietarme, no era normal la actitud del perro y sospechaba que algo grave podía haber ocurrido. Y aunque era una niña, noté algo en el aire que me erizó el vello; era un presentimiento de que algo malo iba a ocurrir.

—Martina, sal fuera y ve a la parte de atrás a ver si madre está con las gallinas o en el lavadero.

Con la excusa de que mirase en la parte de atrás, hice salir a mi hermana de la casa; tenía el mal presentimiento hecho un nudo en el estómago y no quería que ella, siendo tan pequeñita y sensible sospechara que yo estaba nerviosa y que tenía miedo.

Yo me quedé en casa para seguir buscando dentro; lo que vi al entrar en la cocina no lo tenía que haber visto una niña de apenas diez años como yo. Mi cuerpo se quedó paralizado por el pánico. Quise gritar, pero de mi garganta no salió ni un gemido. Quería moverme, pero no podía, todo mi cuerpo empezó a temblar como en una especie de convulsión. Mi madre yacía boca abajo en medio de un charco de sangre, que teñía de rojo el suelo de la cocina. En ese momento mi hermana Martina entró corriendo, gritando que no había visto a nuestra madre.

—Lela, Lela, madre no está fuera. — No consiguió terminar la frase, se quedó paralizada ante la visión que tenía delante. Instintivamente le tapé los ojos con mi mano, pero era tarde, ya había visto a nuestra madre en el suelo en medio del charco de sangre.

Pobrecilla, era muy pequeña para que sus ojos vieran esa horrible escena que, al igual que a mí, se nos quedó grabada para siempre en la memoria. A pesar de ser varios años menor que yo, casi tenía mi misma estatura y era muy inteligente y responsable.

—¿Qué le ha pasado a madre? ¿Por qué está tirada en el suelo?

No podía contestarla, no tenía las respuestas a sus preguntas.

—Ve corriendo a buscar a Toña y no hables con nadie por el camino.

Yo me quedé allí quieta, seguía paralizada sin poder moverme. Un mar de lágrimas comenzó a rodar por mis mejillas, una vez que mi cabeza asimiló lo que mis ojos veían. Me acerqué y me agaché sobre mi madre, llamándola a gritos y zarandeándola en un vano intento de que despertara, pero no se movió, estaba fría y agarrotada. Me quedé acurrucada llorando, junto a ella, hasta que llegó mi hermana con nuestra vecina Toña.

Al ver la escena, Toña, nuestra vecina, se puso a gritar y a llorar como poseída por el diablo. Se agachó e intentó mover a mi madre, pero mi madre estaba rígida y era imposible moverla. Cuando se dio cuenta que estaba muerta, retomó los gritos y alaridos y me abrazó muy fuerte sobre su pecho y no paraba de repetir: —!!!!Ayy, mis pobres niñas, qué va a ser ahora de vosotras, qué va a ser ahora de vosotras!!!!.

Los días siguientes hasta que enterramos a nuestra madre los recuerdo vagamente. En casa sólo había mujeres vestidas de negro, que no paraban de rezar y llorar, parecían cuervos graznando. Si es duro para una niña de apenas diez perder a su madre, perderla de la manera que yo la perdí fue muy difícil de asimilar. Muchas veces he intentado recordar esos días, pero fue una vivencia tan dramática que mi cabeza los borró de mi recuerdo.

Ese día dejé de ser niña.

CAPÍTULO II

Al ser la mayor y mujer tuve que dejar la escuela para encargarme de cuidar a mis hermanos y atender a mi padre.

Mi padre se volvió un anciano con apenas treinta años. En unos meses su pelo se volvió blanco y su cara se llenó de arrugas, incluso su cuerpo encogió. Se convirtió en una persona huraña y taciturna, apenas hablaba y casi nunca estaba en casa. Cuando terminaba de atender al ganado se marchaba a la taberna del pueblo y cuando regresaba, bien entraba la noche, entraba en casa tambaleándose y tropezando con todo lo que encontraba a su paso hasta que llegaba a su cama.

Pasé de la niñez a la adolescencia ordeñando vacas, limpiando boñigas y cocinando para mis hermanos.

Mis hermanos fueron creciendo también. Mi hermana pequeña se convirtió en una señorita muy atractiva. Tenía los mismos ojos de color verde de nuestro padre, con ese brillo que da la juventud y las ganas de vivir y la melena rubia de mi madre. Se había convertido en una belleza salvaje y todos los chicos del pueblo empezaban a fijarse en ella. Nuestro hermano, por el contrario, no había evolucionado, parecía un ermitaño, con una barba descuidada y unos modales un poco toscos, posiblemente porque enseguida había dejado la escuela y había crecido entre el ganado en los prados. A menudo me preguntaba si yo también acabaría convirtiéndome en una versión femenina de ellos.

La vida transcurría monótonamente hasta que llegó el verano del cincuenta y

cinco en el que cumpliría dieciocho años. Mis hermanos también se habían hecho mayores y me ayudaban con las tareas. Yo disponía de tiempo libre. Había vuelto a la escuela y los domingos iba al baile con mi amiga del alma, Sofía, mi confidente. La gente que nos veía por primera vez tendían a pensar que éramos hermanas. Físicamente éramos de la misma estatura, el pelo negro y acaracolado, aunque yo tenía la melena mucho más larga que la de ella; tenía los ojos más pequeños que los míos, pero muy vivarachos, de un color avellana que con la luz del sol, se tornaban casi transparentes.

Era la segunda semana de julio y en el pueblo se festejaba la Virgen del Carmen. La tranquilidad que se respiraba durante el año desaparecía durante esas fechas en las que el pueblo se engalanaba de fiesta. Alrededor de la iglesia grande se montaban piñatas, carreras de sacos y un montón de diversiones para niños y adultos. El día de la Virgen había misa mayor y procesión; venía gente de todos los pueblos del valle y por la noche, la verbena. La orquesta con su frenesí y jolgorio nos hacía olvidar, por unas horas, las penurias y la necesidad.

Sofía y yo habíamos quedado en ir juntas a la verbena, allí nos reuniríamos con el resto de los chicos y chicas del pueblo. La madre de Sofía era modista y nos había hecho un vestido a cada una como regalo de cumpleaños; yo la quería mucho, siempre había estado pendiente de mis hermanos y de mí desde que falleció nuestra madre.

Mi vestido era de color rojo, se ajustaba a la cintura con un cinturón de tela ancho, con el fondo blanco y un estampado de pequeñas florecillas del mismo tono rojo del vestido. El escote era en cuello barco hecho con la misma tela del cinturón y dejaba mis hombros al descubierto. Llevaba un lazo rojo, a modo de diadema, atado con una lazada en la parte alta de la cabeza.

—Estás divina —Me dijo Sofía.

—¿En serio crees que estoy guapa?Le contesté, riendo con una risa nerviosa que me provocaba las ansias de ir a la verbena y de festejar mi dieciocho cumpleaños.

—Pues claro, só boba. Verás en cuanto te vea Tasio, el charco de baba que forma. Todos pensarán que se ha desbordado el río Pas .

Tasio era un chico del pueblo que bebía los vientos por mí, pero yo por él no y a Sofía le gustaba bromear porque sabía que me ponía de mal humor.

—Deja de decir tonterías y vámonos. A este paso, llegaremos cuando los músicos estén recogiendo los instrumentos — Le dije, riéndome, mientras me acercaba a ella y le cogía por el brazo entrelazándole con el mío, obligándola a que se pusiera a andar a la par mía.

Esa noche el cielo estaba cubierto de un manto de estrellas y una espléndida luna llena nos iluminaba el camino. Corría una brisa fresca que nos traía los aromas de las manzanas de caramelo y de los algodones de azúcar. El sonido de la música nos guiaba como en el cuento del flautista de Hamelin.

Nos reunimos con los demás chicos y chicas del pueblo; estaban casi todos y los que no estaban, era porque estaban terminando de arreglar al ganado y llegarían más tarde. Estábamos todos en la explanada donde tocaba la orquesta, cuando por detrás del templete apareció un grupo de quintos, serían cuatro o cinco, con sus cabelleras rapadas y sus uniformes impecables. Se mezclaron entre todos nosotros, fue un momento de confusión entre el tumulto y perdí de vista a Sofía. Comenzó a sonar mi pasodoble favorito; con la mirada la busqué para que bailase conmigo. Girando y mirando a mi alrededor la localicé muy animada charlando en una esquina con uno de los quintos, así que cambié de idea y decidí no molestarla y acercarme al grupo donde estaban las demás muchachas, pero al darme la vuelta para regresar al templete, me topé con la sonrisa más bonita que había visto en mi vida, acompañada de unos chispeantes ojos verdes. Esa visión me hipnotizó. Noté como una de sus manos se posaba en mi cintura, con la otra agarraba mi mano y sin parar de sonreírme, tiraba de mí hacia la zona de baile. Yo me dejé llevar, pasmada por esos ojos de tigre. Tenía la sensación de estar flotando. El chico no dijo nada, sólo sonreía y me miraba mientras bailábamos. Cuando acabó el pasodoble, nos soltamos y nos pusimos a aplaudir. En ese momento llegó uno de los quintos gritando:

—Ricardo, macho, ¿dónde te metes? ¡¡Vamos!!, nos está esperando el primo de Juan para llevarnos a la estación.

“Se llama Ricardo”, pensé al oírlo y se me dibujó una sonrisa tonta en la cara, casi imperceptible.

Su amigo le agarró del cuello de la chaqueta y empezó a tirar de él. Mientras su mano se iba soltando de la mía, clavó sus ojos en los míos y, regalándome de nuevo una de sus sonrisas, me dijo:

—Tengo que irme, dime al menos cómo te llamas, cosa guapa.

—Gabriela, me llamo Gabriela — conseguí decirle, mientras nuestras manos intentaban retrasar al máximo el último roce.

Yo seguía mirando cómo se alejaba Ricardo con su amigo, cuando de repente empezaron a zarandearme como si fuera una piñata.

—Lela, Lelaaa...¿Has visto qué chico más guapo?

—Si, si que lo he visto, si —susurré mientras seguía con la mirada fija, mirando cómo se alejaba Ricardo.

—Se llama Juan y es de Reinosa. Está haciendo la mili en Cáceres. Ha prometido escribirme.

Me giré para mirar a Sofía. Estaba eufórica. Su cara brillaba más que la luna llena que había esa noche.

La verbena continuaba; la orquesta seguía tocando, pero yo escuchaba otra música, el tintineo de un montón de campanillas de colores flotando en mi cabeza. Las parejas bailaban a mi alrededor, pero yo sólo veía esa mirada misteriosa que se me había clavado en el alma.

CAPÍTULO III

Ricardo era el mayor de cinco hermanos y el único varón. Su padre capitán de la guardia civil y él ingresaría en el cuerpo cuando se licenciara; se lo había inculcado desde niño y él lo tenía asumido con orgullo.

Desde niño deslumbraba a todo aquel que le veía por unos ojos verdes que no le cabían en la cara y que cuando se juntaban con su sonrisa hacían derretir la nieve. Según fue creciendo, su belleza y simpatía crecían también. Todas las mozas de su pueblo estaban enamoradas de él, por lo guapo y buen mozo, pero también porque era un buen partido, hijo y futuro guardia civil. Todas las madres querían casar a sus hijas con Ricardo.

Se había criado con cuatro hermanas; conocía muy bien a las mujeres; eso le llevó a crearse fama de mujeriego. Él era para las mujeres como la miel para las moscas, pero la noche que vio a Lela en la verbena, su fachada de hombre duro se derrumbó. En el momento que se cruzaron sus miradas, sintió como si un rayo le hubiera atravesado las entrañas.

Siempre habían sido las mujeres las que le habían buscado a él. No sabía cómo actuar con ella. Pensó que lo mejor sería invitarla a bailar, así que se acercó a ella, poco a poco, intentando calmar su desbocado corazón. Le separaban apenas dos metros de su espalda, cuando de repente, ella se giró y sus miradas volvieron a encontrarse. Sintió de nuevo la descarga eléctrica recorrer todo su cuerpo, que lo dejó clavado en el suelo como una estatua griega.

En ese momento estaba sonando un pasodoble, sin pensarlo dos veces, le cogió de la mano, la agarró por la cintura y la llevó hasta donde estaban las demás parejas bailando. Comenzaron a moverse al compás de la música. Era incapaz de dejar de mirarla. Esos ojos negros, como dos carbones, le habían embrujado. Estuvieron así, mirándose y bailando, sin decir ni una palabra, hasta que cesó el pasodoble. En ese momento una mano le agarró por la nuca:

—Ricardo, macho ¿dónde te metes? Vamos, nos está esperando el primo de Juan para llevarnos a la estación.

El hechizo se había roto. Mientras su amigo Luis tiraba de su chaqueta para que se moviera, acertó a preguntarle su nombre. “Gabriela, se llama Gabriela”, iba repitiendo mentalmente mientras caminaba hacia atrás, para poder seguir mirándola mientras se alejaba, sintiendo todavía, el roce de su piel en su mano.

CAPÍTULO IV

Las fiestas acabaron y el verano continuó con su calor sofocante. Era la época del año en la que teníamos más trabajo en la casa. Se recogía hierba seca para mantener a los animales durante el invierno; para ello se segaba y se dejaba secar al sol. Se segaba a mano, con el dalle, muy temprano, con la fresca; con ayuda del rastrillo y de la horca se extendía bien, se dejaba así durante varios días para que seicara. Luego se hacinaba y se guardaba en pacas. Mi padre y mi hermano se encargaban de la siega y nosotras de secar bien la hierba, para preparar las pacas.

También recogíamos hortalizas, frutas y legumbres de la huerta que embotábamos para el invierno.

Todo este trabajo me mantenía la mente ocupada para no pensar en Ricardo. Intentaba convencerme que todo había sido un sueño.

Llegó septiembre y con él, el otoño con su explosión de color. Las hojas de los árboles iban pasando por un abanico de colores, naranjas, marrones, ocres y amarillos hasta que se caían.

La chopera que recorría la ribera del río se teñía de hermosas tonalidades. Las hojas que caían al suelo formaban una mullida alfombra que crujía con cada paso. Los domingos por la tarde solíamos pasear por ella, Sofía y yo. Desde que conoció a Juan en la verbena, no quiso volver al baile de los domingos, y yo, aunque no le había hablado de Ricardo porque pensaba que nunca más lo volvería a ver, prefería pasear con ella.

Una tarde de mediados de septiembre, en la que estaba recogiendo los últimos higos maduros de la higuera centenaria, que había plantado el abuelo de mi padre, mi bisabuelo, en la esquina del huerto que estaba en la parte de atrás de la casa, escuché a Sofía llamarme a gritos:

—Lela, Lela, ¿dónde estás?

Apareció corriendo por el costado de la casa, agitando una cosa blanca en la mano.

—Estoy aquí, subida en la higuera —Le grité, agitando yo también mi mano para que me viese.

—¡¡ He recibido carta de Juan!! —Me gritó mientras seguía agitando la cosa blanca con la mano, por lo que deduje que la cosa blanca era la carta de Juan. No me había dado tiempo de decirle cuanto me alegraba cuando soltó otra pregunta:

—¿Conoces a un tal Ricardo? Al oír el nombre de Ricardo se me cayó al suelo el caldero, lleno de higos, del respingo que di; estuve a punto de caerme detrás de él. Sofía continuaba hablando, sin darse cuenta de mi nerviosismo repentino:

—Me pregunta Juan si conozco a una chica que se llama Gabriela. Su amigo Ricardo no para de hablar de una chica morena que conoció en la verbena. Sólo sabe que llevaba un vestido rojo y que se llama Gabriela. Le ha pedido a Juan que me pregunte a mí si la conozco. Así que ya me estás contando lo que te tienes tan calladito, que estoy en ascuas desde que he leído la carta de Juan.

Le conté a Sofía que sólo fue un baile sin importancia. Omití el detalle de que desde ese día, no había pensado en otra cosa.

Cuando terminé de contárselo, Sofía me contó que en la carta Juan decía que volverían de permiso para el mercado de otoño. Debí de ponerme más roja que una amapola; la cara me ardía de repente.

Sofía soltó una carcajada estridente: —Para no darle importancia, parece que te ha alterado un poco el saber que, en poco más de dos semanas, vas a volver a ver al Ricardo ése. Tiene que ser de quitar el sentido para haberte calado tan hondo, con un sólo baile.

Los días siguientes se me hicieron eternos; procuraba mantenerme ocupada, para no pensar y así no ponerme más nerviosa de lo que estaba. Sofía había enviado una carta a Juan, diciéndole que yo era su mejor amiga y que el día de la fiesta de otoño, fuera con Ricardo; pero el correo era muy lento y posiblemente cuando la carta llegase al cuartel, ellos ya estarían de permiso.

Llegó el día tan esperado. El corazón me palpitaba tan rápido que parecía que se me iba a escapar del pecho y salir corriendo como un caballo desbocado. Estábamos paseando por los puestos del mercado, cuando Sofía me agarró tan fuerte del brazo que me hizo gritar de dolor:

—¡¡Dios mío, míralo, ahí está!!.

El terror me paralizó. Lo que tanto había deseado, ahora me producía un pánico terrible, pero pronto toda mi ansia se convirtió en decepción, al ver que entre los chicos que acompañaban a Juan, no estaba Ricardo.

Sofía estaba gritando y agitando las manos para que Juan nos viera. Cuando

por fin nos vio, se acercó donde nosotras y Sofía y él se fundieron en un abrazo del cual no había manera de separarlos. Cuando por fin se separaron, Sofía me presentó a Juan.

—Juan, ésta es mi amiga Gabriela, como la llamas tú en la carta. ¿No ha venido contigo tu amigo Ricardo?

Juan se acercó a mi y me dio dos besos en las mejillas. Nos dijo que la madre de Ricardo estaba muy enferma y él se había tenido que marchar unos días antes que ellos, del cuartel. Debió de ver la desilusión reflejada en mi cara, porque me dijo:

—No te preocupes, preciosa. Desde que te conoció no ha parado de hablar de ti y viéndote ahora, no me extraña —Esto último le valió un buen pellizco de Sofía.

Durante los meses siguientes apenas vi a Sofía. Juan se licenció y pasaban juntos todo el tiempo que podían. Yo me recliné en casa; ni siquiera me apetecía ir al baile de los domingos.

Por Sofía supe que había muerto la madre de Ricardo y que a primeros de año ingresaría en el cuerpo de la guardia civil, como su padre y su abuelo.

Llegó diciembre, y con él, las primeras nieves del año. El invierno era largo, había que ahorrar leña, así que por las noches nos acostábamos pronto. Yo aprovechaba para perderme en las historias románticas de las novelas que me regalaba la madre de Sofía, a las que era muy aficionada y que eran mi única distracción. Me imaginaba que los protagonistas éramos Ricardo y yo y me quedaba dormida con una sonrisa dibujada en la cara todas las noches.

Fuera comenzaba a llover. El sonido de la lluvia, al chocar con la repisa de la ventana, era monótono y relajante, por eso tardé en darme cuenta que había otro sonido más; me levanté y me acerqué a la ventana. La noche estaba oscura, no se veía nada. Abrí la ventana para escuchar mejor. Escuché una voz que decía mi nombre, una voz que me erizó todo el vello al escucharla, y me puso un nudo en la garganta. Era la voz de Ricardo.

En la casa no se escuchaba nada, todos parecían dormir. Bajé con gran sigilo las escaleras; cogí el chubasquero y la linterna y salí procurando no hacer ruido; por nada del mundo quería que se despertaran mis hermanos, y mucho menos, mi padre.

Abrí la puerta y el mundo se paró en ese instante. Ricardo apareció delante de mí, estaba allí mismo, al otro lado de la puerta. Lo que tanto había anhelado, ahora era real. Al ver sus ojos buscar los míos, mi corazón se puso a latir muy

deprisa. Me produjo un escalofrío que sacudió todo mi cuerpo y no pude evitar comenzar a temblar.

Sin decir nada, él se acercó a mí y me cobijó bajo sus brazos. La lluvia nos caía por encima, empapándonos; resbalaba por nuestros rostros, así pude disimular las lágrimas que habían empezado a brotar descontroladas de mis ojos.

Estuvimos abrazados un buen rato, podía haberme quedado así eternamente. Poco a poco fui notando como la presión con que sus brazos me apretaban contra su pecho, iba cediendo, hasta que nuestros cuerpos se despegaron y volvimos a estar frente a frente. Aliviada me di cuenta que el temblor había desaparecido.

Con una ternura infinita, cogió mi cara entre sus manos y sin desviar su mirada de la mía, posó sus labios sobre los míos.

Cerré los ojos y sentí; sentí el tacto de sus labios en los míos, el sabor de su aroma en mi boca. Me llené toda de su esencia. Un sinfín de sensaciones que me transportaron al cielo de repente, flotando en una nube.

Cuando nuestras bocas se separaron todo me daba vueltas; al abrir los ojos me topé con los suyos. Intenté abrir la boca para hablar, pero él posó su dedo índice sobre mis labios y me dijo:

—psss, cosa guapa, no digas nada. Me voy mañana temprano, estaré varios meses en Valdemoro, pero tenía que venir a despedirme y a robarte un beso para llevármelo conmigo.

Me quedé mirando cómo se alejaba en la moto, mientras me palpaba con los dedos mis labios recordando el beso, mi primer beso; la lluvia resbalaba por mi cara a la par que mis lágrimas. No sabía si eran de alegría de haberlo visto o de tristeza de saber que tardaría meses en volverlo a ver.

CAPÍTULO V

Desde el momento en que Ricardo encontró a Lela supo que sería para él. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería de las mujeres, sin ningún esfuerzo.

Él y Juan se habían hecho amigos en el tren que les llevó a Cáceres y durante los meses que convivieron en el cuartel esa amistad se fue fortaleciendo, así que cuando Juan le contó que había conocido a Sofía, no dudó en hablarle de Lela para que, a través de Sofía consiguiera más información para poder encontrarla. Su alegría fue inmensa al saber que las dos muchachas eran amigas íntimas.

Soñaba con volverla a ver. Todas las noches antes de dormirse su último pensamiento era para ella. Aquellos ojos negros le habían traspasado las entrañas

y al pensar en ellos notaba unas dulces cosquillas en el estómago.

Unos días antes del permiso de octubre le avisaron de su casa. Su madre estaba gravemente enferma y tenía que regresar urgentemente. Cogió el primer autobús que salía para Santander; llegó a tiempo de ver morir a su madre. Le hizo prometerla que cuidaría de su padre y de sus hermanas, mientras estuvieran solteras.

Por Juan supo que Lela también se había enamorado de él, aunque su alegría estaba empañada por la muerte de su madre y por la promesa que le hizo en el lecho de muerte de cuidar de su padre y de sus hermanas hasta que se casaran, porque él quería casarse con Lela en cuanto se licenciara, así que no le quedaba otro remedio que vivir con su padre y sus hermanas.

Su padre movió sus contactos y consiguió que le licenciaran sin tener que volver a Cáceres, pero a primeros de año debería ingresar en el colegio de la guardia civil de Valdemoro. Ricardo se alegró de no tener que volver al cuartel, pero no podía marcharse sin ver de nuevo a Lela. Tenía que despedirse de ella; tenía que hacerla saber que la quería y que no la había olvidado.

Tramó un plan con Juan para escaparse la noche antes de partir y poder ver a su amada.

Esperaría a que todos se acostaran. La noche era típica invernal, caía una lluvia densa y copiosa que calaba hasta los huesos y el viento helador hacía que las gotas de lluvia parecieran puñales al contacto con la piel. Todo invitaba a recostarse al cobijo de las mantas, afortunadamente para él.

Pronto su padre, achacado de artrosis, se retiró a dormir y sus hermanas se quedaron con sus bordados, preparando el ajuar, cosiendo y charlando alrededor de la chimenea.

Juan estaba fuera esperándolo en la moto, a una distancia prudencial para no ser descubierto. Salió por la puerta de atrás que daba al corral para que sus hermanas no se dieran cuenta.

Era casi media noche y tenían más de media hora de camino, aunque, posiblemente tardarían más por culpa del viento y la lluvia.

Cuando llegaron a casa de Lela vieron que había una ventana con una luz muy tenue encendida. A riesgo de equivocarse empezaron a tirar piedrecitas esperando que fuera Lela la que se asomara a la ventana. Tuvo suerte, no tardó en aparecer su silueta tras los cristales. Ella abrió la ventana y él aprovechó para llamarla:

—Lela, soy yo, Ricardo. He venido a despedirme.

Ella cerró la ventana de golpe y al momento se apagó la débil luz que titilaba

al fondo del cuarto.

Ricardo se acercó a la puerta de la casa con la ilusión de que en cualquier momento se abriría y ella aparecería ante sus ojos, ávidos de su visión.

Seguía diluviando, pero él estaba tan empapado que ya no notaba la lluvia resbalar por su rostro.

Estuvo largo rato esperando delante de la entrada, hasta que desilusionado pensó que ella ya no bajaría. En ese momento, el crujido del picaporte le devolvió la esperanza. La puerta se abrió y Lela apareció, descalza, con una camisola que le llegaba a los tobillos y el chubasquero puesto por encima de los hombros. Tenía la melena enmarañada, recogida en un moño en lo alto de la cabeza; varios mechones de rizos le caían sobre la cara, pero no le impidieron ver la luz que desprendieron sus ojos al encontrarse con los suyos.

Lela comenzó a temblar y él en un acto de instintiva protección, se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, apretándola contra su pecho. En ese momento sintió una explosión de amor que le brotó de lo más profundo de su corazón y se extendió por todo su ser.

Hubiera deseado permanecer así eternamente. Detener el tiempo, que sólo existieran ellos dos y nadie más, pero el silbido de Juan le devolvió a la realidad.

Lentamente se separó de ella y le cogió el rostro entre sus manos. Sin apartar su mirada de la de ella, Ricardo acercó sus labios a los de Lela y las dos bocas se fundieron en ese primer beso de enamorados. Ese beso con sabor a prohibido que queda grabado en los cinco sentidos para no olvidarlo jamás.

Juan volvió a silbar con insistencia. Tenían que marcharse ya. Debía despedirse, no podía demorarse más.

—psss, cosa guapa, no digas nada. Me voy mañana temprano. Estaré varios meses en Valdemoro, pero tenía que venir a despedirme y a robarte un beso para llevármelo conmigo.

Dicho eso, se dio media vuelta y se marchó con el sabor de su boca en la suya y el recuerdo de su perfume al respirar.

Ella no le había robado el corazón, le había hecho sentir que lo tenía.

CAPÍTULO VI

Me volví a meter en la rutina diaria, pero esta vez con la esperanza y la alegría de que pronto volvería a ver a mi amor y sabiendo que él sentía lo mismo por mí.

El invierno se iba marchando, aunque todavía daba sus últimos coletazos, ya se adivinaba la llegada de la primavera. Se escuchaban los cantos y los cortejos de las aves; se empezaban a ver mariposas multicolores de efímera belleza, que aparecían cuando sabían que habían pasado las heladas del invierno.

Según el sol iba madrugando, empezaban a brotar las primeras hojitas verdes de las ramas, en los árboles. Flores de mil colores inundaban los campos. En esa época me encantaba abrir la ventana de par en par al levantarme e inspirar profundamente, hasta el fondo, llenarme de vida, de energía y, ese año tenía otro motivo más, con la primavera volvería él, Ricardo, mi ilusión, mi vida, mi amor, mi todo.....

Había empezado a preparar el huerto para la nueva siembra. Estaba con la azada, canturreando, mientras cavaba la tierra, cuando noté una mano posarse en mi hombro. Me giré tan deprisa del susto, que casi atizo al pobre Gervasio en la cabeza.

—¡i Gervasio, qué susto me has dado, só cabrón!! ¿No tienes cartas que repartir hoy?

—A eso vengo. Llevo un buen rato tocando la bocina y llamándote. Traigo una carta para ti.

—¿Para mí? ¿Estás seguro? Si a mí nunca me escribe nadie.

—¿Tú no eres Gabriela Málaga Santamaría?

—Si señor, ésa soy yo.

—Pues entonces esta carta es para ti. Toma. Aquí encima te la dejo. Me voy ya Lela, que me he entretenido demasiado llamándote y se me ha hecho tarde. Adiós moza. Recuerdos a tu padre.

Me quité los guantes, estaba intrigada, nunca había recibido correspondencia. Cogí la carta que Gervasio había dejado encima de la tapia del huerto y la di la vuelta para leer el remitente: Ricardo Fernández Merino. Las manos empezaron a temblarme, el corazón se puso a latir descontroladamente. Respiré hondo varias veces para calmarme y poder abrir la carta:

Valdemoro, 13 de febrero de 1956

Estimada Lela:

Por medio de la presente carta me dirijo a ti para escribir lo que no pude decirte en persona.

Desde que te vi en la verbena del Carmen no he dejado de pensar en ti. Mi

deseo es casarme contigo, si es que tú tienes a bien aceptarme como esposo.

Tengo que estar unos meses aquí, en Valdemoro, en el colegio de la guardia civil, pero en cuanto vuelva, le pediré a tu padre formalmente que me deje cortejarte.

Tuyo siempre.

Ricardo

Ricardo quería casarse conmigo. No cabía en mí de alegría. Corrí a casa de Sofía con la carta en la mano para enseñársela. Quería compartir con ella mi felicidad.

Mi padre llevaba unos meses enfermo y durante el invierno había empeorado. El médico nos había dicho que tenía el hígado dañado y además, no tenía ganas de vivir. Debíamos ponernos en lo peor.

Decidí no alterarle con la noticia, no quería que pensara que al casarme iba a abandonarlo enfermo como estaba.

Por Juan me enteré que Ricardo regresaba el 20 de abril. Ese mismo día, mi padre sufrió un desmayo que nos hizo llamar al médico urgentemente. Nos confirmó a mis hermanos y a mí lo que tanto temíamos, nuestro padre estaba llegando al final. Hacía tiempo que se había rendido y su cuerpo se estaba agotando poco a poco, como una vela que está quemando los últimos restos de cera. Esa misma noche falleció. Murió llamando a nuestra madre, se fue feliz porque iba a reunirse de nuevo con el amor de su vida, que era lo que había estado deseando desde que ella nos dejó.

Ricardo me ayudó con los preparativos del entierro y del funeral. Fue un gran apoyo para mí y no me sentí tan desamparada. Nos habíamos quedado huérfanos y era difícil de asumirlo.

Cuando acabó el funeral, Ricardo tuvo que regresar a su casa, su padre era mayor y estaba enfermo. Tenía que hacerse cargo de los quehaceres, que no podían atender ni su padre ni sus hermanas. Quedó en regresar en unos días y sí que regresó, pero con una terrible noticia.

Pasaron dos semanas y Ricardo no había vuelto; pensé que su padre habría empeorado y no me impacienté, pero cuando pasaron otras dos semanas sin tener noticias suyas, ya estuve segura que había ocurrido algo grave.

En la casa estábamos desbordados de trabajo con los animales y el huerto. Nos habíamos quedado mi hermano y yo solos; nuestra hermana pequeña había empezado a servir en una casa señorial en Ontaneda, estaba interna y sólo tenía libres los miércoles por la tarde.

Fui a casa de Sofía para ver si ella sabía algo de Ricardo, pero su madre me dijo que después del funeral de mi padre se había ido a la capital, con su abuela que estaba enferma de neumonía.

Me volví para casa desesperada, me estaba volviendo loca sin tener noticias de Ricardo.

Cuando estaba llegando a casa, vi desde lejos que en el corral de la entrada había una moto y dos hombres. Según me iba acercando, la imagen se hacía más nítida hasta que logré distinguir que eran Juan y Ricardo.

Al verlo, el corazón me dio un vuelco de alegría. Eché a correr para abrazarlo, pero al llegar a su altura, él, muy serio, no me correspondió al abrazo, sino todo lo contrario, apartó mis brazos agarrándome por las muñecas. Juan cogió la moto y nos dejó solos.

—Lela, ésta es la última vez que nos veremos. He venido a decírtelo en persona para que lo oyeras por mi boca y no de las malas lenguas. Mi padre ha apalabrado mi matrimonio con la hija del coronel del cuartel, y me casaré en dos meses con ella.

No debí haberte propuesto matrimonio sin haber hablado antes con mi padre. Seguro que encuentras un hombre que te quiera como te mereces. Cuídate, Lela. Adiós.

Se dio media vuelta y se fue sin mirar atrás. Me quedé como una estatua de piedra, paralizada, creo que hasta dejé de respirar, mirando cómo se alejaba, viendo cómo se montaba en la moto con Juan y desaparecía poco a poco de mi vista y de mi vida.

El alma se me partió en mil pedazos. El pecho me ardía, creí que me iba a estallar de dolor. Las rodillas se me doblaron y caí destrozada al suelo. Lloré y lloré, no podía parar de llorar. Así estuve hasta que, bien entrada la noche, llegó mi hermano. No dijo nada, probablemente le habrían informado en la taberna. Me ayudó a ponerme en pie, tenía las piernas entumecidas, no me fue fácil llegar hasta la cama.

Estuve varios días sin levantarme. Apenas comía lo que me preparaba mi hermano, pobrecillo, le había dejado sólo con todo el trabajo. Verlo con la cara de pena, todos los días cuando me subía la comida a la habitación me partía el alma, así que por él hice el esfuerzo y volví a la vida diaria. Antes de cumplir diez años afronté encontrarme el cadáver de mi madre en medio de un charco de sangre, esa visión me perseguía todavía muchas noches; hacía apenas unos meses había perdido a mi padre, así que una decepción amorosa no iba a acabar conmigo. Sabía que sería duro, pero el tiempo y los quehaceres de la casa serían

mi medicina.

CAPÍTULO VII

Ricardo pudo marcharse feliz a Valdemoro porque había conseguido ver a Lela y despedirse. Por las noches, antes de quedarse dormido, su alma rememoraba ese momento; volvía a recordar el perfume de su pelo, el recuerdo del roce de sus labios en los suyos le hacía estremecerse de deseo. Anhelaba hacerla suya, acariciar sus pechos que imaginaba redondos y duros, pero dulces como néctar de dioses.

En cuanto volviese de Valdemoro hablaría con su padre y con el de ella para casarse lo antes posible. Le esperaban unos meses duros, no sólo por la espera, si no por el crudo invierno en plena sierra madrileña, cuando salían a hacer las prácticas, pero la ilusión del amor que había encontrado en esos ojos negros que parecían arder cuando se le clavaron en lo más hondo de su ser. Ese recuerdo le mantenía la sangre tan caliente que no sentía el frío polar de la blanca nieve invernal.

Por fin llegó el día de su regreso; Juan iba a buscarlo a la estación; por él se enteró que el padre de Lela acababa de fallecer. Con la noticia del fallecimiento del padre de Lela no se dio cuenta que Juan no le miraba a los ojos cuando le hablaba y estaba menos hablador que de costumbre. Le pidió que lo llevara a casa de Lela, no quería dejarla sola en ese duro trance. Se quedó con ella varios días, hasta que finalizó todo el sepelio y cuando se marchó, le prometió volver, cuando hablase con su padre, para ayudarla a organizarse con todo lo que se le venía encima, con la muerte de su progenitor.

Cuando Juan dejó a Ricardo en casa de Lela, paró de camino a su casa, en la de su amigo Ricardo para informar a su familia que éste iría en unos días, cuando acabara el funeral de su futuro suegro. El viejo capitán estalló en un ataque de ira al enterarse. Se puso rojo como la grana y haciendo aspavientos con su bastón empezó a blasfemar. Juan también se puso rojo, pero de miedo, al ver como agitaba el bastón en el aire, pensó que su cabeza iba a ser la receptora del golpe que de momento estaba asestando al aire. Aprovechó que el viejo dejó de gritar para coger aire para despedirse y sin esperar respuesta salió lo más rápido que pudo, sin echar a correr de la casa de su amigo.

Cuando Ricardo regresó a su casa, unos días más tarde, su padre le estaba esperando de muy mal humor. Ricardo estaba perplejo, pues no sabía el por qué de esa actitud de su padre, pero cuando éste empezó a hablar, la duda se le

disipó:

—¿Qué te has creído, que puedes hacer lo que se te venga en gana? Cuando seas padre, comerás huevos, pero mientras vivas bajo este techo, harás lo que se te mande.

De momento, vas a ir despidiéndote de esa muerta de hambre, porque no vas a volver a verla más; y mañana iremos a casa del coronel Reigadas, a pedir formalmente la mano de su hija Rosita. Con lo que me ha costado convencerle, casi la cagas quedándote en casa de esa descarada. Si llegas a tardar un día más, mando a la pareja de la guardia civil a detenerte, ¡¡ calzonazos!!.

Ricardo no daba crédito a lo que estaba escuchando. La rabia le oprimía la boca del estómago. Se estaba clavando las uñas en la palma de las manos por contener las ganas de replicar a su padre, pero no lo consiguió:

—Padre, lo que me pide no va a poder ser. Yo ya he dado mi palabra a Lela y además, yo deseo casarme con ella. La quiero.

El padre, al escuchar cómo su hijo le alzaba la voz, se levantó del sillón del porche, donde estaba sentado, como si hubiera sido empujado por un muelle, tambaleándose y perdiendo el equilibrio hasta casi caer al suelo. Ricardo dando un salto, se acercó al instante para evitarlo y el viejo aprovechó ese momento para agarrarlo de la pechera y gritarle al oírlo:

—No te atrevas a ir en contra de mi voluntad. No volverás a ver a esa hija de puta, aunque para ello tenga que encerrarte en el calabozo, hasta el día de tu boda.

Cuando terminó de hablar, asfixiado por el esfuerzo, el viejo se dio media vuelta y entró en la casa, dejando a Ricardo con los ojos rojos y el rostro congestionado por la rabia contenida. Los hombres no lloran, le habían inculcado desde pequeño, ni siquiera lloró en el entierro de su madre, pero ahora, de repente, le habían asaltado unas ganas tremendas de llorar y las lágrimas le habían empezado a resbalar por las mejillas. Tenía que salir de ahí, no podía verle nadie en ese estado. Rodeó la casa por un lateral y se adentró en el bosque durante un buen rato hasta que estuvo seguro de que nadie le escucharía. Entonces lloró, gritó, golpeó con los puños y con los pies los troncos de los árboles durante largo rato hasta que cayó destrozado, roto por dentro de la pena de tener que renunciar al amor de su vida. Lela era la única mujer que le había hecho sentirse vivo. Era la persona que amaba, a la que deseaba cuidar y dedicarla toda su vida. Lela era única y diferente a todas las demás. El mundo le había hecho el regalo de conocerla y ahora se la quitaba. Estaba desesperado.

Empezaba a amanecer cuando regresó a casa, abatido y derrotado. La familia

era lo más importante y no podía romper ese vínculo por más que amara a Lela, pero sí que tenía claro que ella no se merecía que él desapareciera sin más, cuando le había prometido casarse con ella. Le debía una explicación; debía encontrar la manera de verla sin que su padre se enterase y despedirse para siempre de ella, aunque su alma se muriera al hacerlo.

El coronel Reigadas y su padre concertaron la boda para mediados de agosto. Le quedaban dos meses y medio para encontrar el momento de escaparse a casa de Lela, ya que hasta después de la boda no tenía que incorporarse al cuartel.

Fue a buscar a Juan desesperado, en busca de consuelo y apoyo. Juan se había convertido en el hermano que nunca tuvo; su amistad se había hecho fuerte como una roca durante los meses que convivieron en el cuartel. Los dos sabían que podían contar el uno con el otro, incondicionalmente.

Había pasado un mes desde que se despidiera de Lela, con la promesa de volver en unos días. Sabía que ella estaría preocupada por no haber tenido noticias suyas en todo ese tiempo, pero no encontraba la manera de escaparse a verla sin que en su casa se enteraran. Ni su padre ni sus hermanas le perdían de vista.

Aprovechó el día que los futuros consuegros habían quedado; no le importaba para qué, sólo que su padre estaría fuera todo el día. Se había enterado por casualidad, al escuchar como su padre le pedía a su hermana mayor que lo vigilara el jueves, porque él había quedado con el coronel Reigadas y no volvería hasta la noche.

Así que el jueves, cuando ya se había marchado su padre, fingió estar indispuerto; tuvo que provocarse el vómito y cerciorarse de que su hermana lo viera vomitando para que no sospechara, cuando le dijo que iba a acostarse y que no lo llamase para comer; eso le dejaba un margen de varias horas, suficientes para ir y volver de casa de Lela.

No le costó vomitar porque tenía una bola en la boca del estómago, por el mal trago que iba a pasar, que lo que le costaba realmente, era mantener dentro cualquier alimento que ingería.

Juan estaba esperándolo en el lugar concretado. Al verlo, éste no pudo disimular su preocupación:

—Ricardo, macho, he visto muertos con mejor color que tú.

—Estoy muerto en vida. Imagínate que tuvieras que despedirte, para siempre de Sofía, y que no pudieras volver a verla. ¿Cómo estarías tú?

—No quiero imaginármelo. Estoy deseando que su abuela se recupere, para que vuelva y poder abrazarla de nuevo.

—Pues yo nunca más voy a poder abrazar a Lela, además me siento como un cobarde por dejarla sola y abandonarla, ahora que acaba de perder a su padre.

Cuando llegaron a casa de Lela no había nadie, pero no se podía marchar sin hablar con ella. Decidió esperar, quizás no tuviera más oportunidades antes de la boda.

Apenas unos minutos después de su llegada vieron aparecer a Bobby, el perro de Lela y a ella detrás. El perro al reconocerlos, comenzó a menear el rabo y corrió hacia ellos.

La dueña hizo lo mismo, echó a correr hacia Ricardo. —“Ha llegado el terrible momento de enfrentarse con la verdad —Pensó Ricardo, mientras respiraba lo más hondo que pudo, para coger el coraje necesario.

Lela llegó corriendo hasta él con los brazos abiertos con la intención de abrazarlo, pero él no dejó que ocurriera; la frenó agarrándola por las muñecas y le dijo:

—Lela, ésta es la última vez que nos vemos. He venido a decírtelo en persona para que lo oyeras de mi boca y no de las malas lenguas. Mi padre ha apalabrado mi matrimonio con la hija del coronel del cuartel y me casaré en dos meses con ella.

No debí haberte propuesto matrimonio sin haber hablado antes con mi padre. Seguro que encuentras un hombre que te quiera como te mereces.

Cuídate, Lela. Adiós.

Intentó decir todo del tirón, sin parar porque sabía que si paraba no sería capaz de continuar. Sin apenas terminar de decir la palabra “adiós”, se dio la vuelta y se marchó dando la espalda a la persona que más quería en el mundo. Con cada paso que le separaba de ella, su alma se moría un poco, hasta que en el momento en que pronunció el “sí quiero”, delante del cura, el día de su boda con Rosita, la hija del coronel Reigadas, sintió un chasquido en el centro del pecho y supo que, en ese momento, su alma se había muerto del todo.

CAPÍTULO VIII

Intenté día a día olvidar a Ricardo, trabajando sin cesar, desde que me levantaba hasta que me acostaba. No le daba tregua a mi cabeza para que no tuviera ni un minuto de descanso. Intentaba llegar tan agotada por la noche, para que según me acostara, me quedase dormida al instante y así no me diera tiempo a pensar, pero mi cerebro aprovechaba un solo segundo de despiste para recordarme lo desgraciada que era y todas las noches me dormía llorando.

Mis hermanos estaban preocupados, aunque no me decían nada. La pérdida de peso era obvia y mi alegría se había esfumado y en su lugar había aparecido una apatía total por todo.

Ricardo, por su parte, intentaba pasar el menor tiempo posible en casa. Después de la boda se había quedado a vivir con su padre y sus hermanas, tal como prometió a su madre, antes de morir, pero cada vez le costaba más; cuando traspasaba el umbral de la casa notaba una presión en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

Habían pasado más de seis meses desde el fatídico día en que Ricardo vino a verme para decirme que iba a casarse con otra y no le había vuelto a ver, ni a tener ninguna noticia sobre su nueva vida; a Sofía le había prohibido que me viniese con chismes.

A pesar de mis esfuerzos, seguía sumida en una tristeza profunda. La expresión de mi cara sólo reflejaba pena y dolor. Mi mirada había perdido su brillo. Era un alma en pena.

Por las noches, seguía quedándome dormida mientras lloraba. No conseguía olvidar a Ricardo, le quería con cada poro de mi piel. En el fondo de mi ser, pensaba “va a regresar a por mí”; necesitaba tener una esperanza para sobrevivir.

Una mañana de primeros de marzo, fría y triste, como habían sido todas mis mañanas desde que Ricardo ya no estaba en mi vida, mientras calentaba la leche en la lumbre, miraba pensativa por la ventana, cómo la noche se despedía para dejar entrar al día; unos golpes me sacaron de mi ensimismamiento, alguien estaba aporreando incesantemente la puerta. Me asusté, algo grave debía de haber pasado para que llamasen con tanta insistencia y a esas horas intempestivas.

Al abrir la puerta me encontré a Juan con la cara descompuesta.

—Lela, creo que Ricardo va a cometer una locura. Me ha dicho que te diera esta carta y después se ha marchado sin decir nada más.

Sacó una hoja de papel doblada del bolsillo de su chamarra y me la entregó.

Nerviosa y asustada desplegué la hoja de papel y leí:

Amor mío, perdóname por el dolor que te causé, pero no estaba en mis manos.

Decirte adiós, me rompió en mil pedazos.

El saber que ya no tendré tus besos, me está matando.

Sin ti mi vida ha dejado de tener valor, tú eres y serás el único amor de mi vida.

De corazón, perdón, mi amor.

A cada palabra que leía mi rostro iba perdiendo color, fue tan evidente que Juan lo notó:

—¿Qué pasa Lela? ¿Qué dice? Te has quedado blanca como la cera.

—¡Dios mío! Se está despidiendo. Tenemos que ir a buscarlo, ¿tú sabes a dónde ha ido?

—No estoy seguro, pero creo que podría haber ido a la cueva donde nos escapábamos de pequeños para fumar. Siempre ha sido nuestro refugio.

—Déjame que coja el abrigo y las botas y me llevas allí.

Fuimos en la moto hasta donde el camino era transitable. Después tuvimos que seguir a pie. La cueva estaba en lo alto de una montaña y antaño había servido de refugio a los pastores en el invierno.

Cuando llegamos no había ni rastro de Ricardo, no había huellas, ni marcas de pisadas; nada que dejara intuir que una persona humana hubiera pasado por ahí.

Desbordada por la tensión, me eché a los brazos de Juan a la vez que las lágrimas comenzaron a brotar descontroladas de mis ojos.

—No está aquí, Juan. No voy a poder decirle que lo he perdonado. Que yo también estoy rota en mil pedazos porque es el amor de mi vida.

—Oh, Lela, no sabes lo que significa para mi escucharte decir que me has perdonado. Los remordimientos me estaban matando.

No podía ser. Estaba escuchando hablar a Ricardo. Levanté mi cabeza del hombro de Juan, me deshice de su abrazo y me giré. Ahí estaba él mirándome con esos ojos verdes, con un brillo que delataban que hacía poco habían sido bañados de lágrimas. Me regaló una sonrisa que me hizo olvidar el susto y el miedo que había pasado.

Me limpié las lágrimas con la mano y yo también esboqué una sonrisa:

—Estás aquí. Pensábamos que habrías hecho una locura.

—La única locura que he cometido en mi vida ha sido dejarte —Me contestó, mientras se acercaba a mí.

Nos fundimos en un largo y dulce beso.

El tiempo se paró en ese instante. No existió nada más que él y yo. Nuestras bocas estaban ávidas por el sincio que habían pasado la una de la otra. Al primer roce de nuestros labios, se activaron el deseo y la pasión, que habían sido condenados a cadena perpetua, a no salir jamás de nuestros corazones.

Entreabrí mis labios para que su lengua entrase en mi boca. Anhelaba su

sabor, esa mezcla entre dulce y amargo, que me encendía por dentro, como la chispa a la pólvora. Mis dedos se enroscaron con su pelo e inconscientemente, mi cadera se había pegado a su cuerpo al notar su erección en mi muslo. Sus manos se deslizaron a lo largo de mi espalda ejerciendo una suave presión que me hacía pegarme, todavía más a él.

Poco a poco fuimos resbalando, hasta caer de rodillas al suelo, sin dejar de besarnos, ni de acariciarnos.

De repente, se separó de mí. Le miré asustada, pensé que iba a marcharse de nuevo, pero la sonrisa que se dibujó en su rostro me tranquilizó. Se quitó su chamarra y extendiéndola sobre la hierba, me dijo:

—Amor mío, no te imaginas cuántas veces he fantaseado con este momento.

Yo también me quité el abrigo y lo extendí al lado de su chamarra. Con la mano le indiqué que se sentara encima de él. Sin apartar mis ojos de los suyos continué quitándome la ropa hasta que me quedé desnuda frente a él. Había comenzado a temblar, mezcla de frío y de nervios.

—Eres preciosa, mi niña —Me dijo mientras me observaba y comenzaba a desprenderse él también de su ropa, lleno del deseo y de anhelo contenidos y deseados durante tanto tiempo.

Con una delicadeza infinita me tumbó encima de la cama improvisada que habíamos hecho con nuestros abrigos. Ya no sentíamos frío. Se puso a horcajadas encima de mis caderas y mirándome con una mezcla entre devoción y pasión, fue acercando lentamente su cara a mi boca, susurrando mi nombre, hasta que sus labios llegaron a los míos, mientras sus manos recorrían lentamente mi vientre hasta llegar a mis caderas y con una dulzura brutal, entró dentro de mi e hicimos el amor por primera vez los dos. Sentirle dentro de mí fue indescriptible. Sentir a la persona que más quería en mis entrañas, me derritió de placer.

CAPITULO IX

Después de nuestro primer encuentro, ya no pudimos dejar de vernos. Fue como intentar poner puertas al mar. Nuestra pasión salió desbordada y ya no hubo manera de frenarnos.

Acordamos seguir con nuestra rutina, como si no pasara nada, ante los ojos de los demás, pero en cuanto yo podía despistarme de mi hermano, subía a la cueva. Ricardo iba allí todos los días y no regresaba hasta la noche. Fue la mejor etapa de mi vida, sólo estábamos nosotros dos, no existía nada más, sólo él y yo.

Era nuestro universo particular, pero como todo tiene su principio y su final, también nuestra luna de miel, llegó a su fin, de una manera drástica y dolorosa para ambos.

Sofía me conocía muy bien, estaba extrañada que de un día para otro mi humor hubiera cambiado, con lo afligida que estaba por la pérdida de Ricardo.

—Lela, tú me escondes algo. No me creo que hace una semana parecías un alma en pena y ahora estás radiante, vuelves a tener ese brillo en la mirada — Me dijo una tarde que vino a visitarme.

A ella no podía ocultarle nada. Le conté lo que pasó con Ricardo y que habíamos decidido venos a escondidas; se alegró por mí, pero también se puso triste porque ahora Ricardo era un hombre casado, aunque de quien estuviera enamorado, fuera de mí.

—Lela, sabes que te quiero como a una hermana y que siempre te he apoyado en todo, pero en esto no me pidas que te apoye. Aléjate por tu bien de Ricardo, ahora es un hombre casado y te hará desgraciada toda tu vida.

Me tapé los oídos y salí corriendo, gritándola que no quería escucharla. Nunca habíamos discutido y aunque me doliese, no era consciente en ese momento porque todos mis sentidos estaban puestos en Ricardo, sólo pensaba en él, no me importaba nada más, al finalizar cada encuentro con él, sólo pensaba en cuando sería el siguiente.

Empezaba la época cálida, así que aprovechaba cuando llevaba al ganado a pastar, a primera hora de la mañana, para encontrarme con mi amor.

Nos envolvía un loco deseo, que no podíamos frenar; quizás el hecho de ser prohibido lo hacía más deseado. Aprendimos a amarnos a escondidas, torpemente, entre caricias y besos, sin malicia, ni picardía, despacio y con mucha ternura. Juntos descubrimos un mundo lleno de sensaciones maravillosas. Estábamos enamorados y vivíamos el presente, sin pensar en el mañana.

Cada vez que nos despedíamos, me moría de celos, pensando que no era yo la que dormía con él por las noches; contaba los días, las horas y los minutos que quedaban para nuestra siguiente cita.

Una mañana, bien temprano, en la que estaba preparando el almuerzo para mi hermano, me sobresaltaron unos aporreos en la puerta. Mientras me dirigía a abrir, se me heló la sangre al escuchar:

—Abran la puerta a la guardia civil.

Al abrir la puerta me encontré a la pareja de la benemérita, con su uniforme verde impoluto, su tricornio de charol en la cabeza, la capa cubriéndoles los hombros y asomando por un costado, el mosquetón que llevaban colgando del

hombro.

—Buenos días tengan ustedes. ¿Ha ocurrido algo?

—Venimos buscando a Gabriela Málaga Santamaría.

—Soy yo — Contesté.

—Tiene que acompañarnos al cuartel — Me contestó el guardia civil más joven.

—¿Estoy detenida? Pregunté.

—No lo sabemos. Sólo tenemos órdenes de llevarla con nosotros al cuartel. Me contestó esta vez, el que parecía el mayor de los dos por su enorme mostacho, que le tapaba el labio superior.

El miedo se apoderó de mí. Les pedí que me dejaran terminar el almuerzo de mi hermano. También le dejé una nota avisándolo a dónde me llevaban.

La pareja de guardias civiles fue amable y educada conmigo en todo momento, durante el trayecto hasta llegar al cuartelillo.

En la memoria de la población se había quedado grabado el miedo a la institución, desde que al finalizar la guerra civil, comenzara la persecución del maquis; la crueldad con que habían perseguido, matado, torturado sin ningún tipo de clemencia, ni consideración.

El maquis era la resistencia antifranquista, un grupo de guerrilleros que se echaron al monte, para luchar contra el régimen de Franco, después de la guerra civil.

Realizaban atracos, sabotajes y asesinatos selectivos. Vivían en la clandestinidad y eran ayudados por los vecinos; por eso, la guardia civil era tan temida entre la población, bastaba con que sospecharan que alguien estaba ayudando o encubriendo al maquis, para que se lo llevaran detenido y lo torturasen, a veces, hasta la muerte.

CAPÍTULO X

Ricardo se casó con Rosita, y como estaba estipulado, se quedó a vivir con sus hermanas y su padre. Rosita era una muchacha un tanto especial; no destacaba por su estatura y estaba bastante entradita en carnes, lo que le otorgaba unos pechos generosos y unas caderas prominentes. Sus facciones, sin ser atractivas, no eran totalmente repelentes, aunque cuando pronunciaba alguna palabra, perdía su encanto, si es que le había dotado la naturaleza con alguno.

Había sido educada en el seno de la religión católica de la época, es decir, como esposa y madre que debe atender al marido y educar a los hijos. Como mujer, su finalidad en la vida era casarse y traer hijos al mundo.

Cuando Rosita conoció a su futuro marido, no pudo creerse la suerte que había tenido; nunca había tenido esperanza de encontrar marido y mucho menos, un marido como Ricardo.

La noche de bodas, a pesar de compartir lecho con su esposa, no consumó el matrimonio y tampoco las siguientes noches.

Ricardo consiguió no tener que compartir habitación con Rosita, con el pretexto de no molestarla, cuando tenía que salir precipitadamente por la noche, si le venían a buscar del cuartel. Por el día se levantaba temprano y se pasaba la jornada fuera de casa.

Así consiguió resolver la rutina diaria, pero su cabeza y su corazón estaban en constante lucha; su corazón echaba de menos a Lela las veinticuatro horas del día, un olor, una palabra, un gesto, un color, cualquier detalle le recordaba a su amada; su cabeza no paraba de decirle que tenía que olvidarla, que él era ahora un hombre casado y que tenía que alejarse de ella, sobre todo por respeto.

También vivía con el remordimiento de haberla abandonado, justo en el momento en que más necesitaba su apoyo y su cariño, habiéndole dado su palabra. Eso era lo que más le remordía la conciencia; había fallado al amor de su vida y eso jamás se lo perdonaría.

Cada nuevo día era una tortura para él. En cuanto podía se escapaba del cuartel para refugiarse en su escondite secreto, una cueva escondida, en el monte a la que solían ir, cuando de chavales querían esconderse de las miradas ajenas, para fumar o para estar con alguna muchacha a solas; allí podía estar sólo, apartado del mundo. Llegó a pensar en quitarse la vida, si no podía tener a Lela, no merecía la pena vivir, pero no podía abandonar este mundo sin pedir perdón a la que se había convertido en la razón de su existencia.

Como en otras ocasiones, recurrió a su amigo del alma para que le ayudase. Escribió una carta para Lela, en la que le pedía perdón y le recordaba que siempre sería el amor de su vida y Juan fue el encargado de hacérsela llegar a su destinataria.

Ahora ya se había quitado un peso de encima, pero la pena de no poder compartir su vida con Lela le acompañaría mientras viviera.

El día que le entregó la carta a Juan para Lela, había preparado algunas prendas de abrigo y algún vívere y decidido se encaminó hacia su refugio, a pensar qué haría con su vida desde ese momento, en adelante; no podía volver a convivir con su esposa y mucho menos con su padre y también tenía que desaparecer del pueblo, imposible tener tan cerca a Lela y no verla, ni tocarla.

Tras un buen rato de caminata, llegó a la cueva que en los últimos meses se

había convertido en su segunda casa; después de dejar todo el equipaje que llevaba en el interior de ésta, a buen recaudo de alimañas y animales salvajes, se adentró en el bosque para recolectar leña, antes de que anocheciera.

La primavera estaba llamando a la puerta, se olía en el aire y se veía en los primeros brotes verdes de las ramas. Ricardo aprovechó para recoger agua en su cantimplora; el caudal del regato era abundante y el agua cristalina y limpia. También aprovechó para refrescarse y asearse. Recolectó un buen fajo de leña y se encaminó, de nuevo hacia la cueva. El sol se colaba por entre las ramas de los árboles y le acariciaba la cara; mientras, pensaba que por fin se sentía en paz consigo mismo, a pesar del dolor de haber perdido a la que se había convertido en el faro que alumbraba su vida. Ahora ya no tenía ninguna luz que le iluminara el camino y había perdido las ganas de vivir, pero había podido explicar a Lela el motivo por el que tuvo que renunciar a ella, obligado por su familia. El remordimiento de saber que la había dejado en la estacada cuando más le necesitó, le había quemado las entrañas y le había hecho sentirse la persona más rastrea del mundo.

Con esos pensamientos, iba caminando de regreso a la cueva, cuando le pareció escuchar un llanto de mujer, que le resultó muy familiar.

Pensó que la mente le estaba jugando una mala pasada, porque el llanto que escuchaba era el de Lela, cuando también comenzó a escuchar su voz diciendo entre sollozos que lo había perdonado. La voz que oía provenía de la entrada de la cueva. Él estaba detrás de unos arbustos. Sin pensarlo dos veces, atravesó el matorral que lo separaba de la cueva de un salto; tenía que saber que esa voz no era producto de su imaginación. Lo que vio le dejó paralizado, allí estaba Lela abrazada a Juan, con la cabeza apoyada en su hombro, llorando desconsoladamente.

Ninguno de los dos se había dado cuenta de la presencia de Ricardo, hasta que le escucharon hablar:

—Oh, Lela, no sabes lo que significa para mi escucharte decir que me has perdonado.

Lela levantó la cara y se giró hacia donde estaba Ricardo. Sus miradas se encontraron y como dos imanes que se atraen, comenzaron a caminar cada uno en dirección hacia el otro.

Se fundieron en un cálido abrazo en el que volcaron, ella todo el miedo que había pasado pensando que él se había podido quitar la vida y él, todo el remordimiento por el daño que le había causado. Estuvieron así, estrechados entre sus brazos, sintiéndose, estrujándose tan fuerte que apenas podían respirar,

hasta que sus bocas, ávidas la una de la otra, se buscaron y se fundieron en un largo y ansiado beso.

Mientras la besaba, la apretaba contra su pecho con todas sus fuerzas, tenía miedo que fuera un espejismo y se esfumara de entre sus brazos. Fueron resbalando exhaustos por la emoción contenida, hasta caer de rodillas al suelo. Allí se amaron por primera vez.

Ese fue el escenario de los siguientes encuentros amorosos que tuvieron durante los siguientes meses. Él ponía de excusa su trabajo en casa para estar fuera todo el día y ella no necesitaba excusa porque estaba sola, su hermano estaba en los campos con el ganado y su hermana trabajaba de interna en una casa.

Durante esos meses vivieron por y para su amor, sin importarles, ni pensar en nada más. Habían sufrido mucho y ya no querían sufrir más.

Un día víspera de San Juan, el padre de Ricardo se acercó al cuartel para denunciar a su vecino Agapito; habían discutido por unas lindes y no estaba dispuesto a ceder ni un centímetro de sus tierras.

—Buenos días nos dé Dios, Gervasio. Haz el favor de avisar a mi hijo que tengo que hablar con él — Dijo Don Ricardo mientras sacaba de su bolsillo un pañuelo de tela con su inicial bordada en una esquina. Entraba por la puerta todo acalorado, parte por el esfuerzo de subir la cuesta que llevaba al cuartel, a pleno sol de mediodía y también por la trifulca que acababa de tener con su vecino Agapito.

—Lo siento, Don Ricardo, pero su hijo no se encuentra “-.Contestó el cabo Gervasio, levantando la vista del informe que estaba preparando para el coronel.

—No seas inepto y ve a buscarlo si no quieres dormir hoy en el calabozo — Bramó el viejo entrecortadamente por la fatiga, mientras se sentaba en una silla.

El cabo Gervasio también comenzó a sudar, pero no del calor, a pesar de ser sofocante. La presencia del capitán le provocaba pánico, aunque él había llegado al cuartel después de que éste se hubiera jubilado, las historias que había oído contar de él eran dignas de la peor película de terror. Había escuchado verdaderas aberraciones sobre torturas llevadas a cabo durante la postguerra por el capitán y otros guardias civiles de la época.

El cuartel estaba vacío, sólo estaba él, así que no tenía a quien recurrir.

—¿Mi capitán, se le ofrece algo de beber? Le preguntó para ganar tiempo.

—Pues sí, tráeme agua fresca mientras espero a que regrese mi hijo .

—Yo le traigo el agua, mi capitán, pero el hijo de usted no creo que regrese hoy.

—¿Qué estás diciendo, mentecato?

—Mi capitán, su hijo llega temprano por las mañanas y después se marcha y no regresa hasta el día siguiente.

—¿A dónde va?

—No le puedo decir, quizás el coronel Mijares lo sepa.

El viejo se quedó un rato más mientras se reponía del sofoco. Ya se le había pasado el mal humor por la discusión con Agapito. Ahora tenía en mente descubrir que se traía su hijo entre manos.

Esa noche en la cena intentó sonsacarlo y descubrir lo que escondía, aunque intentara disimular normalidad, esas desapariciones encerraban algo y se olía lo que podía ser.

—Hijo, hoy fui al cuartel a poner una denuncia a Agapito y no te encontré.

Ricardo al escuchar a su padre decir eso se puso rígido.

—Vaya, no sabía ¿Qué le ha pasado con Agapito, padre? Ya sabe que está mayor y, a veces, se le va la cabeza.

Mientras hablaba intentaba no mirar a su padre directamente para que no descubriera que estaba mintiendo y agachó tanto la cara que casi la mete en el plato de la sopa.

El viejo se dirigió a Rosita que estaba sorbiendo la sopa sin darse cuenta de la tensión que se había creado y le ordenó que se fuera a la cocina. Esta se levantó y se marchó, sin abrir la boca.

—Hijo ¿Qué me ocultas? Me han dicho que llegas al cuartel por las mañanas y que luego desapareces hasta el día siguiente.

—Padre, encerrado en el cuartel me ahogo, prefiero estar en la calle.

—¿Seguro que sólo es eso?

—Claro, padre, ¿Qué va a ser si no? Quédese tranquilo y no le tome en cuenta lo que diga Agapito; el pobre hombre chochea cada vez más.

Dicho esto, Ricardo se levantó de la mesa y se retiró a dormir. Al día siguiente vería a Lela en su refugio secreto. Sólo le importaba eso; cuando la tenía entre sus brazos, el resto del mundo no existía.

El viejo no se tragó la milonga del agobio, por eso, al día siguiente volvió al cuartel a encomendar una misión al cabo Gervasio.

—Buenos días, mi capitán. Si viene buscando al hijo de usted, hoy todavía no ha llegado y vista la hora, no creo que hoy aparezca ya.

—Hoy no vengo buscando a mi hijo. He venido a hablar contigo.

Al cabo Gervasio se le heló la sangre y notó como un sudor frío le resbalaba por la espalda al escuchar al viejo pronunciar esas palabras.

—Usted dirá en qué puedo servirle — Acertó a tartamudear.

—Verás, Gervasio, lo que voy a pedirte es confidencial. No tiene que enterarse nadie y cuando digo nadie, es nadie. ¿No sé si me estás entendiendo? Le dijo el viejo capitán, mientras le miraba con sus ojos saltones, de manera intimidante.

Al cabo Gervasio le había empezado un leve temblor en las manos que intentó disimular agarrándose fuertemente las muñecas por debajo de la mesa para que Don Ricardo no lo notara

—Si, mi capitán, puede estar seguro que seré una tumba. Lo que usted me diga hoy, no saldrá de mi boca. Se lo juro por mis muertos.

—Lo que te voy a pedir que hagas es muy delicado y te lo pido a ti porque sé que eres la única persona en la que puedo confiar. Quiero que desde mañana, durante un mes seas la sombra de mi hijo, pero sin que él se dé cuenta.

No te preocupes por tu trabajo, ya le he dicho al coronel Mijares que te necesito para hacer unos trabajillos en mi casa.

A partir de mañana seguirás a mi hijo, desde que sale de casa hasta que vuelve y dentro de un mes exacto volverás a tus ocupaciones, como cabo al cuartel. Me prepararás un informe con todo lo que ha hecho mi hijo durante los treinta días y, por supuesto, recibirás tu recompensa —.

Dicho esto, el hombre se levantó, con ayuda de su bastón de la silla en la que se había sentado, se dio media vuelta y se marchó seguro de que el cabo Gervasio haría la encomienda, como si le fuera en ello su vida.

No se equivocó, efectivamente el cabo Gervasio, todos los días a las seis de la mañana, estaba apostado en la esquina de la casa de Ricardo. Éste solía salir hacia las siete y se encaminaba al cuartel, donde permanecía alrededor de una hora o dos. Transcurrido ese tiempo, salía por la puerta y se dirigía hacia los prados donde pastaba el ganado; subía hasta lo alto, en donde estaba la cueva en la que se refugiaba el resto del día, hasta que anochecía y se volvía para el pueblo. Así transcurrieron dos semanas; el cabo estaba aburridísimo de pasarse el día apostado detrás de un árbol, sin apenas cambiar de postura, para no ser descubierto por su superior. Pero de repente, una mañana, al cabo de un rato de llegar Ricardo a la cueva, apareció Lela y, como en cada uno de sus encuentros, confiados de que estaban solos en la naturaleza con los pájaros y cielo como testigos de su amor, se amaron apasionadamente, bajo los rayos del sol.

El cabo Gervasio no daba crédito a lo que estaba contemplando. Nunca había visto hacer el amor a dos personas; de hecho, él todavía no lo había hecho con ninguna chica. Andaba cortejando a una muchacha del pueblo de al lado, que se

había ido a estudiar bachillerato a la capital, pero no había pasado de dar algún paseo agarrados de la mano, así que lo que estaba contemplando, aparte de dejarle perplejo, le provocó una erección y una eyaculación espontáneas. Con un pánico atroz a ser descubierto, echó a correr campo abajo, tropezando varias veces, iba tan deprisa que se arañaba con las ramas de los árboles porque no le daba tiempo de apartarlas. Dio un traspíe, perdió el equilibrio y bajo un trecho dando volteretas, hasta que consiguió agarrarse a unos arbustos y parar.

Aturdido y mareado por la caída, se puso en pie e intentando mantener el equilibrio, se encaminó a la casa del viejo capitán. Cuando llegó era casi la hora de la siesta, así que al cruzar el pueblo, afortunadamente, no se encontró con un alma; era verano y el calor era sofocante a esa hora. Llamó a la puerta, ya más calmado y se dio cuenta en ese instante del aspecto tan deplorable que tenía, pero no podía entretenerse a asearse y a cambiarse de ropa, tenía que contar a Don Ricardo lo que había contemplado en la cueva.

Agarró la aldaba y llamó todo lo insistentemente que le permitían las pocas fuerzas que le quedaban. Al fondo se escuchó la voz de Paquita, la criada interna que trabajaba en la casa del guardia civil desde hace años.

—Ya va, ya va, un poco de paciencia.

Al abrir la puerta y ver al cabo Gervasio no pudo disimular su cara de asombro y poco después comenzó a reír a carcajadas cuando vio unas manchas de color amarillento recorrer las perneras de sus pantalones.

—Paquita, deja de reírte y dime si se encuentra Don Ricardo en casa, por favor, que no estoy para bromas.

—Don Ricardo está acostado. Tendrás que esperar a que se levante.

El muchacho recapacitó por un momento y pensó que quizás podía aprovechar para ir a asearse y cambiarse de ropa mientras el capitán se levantaba de su siesta. Realmente tenía un aspecto desastroso.

Cuando se presentó de nuevo en casa de Ricardo, el padre estaba sentado delante de una taza de café humeante, con cara de pocos amigos. Por saludo le soltó una especie de gruñido ininteligible. En ese momento Gervasio llegó a pensar que no había sido buena idea importunar al viejo, pero no podía seguir espionando a Ricardo y volver a ser testigo de lo que había contemplado unas horas antes.

—Buenas tardes, señor. ¿Cómo está? Dijo, con la mirada fija en el suelo, azoradamente.

—Ve al grano. Espero que tengas noticias para venir antes del día estipulado —Gruñó esta vez, clavando su mirada de sapo en los ojos de Gervasio.

El pobre Gervasio comenzó a temblar como si de repente hubiera bajado la temperatura a menos cero grados y cuando quiso empezar a hablar no consiguió articular dos palabras seguidas sin tartamudear:

—Señor, me pidió que vigilara a su hijo desde que salía de casa, hasta que volviera, durante un mes, pero lo que he visto hoy, creo que es suficiente. Todos los días sube por el monte, dirección a Castillo-Pedroso y pasa el día en una gruta que está escondida. Allí se pasaba el día sólo, pero hoy ha recibido una visita.

—¿Ha ido su amigo de borracheras, el Juan y han bebido hasta quedarse dormidos? Preguntó el capitán, casi riéndose, al ver como el joven tartamudeaba.

—No, señor, no era Juan. Era la que fue novia de su hijo, Lela.

Al oír el nombre de Lela, el viejo dio un respingo que hizo que la mesa se tambalease, estando a punto de derramar el café.

—Me imaginaba algo así. No me creía la resignación con la que llevaba el haberse casado con el adefesio de Rosita .

Y dicho esto, si que dio un puntapié, tirando la taza y la cafetera al suelo, salpicando también a Gervasio con el líquido humeante, pero éste no osó decir nada al notar como le quemaba la pierna. Simplemente se apartó para no estorbar al viejo cuando pasó por delante de él.

Gervasio sabía que no debía de haber delatado a Ricardo, siempre se había portado bien con él e incluso un día llegó a sincerarse contándole su amor frustrado con Lela y de la boda amañada con Rosita, pero el miedo y el respeto al viejo capitán podían más, así que lo único que pudo hacer, después de ese día, fue pedir traslado porque no era capaz de volver a mirar a la cara a Ricardo. El viejo le facilitó el traslado porque le convenía que desapareciera el único testigo que podía irse de la lengua. Nadie tenía que saber lo que estaba maquinando para separar a su hijo de Lela, definitivamente.

CAPÍTULO XI

El viejo no pudo dormir esa noche, tenía que librarse de Lela, pero matarla sería demasiado peligroso aún para él, que se creía inmune al brazo de la justicia. Tenía que deshacerse de ella, de otra manera. Pensó en la marquesa de Abionzo, a quien le unía una antiquísima amistad y a quien había ayudado cuando enviudó, hacía poco más de un año. Su único hijo se había tenido que marchar hacía unos meses, a hacer las Américas porque la familia se estaba arruinando. El marqués en vida fue un gran aficionado al juego y al morir dejó muchas

deudas.

La amistad del guardia civil y la marquesa venía de tiempo atrás, antes de que la marquesa se convirtiera en marquesa y el guardia civil en guardia civil.

En la primera década del siglo XX, la joven marquesa era una muchacha hermosa de cabellos rubios, que le caían sobre los hombros en forma de tirabuzones y unos ojos azules tan profundos como el mar que enfatizaban su gesto de resignación ante la vida, ya que su familia que era de abolengo y ya la habían concertado el matrimonio con el marqués, cuando apenas era un bebé. Por aquel entonces el joven marqués era un muchacho jovial y juerguista que, como los muchachos de la época, sólo pensaba en divertirse.

La fatalidad o el destino hicieron que la joven marquesa y el joven guardia civil, se encontraran una mañana en el mercado de la capital. Ella caminaba detrás de su madre y su hermana, como siempre, despistada mirando con avidez a su alrededor. Le encantaban el bullicio y las gentes, puesto que vivía rodeada de adultos y apenas salía de la mansión en la que habitaba. Algo le llamo la atención en un escaparate y al intentar cruzar la calle para acercarse a verlo, un obstáculo en el suelo hizo que tropezara y se le cayeran al suelo los guantes; en ese momento pasaba el joven Ricardo, guiando una carreta con tan mala suerte que le pasó por encima del guante una de las ruedas de la carreta. El joven Ricardo de un brinco se plantó al lado de la joven Lucrecia, asustado, al pensar que habría podido atropellar a alguien. Los dos se agacharon al tiempo para recoger el guante, sus manos se tocaron y sus miradas se encontraron; El azul profundo de los ojos de la marquesita se juntó con el verde intenso de los ojos del joven guardia civil y juntos formaron un color único, un color mágico y sus corazones quedaron unidos para siempre por el hilo invisible del amor. Un amor que vivió dentro de sus corazones toda su vida y que nadie consiguió reemplazarlo.

El joven Ricardo quedó prendado de esa muchacha tan jovial, que le saludó con una sonrisa sincera, cuando él, muerto de la vergüenza al ver el guante debajo de la rueda de la carreta, medio enterrado en el barro, acertó a tartamudear:

—Lo siento señorita, no la he visto. Por poco la atropello. ¿Cómo no he podido verla, si brilla usted más que el sol?

La voz de la madre de la joven Lucrecia les despertó del sueño y les devolvió a la realidad, cuando tirando del brazo de su hija, la instaba a que se espabilara y dejara de comportarse como una vulgar campesina, a la vez que obsequiaba con una mirada de desprecio al pobre Ricardo que ensimismado no se enteraba de

nada de lo que ocurría a su alrededor.

A partir de ese día, el joven Ricardo no descansó hasta que supo quién era esa muchacha de mirada cautivadora que se le había metido en las entrañas. Ella también se había enamorado de ese muchacho tan varonil, esbelto y de piel aceitunada, pero no podía fantasear con volverlo a ver. Sabía que su destino estaba ya decidido, pero no podía evitar que su pulso se acelerara al pensar en cómo le miraron, verdaderamente asustados, esos ojos verdes que le despertaron sentimientos y sensaciones desconocidas para ella. No sabía por qué, pero con sólo recordar el roce de sus dedos en los suyos al recoger su guante, su cuerpo sufría una descarga eléctrica, que la hacía estremecerse. Sus corazones se llamaban con gritos silenciosos, gritos que sólo ellos podían oír. No se puede luchar contra la fuerza del destino, ni contra la fuerza del amor. Son fuerzas enormemente poderosas cuando se juntan, ya nunca vuelven a soltarse.

El joven Ricardo descubrió que todos los mediodías, cuando no llovía, ella salía a pasear con su hermana mayor, acompañadas siempre de su doncella, por un parque cercano a su casa, así que aprovechó esa oportunidad para hacerse el encontradizo y poder hablar con ella.

—Qué suerte que el destino ha vuelto a cruzar nuestros caminos. Llevo su guante en el bolsillo desde aquel día, con la ilusión de poder devolvérselo — Mintió porque él no había descansado hasta dar con ella y sabía, con gran precisión, todos sus horarios y costumbres.

Ella se sonrojó al verlo, aunque no pudo evitar que se le dibujara una sonrisa tontorróna en el rostro, a la vez que se le iluminaba la mirada. Una colonia entera de mariposas pugnaban por salir de su estómago hacia su garganta, el oxígeno parecía que se había extinguido del aire, porque no conseguía respirar y su rostro la ardía tanto, que pensó que se le iba a despegar la piel de la cara.

Ricardo se acercó a ella y con toda la delicadeza que le permitieron los nervios, le entregó el guante y acercándose a su oído disimuladamente para que no lo escucharan ni su hermana, ni la criada, le dijo que dentro del guante había una carta.

Ella, en ese momento, al notar el aliento del joven Ricardo en su cuello, mientras entraban por sus oídos el dulce sonido de las primeras palabras de amor, notó de nuevo esa sensación en la boca del estómago, que sintió cuando se encontró con él, esa primera vez, aquel día en el mercado. Cuando llegó a casa, aún con las piernas temblorosas, pero el pulso firme, se sentó en la cama y sacó la carta que había dentro del guante:

“Querida mía: El día que te vi me quedé enredado en tu mirada y envuelto en tu sonrisa. Desde ese día no he parado hasta conseguir encontrarte y ahora espero con ansiedad el próximo encuentro. Necesito volver a verte enseguida.

La esperaré en el parque, detrás de la fuente el próximo jueves, al mediodía. Te espero, pero con prisa.

Ricardo”

La joven marquesa no cabía en sí de gozo, el apuesto joven de quien se había enamorado en silencio también se había enamorado de ella. Tenía que decidir si ir a la cita o no. No podía dar rienda suelta a sus sentimientos, tenía que frenar lo que estaba a punto de comenzar. Si iba, sabía que no podría esconder sus sentimientos; saldrían con la fuerza de un volcán en erupción. No resistiría tener cerca a Ricardo y comportarse con indiferencia, como si no se sintiera atraída por él. El día que le dio el guante, a punto estuvo de desmayarse del sofoco que le provocaba tenerlo tan cerca.

Llegó el jueves al mediodía y aunque la joven marquesa había decidido no acudir a la cita, cuando el reloj del salón comenzó a dar las campanadas anunciando las doce en punto, un desazón comenzó a recorrer todo su cuerpo, que no le permitía continuar leyendo el libro sostenía entre las manos. Moviada por un impulso, se levantó de la butaca en la que estaba leyendo y sin pensarlo salió sigilosamente por la parte de atrás de la casa, cruzó la calle y se encaminó al parque. Nada más cruzar la verja de entrada dirigió la mirada hacia la fuente. Su semblante cambió al no ver allí al joven Ricardo. La desilusión la invadió y sin llegar hasta la fuente, se dio la media vuelta para regresar a su casa, pensando que ojalá nadie se hubiera dado cuenta de que había salido; así no tendría que inventarse ninguna excusa.

En esos pensamientos llevaba ocupada la mente, cuando de repente, al doblar la esquina, se dio de bruces con el joven Ricardo que llegaba corriendo y exhausto; un contratiempo a última hora le había hecho perder el tranvía. Se quedaron parados uno frente al otro, no tuvieron que decir nada, sus cuerpos se fundieron en un abrazo atraídos por la fuerza del amor nacido en sus corazones, el día en que sus miradas se cruzaron, en el mercado

Desde ese día y hasta que ella se casó con el marqués de Abionzo, sus vidas estuvieron llenas de encuentros furtivos, besos y caricias dados a escondidas de las miradas de su hermana y su doncella. Fue una época feliz para ambos. Después sus existencias se volvieron monótonas y tristes, tanto para él como para ella.

El viejo capitán, a pesar de haber pasado muchos años ya, rememoraba muy a menudo esa época, con extraordinaria nitidez, sobre todo recordaba el día que hizo el amor con la joven marquesa por primera vez. Hacía casi seis meses desde su primera cita amorosa en el parque. El verano había acabado y las calles estaban llenas de hojas secas que caían incesantemente de los árboles, empujadas por la brisa otoñal. Como todas las mañanas al mediodía, el joven Ricardo se acercaba al parque para ver a su amada; en los días en que no la acompañaba su hermana podían escaparse a la caseta de los patos que había detrás del lago y disfrutar de un rato de intimidad, pero los días que veía que llegaba acompañada de su hermana, se tenían que conformar con mirarse desde la distancia. Esa mañana estaba sentado en el banco, enfrente de la fuente, leyendo un libro esperando a que apareciera su amada, pero ese día llegó sola la doncella. Él, al verla llegar sola, pensó que había ocurrido algo grave y corrió a su encuentro:

—Conchita ¿Dónde está la señorita Lucrecia? ¿Ha pasado algo?

—No, señorito. La señorita Lucrecia me envía para que le entregue esta nota —Le dijo Conchita mientras metía la mano en el bolsillo de su delantal blanco impoluto y sacaba un trozo de papel enrollado y atado, con un lazo de color rojo.

El joven Ricardo, intrigado por saber que decía la nota, se la quitó de las manos a Conchita, apenas la sacó del bolsillo.

“Amor mío, dentro de media hora ven a mi casa,
Entra por la puerta del servicio.
Conchita te estará esperando.

Dobló la nota, se la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y consultó la hora en su reloj. Pasaban diez minutos del mediodía, calculó qué tardaría quince en llegar a casa de su amada, así que decidió volver a sentarse en el banco en el que estaba cuando llegó Conchita para que su corazón recobrase el ritmo normal.

Cuando llegó a casa de su amada, estaba esperándolo, como le había indicado en la nota, Conchita. Sin decir una palabra, le hizo un gesto para que guardara silencio y le siguiera. Entraron por la puerta de la cocina, la que usaba todo el servicio, le llamó la atención que no hubiera nadie cocinando, pues era la hora de la comida. Salieron por una puerta lateral y tras recorrer un largo pasillo, Conchita le señaló unas escaleras angostas en forma de caracol que suponían daban a un desván.

—Señorito, suba por estas escaleras, la señorita Lucrecia lo espera arriba.

Sin más demora, subió las escaleras a grandes zancadas. El corazón se le

había vuelto a acelerar. Al final de las escaleras había una puerta de madera envejecida y apolillada, en la que destacaba un gran picaporte roñoso con una gran llave metida en el ojo de la cerradura. La puerta estaba entreabierta. Sólo tuvo que empujarla un poco para entrar dentro de la estancia. Apenas estaba iluminada, la poca luz entraba a través de una pequeña ventana situada en un lateral. Cuando sus ojos se acostumbraron a la poca claridad, pudo ver que había una silueta dibujada en la ventana que le erizó el vello del cuerpo al reconocerla, era ella, su amada. Al trasluz de la ventana su silueta lucía espectacular, el corpiño acentuaba aún más su cintura de avispa, remarcada por el cancán del vestido. Su escote dejaba adivinar unos pechos pequeños, pero redondos y firmes que pujaban por salir por encima del corsé.

La joven Lucrecia, al oír llegar a su amado, se giró hacia donde estaba él y esbozando una sonrisa que le iluminó la mirada, corrió rauda a su encuentro para refugiarse en los brazos de su amor y fundirse con él en un abrazo tierno y dulce, lleno de sentimientos y de un cariño profundo que sólo se siente hacia esa persona que despierta el primer amor de juventud. Los dos amantes sentían en ese momento que no había nada más y que podrían enfrentarse al mundo entero si hacía falta para defender su amor.

Esa tarde se amaron por primera vez. Descubrieron sus cuerpos al amor, a su primer amor y ese recuerdo se quedó en sus almas, durante el resto de sus vidas.

Los padres de la joven Lucrecia la enviaron unos meses a un internado, en Suiza para completar su formación para la boda. Los enamorados no tuvieron ocasión de despedirse y el joven Don Ricardo empezó a conocer los sinsabores de la vida, quedándose sólo y triste. Se alistó en el ejército, no podía quedarse a ver como su amada se casaba con otro. Desde ese día, no pasó ni un sólo momento en que no se arrepintiera de no haber intentado impedir esa boda, de haber huido con su amada, en lugar de salir corriendo, rindiéndose, sin presentar batalla, sin hacer nada, sabiendo que toda su vida viviría lamentando su cobardía.

Cuando la joven marquesita se desposó con el marqués, él estaba lejos, en la escuela de la guardia civil formándose para ingresar en la benemérita como su padre y anteriormente, su abuelo. Su padre le concertó un matrimonio con la hija de un capitán del ejército, el cual aceptó sin rechistar; para él, la vida se había convertido en un discurrir de días y noches. Simplemente se casaba como mero trámite y para dar nietos a sus padres. Así fue que apenas un año más tarde de haberse casado su amada, él también contrajo matrimonio.

Casi al mismo tiempo fueron padres, él de una niña y ella de un niño. Para

ella fue el único, a pesar de quedarse embarazada en varias ocasiones más, no volvió a conseguir que sus embarazos llegaran a término y para él fue la primera de cuatro niñas y en último lugar llegaría el varón, que sería bautizado con su mismo nombre, Ricardo. A partir del momento en que nació su único hijo varón dejó de visitar la habitación de su esposa. Ya había cumplido con su obligación de hijo de guardia civil y había dado un nieto varón a su padre para consolidar la estirpe de guardias civiles de la familia.

Habían pasado apenas diez años y no había llegado todavía a la treintena, pero su mirada no tenía el brillo que da la juventud y una vida llena de alegría, como aparentemente pudiera parecer desde fuera. La pena de vivir sin amor, sin su amor y lo que era peor, de saber que no lo tendría nunca, le había agriado el carácter y se había vuelto huraño y taciturno, incluso con los amigos de taberna, con los que compartía los chiquitos de vino cada noche, al terminar su guardia en el cuartel.

Él se enteraba de la vida de la marquesa por la crónica social de la época, por eso se enteró cuando enviudó y no dudó en ir al funeral y darle el pésame; por su cabeza pasó la idea de poder estar juntos ahora que los dos estaban viudos, pero a ella le importaba mucho el qué dirán de las gentes y, sobre todo, en el círculo de la nobleza en el que se movía y, dada la mala situación financiera en la que le había dejado su marido al morir, no podía permitirse las habladurías de la gente.

Por eso, cuando ella se puso en contacto con él para que le ayudara a preparar el viaje de su hijo para Sudamérica, no dudó ni un momento en ponerse a su disposición. La situación de la familia era tan precaria, que la marquesa había decidido vender las fincas de la familia y marcharse a hacer fortuna a Venezuela cultivando cacao. Él le consiguió el billete en el transatlántico y procuró que a la llegada del hijo de la marquesa hubiera un guía que le acompañara y asesorara en todo lo necesario.

El viejo capitán sabía que, si el hijo de la marquesa lograba hacer fortuna allende los mares, ella se marcharía con él y la perdería para siempre, pero aun así, guardaba una pequeña esperanza de que ella le abriese las puertas, de nuevo a su amor de juventud y pudieran disfrutar en ese último tramo de la vida, de su amor maduro.

Desde la partida del hijo de la marquesa, Don Ricardo siempre se mantuvo alerta, vigilando en la sombra que la marquesa estuviera bien. Había pasado poco más de un año, cuando recibió noticias de ella, instándole a una cita porque tenía algo importante que decirle. El viejo corazón del guardia civil vibró de emoción como cuando tenía veinte años al pensar que esas noticias estaban

relacionadas con ellos dos, cosa que tanto ansiaba, pero justo lo que le iba a pedir, les iba a alejar mucho más de lo que lo habían estado durante toda su vida.

La marquesa había recibido noticias de su hijo, en ellas le informaba que acababa de comprar una hacienda junto con una plantación de cacao. El hijo de la marquesa se había marchado a la aventura y, cuando llegó a las Américas no tenía ni idea de lo que iba a hacer; fue el asesor que le procuró el viejo guardia civil, un banquero español afincado en Guatemala, quien le asesoró sobre el negocio del cacao venezolano. El éxito de ese negocio había atraído a comerciantes españoles, los cuales habían formado la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, para obtener de la Corona española la exclusividad de explotación del territorio venezolano.

En la carta el joven marqués requería a su madre para la puesta a punto de la casa, puesto que él no tenía tiempo, ni sabía de esos menesteres. Además estaba muy ocupado en la nueva plantación buscando mano de obra y capataces experimentados que le ayudaran a llevar a buen término su nueva y ambiciosa empresa.

La marquesa, al recibir las buenas nuevas de su hijo, a la par de alegrarse, también se inquietó por el miedo a que todo se desmoronara y perdieran lo que habían y estaban invirtiendo en ese nuevo proyecto de vida, que era todo lo que tenían. Si salía mal, sería la ruina total, así que, como siempre había hecho cuando había necesitado ayuda o apoyo, recurrió a su viejo y querido amor de juventud, su querido Ricardo, que siempre había estado ahí para ella, le hubiera necesitado o no, incondicionalmente. Por eso, no dudó en volverle a pedir ayuda:

“Mi querido y estimado Ricardo, siempre has estado ahí cuando te he necesitado. Me ayudaste a preparar el viaje de mi único hijo para América y ahora he recibido noticias tuyas. Ha adquirido una hacienda junto con una plantación de cacao y me pide que vaya con él para ayudarlo a organizar la casa. Él está demasiado ocupado en la plantación. Tendría que vender el resto de las pertenencias y propiedades para poder viajar hasta Venezuela. Necesitaría tu inestimable ayuda para poder agilizar todos los trámites y así poder partir cuanto antes. Mi hijo me espera y yo también le echo de menos, es la única familia que me queda, junto contigo que te considero mucho más que un familiar. Sé que puedo contar contigo y por ello y por todo, te estaré eternamente agradecida.
Tuya siempre, tu marquesa.

CAPÍTULO XII

Al viejo guardia civil, que ante los ojos de la gente era tosco, huraño e introvertido, le bastaba una palabra de su adorada marquesa, para que esa máscara se cayera y apareciera una dulce y apacible mirada en su rostro, acompañada de las palabras más cariñosas que se puedan encontrar en el diccionario de los enamorados.

Al recibir la misiva, no dudó, ni por un instante, ponerse con todos los sentidos a buscar compradores para los bienes e inmuebles de la marquesa, aunque eso supusiera que se marcharía a las Américas y, muy posiblemente, no se volviesen a ver. Estos asuntos le mantenían ocupado desde que se levantaba hasta que se acostaba; aprovechaba para visitar a la marquesa casi a diario, para tenerla al corriente de los avances y la ilusión de poder verla y hablarla todos los días le había hecho rejuvenecer más de una década, las fuerzas y la alegría de vivir habían vuelto a su espíritu. Tan enfrascado estaba en esos menesteres que habían pasado desapercibido el cambio de costumbres y de actitud de su hijo Ricardo y que, si no llega a ser por la trifulca que tuvo con su vecino, quizás no se hubiera enterado nunca o demasiado tarde, del romance oculto que mantenía con Lela.

Los días posteriores a la conversación que tuvo con el cabo Gervasio, en la que le informaba sobre sus averiguaciones, no pudo conciliar el sueño, se le complicaban las cosas, junto con los negocios de la marquesa, ahora tenía que deshacerse de Lela, pero deshacerse de manera literal, tenía que hacerla desaparecer del pueblo, cuanto más lejos fuera, mucho mejor, tenía que separarlos porque si no, su hijo se convertiría en un desgraciado y él eso no lo podía consentir. Además, si el romance furtivo salía a la luz y llegaba a los oídos de la gente, posiblemente repercutiría a la hora de encontrar marido a sus otras hijas y con que se quedara la pequeña, Teresita, soltera para cuidarlo, era suficiente.

Una noche, como otras muchas, en las que mientras miraba al techo de la habitación, tumbado boca arriba, encima de la cama, sin ninguna esperanza de que el sueño llegase a sus sentidos y le permitiese perder la conciencia durante unas horas, cuando empezaban a colarse los primeros rayos de luz del nuevo día entre las grietas de la contraventana, la solución a su gran problema le vino a la mente. De repente lo vio claro, Lela se marcharía a Venezuela con su marquesa. La marquesa necesitaría compañía para el viaje y él conseguiría alejar a los tortolitos poniendo un océano de por medio. Pensando en cómo planearía la conversación para informar a la marquesa, por fin consiguió quedarse dormido.

Cuando despertó, después de muchas noches, se encontró con las fuerzas renovadas y pletórico de energía.

Se engalanó con uno de sus mejores trajes y después de acicalarse y tomarse una aromática y reponedora taza de café, se encaminó a casa de su amada y adorada marquesa, para informarla de su gran idea, con la intención de que, después de que escuchara su propuesta, la marquesa estuviese agradecida, de por vida, por todo lo que estaba a punto de hacer por ella.

Cuando llegó a casa de la marquesa, como tenía por costumbre, tocó tres veces con el aldabón. La criada, Conchita, ya reconocía la forma de llamar de Don Ricardo, pues en los últimos meses, se habían hecho asiduas sus visitas.

—Buenos días, Conchita, ¿puedes decir a la marquesa que he llegado y que tengo noticias importantes?

—Buenos días, Don Ricardo. Enseguida le aviso. La señora marquesa está tomando un té en la terraza de la parte de atrás. Acompáñeme y le avisaré de que ha llegado usted —.

El viejo capitán siguió a Conchita hasta la terraza, aunque se sabía el camino con los ojos cerrados.

—Buenos días, querida, no sé qué luce más, si tus ojos o el sol que brilla sobre tu rostro.

—Qué adulador, mi querido Ricardo. Siempre tienes una palabra cariñosa para regalar a mis oídos. .

—Sabes que lo digo con el alma, querida mía. Y más que van a brillar tus ojos cuando te cuente lo que he venido a decirte.

—Te escucho, querido. Eres mi ángel de la guarda.

—En primer lugar, te diré que el conde de Güemes, Don Álvaro José Benito, está muy interesado en adquirir tu mansión para regalo de bodas de su hijo Alvarito.

La marquesa al escuchar la noticia, se alegró muchísimo. Sabía lo difícil que sería encontrar un comprador a la altura de su mansión, y el marqués de Güemes, lo era y con creces.

—Ahora bien... — prosiguió Don Ricardo- "...me ha pedido un favor y yo, conociéndote, como te conozco, y sabiendo de tu gran corazón y bondad, le he prometido que no habría problema alguno por tu parte, es más, le he dicho que estarías encantada.

—Ahora si que me tienes en ascuas — Le increpó la marquesa, mirándolo con cara de asombro, pero a la vez con devoción.

—No te inquietes, querida —Contestó él para calmarla, a la vez que le ponía

su mano encima del hombro, ejerciendo una suave presión, para transmitirla tranquilidad.

—El conde me ha pedido un favor y creo que nos va a favorecer, sobre todo a ti. Me ha dicho que la hija de su criada se había quedado embarazada del repartidor de periódicos y la pobre infeliz, además de ser abandonada por el sinvergüenza que la preñó, tuvo un aborto y perdió la criatura que esperaba. Como la noticia se propagó por todo el valle, la familia ha perdido la esperanza de casarla.

La criada del conde es como su familia. Ha estado desde niña sirviendo en su casa y se ve en la obligación moral de hacer algo por la muchacha. Me ha pedido encarecidamente que la contrates como doncella y la lleves a Venezuela contigo. Dice que es una muchacha lista y responsable y que él responde personalmente por ella.

Querida, te vendrá bien llevar compañía durante el viaje. La travesía será larga y necesitarás quien te ayude y te cuide. Además contratándola, nos garantizamos la venta de tu mansión, pues el conde se vería en la obligación de comprarla por hacerle el favor de contratar a la hija de su criada como doncella tuya.

—Cómo siempre, tienes razón. Sería estupendo contar con ayuda durante el viaje. Conchita ya está mayor y no se merece que la separe de su familia en la recta final de su vida, para acompañarme a mi, al otro lado del mundo.

Ponte en contacto con el conde y dile que la chica puede empezar ya mismo a trabajar para mi. Es bueno que nos vayamos conociendo y familiarizando, si vamos a convivir tanto tiempo las dos solas, durante la travesía.

El viejo capitán no se podía creer lo fácil que había sido convencer a la marquesa para que Lela se fuera con ella a América, así que sin demora se encaminó al puerto para sacar los billetes para las dos, aunque perdiera para siempre a su marquesa el día que zarpara en el barco, le urgía que se marcharan pronto por si Lela intentaba despedirse de Ricardo. Si eso llegaba a ocurrir, todo su plan se iría al traste.

CAPÍTULO XIII

El día que los guardias civiles me llevaron detenida al cuartel, el viejo capitán tuvo una charla conmigo, dentro del calabozo.

Estaba temblando de miedo cuando me dejaron los dos representantes de la benemérita en la siniestra celda, aunque durante el camino de mi casa al cuartel,

no habían sido en ningún momento irreverentes y me habían tratado incluso con respeto, el simple hecho de estar metida en ese frío y lúgubre lugar, sentada en un banco de piedra y sin poder salir porque había una puerta de barrotes de hierro cerrada con un enorme y roñoso candado, me provocaba tal pánico que no podía parar de temblar y de llorar. No supe cuánto tiempo pasó, ni si era de día o de noche, cuando me tumbé con el cuerpo encogido encima del banco de piedra y me quedé dormida.

Unos pequeños golpecitos en la cara me hicieron abrir los ojos. Al abrirlos, me espabilé instantáneamente. Delante de mi cara estaba el padre de Ricardo, con una taza humeante en las manos.

—Supongo que estarás muerta de frío. Tómate este café, te hará bien. No era mi intención tenerte tanto tiempo aquí metida.

Cogí la taza que me ofreció el viejo, haciendo un esfuerzo para que no se me cayera de las manos, pues había comenzado a temblar de nuevo, pero el calor que desprendía la vasija me reconfortó, a la vez que el líquido caliente me caía por el esófago y llegaba al estómago.

El viejo me miraba mientras me bebía el café. Se había hecho el propósito de meterme tanto miedo, para que no se me pasara por la cabeza, al salir de allí ir a buscar a Ricardo, pero antes de hablar conmigo, quería que estuviera calmada y que me tranquilizara.

El líquido caliente hizo su trabajo y en unos minutos estaba más reconfortada y tranquila, aunque seguía con la incertidumbre de no saber por qué estaba en el calabozo, ni que iba a ser de mí.

El viejo comenzó a hablar con un tono coloquial y afable, sentándose a unos centímetros de mí, en el frío y duro asiento, intentando verme los ojos para que centrara toda su atención en él:

—Supongo que ya sabrás por qué estás aquí. No te voy a decir cómo me he enterado que te ves a escondidas con mi hijo. Sólo quiero pedirte que dejes de verlo. Él es un hombre casado y su mujer se merece un respeto. Tú eres una chica soltera y si la gente se entera, ningún hombre en sus cabales querrá casarse contigo.

A medida que el viejo iba hablando, me iba poniendo como la grana, muerta de la vergüenza de saberme descubierta y encima por el padre de mi amor. Me imaginaba que mientras estábamos en el bosque amándonos, el hombre que tenía delante nos hubiera estado espiando. Me imaginaba la escena y me subía un calor desde el ombligo hacia arriba que me estallaba en la cara. Bajé la mirada al suelo y apenas en un susurro acerté a contestar:

—Lo siento señor, ninguno de los dos buscó lo que ha ocurrido..

El viejo, al escuchar esa frase, le removi6 las entrañas, pues sabía perfectamente la fuerza irrefrenable con la que se atraen dos corazones que se aman. No hay suficiente distancia en el universo, para anular esa atracción. Él lo había vivido durante toda su vida con la marquesa, jamás había dejado de amarla y la amaría hasta que sólo le quedase un hilo de vida y en el más allá seguiría amándola. Por eso sabía que tenía que separar a Ricardo y a Lela; aunque ellos dos tuvieran la intención de no verse más, sabía que la fuerza de su amor sería invencible.

—A ver, niña. Yo también he sido joven, pero tengo que velar por mi familia. Y vuestra imprudencia también puede costarle caro a mis hijas, que las señalarían por la calle, pensarían que son como su hermano y no podría casarlas convenientemente.

Sé que desde que vuestros padres fallecieron sobrevivís a duras penas tú y tus hermanos. Tu hermana se ha tenido que marchar interna y el ganado sólo os da para ir mal viviendo, pero a pesar de lo que crees, yo no quiero nada malo para ti, ni para tus hermanos.

No sé si sabes de mi amistad con la marquesa de Abionzo. Su hijo se marchó hace un año a Venezuela a probar fortuna y ella se marcha en unos días para vivir allí con él.

—Perdone, Don Ricardo, pero no conozco a esa señora, nunca he oído hablar de ella — Contesté. Estaba tan perpleja con la conversación, que no podía casi ni pestañear.

—Pronto la conocerás, de hecho, va a ser la única persona con la que hables en meses.

Al escucharlo, di un respingo y me puse en pie. No me estaba gustando el rumbo que estaba tomando la conversación. El viejo guardia civil continuó hablando, sin hacer caso de los movimientos nerviosos que estaba dando.

—He convencido a la marquesa para que te contrate como doncella personal. Con ella no te faltará de nada y podrás vivir una nueva vida en América. Por tus hermanos no te preocupes. Yo me encargaré de que no les falte de nada.

Si te quedas aquí, la próxima vez que me enterase de que os seguíaís viendo mi hijo y tú, no iba a ser tan benevolente.

El cabo que te trajo aquí, te acompañará ahora a tu casa. Procura tener preparado tu equipaje en una semana, exactamente. A tus hermanos cuéntales lo que quieras, pero el domingo que viene estate a las 8 de la mañana en la puerta de tu casa, se te pasará a recoger.

No daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Cómo iba a abandonar a mis hermanos y a marcharme al otro lado del mundo, sola, con una señora a la que no conocía y que si era amiga del padre de Ricardo, igual era tan arisca y antipática conmigo, como lo era el guardia civil?

—Pero señor, ¿cómo voy a hacer lo que me está pidiendo?..

—No te lo estoy pidiendo. Te lo estoy ordenando, aunque eres libre de no hacerlo, pero eres una mujer inteligente y no te gustaría que tu familia pagase por tus errores..

Según dijo la última frase, se levantó, apoyándose en su bastón. La humedad del calabozo le había calado hasta los huesos y ponerse de pie le costó más esfuerzo de lo habitual. Desde la puerta del calabozo, se giró y mirando a los ojos humedecidos de la que hubiera podido ser la madre de sus nietos, habló en un tono de voz rotundo y grave, que retumbó en las paredes gélidas y mohosas del calabozo:

—Recuerda, el domingo a las 8 de la mañana..

El viejo comenzó a andar con premura, mientras yo le miraba como se alejaba y desaparecía al girar en la esquina con la piedra desconchada, por la que había llegado. No volví a verlo nunca más.

CAPITULO XIV

Cuando llegué a casa, mis hermanos estaban sentados en la mesa de la cocina; mi hermano tenía delante una botella de vino medio vacía y un vaso en la mano. Su aspecto era mucho más desaliñado de lo habitual. Su rostro tenía una tonalidad cetrina con un aspecto abatido y consternado. Ni siquiera levantó la cara para mirarme. Me fijé que en el centro de la mesa, junto a la botella de vino estaba la nota que yo le había dejado al marchar, con los dos guardias civiles que me vinieron a buscar. Mi hermana Martina, en cambio, en cuanto me vio, se levantó de un saltó y me abrazó tan fuerte que parecía que acaba de regresar de otra vida.

—Lela ¡qué alegría!, creíamos que no volveríamos a verte —Me dijo mientras me abrazaba, sin aflojar ni un ápice la fuerza de sus brazos.

Mi hermano seguía sin mirarme, estaba con la mirada fija en el suelo de la cocina y a mí me partía el alma el pensar en cómo les diría que en unos días si que sería verdad que posiblemente no nos volveríamos a ver. A pesar de no demostrarlo, sabía que mi hermano se moriría de pena solo, había dedicado su vida a cuidar de nosotras, desde que nuestro padre falleció y ahora Martina ya no

estaba viviendo en casa y yo me tenía que marchar por culpa de mi imprudencia al otro lado del mundo. Se quedaría solo con el ganado y posiblemente, acabaría como nuestro padre, hecho un viejo prematuro y perdiendo la poca alegría que tenía.

—Lo siento, no pude avisaros y no sabía muy bien a dónde me llevaban. He estado encerrada en un calabozo desde ayer. Hoy ha ido a verme el viejo Don Ricardo, el padre de Ricardo.

—¡Oh, Lela, seguro que te ha amenazado. Ese hombre nunca aprobó vuestra relación y tendrá miedo de que su hijo deje a la mujer que tiene para irse contigo —Dijo mi inocente hermanita, ignorante de la relación secreta que manteníamos Ricardo y yo.

En ese momento, mi hermano levantó la vista del suelo y mientras clavaba sus ojos en mi como dos puñales, que me traspasaron el alma, dio un manotazo a la botella de vino y al vaso, derramando el rojo líquido por el suelo de la cocina y poniéndose en pie, me gritó en la cara:

—Ya sabía yo que tarde o temprano tus correrías traerían consecuencias.

Salió de la cocina y de la casa dando un portazo. Ese fue el único momento de mi vida en el que me arrepentí del amor que sentía por Ricardo, por todo el dolor que estaba a punto de causar, a los dos únicos seres que siempre me habían querido sin condiciones, que nunca me habían reprochado nada y que siempre habían estado ahí para apoyarme. Me sentía culpable por haber estado viendo a Ricardo a escondidas suyas, sin contárselo y ahora había roto el hilo invisible que nos unía a los tres como si fuéramos uno sólo. Por mi culpa se iba a romper nuestra familia. Esta pena me acompañó ya, el resto de mi vida.

Cuando me quedé a solas con mi hermana, le conté toda la historia, desde el día que vino Juan a buscarme pensando que Ricardo estaba a punto de suicidarse, hasta la conversación que acababa de tener en los calabozos con el viejo Don Ricardo. Cuando terminé las lágrimas me caían a borbotones de los ojos. Era un llanto incontenible, ya lo había contenido durante mucho tiempo y cuando salió la primera lágrima, no pude pararlo. La pena me desgarraba por dentro las entrañas, pensando que en unos días me tenía que marchar y dejar atrás a mis seres queridos, que aunque pocos, eran mi vida. Nos abrazamos las dos y mi hermana tampoco pudo controlar el llanto al conocer la historia. Así estuvimos por largo rato, llorando cada una en el hombro de la otra, hasta que regresó nuestro hermano, ya más calmado y nos fundimos los tres en un abrazo; él tampoco pudo controlar la emoción y se nos echó a llorar como cuando era un niño y venía llorando a mí, para que le curara la herida, que se había hecho en la

rodilla al caer.

Llegó el día de mi partida. A la hora estipulada llegó un coche de la guardia civil a recogerme. No había salido de casa desde el día que regresé del cuartel, tenía pánico de encontrarme con Ricardo; a estas alturas, su padre ya se habría inventado algo para que no me echara de menos, pero eso no me importaba en ese momento. Sólo era capaz de pensar en mis hermanos y volví a echarme a llorar desconsoladamente, abrazándome a mi hermana nuevamente; mientras, el coche no paraba de tocar la bocina, apremiándome a marchar. Mi hermano estaba dentro de la casa, no había sido capaz de bajar a despedirse de mí. Había apartado hacia un lado la cortina y tenía su cara pegada al cristal de la ventana de la planta de arriba; su aliento formaba un círculo de vaho alrededor de su boca que sólo me permitía ver sus ojos vidriosos, de los que empezaban a rodar las lágrimas por las mejillas.

Me agaché para despedirme de nuestro perro, que sabía que algo pasaba y no se despegaba de nuestras pantorrillas y en lugar de menear la cola cuando lo acaricié, gimoteó como un bebé. Le pedí a mi hermana que cogiera al perro y se metiera en casa porque no sería capaz marcharme si la seguía viendo ahí de pie, llorando desconsoladamente. Ella me dio un último beso en la mejilla, apenas rozándome con los labios y me dijo al oído antes de entrar en la casa:

—En cuanto ahorre dinero iré a buscarte, Lela. Te lo juro por nuestros padres que en paz descansen. Cuídate mucho, querida hermana.

Esperé a que entrase en la casa y cerrara la puerta para meterme en el coche que me había venido a buscar. Mientras el coche se alejaba, yo miraba por la luna trasera como mi casa se iba haciendo cada vez más pequeña hasta que en una curva la perdí de vista. En ese momento dejaron de salir lágrimas de mis ojos, fue como si se hubieran secado de repente. En el patio de mi casa se quedó mi alegría, mi vida, mis ilusiones y mi esperanza de poder regresar algún día.

En ese momento me apoderó de mí una tristeza tan desgarradora, tan angustiada, tan inmensa que me dejó hueca por dentro.

CAPÍTULO XV

Ricardo empezaba a estar nervioso. Habían pasado varias semanas desde el último día que Lela estuvo con él en la cueva, y no había vuelto a saber nada de ella desde entonces. Sabía que ella tomaba muchas precauciones cuando subía y si no estaba segura, no arriesgaba. A pesar del riesgo de una buena bronca por parte de Lela, la inquietud y la preocupación le hicieron sopesar todos los

contras y decidió pasar cerca de la casa de su amada para ver si la veía por la huerta o por los alrededores, pero en pleno día las ventanas y las contraventanas estaban cerradas. Tuvo un mal presentimiento.

Siguió subiendo a la cueva durante dos semanas más y su desesperación crecía cada día que no tenía noticias suyas. Si habitualmente, apenas se relacionaba y hablaba con la gente, esos días estaba más taciturno y hermético, incluso con su padre, al que apenas le dirigía la palabra, cuando coincidían por las noches a la hora de cenar.

Por su parte el viejo, conocedor de lo que atormentaba a su hijo, procuraba no forzar la conversación cuando coincidían, que era habitualmente, un rato por las noches. Sabía sobradamente como se sentía su hijo, él se había sentido así, años atrás, cuando el amor de su vida, la marquesa, aunque para él siempre sería su Lucrecia, se casó con el marqués y tuvo que alejarse de ella, durante muchos años hasta que pudo volver a verla.

Ricardo ya no podía más, estaba como una fiera enjaulada. Seguía sin saber nada de su amor y no podía hacer nada, sin levantar sospechas. Habían pasado ya casi dos meses desde la última vez que se vieron.

Dentro de su desesperación, no sabía quién le podría dar información sobre Lela, parecía que se la hubiera tragado la tierra. Pasaron los días, las semanas y hasta meses. Ya su angustia no le permitía ni dormir.

Se acordó de la persona que siempre le había apoyado y ayudado en todo, desde que se conocieron, su gran amigo Juan. Desde que se había casado con Rosita, la relación no había sido como la de antes, no se había roto, pero apenas se veían. Juan seguía de relaciones con Sofía y como ésta vivía ahora en la capital, Juan apenas aparecía por la taberna del pueblo, que era el lugar de encuentro y de charlas. Decidió ir a buscarlo al trabajo, Juan era interventor y trabajaba en la línea férrea que iba desde Ontaneda a Santander. Ricardo estaba sentado en el banco del apeadero cuando Juan se apeó del tren. Se había sentado a esperarlo, con los antebrazos apoyados en las piernas, cabizbajo, mirando fijamente al suelo. Juan lo vio nada más abrirse las puertas del tren, pero esperó que la gente que se había apeado con él del tren se dispersara, para acercarse y sentarse en el mismo banco de piedra en el que estaba Ricardo.

—¿Qué pasa Ricardo? ¿Estás así por Lela, verdad? Le preguntó Juan, mientras se sentaba a su lado y le ponía la mano sobre el hombro, ejerciendo una pequeña presión para transmitirle todo su apoyo y comprensión.

—Sabía que tarde o temprano te pondrías en contacto conmigo, pero también sabía que antes deberías hacerte a la idea de que Lela ya no va a volver. Tu padre

no se lo permitirá, mientras viva.

Ricardo, que hasta ese momento había estado inmóvil, en la misma postura en la que le encontró Juan, levantó la vista y girándose hacia Juan, con cara de extrañeza, le preguntó:

—¿Qué tiene que ver mi padre con la desaparición de Lela? Yo venía a preguntarte si sabes algo de ella, si Sofía te había comentado algo. Hace meses que no sé nada de ella. Se ha esfumado, su casa está cerrada, como estuviera deshabitada y no sabía a quién preguntar sin levantar sospechas.

—No sabes nada, entonces. Joder, cagüen to. Tengo que ser yo quien te lo cuente — Dijo Juan, mientras notaba como se le aceleraba el pulso y le empezaba a resbalar un sudor frío por la nuca. No quería ser él quien le contara que Lela había sido obligada a subir a un transatlántico para irse al otro lado del mundo.

Él se había enterado por casualidad, un domingo que había ido a visitar a Sofía a casa de su abuela a la capital, cuando regresaba a la estación se encontró al cabo Gervasio. Se le encontró caminando por la alameda de Oviedo como sonámbulo, casi tropieza y se cae, él le ayudó a mantener el equilibrio y fue entonces cuando se reconocieron.

—Gervasio, ¡qué sorpresa! ¿Cómo tú por la capital. Te han dado libre en el cuartel?

Gervasio, al oír su nombre con esa familiaridad, levantó la vista y la cara que vio le resultaba conocida, pero los efectos del alcohol que había ingerido, no le dejaban pensar con racionalidad y no podía dilucidar quién era esa persona tan amable, que parecía que le conocía.

Juan se dio cuenta al instante que Gervasio estaba ebrio. Le pasó el brazo por debajo del suyo y le ayudó a caminar hasta una cafetería que había en la acera de enfrente. Allí, sentados en una mesa, delante de dos humeantes tazas de café, el pobre Gervasio le confesó a Juan lo que llevaba dentro, quemándole la conciencia. Los remordimientos no le dejaban vivir, ni comer, ni dormir. Se pasaba la mayor parte del tiempo ebrio y así la culpa se esfumaba durante esos ratos. El viejo le había conseguido un trabajo en el banco de Santander de conserje, y si algún día no iba a trabajar debido a la resaca, no pasaba nada.

Juan no daba crédito a la historia que le contaba Gervasio. No pensaba que el padre de Ricardo fuera capaz de una cosa tan macabra y malévola. Instintivamente, pensó en su amigo Ricardo, en qué iba a ser de él cuando se enterase que Lela estaba en Venezuela. Era capaz de dejarlo todo y marcharse a buscarla. Sabía lo fuerte que era el amor entre ellos dos y que difícilmente se

iban a resignar a no verla nunca más.

Desde el día que se encontró con Gervasio al día en que se encontró a Ricardo esperándolo en el apeadero del tren, había pasado casi un mes. Casi un mes que había vivido en vilo pensando en su amigo, al que quería como a un hermano. Sin saber si debía buscarlo y contarle lo que sabía o esperar a que el destino les hiciera cruzarse y tener la suerte de que Ricardo ya estuviera enterado para no ser él, el mensajero de la triste noticia.

Al verlo allí, sentado tan abatido, supo que esa cara de pena no conocía el destino que había tenido su amor. Y él tenía que ser quien le sacara de dudas, se sentía como el verdugo que sesga con el hacha, la cabeza del condenado a muerte.

Ricardo escuchó toda la historia sin decir nada. Cada palabra que decía Juan era un puñal que se le clavaba en el corazón. Se acordó de la sensación que tuvo el día que se casó con Rosita. El dolor tan profundo que sintió al decir el “sí quiero. Era como si le hubiesen lanzado un dardo de fuego en el centro del pecho. Ahora ya no sentía dolor, era una mezcla de rabia, enfado y tristeza que le habían dejado una sensación de vacío. Le habían dejado hueco por dentro. Le habían arrancado la vida.

CAPÍTULO XVI

Hoy, muchos años después, en la recta final de mi vida, recordando aquellos días previos de mi partida a América, mis sentimientos son totalmente distintos a los que sentí en ese momento. Odié y maldije al padre de Ricardo, creo que ha sido a la única persona que he llegado a odiar en mi vida. Realmente, lo odié con todo mi alma, por lo que me hizo y sobre todo, por lo que hizo sufrir a mis hermanos.

Cuando Doña Lucrecia me contó su historia de amor de juventud con él, dejé de odiarlo para pasar a sentir mucha pena.

Se casó por despecho. Descargaba en su pobre esposa, una mujer abnegada e indulgente, la frustración de haber tenido que renunciar a estar con la mujer que amaba. Nunca dio muestras de cariño, ni sensibilidad hacia sus hijos, ni durante su infancia, ni tampoco siendo adultos. Crecieron solamente, recibiendo cariño de su madre. Las hijas, al morir la madre, intentaron casarse lo más rápidamente posible, para abandonar la casa familiar. Temían los ataques de ira de su padre, que iban en aumento con la edad. El final de sus días los pasó sólo, en su casa. Un día lo encontraron muerto, sentado en su mecedora, tenía el puño cerrado fuertemente, dentro había una foto muy arrugada. En la foto estaban un Ricardo

y una Lucrecia muy jovencitos, risueños y felices, con la fuente del parque, en donde tenían lugar sus encuentros clandestinos, de fondo.

Toda su vida infeliz, sólo conoció la felicidad los meses que estuvo viendo a la marquesa, antes de que ella se casara con el marqués y los meses previos al viaje a América, pero fue tan efímero y hacía tantos años de ello, que ese sentimiento se había esfumado.

Después de perder a la marquesa se dedicó a destruir la felicidad que se encontraba a su alrededor y a espantar a todo aquel que se acercaba a él. A su funeral sólo fueron sus hijos y apenas un puñado de personas.

Por eso no le puedo odiar. La justicia divina se encargó que hacerle pagar todo el daño que hizo, a mí y a un montón de personas.

Su guerra no era conmigo, pero yo era la pieza que sobraba en su puzle; el puzle de una vida tranquila y relajada que le proporcionaba el matrimonio de su único hijo varón con la hija de una de las familias más poderosas y acaudaladas de la región; por eso no había parado hasta que tuvo un hijo varón, era la moneda de cambio para su vejez; Si hubiera llegado a oídos de la familia de Rosita, que su marido tenía una querida o una fulana, que seguramente serían los calificativos que me habrían puesto, hubiera sido el hazmerreir del pueblo y una gran mancha en el curriculum de honorabilidad del viejo capitán de la guardia civil. Hubiera desencadenado el fin de su vida de comodidad y respetabilidad en la sociedad de la época.

A pesar de todo, nadie se merece morir de la manera que murió, pero si así ocurrió, supongo que fue la misma vida, la que le devolvió todo el mal que había sembrado. Espero que al final de sus días por lo menos se arrepintiera de todo el daño que causó y pudiera irse al otro mundo, en paz consigo mismo.

2ª PARTE: RUMBO A AMÉRICA

CAPÍTULO XVII

Me quedé mirando cómo el coche me alejaba de mi vida, llevándome a un futuro incierto. No tenía miedo. Ya todo me daba igual, sólo pensaba en lo desamparados que se quedaban mis hermanos, mi hermano hundido y abatido por no haber podido ayudarme y mi hermana viviendo en una casa extraña, sola y huérfana, sin sus hermanos. No podía pensar en otra cosa que no fueran ellos. Ricardo había pasado a un segundo plano en mis pensamientos. La decepción

que me había llevado, al ver que no había movido un dedo para ayudarme y evitar que su padre me echara de mi casa, estaba luchando para no cambiar el amor que albergaba en mi corazón por resentimiento y odio, ante la falta de agallas y el derroche de cobardía de la que había hecho gala, ante su actuación de su padre en mi contra, pero la tristeza por la pérdida de mis hermanos, me hacía no pensar en ello e intentaba olvidarlo, para no llegar a odiarlo.

El automóvil de un negro fúnebre, se movía zigzagueante por una carretera estrecha, llena de curvas. Estábamos ascendiendo, adentrándonos en la montaña, pasando por prados en los que las vacas estaban pastando, al lado de riachuelos, apenas levantaban la mirada al oír el ruido del motor y volvían a agachar el hocico para seguir rumiando la hierba, ajenas a mi desgracia. El mundo seguía su ritmo de vida, mientras el mío lo habían destruido y yo me moría por dentro.

No sé cuánto tiempo pasó hasta que llegamos a un pueblo, pequeño, que me recordó el mío. Debía de ser el mediodía porque las campanas de la iglesia estaban repiqueteando incesantes. En la plaza, sentados alrededor de la fuente había un grupo de ancianos, todos con sus boinas y sus bastones, charlando amigablemente y cerca de ellos, un grupo de niños jugando a perseguirse unos a otros, gritando y correteando alegremente. Me acordé cuando al salir del colegio, nos quedábamos a jugar a la pita, me acordé de Sofía, de cuando nos íbamos al baile los domingos, me acordé mi hermana Martina, de cuando era pequeña y me tiraba del vestido para que fuera a jugar con ella, me acordé del día que nos encontramos a nuestra madre muerta. Todas esas escenas se sucedían en mi cabeza como si se tratara de una película, una película que había llegado a su fin. Se me formaba un nudo en la garganta, pero era incapaz de llorar; ya no podía, la pena que me invadía había superado al llanto porque había tenido que aceptar con rabia e impotencia que mi destino estaba en manos de la crueldad del padre de Ricardo. Seguí inmóvil, mirando, sin ver, a través de la luna trasera del vehículo, con la mirada fija en el infinito.

El coche continuó su marcha y salió del pueblo. Giró, adentrándose por un camino que no estaba asfaltado, con bastantes baches. Estaba flanqueado por una chopera a cada lado. Noté como el coche aminoraba la marcha, hasta que se paró. Yo seguía en la misma postura, no me había movido, así que no me di cuenta de la inmensa mansión a la que habíamos llegado hasta que no me apeé del vehículo.

Tenía un aspecto tenebroso y misterioso, las paredes estaban cubiertas por hiedras de hojas de color verde parduzco que habían trepado libremente por la fachada cubriendo toda la superficie hasta el tejado, apenas dejaban ver las

ventanas y la balconada. Alrededor de la casa había arbustos y árboles frutales con el mismo aspecto de no haber sido cuidados en mucho tiempo. Los rosales y los jazmines crecían enredados a los troncos de los árboles y el perfume que emanaba de sus flores le daba un toque de encanto ante el semblante tan sombrío y sórdido de la mansión.

Había que subir unas pequeñas escaleras, ennegrecidas y desconchados por el abandono, hasta llegar al enorme portón de la entrada. Un portón de madera al que se le había ido cayendo la pintura por algunos sitios. En la mitad de la puerta había un pomo de latón envejecido y un poco más arriba, casi pegado al marco, un aldabón de latón también envejecido, como el pomo. Uno de los guardias civiles se adelantó y de dos zancadas se plantó delante de la puerta; se disponía a usar el aldabón para llamar, cuando de repente el enorme portón comenzó a abrirse, provocando un chirrido tan estridente que me hizo estremecer.

Cuando la puerta terminó de abrirse, se creó un agujero negro que me recordó a la entrada de una caverna. En el centro de ese agujero, apareció una señora de edad indefinida, con el pelo blanco, recogido en un moño a la altura de la nuca, vistiendo el típico uniforme de sirvienta, cofia y delantal almidonados de un blanco impoluto, en contraste con una falda y blusita de color negro, adornada en los puños con unos volantes y puntillas de color blanco.

Aunque las facciones de la señora eran dulces y afables, yo seguía muerta de miedo.

—Buenas tardes, joven Gabriela, dame tu maleta y pasa. La marquesa te está esperando — Mientras alargaba su brazo para cogerme la maleta que descansaba a mi lado, en el suelo, pude ver de cerca su cara. A pesar de estar surcada por inmensidad de arrugas, fruto de su edad y sus vivencias, desprendía dulzura con cada gesto. Al agarrar mi maleta por el asa, levantó su mirada buscando la mía, me sonrió y en sus ojos vi ternura y bondad infinitas que, aunque hizo que me ruborizara, consiguió que el miedo que me agarrotaba todos los músculos de mi cuerpo, se desvaneciera, como por arte de magia.

—Sígueme — Me dijo y cerrando la puerta con la mano que le quedaba libre, se giró sobre sí misma y dirigió sus pasos hacia un largo pasillo. Y la seguí al ritmo de sus pisadas y mientras caminaba detrás de esa mujer tan entrañable, me di cuenta de que era el primer momento, desde el día en que salí del lúgubre y frío calabozo del cuartel, que había dejado de pensar en mi desgracia. En mi cara quiso dibujarse una pequeña sonrisa, pero sólo fue eso, un intento.

Recorrimos un largo pasillo que, a pesar de no tener ventanas, sus paredes pintadas en tonos pastel, le daban claridad y calidez. Al pisar notaba como se me

hundían los pies en una densa y mullida alfombra que me provocaban unas cosquillas en los tobillos con cada paso, de colores granates, marrones y verdosos, formando dibujos de flores de varios tamaños. Las paredes estaban adornadas por cuadros, colgados a cierta distancia unos de otros. Contenían imágenes de señores y señoras, todos de aspecto serio, ellos con bigote extravagante, largo y estrecho con la punta encorvada y las señoras vestían de negro o colores oscuros y con la expresión dura y triste; recuerdo que pensé que alguna de ellas sería la marquesa y me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

Había una enorme puerta de color blanco que abarcaba toda la anchura del pasillo al final de éste, con una vidriera de colores, que me recordó a la que había visto en la iglesia de mi pueblo, Al abrirla apareció una estancia llena de luz, que iluminó de golpe todo el camino que acabábamos de atravesar. La claridad provenía de una doble puerta que estaba abierta y dejaba pasar toda la luminosidad del día. Esa puerta doble daba paso a un inmenso jardín, con el césped recortado que daba la sensación de una enorme alfombra verde flanqueado por árboles robustos y frondosos, en ese momento no supe que eran hayas, pero me parecieron hermosos. En el centro del jardín había otro árbol, de mayor tamaño, una encina. Bajo sus ramas, cobijándose de los rayos del sol, una mesa de hierro forjado de color negro, rodeada de sillas. En una de las sillas había una señora que sostenía entre los dedos de la mano, una taza con un líquido humeante, que se estaba acercando a los labios.

Yo seguía caminando detrás de la criada, que no había dejado de andar desde que entramos en la casa, mirando todo, sin apenas pestañear. Parecía que había llegado a otro mundo. Yo estaba acostumbrada a la escasez y precariedad de mi casa y de repente, me encontraba dentro de una mansión inmensa, llena de muebles ostentosos y elegantísimos.

Nos dirigíamos en dirección a la señora que estaba allí sentada. Pude fijarme que la señora habría sobrepasado en mucho el medio siglo, pero mantenía un porte y una aire juvenil que la hacían parecer mucho más joven. Las prendas de ropa que vestía contrastaban con el aspecto exterior tan desaliñado de la casa. Nada de lo que había dentro tenía nada que ver con el aspecto que ofrecía la mansión desde fuera. La marquesa me recordó a las mujeres que había visto en los cuadros que colgaban del pasillo, pero sin el aire tenebroso y siniestro que desprendían los retratos. Al oírnos llegar, posó la taza y giró la cabeza para mirarnos, por un momento sus ojos se cruzaron con los míos, antes de que me diera tiempo a dirigir mi mirada hacia el suelo, muerta de la vergüenza y del miedo.

—Señora Lucrecia. Ha llegado la joven Gabriela —Dijo la criada, posando mi maleta en el suelo del jardín.

Yo seguía sin levantar la mirada del suelo. Me había refugiado detrás de la criada y no me atrevía a mirar a la marquesa.

—Conchita, tráele a la joven Gabriela algo fresco para beber y también unos bocadillos. Estará hambrienta —Le dijo la marquesa a la criada, mientras se apoyaba en el borde de la mesa para ponerse en pie. Pude fijarme en sus manos mientras se incorporaba, eran unas manos de dedos finos y largos, con una manicura perfecta. Adornando el dedo anular de su mano derecha había una alianza, supuse que estaría casada. En ese momento me acordé de Ricardo, pensando que yo también podía haber tenido una alianza como la de la marquesa, si me hubiera casado con él. Me había dejado llevar por todo lo que estaba pasando y había olvidado por unos instantes toda mi desgracia. La voz de la marquesa dirigiéndose a mí, me sacó de mis pensamientos y me devolvió a la triste realidad.

—Hola, joven Gabriela, soy la marquesa de Abionzo, pero puedes decirme Doña Lucrecia. A partir de hoy pasarás a formar parte del personal a mi servicio. Conchita, a la que ya has conocido, te enseñará la casa y te instruirá en tus obligaciones, pero antes de nada, quédate un rato aquí sentada y come algo para reponerte del viaje.

La voz de la marquesa sonaba pausada y serena, me transmitía tranquilidad, aunque me pareció que tenía un halo de melancolía, que a la vez se reflejaba en su mirada.

Se despidió de mí y me quedé sola en el jardín. Respiré hondo y miré a mi alrededor, reconfortada. Al contemplar tanta belleza y suntuosidad, tenía la obligación de sentirme aliviada, aunque la pena seguía afincada en lo más profundo de mi corazón, me sentía a gusto en aquella casa que parecía que iba a ser mi nuevo hogar.

CAPÍTULO XVIII

En la época en la que yo llegué a la mansión sólo la habitaba Doña Lucrecia, el marqués había fallecido y el único hijo de la marquesa había marchado a América para intentar hacer fortuna. La habitación que me asignaron era inmensa, estaba en la planta baja de la casa, en la planta de arriba estaban las habitaciones de los marqueses. Era casi tan grande como una de las plantas de mi casa. Colocado en una de las paredes laterales había un armario, con cuatro puertas y aunque me pusiera de puntillas, no alcanzaba a la última balda. Era de madera maciza recubierta por un barniz brillante que le daba un aire de mueble

majestuoso, apoyado sobre cuatro patas que imitaban las pezuñas de un animal. Una de sus puertas estaba colgado un espejo; en él podía verme de cuerpo entero. No recordaba la última vez que me había visto el cuerpo entero, reflejado en un espejo, de hecho no recordaba la última vez que me había mirado en un espejo. En casa no tenía uno tan grande, creo que fue en casa de Sofía, cuando su madre nos hizo los vestidos para mi dieciocho cumpleaños, el día que lo estrené, el día que conocí a Ricardo. En la pared de enfrente había una cama en la que perfectamente hubieran podido dormir holgadamente tres personas, la madera del cabecero a juego con la del armario, la cama estaba cubierta por una colcha adornada de puntillas de encaje toda a su alrededor y era de una tela tan blanca y mullida que parecía una nube del cielo. No me atreví a tocarla. Encima del cabecero colgaba un cuadro con un paisaje campestre, varias muchachas y muchachos cogidos de la mano formando un círculo y uno en el centro con los ojos tapados; años más tarde me enteré que era una réplica del famoso cuadro de Goya, la gallina ciega. La marquesa era aficionada a la pintura y su pasatiempo favorito era hacer réplicas de cuadros de pintores famosos. Por el resto de la mansión tenía repartidos más, aunque no me dio tiempo de verlos en el poco tiempo que viví en ella.

Durante la semana que viví en la mansión, antes de zarpar para América, apenas salí de mi habitación. Conchita se pasaba todos los días a verme, siempre tenía palabras cariñosas para mí.

—Joven Gabriela, no estés tan triste. Eres muy joven y bonita para estar así — Siempre sus palabras iban acompañadas de un tono calmado y suave unido a su dulce expresión. En esos días empecé ya a cogerle mucho afecto.

La víspera al viaje, aunque yo no sabía que nos íbamos a marchar, ni mucho menos tan lejos, vino la marquesa a visitarme, a mi habitación. Yo estaba sentada delante del ventanal. El jardín estaba precioso, la hierba de un color verde esplendoroso reflejaba los primeros rayos de sol, de esa mañana radiante que anunciaba la llegada inminente del verano, al son de los trinos de los pajaritos. Estaba removiendo con una cucharilla el azúcar del café, que era lo único que me apetecía de todo lo que me había subido Conchita para el desayuno, cuando me sobresaltaron unos pequeños golpes en la puerta de la habitación, seguidos por la cálida voz de la marquesa:

—Gabriela ¿puedo pasar, por favor?

Sin esperar mi respuesta, la marquesa giró el picaporte y empujó la puerta suavemente. Yo seguía mirando a través de la ventana. Ella se acercó hasta donde yo estaba sentada, y acercando una silla, se sentó a mi lado.

—Este lado del jardín siempre ha sido mi preferido. Es el más luminoso porque recibe la luz del sol directamente, sin estorbos de sombras. Los pajaritos vienen a beber agua de la fuente y con sus alegres cantos en primavera, me reanimaban el espíritu.

Yo seguía mirando hacia el jardín, aunque por el rabillo del ojo la observaba mientras hablaba. Realmente tenía porte de marquesa. Cuando hablaba, las palabras tomaban sentido; esa mujer tenía el poder de llegar hasta lo más hondo de mí, parecía que sabía lo que pensaba y como me sentía.

—Hace muchos años, cuando tú ni siquiera habías nacido, viví mi historia de amor personal, la que cada mujer vive con su primer amor, esa que nunca se olvida.....

Ahí dejé de mirarla por el rabillo del ojo y giré la cabeza, asombrada por lo que había empezado a decir. Esa mujer, una desconocida para mí, me estaba confesando cosas íntimas a mí, una desconocida para ella.

—....Me enamoré perdidamente de un joven honesto, apuesto, educado, pero sin fortuna, ni títulos nobiliarios. Vivimos unos meses inolvidables, en los que descubrimos juntos un mundo lleno de sensaciones, nuestro primer beso, abrazos pasionales, momentos robados a la vigilancia de mi hermana y mis padres, Conchita nos ayudaba a despistar el control del que éramos objeto por parte de mi familia. Recuerdo con total nitidez el primer beso. Al cerrar los ojos puedo sentir sus labios en los míos, su sabor, su olor los tengo tan vívidos como el primer día....

Según salían sus palabras a un ritmo armónico, mi mente volaba vertiginosamente a aquella noche gélida, en la que bajo la lluvia, Ricardo y yo nos dimos el primer beso. Él me sujetó dulcemente por el cuello, mientras acercaba sus labios a los míos y la lluvia caía implacable sobre nosotros intentando apagar el fuego de nuestros corazones.

—....tuve que aprender a vivir cuando me obligaron a dejarlo. Esa herida nunca cura, siempre hay una parte que sangra, que nunca cicatriza, pero tenemos que continuar porque, aunque ya no volvamos a amar con la misma intensidad, la vida nos regalará otros momentos buenos por los que merecerá la pena vivir y, recuerda siempre pequeña Gabriela, que el tiempo es la mejor medicina.

Esa última frase la acompañó de una caricia en mi rostro. Al notar su calor en mi cara me invadió una paz y una tranquilidad que me devolvió un poco de la seguridad en mi misma, que me había quitado el padre de Ricardo en el calabozo del cuartel.

Doña Lucrecia se dispuso a marcharse, pero cuando estaba abriendo la puerta

de mi habitación se giró hacia a mí, y con la dulzura con la que me había hablado siempre, me dijo:

—Hoy no salgas de la habitación, si sigue sin apetecerte, pero prepara todo tu equipaje porque mañana temprano salimos de viaje — Me guiñó un ojo y se marchó, cerrando la puerta tras ella.

No tuve que preparar gran cosa porque no había deshecho apenas la pequeña maleta que había llevado. Era una maleta a la que tenía mucho cariño, pues era la que usaron mis padres en su viaje de novios, era de tela de color crudo muy dura, reforzada en las esquinas y en el asa con trozos de piel en un tono más oscuro, que me recordaba al color de la canela en rama.

Esa noche apenas pude dormir por varios motivos, aunque sabía que no podía regresar a mi casa con mi familia, me inquietaba el alejarme más de ellos y otra cosa que me hacía perder el sueño, no sólo esa noche, sino todas desde que salí del calabozo, era la pena de ver que el hombre por el que me estaba pasando todo esto, no había movido un dedo por mí, iba a dejar que me apartaran de mi familia y de él, que había estado a punto de quitarse la vida por mí, ahora se quedaba quieto, impasible. Quizás no sabía nada de mi desdicha, pues su padre se lo habría ocultado, pero lo que si sabía es que algo me habría pasado al no aparecer por la cueva durante tanto tiempo. Y esa era la cruel realidad, aunque me costara creerlo.

Al día siguiente, muy temprano había un coche esperándonos en la puerta de la mansión. La marquesa y Conchita habían llorado, caminaban las dos agarradas del brazo y comentando sobre cómo iban a añorar la casa. Yo las escuchaba y me acordaba la sensación de angustia que había sufrido hacía una semana cuando tuve que dejar la casa de mi infancia con mis hermanos dentro y se me hizo un nudo en la garganta. Nos subimos al automóvil que comenzó a alejarse de la mansión poco a poco. Doña Lucrecia, secándose las lágrimas que le había comenzado a resbalar por la mejilla, me miró con los ojos vidriosos y me dijo, mientras me colocaba un mechón detrás de la oreja:

—Mi pequeña Gabriela, hoy me siento como tú hace unos días, cuando tuviste que abandonar tu casa y dejar a tu familia. Te prometo que algún día, espero que no lejano, volveremos y regresaremos para quedarnos .

Esa mujer removía mis sentimientos cada vez que me hablaba con esa ternura y cariño, así que sin darme cuenta también por mis mejillas empezaron a rodar las lágrimas, que se amontonaban desde hace días y que yo había decidido no dejar salir más, pero en ese momento fue como una compuerta, que no puede frenar la crecida del río de sentimientos, mis sentimientos que brotaron de

repente, con esas muestras de cariño y amor que me profería esa señora, que me había acogido en su casa y que me trataba como si fuera su hija, sin conocerme.

Nos fundimos las tres en un abrazo, sin parar de llorar. Noté el sabor salado de mis lágrimas en mi boca y en ese momento no supe si lloraba de pena o de alegría. La alegría que sentía junto a esas dos maravillosas mujeres que me hacían sentir, que mi sufrimiento era compartido por ellas y que estábamos juntas, para superar cualquier obstáculo.

No tardamos en llegar al puerto de Santander. Había gente por todas partes. Yo no había estado nunca en la capital y todo aquello era nuevo para mí. El bullicio y el trasiego de gente hacían difícil el caminar. A cada paso había que esquivar pisotones y empujones de personas que caminaban a toda prisa, como si llegaran tarde a algún sitio. De repente noté una mano que me agarraba la mía. Era Conchita que se había percatado de mi desorientación. Caminamos entre empujones unos minutos más y ante nuestros ojos, de repente, apareció un enorme y gigante trasatlántico de color blanco. Era fascinante; tenía varias cubiertas y las ventanas de los camarotes eran redondas, las llamaban de “ojo de buey. Tenía una escalerilla que daba acceso al barco, por la cual embarcamos, pudimos tardar varias horas en conseguirlo, pero afortunadamente, alguien de la tripulación reconoció a la marquesa y evitó la larga espera a la que hubiéramos estado condenadas, al igual que el resto de los pasajeros. A media tarde el barco zarpó a la vista de un montón de gente que se quedaba en el puerto despidiendo a sus seres queridos. A nosotras no nos había ido a despedir nadie, así que nos fuimos a acomodar a nuestros camarotes, que se encontraban en la cubierta de primera clase.

El viernes, 31 de mayo de 1957 zarpamos rumbo a América, en el trasatlántico “Marqués de Comillas.

CAPÍTULO XIX

El viejo capitán no podía conformarse con estar en su casa leyendo el periódico, sin cerciorarse de que el barco zarpaba a la hora estipulada y que las tres mujeres se iban en él, sin ningún contratiempo.

A los dos días de haber dejado en casa de la marquesa a Lela, el astuto capitán volvió a reunirse con Doña Lucrecia para no dejar ningún cabo suelto.

A Doña Lucrecia le había contado la historia de que había sido abandonada por el novio, al enterarse éste que estaba embarazada, que quizás por el disgusto, había perdido la criatura que esperaba y él debido al cariño que le unía a mi

familia, la cual se había inventado, al igual que toda la historia del novio y del embarazo, había pensado que sería buena idea que se fuese con ella a América, para olvidar todo y rehacer y su vida. La marquesa confiaba ciegamente en Don Ricardo, pero eso no era suficiente para que en un descuido se pudiera descubriera toda la mentira. Tenía que atar todos los cabos, no podía dejar nada a la merced del destino. Por eso fue unos días más tarde volvió a casa de su adorada marquesa para hablar con ella y poder estar tranquilo, por lo menos hasta que zarparan en el barco. Una vez en alta mar, ya no le importaba que se descubriera la mentira. En mitad del océano no habría marcha atrás.

Eran los últimos días de mayo. La temperatura era muy agradable a última hora de la tarde. El jardín empezaba a tomar color y verdor con la llegada del buen tiempo, aunque esa primavera, ya no se había esmerado en cultivar sus flores, que era otra de las pasiones de la marquesa, pues al irse ya nadie las cuidaría. Decidió esperar a Don Ricardo, sentada bajo el enorme tilo que presidía altivo el jardín desde la esquina más alejada de la casa. Allí podían hablar tranquilos, porque a pesar de haber pasado los años, ese hombre seguía removiendo todo su ser cuando lo tenía cerca.

—Mi querido Ricardo, cómo te voy a echar de menos a ti y a estas charlas a las que ya me he acostumbrado — Lo decía sin levantar la vista de la taza de té, no quería que su eterno amor se diera cuenta de las lágrimas que habían asomado a sus ojos vidriosos.

—Mi dulce Lucrecia, yo sí que te voy a echar de menos. Tú estarás ocupada organizando la nueva casa familiar y además estarás acompañada de los tuyos. Yo sin embargo, me quedaré aquí sólo, sin más compañía que mis recuerdos — Dio un sorbo al dulce líquido que les había servido Conchita, aunque él hubiera preferido un buen trago de coñac para coger fuerzas. Continuó con el tono de voz melancólico, que cada vez le salía mejor, sin tener que forzarlo y que notaba como hacía el efecto deseado en la bondadosa marquesa que se derretía de amor, aunque no quisiese reconocerlo delante de él, la conocía demasiado bien.

—Cuéntame que tal la joven Gabriela. ¿Ya está de mejor ánimo?Le preguntó a la marquesa, mientras posaba su mano áspera y arrugada, suavemente en la tersa y cuidada mano de Doña Lucrecia.

La marquesa cuando notó la caricia en su mano, no pudo evitar que el corazón le diera un vuelco, a la vez que notó un suave calor que le subía por la garganta hacia el rostro. Posó la taza del té encima del platillo, intentando que no le temblara el pulso. El corazón le había comenzado a latir con fuerza y parecía que se le iba a salir por la boca.

—Ay, Ricardo, qué pena me da esa niña. Tan joven y tan triste. No hay manera de hacerla salir de la habitación y que nos diga algo. Apenas ha probado bocado desde que ha llegado.

El viejo guardia civil la escuchó aliviado, al comprobar que no había hablado con la muerta de hambre de Lela y que su plan seguía viento en popa. Ahora tenía que convencer a la marquesa para que no preguntara nada a la muchacha, por lo menos antes de zarpar. Una vez que zarparan, a él le daría lo mismo, pues no podrían regresar para recriminarle, a no ser que lo hicieran nadando. Se rio para sus adentros imaginándose la situación. Mientras, la marquesa seguía narrándole como se sentía la joven Gabriela.

—....Varias veces he entrado en la habitación con el ánimo de conversar con ella, pero o me la encontraba en la cama, acostada, o sentada delante del ventanal, mirando hacia el jardín, pensativa y melancólica, inmóvil como una estatua.

Él se apresuró a tomar la palabra. Tenía que aprovechar ese momento de confusión de Doña Lucrecia para darle las pautas a seguir con Lela. No podía permitirse que en cualquier momento, la chica se sincerase y contara todo.

—Querida, tienes que comprender que lo que ha vivido estos meses, la pobrecilla, ha sido muy duro; ser abandonada por su novio y perder al hijo que llevaba en sus entrañas. Además, verse ahora en una casa extraña y teniendo que dejar atrás toda su familia para marcharse al otro lado del mundo.... .

Hizo una pausa en su discurso, a propósito, para acercarse un poco más a la confiada marquesa y cogiendo una de sus manos entre las suyas con suma delicadeza, bajó un poco el tono de su voz; consiguió, de ese modo, que la marquesa le prestara toda la atención, para proseguir con su estrategia.

—“.....posiblemente, aparte de la pena y el dolor, estará muerta de la vergüenza, de saber que eres conocedora de lo que le ha ocurrido. Yo creo que no deberías intentar sonsacarla, sino todo lo contrario, evitar que hable de todo lo ocurrido hasta que haya recuperado las fuerzas. Seguramente el aire del mar y el clima cálido de Sudamérica, unido a su juventud, harán que vuelva a ser la muchacha risueña y llena de vida que era antes de que le sucediera su infortunio.

El viejo guardia civil, aprovechando la cercanía del cuerpo de la marquesa y la intimidad que le daba el hecho de tener la mano de ella entre las suyas, acariciándola, acercó su boca a la de ella y la besó tímidamente, posando sus labios sobre los de ella. Doña Lucrecia, lejos de apartarse, le respondió al beso, con una fogosidad que no esperaba y que por un momento le bloqueó la razón.

Cuando sus bocas se separaron, la miró a los ojos y volvió a ver a esa

jovencita, de mirada vivaracha que se coló en su corazón hacía muchísimos años para no salir de él ya nunca más.

—¡¡Oh, Ricardo!! Cuánto he deseado que me volvieras a besar y lo haces ahora que me voy al otro lado del mundo y que no sé si volveré — Le había colocado las manos una a cada lado del cuello, entrelazándolas por detrás de su nuca. Estaba tan cerca de sus ojos azules, tan profundos como el océano, que podía ver reflejados los suyos en los de ella.

—Lucrecia, amor mío, te respetaba demasiado como para poner en peligro tu honestidad, pero mi amor hacia ti, no ha menguado ni un ápice durante estos años, sino todo lo contrario, se ha hecho más fuerte. ¿Cómo te iba a dejar de querer, cuando en mi vida sólo fui feliz cuando estuvimos juntos? Siempre te querré, hasta en el último aliento de vida, amor mío, por siempre y para siempre.

Volviéron a juntar sus labios en un beso de puro y sincero amor, notando el sabor salado de sus lágrimas. Ninguno de los dos había podido aguantar la emoción de sincerarse y mostrar los sentimientos al otro. Sentimientos que habían estado encerrados en sus corazones y ahora al sentir cerca la despedida definitiva habían dado rienda suelta.

No hacían falta palabras, sobraban. Se levantaron de donde estaban sentados agarrados de la mano. Ella iba delante y él la seguía hipnotizado. Subieron a la habitación de la marquesa y al cerrar la puerta tras ellos, volaron hacia sus años de juventud, cuando eran dos jóvenes ávidos de amor y de deseo y aprovechaban el desván de la casa de los padres de Doña Lucrecia, para saciar su sed de amor.

Mientras el padre rememoraba tiempos de juventud, el hijo estaba cada vez más nervioso, ante la desaparición repentina de Lela. Iba al cuartel todas las mañanas, pero tenía tal desazón en el cuerpo, que no podía parar sentado en su despacho. Para calmar esa inquietud, había empezado a beber coñac y lo hacía desde primera hora del día y no paraba hasta la noche. Intuía que su padre tenía que ver con la misteriosa desaparición de Lela; pensaba que reuniría el valor de encararse con él y preguntarle a la cara qué había pasado con Lela, pero ni estando ebrio, se atrevía ni siquiera a insinuar el tema.

Cuando empezó a echarla de menos, se acercó a una distancia prudencial a su casa, durante varios días seguidos, pero todas las contraventanas estaban cerradas y parecía abandonada, aunque los animales estaban en la cuadra. Intentó saber en qué casa estaba sirviendo de interna la hermana pequeña, pero no se atrevía a preguntar a ningún vecino, por miedo a que llegara a oídos de su padre. Buscó a su amigo Juan, que siempre le servía de salvavidas cuando naufragaba, para que preguntase a Sofía, seguro que siendo su mejor amiga,

sabía que había pasado con Lela, pero Sofía seguía en la capital, en casa de su abuela y hacía meses que no tenía contacto con Lela. No paraba de dar palos de ciego y se frustraba cada vez más.

Cada vez estaba más hundido y se refugiaba en la bebida, hasta que llegó el momento en que no estaba nunca sobrio. La comunicación con su familia era nula, con su mujer Rosita, ni se miraban a la cara y con su padre, evitaba coincidir con él en la mesa, a la hora de la cena

Se resignó a perder a Lela, como cuando su padre le obligó a casarse con Rosita y le prohibió volver a verla, pero en esa ocasión sabía que Lela estaba en su casa, pero ahora era como si se la hubiera tragado la tierra y no se atrevía a hacer nada por encontrarla.

Con esa desazón vivió durante meses hasta que desesperado y borracho fue a buscar de nuevo a su amigo Juan al apeadero y se enteró que Lela había sido obligada por su padre a coger un transatlántico que la llevaría al otro lado del océano

CAPÍTULO XX

La travesía en el transatlántico fue una experiencia única, llena de anécdotas que me ayudaron a recuperar parte de la alegría que había dejado en tierra, en mi pueblo, con los míos.

Yo compartía camarote con Conchita; Doña Lucrecia disponía de uno entero para ella, pero que se comunicaba con el nuestro a través de una puerta interior. No eran amplios, pero sí muy cómodos, equipados al detalle. Disponíamos de baño completo en cada camarote y la ropa de cama era de un algodón exquisito con motivos florales, adornada con finas puntillas de encaje.

Era como si viajáramos en una ciudad flotante. Los decorados estaban hechos a base de maderas talladas, con incrustaciones en nácar y dorado, con cuadros de artistas famosos por todas las paredes. Las mesas del comedor eran grandes y redondas, vestidas con manteles de gruesa tela que hacía juego con la tapicería de las sillas. Los salones de primera clase ocupaban tres entrepuentes y estaban iluminados por candelabros con lágrimas de cristal y arañas de brazos enormes que llamaban, incluso la atención de Doña Lucrecia, estando acostumbrada al lujo, como estaba.

Los pasajeros de primera clase eran aristócratas europeos, burgueses americanos y europeos, refinados y cultos, también había nuevos ricos, procedentes del continente americano, que habían trepado en la escala social por

tener la suerte de que hubiera aparecido petróleo u oro en sus tierras.

Al otro lado de la grandiosidad y suntuosidad de la primera clase, se encontraba la cara oculta de la emigración; la gente que viajaba apiñada en las cubiertas y en las bodegas, que se habían pagado sus billetes con sus únicos ahorros, después de haber vendido las escasas propiedades, decididos a llegar a la tierra prometida, huyendo del hambre y de la miseria.

Durante la primera semana de viaje, fui testigo de un espectáculo aterrador. El inmenso barco, que en el puerto parecía un gigante imposible de derrotar, en mitad del océano parecía una marioneta a merced de los caprichos de la naturaleza. Nos vimos sorprendidos por una tormenta marina, unas monstruosas olas saltaban por encima de las barandillas del barco inundando las cubiertas. El barco no paraba de moverse agitado por la furia del mar. Duró unas cuantas horas, en las cuales encerradas en nuestros camarotes, las tres juntas, pensábamos que ese iba a ser el último día de nuestras vidas. A mi mente llegaron imágenes de mis hermanos, pensando que no los iba a volver a ver. Afortunadamente, se quedó en un susto y una mala experiencia. El resto del viaje transcurrió sin más sobresaltos meteorológicos.

Los primeros días no nos separábamos, siempre estábamos las tres juntas, Conchita y Doña Lucrecia estaban pendientes de mí constantemente. Doña Lucrecia me presentaba como su ahijada. Me había comprado todo un vestuario nuevo y me hacía sentir como una princesa viviendo en un cuento de hadas, dos hadas madrinas que me mimaban y yo, inconscientemente dejaba que me mimaran. Nadie me había procurado ese cariño, desde que murió mi madre. Poco a poco fui dejando de pensar en Ricardo, aunque, a veces, me asaltaba la melancolía. De los que sí me acordaba todos los días eran de mis hermanos ¿Qué harían? ¿Estarían bien? ¿Mi hermano habría superado su pena? Esas y otras preguntas se me pasaban todos los días por la cabeza y el no tener las respuestas, me desquiciaba los nervios y me hacía olvidarme cada día un poco más de Ricardo.

La hora del desayuno era mi preferida. Había unas largas y extensas mesas rectangulares expuestas en un lateral del lujoso comedor, para que los pasajeros nos sirviéramos a nuestro antojo, con fuentes de cristal llenas de frutas de todos los colores, algunas totalmente desconocidas para mí, cuencos enormes llenos de mermeladas exquisitas, tan dulces como la miel, pasteles rellenos de crema, bollos de nata, panecillos que se deshacían en la boca, todo regado con zumos, chocolate y café caliente. Doña Lucrecia me enseñó a usar los cubiertos y varias normas de protocolo.

Solíamos coincidir en el desayuno con un matrimonio de edad avanzada, que viajaba a Nueva York con su nieta, que era sólo dos años menor que yo y con la que hice muy buenas migas. Iba a pasar el verano en América del Norte para perfeccionar su inglés, su padre era embajador y ella seguiría sus pasos. Se llamaba Adelina, era una preciosidad de niña, educada y refinada, su rostro era de una redondez perfecta, como si hubiera sido dibujado con un compás, estaba adornado por dos ojazos marrones y una pequeña nariz respingona; su pelo amarillo como el oro, brillaba con el reflejo de los rayos de sol, lo llevaba recogido en una coleta alta que terminaba con las puntas onduladas, adornada alrededor con una colorida cinta, siempre a juego con el vestido que llevase ese día. Tenía la mirada vivaracha y un carácter muy extrovertido, así que enseguida nos hicimos amigas. Ella me enseñó mis primeras palabras de inglés y un montón de cosas que para mí eran desconocidas por haber estado metida en el pueblo toda la vida. Me presentó a varios jóvenes que viajaban también en el barco, conocidos suyos, una era otra chica de nuestra edad y los otros eran dos hermanos gemelos, Anselmo y Amadeo, un par de años mayores que yo, que iban a América a terminar la carrera de medicina, su padre era un reputado cirujano y ellos también aspiraban a serlo. Se les distinguía muy bien porque Anselmo era moreno y Amadeo era rubio, aunque físicamente eran como dos gotas de agua. Anselmo tenía algo en la mirada que, desde el principio me atrajo como un imán. Cada vez que hablaba y posaba sus ojos en los míos, algo se removía en mi interior; no sabía por qué me fascinaba escucharlo hablar. La otra jovencita, María del Carmen era de la edad de Adelina, habían estudiado en el mismo colegio de monjas y también iba a pasar el verano en casa de unos familiares a Nueva York. Tenía un aspecto frágil, como una muñequita de cristal que en cualquier momento se puede romper, con la piel muy fina, casi transparente llena de pecas, unos ojos verdes que según se reflejase la luz del sol en ellos podían llegar a ser de color gris; su pelo parecía pintado con zumo de zanahoria, naranja y rizado, lo llevaba adornado con una diadema para evitar que los tirabuzones le taparan la cara. Era más introvertida, de mirada triste y melancólica. Nosotras dos nos sentíamos en la obligación de cuidar de ella, al verla tan vulnerable. Los cinco formamos un grupo bastante llamativo y vistoso, aunque nosotros no nos dábamos cuenta, sí que los pasajeros cuando nos veían juntos se nos quedaban mirando, las chicas teníamos cada una el pelo de un color diferente y los chicos igualmente, Anselmo era muy moreno de piel y Amadeo tenía la piel tan blanca y delicada que, al mínimo cambio de temperatura le aparecían en los mofletes unos ronchones rojos que le daban un

aire de diablillo muy simpático.

Cogimos la costumbre de juntarnos todas las mañanas, los cinco, después del desayuno en la cubierta de paseo, si el tiempo lo permitía, si llovía o amenazaba lluvia, nos sentábamos en uno de los muchos salones de recreo, de los que disponía el gigante de hierro.

Yo estaba descubriendo que había otro mundo fuera del pueblo y que me encantaba. Me di cuenta, escuchando hablar a mis nuevos amigos de lo ignorante que era y de la gran cantidad de cosas que desconocía. No sé si era por lo elegante y atractivo o por lo bien que hablaba, que cuando Amadeo se ponía a hablar, todas nosotras nos callábamos y le escuchábamos sin apenas pestañear, pero para mí, Anselmo era especial, también era muy atractivo, aunque era más reservado y le gustaba dejar el protagonismo a su hermano que era el que casi siempre llevaba las riendas del grupo, que habíamos formado nosotros cinco.

A pesar de estar a punto de cumplir veinte años, me sentía como una niña pequeña, descubriendo cosas nuevas todos los días, con mis nuevos amigos. Para ellos, yo era Gaby y me gustaba que me llamasen así. En el pueblo dejé todo, hasta mi nombre, Lela, que se había quedado en aquel oscuro y frío calabozo. Eso me prometí una mañana en la que me había despertado al amanecer y por no despertar a Conchita, que seguía durmiendo plácidamente en la cama, salí a pasear por la cubierta. Ya nos estábamos aproximando al trópico y la temperatura era más que agradable, me acerqué hasta la barandilla de proa. Me agarré con fuerza al balaustre y cerrando los ojos, dejé que el aire me golpeará en la cara, la cinta que sujetaba mi pelo salió volando por la fuerza del viento y la melena comenzó a ondularse como si fuera una capa y en cualquier momento pudiera salir volando; me invadió una sensación de bienestar y paz inmensa. Pensé en lo que había cambiado mi vida, en apenas unas semanas. Era otra persona, viviendo otra vida, con otras personas y en ese momento, me juré a mí misma que nunca más volvería a la vida anterior y que lo único que recuperaría de mi pasado, sería a mis hermanos, que cuando estuviera asentada en América, les pagaría el pasaje para que se fueran a vivir conmigo, seguro que Doña Lucrecia me ayudaría a comprar los pasajes para ellos.

Doña Lucrecia estaba sorprendida, pero a la vez alegre del cambio que había dado. Una mañana durante el desayuno me lo comentó:

—Estoy asombrada de lo bien que te está sentando el aire del mar. Y sobre todo, de verte de nuevo sonreír y disfrutar de la vida.

—Yo también estoy asombrada de mi cambio. Estoy contentísima con las nuevas amistades que he hecho y todo se lo debo a usted y a Conchita que me

cuidan y me miman tanto. No sé si algún día podré agradecerles todo lo que están haciendo por mí.

Conchita nos estaba mirando y no paraba de sonreír mientras se tomaba su taza de café. Posando la taza encima de la mesa, me miró poniendo mirada pícaro y dijo, guiñando un ojo a Doña Lucrecia:

—Háblanos de tus nuevas amistades. Hay dos hermanos muy buenos mozos entre ellas. Me he estado informando y sé que serán unos estupendos cirujanos, si siguen los pasos de su padre. Sobre todo el moreno, creo que se llama “Alnosequé”, destaca por su simpatía y bondad, aparte de su atractivo porque guapo, es un rato. ¿No lo crees así, Gabriela?

Al escuchar la pregunta no pude evitar sonrojarme, noté como de repente la cara me ardía y no sabía por qué, pero intenté ignorarlo y contesté a Conchita lo más serena que pude:

—Se llama Anselmo, Conchita, no te hagas la despistada, y sí, los dos son muy guapos, pero yo sólo los miro como amigos. Son los dos muy inteligentes, también Adelina y María del Carmen y estoy aprendiendo muchas cosas con todos ellos. Me da la sensación que soy una completa ignorante a su lado, cuando los escucho hablar.

—Niña, no digas eso, no te sientas inferior a ellos por tener menos cultura — Contestó Doña Lucrecia, mientras alargaba su mano para acariciar la mía, en señal de consuelo. —“Además eso lo vamos a solucionar pronto — Dijo, sonriéndome.

—Oh, no Doña Lucrecia. Ellos no dejan que me sienta inferior, todo lo contrario. Me cuidan y me enseñan muchas cosas, incluso, a veces, les hace gracia, lo ingenua que soy sobre algunos temas cotidianos.

Ahora la que habló fue Conchita: —Hablando de los reyes de Roma, por ahí aparecen. Creo que te hemos entretenido esta mañana más de la cuenta.

Efectivamente, giré la vista hacia la dirección que indicaba Conchita y les vi, a mis nuevos amigos, encabezando el grupo iba Anselmo, con un pelo de color blanco que resaltaba más su piel tostada y su pelo negro como el azabache. En cuanto vio que yo me giraba y nuestras miradas se encontraron, una sonrisa se dibujó en su rostro mientras me guiñaba un ojo, lo que me produjo un dulce cosquilleo en la boca del estómago. No podía estar enamorándome de Anselmo, pensé, no me lo podía permitir. Tenía muy reciente todavía mi desilusión de Ricardo. Me sentía alagada de que dos chicos tan inteligentes, atractivos y educados se interesaran por mi bienestar y quisieran ser mis amigos. No se me pasaba por la cabeza aspirar a ser algo más que una amiga para cualquiera de los

dos; además mi corazón iba a estar cerrado al amor por tiempo indefinido.

—Buenos días, Doña Lucrecia y Doña Concha. Venimos a buscar a Gaby para ir a dar un paseo por la cubierta de proa, aprovechando el buen tiempo y la suave brisa, antes de que el sol del mediodía caliente en exceso — El que habló fue Amadeo. Era el que se había adjudicado el papel de líder del grupo y todas hacíamos lo que él decía. Tenía el don de hipnotizarnos con su tono de voz. No era autoritario, hablaba pausadamente y cada vez que proponía un plan, nos lo describía tan bien que no se nos pasaba por la cabeza decirle que no. Siempre acompañaba a la proposición una razón explicativa, así era imposible negarnos y si le mirábamos a sus ojos, que eran de un azul tan profundo que era como si guardara dentro todo el océano que nos rodeaba, acabábamos pidiéndoselo por favor.

—Uy, llámame Conchita, jovencito, que Doña Concha suena a señora mayor — Y levantándose tan ágil como si tuviera veinte años se acercó al grupo y comenzó a saludar a todos, aunque cuando se acercó a Anselmo, se detuvo más tiempo del que se había detenido con el resto.

—Nadie diría que sois mellizos. Sois muy diferentes.

—No lo crea, Doña Conchita. Somos la misma versión, sólo que uno en rubio y blanquito y el otro en moreno y tostadito — Se adelantó a contestar Amadeo.

Doña Lucrecia estaba mirando divertida la escena desde su asiento e intentaba disimular la sonrisa, llevándose a los labios la taza de té.

Yo me levanté y nos pusimos en marcha. Esa mañana en concreto habíamos planeado acercarnos al puente de mando. Amadeo había convencido al capitán de que sólo nos dedicaríamos a mirar, sin molestar a la tripulación.

Desde el puente de mando se controlaba todo el barco. Estaba lleno de palancas, pantallas, teclas de varios colores, formas y tamaños, teléfonos y micrófonos; era como estar dentro de una nave espacial. Las paredes eran una enorme cristalera por la que se divisaba todo el océano, con un ángulo cercano a los trescientos sesenta grados. Era una visión espectacular, para grabarla en la memoria de los recuerdos bonitos y estaba segura que no sería el único recuerdo bonito que guardaría de ese viaje.

CAPÍTULO XXI

Adelina y yo nos hicimos inseparables durante el viaje. Entre nosotras se forjó una amistad nacida desde el cariño y el respeto, que aunque no llegamos a estar juntas ni dos meses, la seguimos manteniendo durante muchos años más.

También con María del Carmen hice una gran amistad, pero la de Adelina fue especial, casi tan profunda como la que tenía con mi amiga Sofía. ¡Cómo la echaba de menos!, también. Por las noches, antes de dormirme recordaba fragmentos de mi vida, una vida que había dejado atrás, entre ellos a mi querida amiga y hermana del alma, Sofía; cuántas noches rememoraba aquella verbena fatídica para mí, en la que llegamos las dos a la fiesta con nuestros vestidos nuevos, ella sí que conoció allí al amor de su vida, al bueno de Juan, que era un hombre dulce y afable, que además de querer a Sofía con devoción, a mí me había demostrado su gran aprecio ayudándome a encontrar a Ricardo cuando pensábamos que se había suicidado, pero yo tuve que conocer en esa verbena al hombre que me hizo perder todo, aunque en ese momento, creí que era el hombre de mi vida, pero el hombre de mi vida, no me habría dejado abandonada, no una, sino dos veces. Pero eso lo aprendí tarde, cuando ya no había remedio y estaba pagando caro mi error, el error de hacer caso al corazón. Alguien me dijo una vez que el hombre, es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra y yo lo comprobé en mis propias carnes.

Muchas noches, después de que Doña Lucrecia y Conchita se retiraran a descansar, Adelina y yo nos quedábamos charlando hasta casi el amanecer. La temperatura era tan suave y la paz y tranquilidad que había en la cubierta del barco a media noche, invitaba a dos jóvenes, como nosotras, a contarnos confidencias de adolescentes. Adelina me contó sus sueños, ella quería quedarse a vivir en América, soñaba con pasearse por las calles de Nueva York del brazo de un rico empresario y acudir al teatro, conocer a las grandes estrellas del cine de Hollywood, acudir a cenas luciendo joyas y vestidos de los diseñadores más famosos; yo, sin embargo, al sincerarme con ella, le dije que hasta que no les conocí a ellos, no había tenido más aspiraciones que cuidar de la casa y de mis hermanos, que era lo que había hecho desde que nuestra madre falleció, pero que después de haberlos conocido, me había dado cuenta que quería aprender, no parar de aprender y de estudiar y que gracias a la tutela de Doña Lucrecia lo iba a conseguir. Escuchando a Anselmo y a Amadeo hablar con tanta pasión sobre la carrera de medicina, que estaban estudiando, me habían contagiado su pasión y estudiaría enfermería.

—Yo no necesito estudiar más. Este verano buscaré entre los jóvenes herederos de la alta sociedad americana, un candidato a marido. Con eso me basta para cumplir mis aspiraciones. Y tú deberías hacer lo mismo en cuanto llegues a la Hacienda. Si el hijo de Doña Lucrecia está soltero, sería un buenísimo partido.

Me cogió las manos y se giró hacia mí, mirándome a los ojos, me dijo en tono serio y solemne, casi como si me lo estuviera ordenando:

—Hazme caso, Gaby. En este mundo, por desgracia las mujeres no pintamos nada, para sobrevivir debemos buscarnos un marido y vivir a la sombra de él. Busca uno que tenga dinero y después podrás dedicarte a estudiar o a lo que quieras, pero primero asegúrate el futuro. Sería maravilloso que te quedaras en New York y poder asistir juntas a los grandes salones en los que la alta sociedad da sus fiestas .

Ponía tanta pasión al contármelo que todo el rostro se le iluminaba; abría tanto los ojos, que parecía que se le iban a salir de las cuencas en cualquier momento. Me agarraba tan fuerte las muñecas que no dejaba que circulara la sangre y los dedos se me entumecían. Casi siempre era así, ponía tanta pasión cuando hablaba, que era casi imposible no contagiarse de ese entusiasmo. Yo me dejaba arrastrar por ella y eso me ayudaba a dejar atrás mi melancolía y mi pena. María del Carmen y yo la seguíamos sin rechistar y nos divertíamos como tres niñas, corriendo por todo el barco y haciendo travesuras.

Una tarde, en la que el sopor y la humedad de la hora de la siesta eran insoportables, decidimos acercarnos a echar un vistazo a la zona turista en la que viajaban la clase media y obrera. Lo teníamos totalmente prohibido, nos habían inculcado la idea de que era gente peligrosa, maleantes y ladrones, pero en realidad era gente obrera, que había vendido todas sus pertenencias y emigraba en busca de una vida mejor. Iban en busca de una quimera, algunos si lo consiguieron, fueron los famosos indianos, que regresaron enriquecidos a sus pueblos natales, años más tarde, pero otros muchos no lo consiguieron y volvieron más empobrecidos de lo que ya eran cuando se fueron.

Apenas había gente por la cubierta y la que había estaba recostada en sillas, resguardadas del sol abrasador, dormitando debajo de sombrillas o de los tejadillos que había encima de las puertas de acceso a los camarotes de la cubierta. Adelina y yo caminábamos agarradas del brazo y mirando a todos los lados, temblando, yo de miedo y Adelina de emoción por hacer algo prohibido, pero intentando aparentar calma y normalidad. María del Carmen no nos había querido acompañar por miedo a que le castigaran y yo me arrepentí nada más entrar por la escalerilla de acceso a la clase turista. El calor era insoportable, apenas corría brisa y la poca que corría era tan caliente que no dejaba casi respirar. Nos acercamos al borde de la barandilla para ver si ahí el aire era más fresco. Nos distrajimos con unos enormes peces de escamas plateadas, que jugueteaban entrando y saliendo del agua, aprovechando las olas que levantaba

en barco a su paso, cuando de repente, noté dos manos que me agarraban por la cintura que tiraban de mi hacia atrás, inconscientemente me agarré más fuerte al brazo de Adelina, mientras intentaba no perder el equilibrio para no caer al suelo.

La presión que notaba en la cintura cesó y mientras intentaba recuperar el aliento, alguien me agarró del brazo y tiró de mí, hacia una esquina oculta de la cubierta; yo intenté soltarme, forcejeando, pero la mano que me oprimía era enorme, con unos dedos gordos y largos, terminados en unas uñas llenas de mugre, que me provocó una náusea al verlo; seguí con la mirada el brazo que acompañaba a esa mano repugnante, era igual de grande con unos músculos muy marcados, levanté la vista hacia arriba y en ese momento noté como mi orina resbalaba por mis muslos. El rostro que vi parecía salido del mismo infierno, una boca a la que le faltaban un montón de dientes y los que quedaban dentro eran totalmente negros; alrededor de la boca, una barba copiosa grasienta impregnada de restos sebosos que le llegaba hasta el pecho. Lo vi tan claramente porque el individuo estaba carcajeándose, con su cara pegada a la mía; de su boca salía un hedor pestilente que me penetraba por la nariz y me impedía respirar. El sujeto no paraba de carcajearse, mientras me seguía empujando hacia la esquina. Yo era incapaz de gritar, el pánico me había paralizado y parecía una muñeca de trapo entre esas manazas, que me arrastraban sin que yo pudiera hacer nada; nadie se movió, parecía que yo era invisible, era como estar viviendo una pesadilla. Miré a mi alrededor, no veía a Adelina por ningún lado, pensé que otro ogro como el que me tenía retenida a mí, se la habría llevado a ella también. Detrás de mí se abrió una puerta y el ogro de un empujón, me tiró dentro. Era un cuartucho pequeño y oscuro que olía a orín y a vómito. Cerró la puerta tras él y todo se quedó oscuro. Sólo se escuchaba su respiración agitada entre las carcajadas y gruñidos del individuo. Mi corazón se había desbocado dentro del pecho. Sentí algo metálico que caía al suelo rebotando en mis piernas que me provocó un agudo dolor en la espinilla; era la hebilla de su cinturón que había caído al suelo junto con el pantalón; casi al mismo tiempo una de las manos del ogro me levantó con urgencia y brutalidad la falda en busca de mi ropa interior; su respiración era cada vez era más acelerada y yo estaba más aterrada; el temblor fue incontrolable cuando noté como me arrancaba la ropa interior de un fuerte tirón. En ese momento un grito desgarrador salió de mi garganta pidiendo auxilio.

Al momento escuché voces conocidas que provenían del otro lado de la puerta:

—El grito se ha oído por este lado. Vamos a separarnos para poder encontrarla antes. Gabyyyy ¿dónde estás? Esa era la voz de Anselmo; también Adelina me llamaba a gritos a la vez que él; un poco más lejos se oía otra voz de chica, llamándome, me pareció reconocer que era la voz María del Carmen, pero en ese momento no podía pensar. Seguí gritando hasta que el ogro me dio una bofetada y me tapó la boca con la mano que tenía libre.

Creo que el instinto de supervivencia me hizo reaccionar como lo hice. El ogro ignoraba los gritos de mis amigos llamándome y yo notaba que sus voces se alejaban, cada vez las escuchaba más lejos. Al notar como se me echaba encima el puerco pestilente de mi agresor, babeando y jadeando, levanté mis manos hacia su cara y le metí un dedo en cada uno de sus ojos, provocándole un alarido de dolor. Aprovechando que se echó hacia un lado tapándose la cara con las manos, me levanté lo más rápido que pude. Agarrando el picaporte de la puerta, lo giré para abrir la puerta del cuchitril y salí a la cubierta, gritando y llamando a gritos a mis amigos:

—¡¡Aquí, estoy aquí, Anselmo, Adelina!! — Salí tan despavorida, gritando y haciendo aspavientos con los brazos, para que mis amigos me vieran, que tropecé y caí de bruces sobre la cubierta resbaladiza. El agresor salió detrás de mí corriendo, intentando subirse los pantalones, para taparse sus vergüenzas. Yo estaba caída en el suelo, echa un ovillo, llorando desconsolada. Anselmo y Adelina ya me habían visto y venían hacia mí. El agresor, rabioso por no haber conseguido sus objetivos al pasar por delante de mí, me dio una patada en el centro de la espalda, que me hizo retorcerme de dolor y encogerme más sobre mi misma.

Anselmo me levantó en volandas y me sacó de aquella parte del barco, que nunca debimos visitar. Adelina no paraba de llorar, sus llantos se juntaban a los míos, los de ella eran de culpa y los míos eran de dolor. Me llevaron a mi camarote. Adelina me ayudó a lavarme y a cambiarme de ropa. Anselmo me curó y vendó las heridas con un mimo excesivo, acompañado de palabras de ánimo, dulces y cariñosas, que consiguieron que dejara de llorar y de temblar. Si antes del incidente ya le admiraba, a partir de ese día se multiplicó por mil la admiración y el cariño hacia esa persona que reunía todas las cualidades buenas que puede tener un ser humano.

Doña Lucrecia y Conchita no llegaron a enterarse del incidente. Nadie se enteró del incidente de la cubierta inferior, de la clase turista. La versión que contamos fue que yo me tropecé al bajar las escalerillas y que torcí el tobillo.

CAPÍTULO XXII

El viaje llegaba a su fin, un viaje que nunca olvidaría. Estábamos tristes porque habían sido como unas vacaciones para nosotros cinco, pero se acercaba el momento de despedirnos, sin saber si nos volveríamos a ver algún día. A mí me parecía increíble lo que estaba viviendo. Cómo me había cambiado la vida de un día para otro. Lo que en su momento me pareció una tremenda desgracia, en ese momento daba gracias a la vida porque hubiera ocurrido. Estaba conociendo un mundo nuevo, nuevos objetivos y metas, aunque me faltaban mis hermanos, sabía que era temporal. En un futuro, esperaba que no muy lejano, estaríamos todos juntos, lejos del pueblo que nos vio nacer, en el que sólo nos habían pasado desgracias.

Por los altavoces del barco se escuchó la voz del capitán anunciando, que en la noche del sábado habría una fiesta, para celebrar el fin de la travesía. Habría licores y manjares y baile de disfraces.

Siempre recordaré esa fiesta, al igual que la verbena del verano de 1955, fueron dos noches importantes, que marcaron mi vida.

Decidimos disfrazarnos de indios apaches, así que Adelina pidió a su abuela que le ayudara a encontrar unas plumas y tela de ante de color marrón para confeccionar unas faldas y unos chalecos con flecos para nosotras tres. Conchita echó una mano y nos ayudó a coser las costuras de las faldas y a hacernos la corona de plumas. Quedamos como auténticas apaches. Los chicos estaban guapísimos. Habían conseguido unas pelucas semejando unas cabelleras larguísimas, recogidas con dos trenzas que les llegaban hasta la cintura, una a cada lado de la cabeza.

Esa noche hacía una temperatura típica tropical. El clima se dejaba ya notar con fuerza y la humedad era altísima, así que la fiesta tuvo lugar en las cubiertas del barco, en la tercera y en la segunda, que eran las destinadas para la primera clase, la cubierta del primer piso era la reservada para la clase turista y a esa no se nos ocurría volver a ir, después de lo sucedido.

Cenamos las tres familias juntas. Doña Lucrecia, Conchita y yo ya formábamos una pequeña familia; las adoraba como si lo fueran. Ya no concebía mi vida sin ellas y ellas me demostraban tanto cariño, que era imposible no quererlas; por eso había una cosa que no había contado a Doña Lucrecia y que decidí no contárselo nunca, desde el momento en que fui testigo, desde la ventana de la habitación, en la que pasé los primeros días en casa de la marquesa, del beso apasionado que se dio con el viejo Don Ricardo. Unos días después, la víspera del viaje, Doña Lucrecia había ido a mi habitación para

hablar conmigo y me contó, sin mencionar nombres, que ella sabía lo que era tener que renunciar a un amor. Me acordé del beso que presencié entre ellos dos, supe que el amor al que había renunciado era el padre de Ricardo. No podía contarle que el amor de su vida era quien me había separado a mí del mío y de mi única familia, que eran mis hermanos. Con que una de las dos tuviera roto el corazón era suficiente. Ella no se merecía sufrir, aunque sé, que si me acogió en su casa fue porque se lo pidió él, el cariño que me profesaban ella y Conchita no era fingido y con eso me bastaba para no provocarla daño innecesario. No se lo merecía.

La fiesta fue maravillosa. Bailamos todos juntos hasta desfallecer. También Doña Lucrecia se animó a bailar, bailó con Anselmo y con Amadeo; tenía buen gusto; me alegraba verla divertirse con nosotros. Yo bailé con el abuelo de Adelina; un señor encantador, que todavía guardaba parte del atractivo del que debió gozar de joven. Adelina había heredado sus mismos ojos y su forma de mirar, con lo que conseguía que todos los chicos con los que se cruzaba cayeran rendidos a sus pies, sin ningún esfuerzo. No tendría problema en encontrar el marido que ella buscaba.

De repente, por los altavoces, el capitán del barco anunció el fin de fiesta y nos invitó a coger a nuestra pareja para el último baile de la noche. Lógicamente el abuelo de Adelina, se disculpó y se fue a buscar a su esposa para el baile. Yo me disponía a acercarme donde estaban Conchita y Doña Lucrecia para despedir con ellas la fiesta, pero alguien me agarró la mano. Al volverme, vi que el dueño de esa mano era Anselmo. Estaba mirándome, luciendo una sonrisa totalmente cautivadora, que terminó de derrumbar el muro que había construido alrededor de mi corazón para protegerlo. Eso quería pensar yo, pero me había cautivado desde el primer momento en que nuestras miradas se cruzaron.

—Gaby, ven, vamos a bailar el último baile. No hemos bailado juntos en toda la noche, parece que me huyes. Ésta será la última noche en la que estaremos juntos, durante mucho tiempo.

-”No digas tonterías, por favor ¿cómo se te ocurre pensar que voy a huir de ti? Estaré encantada de bailar contigo — Creo que tartamudeé, pero con la algarabía que había a nuestro alrededor, sólo me di cuenta yo.

Yo seguía a Anselmo a la pista de baile; íbamos agarrados de la mano y él tiraba de mí, pues mis piernas estaban agarrotadas por los nervios. No sabía o no quería saber por qué cada vez que me miraba con esos ojazos, hacía temblar todos mis cimientos, cimientos que estaban a medio construir para que nadie después de Ricardo entrara de nuevo en mi corazón y me lo destrozara como lo

había hecho él. Pero esa mirada y esa sonrisa eran dinamita pura.

Comenzó a sonar un bolero precioso, titulado “El reloj. Nunca lo había escuchado, pero desde ese día fue mi preferido y se convirtió en nuestra canción.

Anselmo me agarró por la cintura y me acercó a él con una suave presión. Era muy alto, mi cabeza llegaba sólo hasta su pecho, podía oír latir su corazón. Eso aceleraba al mío, que latía desbocado. Él acercó su boca a mi oreja y me susurró suavemente:

—Gaby, no quiero que desaparezcas de mi vida — Fue como si me hubiera tragado una cerilla encendida y recorriera todo mi cuerpo hasta llegar a la punta de mis pies, abrasando mis entrañas a su paso.

—Anselmo, claro que no vamos a desaparecer. Nos escribiremos y nos contaremos cómo nos van las cosas y seguro que alguna vez podremos volver a vernos — Acerté a decirle, a pesar de los nervios y el sofoco que me estaban ahogando por dentro, y apenas me dejaban respirar.

—Gaby, no me refiero a eso. Sé que no tengo derecho a pedirte que me esperes. Todavía me faltan unos años para terminar la carrera y la especialización, pero cuando la termine, tengo intención de montar mi propio hospital, con mi hermano y mi padre. También quiero formar una familia y me gustaría que fuera contigo.

En ese momento, mi corazón no aguantó más y perdí el conocimiento. Los fuertes brazos de Anselmo impidieron que cayera al suelo, desplomada. Cuando desperté, al abrir los ojos, lo primero que vi, fue a Anselmo mirándome y al ver que yo abría los ojos y que comenzaba a reaccionar, su sonrisa apareció en su rostro, ese rostro amable y dulce que había comenzado a colarse por las grietas que habían quedado sin tapar en mi dañado y roto corazón.

CAPÍTULO XXIII

Al día siguiente llegamos a nuestro destino, el puerto de la Guaira en Caracas. Desembarcamos y entre abrazos, lágrimas y promesas nos despedimos. Nos intercambiamos direcciones. Yo cogí las de todos, con la promesa de escribir en cuanto estuviera instalada en la hacienda de la marquesa.

Todavía nos esperaban unas cuantas horas en tren hasta llegar al Lago Maracaibo, que era donde estaba la nueva hacienda que había adquirido el hijo de Doña Lucrecia. Entrar en la estación de tren de Caracas fue como retroceder casi cien años. Parecía que habíamos dado un salto en el tiempo que se hacía más notorio al venir del lujo del trasatlántico. Los trenes eran

verdaderos monstruos de hierro, vagones pesados llenos de engranajes, arrastrados por una ruidosa locomotora echando humo.

La estación estaba rodeada por palmeras y cocoteros. El edificio era una sencilla estructura metálica, que en la parte frontal estaba formada por una serie de arcos, que soportaban una gran vidriera con un enorme reloj en el centro con números romanos, que cada vez que daba las horas en punto, dábamos un salto en la silla. Los frisos, las contraventanas, los asientos, las ventanas, todo donde se mirase estaba pintado de alegres colores, era una explosión de verdes, lilas, amarillos, rojos y cualquier rincón o esquina era bueno para colocar una maceta con flores. Eso le daba una aire festivo y alegre, lo que nos sirvió para sobrellevar las varias horas que tuvimos que esperar en la estación, con el calor sofocante, a que llegara nuestro tren.

Ese escenario me recordaba a los cuentos que nuestra madre nos contaba de pequeños. El jefe de estación iba impecablemente vestido con su uniforme, a pesar del sofocante calor; con su gorra y su chaqueta, azul y roja, dio la salida a nuestro tren al grito de “viajeros al tren” seguido del sonido de su silbato. A pesar del traqueteo de la locomotora, el viaje fue entretenido. Era como viajar en un tren de juguete; cada poco la locomotora hacía sonar su característico silbido, a la vez que escupía humo y dejaba una estela blanca en el aire, a su paso por las llanuras inmensas de campos, a veces vacíos, otras veces, con ganado pastando, que ni se inmutaban al pasar el tren, aunque éste les saludara con su silbido. El verdor de los prados y el ganado pastando me recordaban a mi Cantabria natal. Cuando por las mañanas salía con las vacas de la cuadra para llevarlas a los pastos y mientras ellas pasaban el día pastando, yo lo pasaba con Ricardo en nuestro refugio de la cueva. Me parecía increíble que al intentar recordarle, los rasgos de su cara se me estaban difuminando de la memoria. Hacía semanas que apenas me acordaba de él: sin embargo, el que, de repente aparecía, sin llamarlo en mis pensamientos era Anselmo. Recordaba vivo en mí su aroma, que se filtró por mi nariz inundando todo mi ser. En ese momento se me metió en mi cabeza e intentaba por todos los medios meterse en mi corazón. Yo luchaba contra ese sentimiento, luchaba con todas mis fuerzas, pero empezaba a flaquear, era muy fuerte la ternura, la admiración y el respeto que me inspiraba, aparte de lo guapo y atractivo que era físicamente. Mi cabeza se alegraba de que hubiera puesto tierra por medio, pero mi corazón empezaba a echarlo brutalmente de menos, aunque hacía apenas unas horas que nos habíamos despedido. Todavía no sé cómo se me ocurrió fingir el desmayo cuando me dijo que quería formar una familia conmigo. Me quedé paralizada, hasta la sangre se me paralizó y dejó de

fluir por mis venas; me quedé pálida como la cera. No fue difícil hacerle creer que me había desmayado de verdad.

Todos pensaron que la causa de mi desmayo fueron las copas de champán que nos habíamos tomado durante la cena y la humedad del calor tropical que hacía el aire irrespirable, así que durante el viaje en tren, Doña Lucrecia y Conchita estaban muy pendientes de mí por si me volvía a ocurrir. En el barco estábamos acompañadas de personas amigas, pero en el tren éramos nosotras tres en medio de desconocidos que hablaban con un acento extraño y usaban palabras y frases que muchas veces no entendíamos, además de que nos miraban como si fuéramos bichos raros. En el tren no era como en el trasatlántico, que se diferenciaban la primera clase de la turista. En la locomotora todos los vagones eran iguales y la gente que viajaba en ellos eran campesinos o comerciantes cargados con bolsas llenas de frutas y hortalizas que venderían al llegar a su destino.

El viaje iba a ser largo. Intentaba entretenerme leyendo, pero no podía concentrarme, sólo podía pensar en que quizás no volvería a ver a mis amigos y al pensar en Anselmo, me invadía una gran tristeza; inconscientemente saqué los trozos de papel, en los que cada uno había escrito su dirección; era como tenerlos un poco más cerca sabiendo que esos trozos de papel habían pasado por sus manos. Al guardarlos todos juntos, no había reparado en que en el sobre que me dio Anselmo con la dirección de él y de su hermano había otro sobre cerrado con mi nombre escrito en la parte del destinatario y en el del remitente, el nombre de Anselmo; dentro parecía que había una hoja de papel. Noté cómo de repente el corazón se me había acelerado. Con las manos temblorosas intenté abrir el sobre, con cuidado de no destrozarlo y conseguí sacar la hoja de papel que había dentro intacta. Era una carta de Anselmo:

Querida Gaby:

Sabes que estaré unos años en Estados Unidos formándome como cirujano. Quiero pedirte que me esperes, aunque sé que no tengo derecho a pedírtelo porque no sé cuánto tiempo va a ser.

Sólo sé que desde el primer momento en que vi esos ojos tan tristes y melancólicos, supe que eran los ojos que quería ver todos los días de mi vida, al despertarme cada mañana.

Por favor, en cuanto llegues, escíbeme para saber si llegaste bien y mantenme informado de ti, de todo, aunque yo escriba menos porque no tendré mucho tiempo, pero no pienses que me olvidé de ti.

Eres la mujer que quiero en mi vida y la distancia no lo cambiará.
Hasta pronto, mi linda Gaby.

Cuando terminé de leer la carta de Anselmo, cerré los ojos y me la llevé al pecho. Me llené de amor y sin darme cuenta las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas, pero esta vez era de felicidad, de increíble felicidad. Tan extasiada había estado con el descubrimiento de la carta y de su lectura, que no me había dado cuenta que Doña Lucrecia y Conchita estaban enfrente de mí, mirándome perplejas.

—Niña, ¿qué te pasa? ¿por qué lloras? Oí que me decían al unísono las dos, con voz preocupada.

De repente, al oírlas, abrí los ojos y las vi mirándome con los ojos muy abiertos con cara de susto. Yo esboqué una enorme sonrisa y les dije:

—Lloro de felicidad.

Lloraba de felicidad, alagada de que alguien como Anselmo, un chico atractivo, educado y culto, que podía tener a cualquier chica a sus pies, se hubiera fijado en una chica de pueblo, que apenas sabía leer, como yo. En el fondo de mi corazón sabía que lo que yo sentía por él no era amor, era admiración y respeto y sabía que los dos pertenecíamos a mundos diferentes que nunca llegarían a juntarse, aunque por ese breve espacio de tiempo que fue el tiempo que duró el viaje en el barco, nuestros destinos hubieran caminado a la par, al llegar a tierra se habían separado para no volverse a juntar durante muchísimo tiempo. En cuanto llegase a la hacienda, tenía que escribirle y dejarle las cosas claras, debería encontrar a alguien de su altura para formar una familia y olvidarse de la pueblerina, casi analfabeta con aires de grandeza.

CAPÍTULO XXIV

El viejo Don Ricardo se había deteriorado a pasos agigantados, desde el momento en que Doña Lucrecia partió para América. El día que zarpó el barco, lo vio partir escondido, desde una esquina del puerto. Según se iba alejando el gigante de hierro, veía como su vida se vaciaba de lo único bueno que le quedaba en ella, Doña Lucrecia. Sabía que en ese barco partía la única persona que le había querido de verdad, que había querido al Ricardo hombre, que habitaba debajo de esa coraza que se había construido en el transcurso de los años. Esa coraza construida a base de sufrir en silencio por el amor de su vida, de verse separado de ella y verse obligado a casarse con alguien a quien no quiso

nunca y a la que hizo pagar, a pesar de ser la madre de sus hijos, su frustración, su falta de valor para luchar por el amor, de pelear contra las normas que le impusieron y de obligarle a vivir una vida que no quería vivir.

Le invadía una pena y una desgana por la vida que le desgastaban el alma. Se había quedado sólo. Apenas salía de casa. Se pasaba las horas sentado en el porche de la entrada mirando al infinito. Cuando hacía frío, Paquita, la criada, le cubría las piernas con una manta, pues era la que le atendía, más por pena y por caridad humana, la que él no había tenido nunca con ella, ni con nadie de su entorno. Sus hijas se habían casado y se habían marchado de casa; apenas lo visitaban. Incluso ni la hija pequeña, que se había ido a un convento, quería tener contacto con él. Se había quedado sólo.

Rosita, su nuera apenas estaba en casa. Salía por la mañana temprano, con el bebé y no volvía hasta por la noche, apenas había visto a su nieto un par de veces desde que había nacido y pronto empezaría a andar. La relación con su hijo Ricardo era inexistente, ni se dirigían la palabra. Su casa se había convertido en su peor enemigo porque en la soledad de esas paredes, solo podía recordar todo lo malo que había hecho en su vida y ya en la recta final de su vida, los remordimientos le pesaban como una losa. No podía dar marcha atrás y rectificar, sólo podía pedir perdón por el daño causado y así decidió hacer para poder morir en paz y aliviar su conciencia.

Pidió a Paquita que le llevara folios y sobres y una tarde se puso a escribir cartas a sus familiares, pidiendo perdón por todo el daño hecho, contándoles el motivo por el cual había actuado de ese modo, si es que podía existir alguna disculpa para su comportamiento. Escribió una carta para cada una de sus hijas y para su hijo Ricardo, en la que le decía que se despedía diciendo:

—No te pido perdón porque sé que no lo merezco, sólo quiero que no repitas mis errores, que luches por el amor que yo te quité, que siempre estarás a tiempo mientras exista un último aliento, que cada momento vivido al lado de la persona que te llena el alma, tiene un valor incalculable, aunque sólo sea un único instante, habrá merecido la pena todo el esfuerzo.

A Lela no tuvo el valor de escribirle una carta. Sólo podía compensar el daño que había hecho, haciendo que la gente de su alrededor enmendara la maldad con la que había desgraciado la vida, a la persona que amaba su hijo.

Otra carta que era inevitable de escribir era a su amor; posiblemente al leer todas las atrocidades de las que había sido capaz, el amor que le tenía se convertiría en odio, pero necesitaba quitarse ese peso de encima. No podía abandonar el mundo, dejando deudas en el alma; así que fue la última carta que

escribió y la que más esfuerzo y dolor le causó. Cuando la terminó de escribir y la metió en el sobre en el que había escrito la dirección de la hacienda de Venezuela, sintió un gran alivio por fin. Ya su cometido en el mundo había terminado. Metió todas las cartas en sobres con el nombre del destinatario en cada una. Le pidió a Paquita el último favor:

—Paquita, eres la única persona que me ha tratado como un ser humano, sin ningún interés encubierto, a pesar de haberte tratado igual de mal que al resto de las personas que me rodeaban. Todas me han abandonado, menos tú; por eso quiero pedirte un último favor y por qué sé que eres la única persona en la que puedo confiar para hacer lo que te voy a pedir .

Con esfuerzo, apoyándose en su bastón y en el brazo de Paquita, se levantó de la mecedora en la que estaba sentado y se acercó a la cómoda, que estaba en la otra esquina de la habitación. Abrió el cajón superior y sacó el manojó de sobres atados con una cinta y se lo entregó a Paquita.

—Cada sobre tiene escrito su destinatario. Quiero que cuando yo falte, se las hagas llegar a cada uno de ellos. También hay uno para ti, pero te pido, que no lo abras hasta que yo haya fallecido.

Sabía que si mencionaba a Paquita en su testamento, podría causarle problemas con sus hijas, así que había decidido meter en el sobre destinado para ella todo el dinero del que disponía. Era su manera de agradecerle todo lo que había hecho y estaba haciendo por él.

Llegó el fin de ese verano, el verano de 1957. Las hojas empezaron a caer de los árboles, los días eran más cortos y las noches más largas, el frío y la humedad habían vuelto a colarse en las articulaciones deterioradas del viejo guardia civil y la artrosis se le había agravado, apenas podía moverse y cada movimiento era una tortura. Empezó a no salir de la cama. Paquita era la única persona a la que veía y con la que hablaba, el resto del tiempo se lo pasaba dormitando, sin apenas comer lo que Paquita le cocinaba. Se dejaba morir lentamente y ansiaba, con todas sus fuerzas que llegara el día en que no despertara.

La víspera de Nochebuena de ese mismo año, Paquita lo encontró muerto en su cama.

3ª PARTE
MI VIDA EN MARACAIBO

CAPÍTULO XXV

La llegada a la estación de Lago de Maracaibo se hizo desear, pero cuando por fin notamos que la locomotora aminoraba la marcha y comenzaba a hacer sonar la campana insistentemente, supimos que habíamos llegado a nuestro destino. Empezaba a menguar la luz del día y una brisa fresca aliviaba el ambiente cargado del interior del vagón. El cielo iba perdiendo poco a poco su azul, para pasar al negro de la noche, apenas había alguna nubecita en el cielo, que hacía resaltar el negruzco anochecer.

La estación era una réplica de la que habíamos visto en Caracas, pero de tamaño reducido. Lucían preciosas flores colgadas de los travesaños, en coloridas macetas, que ayudadas por la suave brisa, impregnaban su aroma en el ambiente. Las puertas y ventanas pintadas de colores lilas, amarillos y rojos daban un aspecto fiestero a la estación. Todo el mundo empezó a salir del vagón entre risas y algarabía, parecía que iban a una fiesta. Nosotras nos retrasamos para bajar las últimas, mientras Doña Lucrecia y Conchita intentaban divisar desde la ventana del vagón, si entre la gente que había en la estación estaba el hijo de la marquesa. Le habían mandado un telegrama desde el barco informándole del día y del tren en que llegaríamos, pero no había certeza de que lo hubiera recibido.

Estábamos sudadas, cansadas y hambrientas y sólo queríamos una cama en la que poder descansar. Al fondo del andén vimos a un hombre bajito con un uniforme; hubiéramos pensado que era el jefe de estación, si no hubiera sostenido un cartel en sus manos en el que se leía “marquesa de Abionzo”. Enseguida empezamos a hacerle señas con la mano para indicarle que éramos nosotras. Apenas el buen hombre nos vio, se acercó raudo y veloz y se hizo cargo de nuestro equipaje, a la vez que se presentó:

—Buenas tardes, señoras. Me llamo Carlos Alfredo y soy el chófer del marqués. Síganme, por favor. El auto está afuera. Las llevaré a la hacienda, estarán agotadas del viaje.

Carlos Alfredo era un personaje pintoresco, desde el primer momento me cayó simpático. No superaba el metro sesenta de estatura y su piel era tostada como un cacahuete. Nos costó seguir su paso hasta el coche pues caminaba ligero y rápido, dando la sensación de que flotaba al andar. El auto que nos esperaba aparcado a la entrada de la estación parecía sacado de las películas de Cary Grant. Las tres al unísono nos quedamos con la boca abierta y soltamos un grito de admiración. Era larguísimo, de color beige oscuro por fuera y los asientos de un tono más claro, tapizados en cuero. Carlos Alfredo, girándose hacia nosotras, soltó una carcajada y posando las maletas, abrió la puerta del mercedes descapotable y haciendo un movimiento con su mano invitándonos a subir al auto, nos dijo:

—Por favor, súbanse al auto y tendré el placer de llevarlas a “El paraíso — Las tres nos miramos y comenzamos a reírnos. Estábamos felices e ilusionadas.

El trayecto de la estación a la hacienda duró un par de horas, pero la charla de Carlos Alfredo nos ayudó a olvidarnos del cansancio. Nos enumeró, uno a uno, con su nombre y pequeña descripción a todas las personas que vivían en la hacienda a la que el hijo de Doña Lucrecia había bautizado con el nombre de “El paraíso de la Marquesa”. Ahí comprendimos las tres que la frase de llevarnos al paraíso se refería a la hacienda, aunque el verdadero paraíso no se debía de diferenciar mucho de este lugar idílico.

La carretera que llevaba a ella, desde la estación era una sucesión de extensas llanuras, salpicadas de pequeñas colinas y numerosos árboles. Muchas estaban delimitadas por alambradas, en unas pastaban animales y en otras se cultivaban posiblemente algún típico cultivo de la zona. Carlos Alfredo nos contó que era una tierra privilegiada para todo tipo de cultivos y que en el Sur del Lago de Maracaibo se cultivaba uno de los mejores cacaos del mundo.

Cuando el mercedes abandonó la carretera y giró hacia la izquierda,

aminorando la marcha, la voz de Carlos Alfredo nos informó que estábamos entrando en “El paraíso”. Era un camino empedrado, flanqueado a los lados por enormes palmeras. Apenas quedaba luz del día y los faros del coche se reflejaban en la pintura blanca con la que estaban pintados los troncos de las palmeras. Al cabo de unos minutos, el auto se detuvo delante de una enorme verja de hierro de color negro, rodeada de una tapia de cemento que impedía ver lo que había al otro lado de ella. En una esquina de la tapia se podía ver una cartel que con unas letras en relieve que decían: “El paraíso de la Marquesa” Era la puerta por la que se accedía a la hacienda. Carlos Alfredo se apeó del vehículo para abrir el portón y un par de mucuchíes, en tonos blancos y negros, aparecieron moviendo su cola y ladrando alegres al reconocer al chófer.

A cada paso el aire se volvía más dulzón, un exquisito aroma a cacao, mezclado con chocolate impregnaba nuestros sentidos. Unos cuantos metros más adelante apareció, delante de nosotras, “El paraíso”; fue toda una sorpresa encontrarme con esa edificación. Me había imaginado una gran mansión, de varios pisos de altura y fue todo lo contrario, varias casitas, todas juntas de una sola altura. Se asentaba rodeada de árboles. Estaba adornada con unos típicos arcos de los cuales colgaban maceteros con enormes helechos de un verdor intenso y faroles que iluminaban y adornaban la hacienda. Los suelos eran de mosaicos que formaban originales dibujos geométricos. Parecía una pequeña aldea porque por donde mirara había gente, todos se habían parado a mirar a las recién llegadas y miraban con cara de alegría y júbilo.

El auto se detuvo, finalmente delante de la entrada de la casita principal y Carlos Alfredo se apeó diligente para abrirnos la portezuela y poder bajar, pero de entre las personas que se arremolinaban alrededor del auto, se escuchó una voz varonil, pero aterciopelada:

—Carlos Alfredo, ya las abro yo la puerta a las señoras.

De entre el grupo de personas apareció un hombre que sobresalía del grupo, por su estatura y porte distinguido, con el cabello negro brillante, aunque a los lados de las sienes se tornaba de un gris oscuro, adivinándose las primeras canas, sus cejas enmarcaban unos ojos marrones, de mirada amable, que brillaban como los faroles que colgaban de los travesaños de los arcos, al ver de nuevo a su madre, después de más de uno año. Sonreía mientras se acercaba a nosotras, a la vez que extendía los brazos para recoger a su madre en un abrazo, añorado y esperado por los dos. La marquesa al verlo dio un grito de alegría y se fundieron los dos en un abrazo cargado de emociones contenidas durante todos los meses que habían estado separados.

Conchita y yo empezamos a llorar al unísono, al ver a madre e hijo llorar y abrazarse. Cuando hubo pasado la emoción del primer momento, el hijo de Doña Lucrecia se acercó a Conchita y al igual que hizo con su madre, le meció en un dulce abrazo cargado de cariño. Después de acercó a mí y clavándome su dulce mirada del color del cacao que flotaba en el ambiente, me dijo:

—Hola, Gabriela. Estaba deseando conocerte, desde que mi madre me habló de ti, en una de sus cartas. Se quedó corta al describirte, eres bellísima; un ángel que nos ha regalado el destino, para hacer nuestras vidas mejores.

El hijo de la marquesa me recordaba a mi padre, con su porte atlético, su pelo azabache, que brillaba al reflejarse en él, la luz de los faroles que colgaban de los arcos del pórtico. Al escucharle dirigirme esas palabras, instintivamente mi mente viajó a cuando yo era una niña y mi padre me felicitaba cuando llegaba de la escuela con alguna nota de la maestra en la que decía lo bien que me había salido alguna tarea. Al cerrar los ojos podía sentir su mano acariciándome dulcemente mi mejilla y diciéndome palabras de ánimo.

El abrazo del hijo de Doña Lucrecia me sacó de mi ensoñación. Olía deliciosamente dulce y pensé que sería una delicia vivir en ese lugar que olía a chocolate.

CAPÍTULO XXVI

Lo primero que quería hacer era escribir a mis hermanos, hacía meses que no sabía nada de ellos y, lógicamente, tampoco ellos sabían nada de mí.

Cuando me levanté, la marquesa y Conchita seguían durmiendo, así que decidí salir de la casa en busca de Carlos Alfredo, que era la única persona a la que conocía. Parada en el portalillo de la casa, miraba a un lado y después al otro, sin saber a dónde dirigirme. Opté por rodear la casa y echar un vistazo a la parte de atrás, en busca del garaje donde se guardaban los autos, posiblemente ahí encontraría a Carlos Alfredo. Al rodear el lateral de la casa y girar la vista hacia un costado, me topé con un enorme establo, como tenía la puerta abierta, entré a curiosear, me había criado entre animales y me pudo la curiosidad. Lo que apareció ante mis ojos, me hizo abrirlos exageradamente, al contemplar tanta belleza. Había por lo menos una docena de caballos, a cual más hermoso. Aunque en mi pueblo había visto caballos, no tenían nada que ver con los que tenía delante de mí. El lomo sobrepasaba mi cabeza, con unas nalgas musculosas, de un brillo impactante, sus crines perfectamente peinadas, cayéndoles a los costados del pescuezo, al igual que sus colas trenzadas, les

daban un aire de escultura griega. Al fondo del establo había una yegua que me llamó la atención, más bien me la llamó ella a mí, pues me había quedado parada observando hipnotizada a los hermosos ejemplares, cuando de repente su relincho me hizo desviar la vista hacia ella. Al volver la vista hacia donde venía el relincho, volvió a relinchar y a menear la cabeza de arriba abajo, sin parar, como indicándome que me acercara a ella.

Era una yegua linda, sus crines era de un tostado suave y en medio del lomo tenía una enorme mancha blanca que semejaba una nube en medio del cielo. Estaba al fondo del establo, donde había menos claridad, pero sus ojos brillaban como dos luceros iluminando el camino. Sin dudar ni un momento, comencé a acercarme a ella.

—A ella no le puedes engañar con esa sonrisa, que intenta tapar lo que guarda ese corazoncito — Di un respingo al escuchar la voz del hijo de la marquesa.

Estaba justo detrás de mí, no lo había escuchado entrar en el establo o quizás ya estuviera dentro cuando yo llegué, pero al girarme, me volví a dar de bruces con la misma sonrisa que me había recibido el día anterior, al llegar a la hacienda y sólo podía pensar que ojalá me abrazara otra vez, como lo había hecho cuando nos conocimos. No entendía que me estaba pasando, así, tan de repente, sin explicación aparente; era como si ese hombre ejerciera una atracción incontrolable sobre mí. Achaqué esa atracción al parecido que mantenía con mi padre y pensé que era normal. Echaba muchísimo de menos a mis padres, pero más a mi padre. Vi como moría de pena al perder a su amor y yo siempre deseé amar algún día a alguien como él había amado a mi madre.

Cuando conocí a Ricardo, pensé que lo había encontrado, pero la vida puso a prueba ese amor que decía tenerme y no pasó ni la primera criba. Cayó fulminado, no tuvo tiempo de agonizar. Ese desengaño me hizo perder la fe en el amor, a pesar de que me ilusioné con Anselmo y pensé que podía volver a amar a alguien, fue un espejismo. Mi corazón se había cerrado y en cuanto tuviera tiempo escribiría a Adelina y María del Carmen, pero también escribiría a Anselmo para que no se creara falsas expectativas respecto a nosotros. Él debería hacer su vida y olvidarse de mí. Pertenecíamos a mundos diferentes, pero aunque no hubiera sido así, jamás podría amarlo de la manera que él quería. Mi estado de ánimo había hecho el resto y durante el viaje estaba tan vulnerable que cualquier muestra de cariño hacia mi persona era acogida como un sediento recibe un vaso de agua fresca. Ahora cada uno debía continuar su camino, sobre todo él, que tenía que llegar a ser un gran cirujano y yo tenía que instalarme en

Maracaibo y recuperar a mis hermanos.

—Hola, no le he oído entrar. Estaba buscando a Carlos Alfredo y me encontré con el establo. Me encantan los caballos y éstos son bellísimos

—Gabriela, por favor, no me trates de usted, apenas soy unos años mayor que tú, así que llámame por mi nombre — Contestó él, acercándose lentamente hacia mí, provocando que mi corazón se desbocara como un potrillo salvaje.

—Ahora que habéis llegado volveré a escuchar mi nombre porque aquí, en El Paraíso, me llama todo el personal, marqués o patrón.

Pero dime, ¿para qué necesitabas a Carlos Alfredo? quizás yo te pueda ayudar. Él ha ido a Zulia a comprar provisiones y tardará en regresar. ¿Te puedo ayudar yo?

Su tono era tan dulce y amable, que mezclado con el olor dulzón a cacao que había en el ambiente, me hacía que la boca se me hiciera agua. No sabía si provocado por el olor dulce o por la visión de esos labios que se movían tan sensualmente al hablar.

Intentando disimular mi turbación, le contesté evitando mirarlo de frente: “Para nada importante. Quería escribir a mis hermanos para que supieran que estoy bien, pero no tengo papel para cartas y pensé que él me lo podía conseguir. Pensé en él porque no conozco a nadie aquí

Poniendo cara de fingido enfado, enarcando las cejas y cambiando el tono de voz, me contestó: —¿Cómo que no conoces a nadie más aquí? ¿Yo qué soy, un muñeco de trapo, un fantasma?

Creo que en ese momento mi cara pasó por todas las tonalidades de rojo que existían hasta quedarse grana, incluso la punta de mi nariz parecía una bombilla incandescente.

—Lo siento, pero no quise molestarle con nimiedades. Sé que está ocupado en cosas más importantes que conseguir papel para cartas

—Si que te voy a conseguir papel, pero para que escribas hasta que te lo aprendas que me tienes que tutear y llamarme por mi nombre — y acercándose más a mí, hasta que consiguió agarrarme por el antebrazo, como si yo fuera el hombre y él la mujer, empezó a andar a la par mía, mientras me decía: “Antes de nada y mientras practicas el tutearme, vamos a ver si se han despertados las otras dos princesas para desayunar todos juntos — Y guiñándome un ojo puso rumbo de nuevo hacia la casa principal.

CAPÍTULO XXVII

Enseguida me acomodé a la vida en la hacienda. Para el personal de la casa,

yo era hija de la marquesa y como tal me trataban. No estaba acostumbrada a que me sirvieran, había sido yo la que siempre había servido a los demás. Me costaba acostumbrarme a que me hicieran la cama, me lavaran la ropa e incluso, si me descuidaba, hasta me ayudaban a bañarme. Doña Lucrecia estaba encantada, hasta parecía que había rejuvenecido. El haber recuperado la compañía de su hijo, le había devuelto la alegría de vivir de nuevo, después de tener que decir adiós, para siempre al amor de su vida, el perverso Don Ricardo.

A veces pensaba qué habría sido de Ricardo, aunque me era fácil intuirlo. Posiblemente habría continuado con su rutina diaria del cuartel a la taberna y de la taberna a su casa y así un día tras otro, amargándose por no haber tenido valor de plantarle cara a su padre, para que nosotros hubiéramos podido estar juntos; pero ya no me dolía, es más, cuando lo pensaba, me alegraba. Si me hubiera quedado a vivir en el pueblo, jamás habría conocido a Adelina, ni a María del Carmen y ni, por supuesto, a los gemelos; gracias a ellos me había entrado el gusanillo de aprender y de estudiar.

La gente que trabajaba en la Hacienda eran de un carácter abierto y alegre, siempre estaban canturreando y gastando bromas entre ellos. Enseguida congenié con la cocinera, una señora rechoncha y cantarina, con un trasero enorme que se llamaba Lupita, siempre estaba en los fogones cocinando algo, gracias a ella aprendí algo de su gastronomía, que no tenía nada que ver con lo que había comido en Cantabria. Comían mucho plátano, que allí le llamaban maduro, aunque estuviera verde; le cocinaban relleno, asado en las brasas o en el horno, frito. Tenían un plato que consistía en dos capas de plátano frito relleno de carne, queso o jamón. Otro alimento que siempre estaba presente en su cocina era el coco, con todas sus variantes, agua de coco o leche de coco. La pulpa también la utilizaban para infinidad de recetas, pero mi preferido eran las “cucas”, eran unas galletas de consistencia blanda, elaboradas con harina de trigo y manteca o mantequilla, endulzadas con melado de papelón con especias, que era una especie de edulcorante natural. Cuando Lupita se enteró que me encantaban, todos los días había “cucas” recién hechas en el desayuno.

Lupita me reñía cariñosamente. Me decía que la cocina no era sitio para una señorita como yo. Yo me reía por dentro al recordar cuando entre mi hermana pequeña y yo amasábamos la borona y hacíamos tortas que se parecían al pan, y en la cantidad de noches en que me acostaba sólo con un vaso de leche en la barriga, pero eso no se lo podía contar a Lupita porque creía que yo era hermana de Justino y que los dos éramos hijos de Doña Lucrecia y me había criado entre lujos.

La primera mañana que pasé en la hacienda, durante el desayuno, Doña Lucrecia ya me puso al corriente de los planes que tenía para mí y le encomendó a su hijo que gestionara mi ingreso en la universidad, también me dijo que iríamos a la capital para comprarnos un vestuario nuevo adecuado a mi nueva vida y al nuevo país y que le encantaría que yo la ayudara también a escoger su nuevo vestuario.

Me pidió que la acompañara a dar un paseo por la hacienda, con la disculpa de ver los alrededores de día y, agarrada de mi brazo, salimos de la casa. La temperatura a esa hora era ideal y una suave brisa nos invitaba a caminar.

—Querida Gaby, quería alejarme de oídos indiscretos. El personal de la hacienda piensa que eres hija mía. Creo que es buena idea que lo sigan pensando. Yo ya te considero como si lo fueras ¿Estás de acuerdo con que sea así? Me preguntó Doña Lucrecia, con un tono de voz suplicante.

—Por supuesto, Doña Lucrecia, cualquier cosa que usted o su hijo me digan, yo lo acataré con mucho gusto, pero quizás a la gente le extrañe que yo le llame, doña Lucrecia —le contesté, y la última parte de la frase, le enfatiqué para darle más importancia al mensaje que quería transmitir.

—Tienes razón. No me había dado cuenta de ese pequeño detalle —Dijo, guiñándome un ojo. — “Justino me dice “madre”, no sé si a ti te resultará embarazoso, llamarme también así. Lógicamente no quiero ocupar el lugar de tu madre, pero sabes que para mí eres como mi hija — y acercando sus labios a mi mejilla, me dio un suave beso lleno de cariño, ratificando el mensaje que acababa de darme.

—De eso no me cabe duda, “madre”. Desde que la conozco, sólo ha tenido para mí atenciones y cariño. Y nunca podré agradecerse bastante —Me acerqué a ella también y deposité un beso en su mejilla, a la vez que la rodeaba con mis brazos para sentir todo su calor, que me reconfortaba y me llenaba de alegría y de paz, a partes iguales.

—Yo también quiero si estáis repartiendo besos y abrazos. ¿Dónde hay que ponerse a la cola? Era la voz de Justino, que había llegado montado en la yegua que me enamoró el primer día que llegué y se había quedado mirándonos embobado.

—Ven, hijo, acompáñanos un rato en nuestro paseo y cuéntanos que tal te está yendo en la hacienda

—Nada me alegraría más que dar un paseo acompañado por tan lindas señoritas, pero tengo una plantación de cacao que atender. Espero estar de vuelta para la hora del almuerzo y haremos planes para los próximos días — y sin

terminar la frase, azuzó a la yegua y salió al trote. Las dos nos quedamos mirando cómo se alejaba, hasta que desapareció de nuestra vista.

CAPÍTULO XXVIII

El estilo de vida en Maracaibo era totalmente distinto al de España. Todo era distinto, el clima, la comida, las horas de luz, el ritmo de vida. Estaba ubicado en una zona tropical. Sólo había dos estaciones, el invierno, que era la estación lluviosa, de mayo a diciembre y el verano, la estación seca de diciembre a abril. Disfrutábamos de un clima cálido, adornado con sol durante seis meses consecutivos. Amanecía muy temprano y anocheceía también muy pronto y el grado de humedad era altísimo.

La vida en la capital era más parecido a cualquier otra capital del mundo, coches, ruidos de motores y de cláxones, gente yendo deprisa, mirando su reloj porque llegan tarde a algún sitio, pero en la hacienda era distinto. Allí el tiempo parecía estar detenido. Las personas que trabajaban en ella, también vivían allí, dentro del recinto de la hacienda. Justino cuando compró la hacienda se quedó con el personal que trabajaba con el anterior dueño y les dio permiso para acondicionar en la parte de atrás unas casitas para que no tuvieran que desplazarse a sus chozas todos los días. La mayoría vivían en chozas, sin agua corriente y ni mucho menos luz; pasaban muchas necesidades, sobre todo alimenticias.

Se corrió enseguida la voz entre los lugareños y la gente le cogió mucho cariño, a la vez que respeto. Era el primer patrón que construía casas para sus obreros y además les pagaba un sueldo, junto con la manutención. Se ganó el apodo de “El Gran Patrón” por el tamaño de su generosidad.

Justino era una persona de corazón noble, no tenía maldad en él y no la tuvo nunca, ni para sus empleados, ni para sus enemigos, que como hombre de negocios que prosperó, le salieron unos cuantos enemigos, generados por la envidia.

Sus empleados le respetaban y en raras ocasiones tenía que amonestar a alguno. Tenía muchos detalles para ellos. Cuando había algún nacimiento, siempre les daba un extra en el sueldo. Cuando algún hijo se emancipaba y decidía marcharse de la hacienda, aparte de ayudarlo a emprender la vida fuera, le ayudaba económicamente. Cuando caían enfermos, no les dejaba reincorporarse al trabajo hasta que estuvieran totalmente recuperados y si era necesario, él mismo les pagaba la factura del médico y las medicinas. Todas esas

cosas, unidas a su carácter amigable y cercano, junto a su eterna sonrisa, le hicieron ganarse el respeto y el cariño de casi todas las personas que lo conocían.

Doña Lucrecia se empeñó en que tenía que aprender a conducir para cuando acudiera a la universidad. La distancia que había hasta la hacienda era de casi 100 kilómetros y si podía hacer el trayecto en coche, sería mucho más cómodo para mí que si lo hacía en tren o autobús. Carlos Alfredo, el chófer fue el encargado de esa misión.

Era un hombre con una paciencia infinita, por lo menos conmigo la tuvo. Yo nunca había conducido un coche y él, con un gran aguante me enseñó cada uno de los pedales y cuándo y cómo los tenía que pisar, la palanca para meter las velocidades. Cuando me senté delante del volante y comencé a conducir el auto, nunca me gritó, a pesar de que tuvo oportunidad y motivo para hacerlo en múltiples ocasiones.

—Gaby, cuando pises el freno, hazlo suavemente porque si no vamos a acabar con los dientes pegados al parabrisas —Me decía cada vez que frenaba bruscamente.

—Lo siento, Carlos. Con un poco más de práctica, aprenderé a frenar con más suavidad — Le contestaba yo, pero sin mirarlo porque no podía apartar la vista de la carretera si no quería acabar dando vueltas de campana con el auto.

—Lo haces muy bien. Sólo te hace falta eso, la práctica, pero aprendes muy deprisa —No sé si lo decía para no desilusionarme, pero surtía efecto y consiguió con sus palabras de ánimo y su paciencia que no decayera y consiguiera examinarme con éxito.

Yo estudiaba por las mañanas la teoría y por las tardes, si Carlos Alfredo no tenía que acompañar a Justino a ningún sitio, me daba clases de conducción. En poco más de dos semanas me convertí en una experta conductora, así que animada por Carlos Alfredo, me presenté al examen y conseguí mi licencia. Ese día me sentí orgullosa de mi misma. Era la primera cosa que conseguía gracias a mi esfuerzo personal y algo dentro de mí se removió. Me había gustado tener recompensa a mi trabajo y esfuerzo y estaba deseando comenzar las clases en la universidad.

—Tendré que aprovechar antes de que te marches para que me lleves de excursión por los alrededores, ahora que conduces. Justino está tan ocupado, que no tiene tiempo para descansar, ni los domingos —Me dijo Doña Lucrecia el día que recogí mi licencia de conductora. Justino nos acompañó ese día, quería estar presente por si me suspendían, consolarme y yo estaba encantada de tenerle a mi lado. De sentir su presencia a unos centímetros de mí, de respirar y oler su

aroma, de escuchar respirar y saber que era su respiración la que oía. Todo eso me aportaba paz y tranquilidad y mucha calma. Sabía que con el a mi lado no me podía pasar nada.

—Os puede acompañar Margarita. Ella tiene mucho tiempo libre y conoce la región muy bien porque nació en Maracaibo y siempre ha vivido aquí —Justino estaba detrás de nosotras, con los brazos cruzados sobre su pecho y las piernas ligeramente abiertas, recordando a un guardia de seguridad, custodiando un preciado tesoro, cuando nos volvimos las dos al tiempo, al escuchar el nombre de Margarita.

—No conozco a nadie que se llame Margarita en la hacienda. Supongo que no les conozco a todos, todavía ¿Tú la conoces, Gaby? Me preguntó, mientras echaba a andar dirección al auto y se agarraba al brazo de Justino.

Fue Justino quien contestó, sin darme tiempo a mí, ni siquiera a pronunciar una sílaba. —No trabaja en la hacienda. Siento no habérselo dicho antes, pero por falta de tiempo y el no encontrar el momento idóneo, han sido las causas. Margarita es mi prometida

Nos quedamos como si de repente nos hubieran clavado en el suelo, petrificadas. La sangre se nos paralizó y dejó de correr por nuestras venas, sobre todo a mí. Nos cogió tan de sorpresa la noticia que nos acababa de dar Justino, que no supimos cómo reaccionar, así que se creó un silencio incómodo entre nosotros tres durante el viaje, que nos hizo desear llegar lo antes posible a la hacienda.

Cuando por fin llegamos, Justino paró el auto lo más cerca posible de la entrada principal y esperó a que nos apeásemos, antes de pisar el acelerador y salir a toda velocidad, levantando un montón de polvillo, que nos hizo toser a las dos a la vez.

—Ay, mi niña, creo que Margarita nos va a traer problemas, de hecho ya los está creando y todavía no la hemos visto la cara —Doña Lucrecia se acercó a mi oído, para que nadie más que yo escuchara lo que acaba de decir.

Esa misma noche, en la cena, el ambiente seguía muy enrarecido. Conchita, que ignoraba la noticia de la existencia de Margarita, nos miraba sin saber lo que ocurría, pero no se atrevía a decir nada. Intuía que algo grave debía de haber ocurrido para que Doña Lucrecia dejara de hablar a su hijo.

—Hijo, siento mucho mi comportamiento de esta tarde. No sé por qué reaccioné así. No me lo esperaba y me quedé sin palabras.

No quiero que pienses que me parece mal que tengas novia, todo lo contrario, estoy deseando conocerla y me gustaría que este domingo, la invitaras

a comer para que la conozcamos todos. ¿Te parece bien? Creo que también Conchita, al igual que yo fue incapaz de tragar lo que estaba masticando hasta que Doña Lucrecia terminó de hablar. Conchita por la sorpresa de enterarse de que Justino tenía novia y yo por la sorpresa de escuchar que Doña Lucrecia quería conocer a Margarita.

A Justino se le iluminó la cara al escuchar a su madre que quería conocer a Margarita.

—No sabe cuánto me alegro que no estuviera enfadada conmigo. Creo que Margarita se alegrará mucho y estará encantada de venir a comer el domingo

CAPÍTULO XXIX

Esa noche apenas pegué ojo. No me podía quitar de la cabeza a Margarita y a Justino. Cada vez que conseguía conciliar el sueño, aparecía en mis sueños Justino del brazo de una mujer, a la que no veía el rostro, pero sí oía sus carcajadas y entonces me despertaba sobresaltada. Al imaginármelos juntos sentía una punzada en la boca de mi estómago. No sabía por qué me producía esa sensación, si ni siquiera conocía a Margarita.

Las siguientes noches, me pasó lo mismo, apenas conseguía conciliar el sueño y, cuando lo conseguía, me despertaba sobresaltada, con las carcajadas de esa mujer sin rostro.

A Justino se le notaba mucho más contento de lo normal. Por las mañanas, yo acostumbraba a quedarme en mi habitación, estudiando para el examen de acceso a la universidad; desde mi ventana lo veía como domaba a los caballos que tenía en el establo. Desde la noticia de Margarita no había podido concentrarme más de diez minutos seguidos y la mirada se me desviaba, inconscientemente a mirar Justino cómo domaba a los caballos, sobre la silla de montar. El atuendo de vaquero le hacía parecer tan varonil y atractivo que sin darme cuenta me quedaba embobada, mirando hasta que terminaba y volvía con los caballos al establo.

De repente una mañana, mis propios pensamientos, me sobresaltaron. Sin darme cuenta, había empezado a ver a Justino como un hombre atractivo, no como a un hermano y deseaba que me acariciara con la misma ternura con que le estaba viendo acariciar a mi yegua favorita. En ese momento envidiaba a un caballo. Noté cómo me sonrojaba; afortunadamente estaba sola y nadie me veía. En ese momento comprendí el porqué de las pesadillas. No había querido hacer caso a mi corazón que se enamoró de Justino desde el primer momento en que lo

vio, el día que llegué a la hacienda.

Tenía que desterrar esos pensamientos de mi cabeza. Decidí cambiar de lugar para estudiar. Tenía que desenamorarme de Justino, a los ojos de todos éramos hermanos y además él estaba prometido. Tenía que evitar que volvieran esos pensamientos a mi cabeza, así que decidí evitar, lo más que pudiera estar a solas con Justino.

El día tan esperado llegó. Creo que todos en la hacienda estábamos alterados, cada uno por un motivo distinto. La única que estaba realmente contenta era Conchita, ajena a nuestra tormenta interna de sentimientos que se nos habían revuelto al aparecer Margarita en nuestras vidas.

Doña Lucrecia, poco a poco me había ido cogiendo cariño y en su fuero interno, había ido alimentando la idea de que Justino y yo podíamos enamorarnos, como dos jóvenes de parecida edad, atractivos y con ideas comunes, cuando nos conociéramos.

Posiblemente, antes de que yo comprendiera el motivo por el cual mi cuerpo reaccionaba de la manera en que lo hacía ante la presencia de Justino, ella ya se lo sabía, por eso el día que se enteró de la presencia de Margarita, su subconsciente se sobresaltó tanto, que le pilló con la guardia baja y no pudo disimular su decepción, pero, afortunadamente pudo actuar con rapidez y en la cena de ese mismo día, invitó a Margarita a la casa para conocerla.

Lupita se esmeró con el menú, aunque a mí me daba igual lo que hubiera encima de la mesa; tenía un nudo en el estómago y no iba a ser capaz de meter nada sólido dentro. Hacía días que apenas comía. También había visto a Doña Lucrecia con poco apetito, pero cómo estaba concentrada en mis problemas, apenas había hecho caso a la marquesa, aunque ella sí que se había fijado en mi cambio de actitud y en mi falta de apetito.

Estábamos las tres sentadas en el salón. Ninguna hablaba. Estábamos tensas, esperando oír el ruido del motor del coche, que anunciara la llegada de los prometidos.

El momento esperado llegó y por fin, conocimos a Margarita. Ciertamente, era extraordinariamente preciosa, cualquier hombre se hubiera quedado prendado de su belleza, hasta nosotras nos quedamos eclipsadas al verla; Justino no iba a ser la excepción.

Su pelo parecía una nube negra ondeando en un cielo del color de sus ojos. Su nariz y su boca, de dimensiones perfectamente proporcionadas, formaban un rostro realmente bello. Apenas llevaba maquillaje, no le hacía falta. Su cuerpo era delgado y estilizado, con una elegancia natural al andar. Posiblemente estaba

acostumbrada a que los hombres babearan a su paso.

Justino nos la presentó. Ella, muy educada fue dando un beso a cada una según se las iban presentando. Cuando llegó a mí, Justino me presentó como su hermana pequeña. Un pequeño gesto, apenas perceptible, modificó la sonrisa perenne y forzada, que había dibujado en su rostro, desde que se apeó del auto:

—¿Creí que me habías dicho que eras hijo único, cariño? Mientras le hacía la pregunta, Margarita luchaba por mantener la sonrisa en el rostro, pero su mirada no sonreía. El brillo triunfal que reflejaban sus ojos azules al llegar se había teñido de un halo de crueldad al descubrir que Justino no era el único heredero de la hacienda.

—Lo siento, querida, quizás no me expliqué bien o me entendiste mal, pero de todas maneras, no es una desgracia tener una hermana pequeña y menos la que yo tengo — Justino me guiñó el ojo, mientras decía la última parte de la frase y a mí me hizo ruborizarme. Tuve que agachar la cabeza y mirar hacia el suelo, para que Margarita no se diera cuenta de mi sonrojo.

Esa noche nos enteramos que Margarita era tres años mayor que Justino, aunque no aparentaba su edad, incluso parecía más joven que yo. Era viuda y sin hijos. Su marido murió al año de casados en un accidente de coche, en extrañas circunstancias. Disponía de una gran fortuna, pero gran parte fue a parar a pagar las deudas de juego. Apenas nos habló de su vida de soltera. Nos dijo que su anterior matrimonio fue concertado por su padre y su marido. Evitó entrar en más detalles y no nos dio tiempo de sonsacarla porque nada más terminar la cena, alegó estar indispuesta y Justino la llevó a su hacienda, de la cual no regresó hasta la mañana siguiente.

CAPÍTULO XXX

No me podía estar ocurriendo otra vez. No quería pasar de nuevo por la decepción que había vivido con Ricardo. Me lo había jurado a mí misma antes de que me obligaran a salir de mi casa, dejando mi vida y mi familia atrás. Jamás me volvería a enamorar de un hombre y no descansaría hasta volver a estar con mis hermanos.

Parecía que mi desgracia era enamorarme de hombres que se casaban con otras, aunque estuvieran enamorados de mí. Bueno, en el caso de Justino, aunque había demostrado tenerme mucho cariño, era un cariño filial, de hermano mayor que se preocupa por el bienestar de su hermana pequeña, a pesar de no unirnos lazos de sangre.

Esta vez era distinto. Había otra mujer antes que yo, aunque esa mujer fuera artificial y mi sexto sentido me dijera que escondía algo oscuro, no podía entrometerme en la pareja, ni ir con sospechas infundadas a Doña Lucrecia. El noviazgo y el compromiso de Justino con Margarita no era de mi incumbencia y lo que tenía que hacer era alejarme todo lo posible de ellos dos y centrarme en mis exámenes y en poder terminar con éxito la carrera de medicina para que Doña Lucrecia estuviera orgullosa de mí y poder viajar a España para estar con mis hermanos.

Por las mañanas me levantaba temprano, para no coincidir con nadie de la casa y desayunaba en mi habitación, con la disculpa de poder estudiar tranquila. Desde la ventana de mi cuarto, veía la puerta del establo. Todas las mañanas Justino salía a cabalgar con mi yegua favorita, Athenea. Ver salir del establo a Justino montado a lomos de Athenea, era para mí, el momento esperado del día. Verlo con su porte elegante y varonil encima del pura sangre, removía en mis entrañas, sensaciones que tenía dormidas y que con sólo mirar como su cuerpo se balancea al ritmo del trote de Athenea, recorrían todo mi cuerpo como si un rayo descargara todo su voltaje, de repente, dentro de mí. La yegua, con su instinto animal, al pasar por delante de mi ventana, aminoraba el paso, giraba su cabeza hacía mí y comenzaba a menear su hocico varias veces seguidas de arriba abajo a la vez que levantaba las patas delanteras. Justino hacía también lo propio, y me saludaba con un movimiento de cabeza. Yo les saludaba con la mano, mientras les veía alejarse por la pradera. Refugiada detrás del cristal, pensaba que podía esconderme, pero estaba muy equivocada porque no se puede poner puertas al mar.

En España estaba comenzando el invierno, pero en Maracaibo la que empezaba era la estación seca. Dentro de la casa me asfixiaba y comencé a salir fuera a estudiar.

Me iba por detrás de la hacienda a un rincón entre los arbustos al pie de un pequeño lago. Era un lugar idílico, lleno de paz, en el que podía evadirme de todo. Allí podía concentrarme en mis estudios y conseguía olvidarme de todo lo demás. Además era un sitio solitario, dentro del recinto de la hacienda. No solía ir nadie hasta el atardecer, cuando llevaban los caballos para que bebieran agua del lago y se refrescaran, pero el resto del día era para mí sola, o eso era lo que yo pensaba.

Lupita siempre me preparaba una cestilla con comida para que no pasara hambre y siempre me añadía unas “cucas” recién hechas.

—Mi niña, el estudio desgasta mucho y, sobre todo, necesita dulce para el

cerebro — Yo la había cogido mucho cariño y todas las mañanas cuando me daba la cesta que me había preparado, le daba las gracias con un abrazo y un par de besos que me sabían a la miel con la que preparaba mis “cucas”.

Ella, alisándose el delantal, mientras yo me separaba de ella, me decía: “niña, si nos ve la señora, no le va a gustar que tengas tanta confianza con el servicio

—Sólo te doy besos y abrazos para que me hagas mis dulces favoritos — Le decía para ver como su rostro se tornaba en una mueca de decepción, que quitaba al instante, cuando al mirarme se daba cuenta que era una broma y entonces, me volvía a acercarse a ella y le daba otro achuchón al que ella correspondía apretándome la cara entre sus pechos, como si fuera una niña pequeña.

A última hora de la tarde, antes de irme, me gustaba darme un chapuzón en el lago, antes de regresar a la hacienda. Un día, cuando regresé a mi rincón, después de haberme refrescado, mientras me estaba secando, me llamó la atención un trozo de papel que sobresalía entre las hojas del libro de anatomía. Tiré de él para sacarlo y ver qué era porque no me resultaba familiar. Era una nota escrita a mano, pero yo no la había escrito:

“La belleza de la puesta de sol no se puede comparar a la belleza que reflejas, mientras te veo a través de la luz del atardecer”.

Miré hacia todos los lados. No vi a nadie. No sabía si alegrarme por la nota o asustarme. Mi rincón secreto había dejado de ser secreto y no sabía quién era la persona que lo había descubierto, pero si tenía buen gusto para escribir notas, así que no podía ser muy peligroso.

Esa misma noche, a la hora de la cena, el culpable confesó.

—Espero que no te hayas asustado hoy al leer mi nota. Debí firmarla, pero no quise que nos descubrieras.

Era Justino quien hablaba, tranquilamente, delante de Doña Lucrecia y de Conchita como si estuviera hablando del tiempo que iba a hacer el día siguiente.

Casi me atraganto al escucharlo. Tanto por la sorpresa de descubrir que fue él quien escribió la nota, como por el escenario en el que estaba confesándolo.

Doña Lucrecia, mirándonos a los dos alternativamente, se apresuró a preguntar y afortunadamente, dirigió la pregunta a Justino:

—Mi hermana pequeña que sabe escoger los lugares más bellos. Aunque no fui yo quien te descubrió, fue tu amiga Athenea. La atracción que os tenéis las dos, me tiene asombrado. No consigo ninguna mañana hacerla cambiar de rumbo hasta que no ha pasado delante de tu ventana y te ha saludado

—Es cierto, desde el primer día se formó una conexión muy especial entre

nosotras. Me encantaría aprender a montar, para poder disfrutar de paseos con ella, como lo haces tú. Sería una delicia y las dos disfrutaríamos juntas, muchísimo — Le contesté mientras nos mirábamos a los ojos, pero tuve que dejar de mirarlo. Era como si dos brasas incandescentes me traspasaran y se filtraran hasta lo más hondo de mis entrañas. Creo que él notó algo porque en su rostro se dibujó una sonrisa pícaro que ya acabó con la poca entereza que me quedaba.

—Estaría encantado de enseñarte, por el simple hecho de verte subida a lomos de Athenea. Aunque no creo que sería necesario. Tu amiga no iba a dejar que te pasara nada mientras estuvieras con ella.

Si quieres busquemos un par de días a la semana para las clases. Así no desatiendes tus estudios y también te sirve de distracción. Desde que has llegado, no haces nada más que estudiar sin parar

—Qué buena idea habéis tenido. No es bueno que estudies tanto, necesitas algo de descanso. Además así hacéis algo juntos, cómo buenos hermanos — Añadió Doña Lucrecia, mientras se levantaba de la mesa, sin mirar a ninguno de los dos. Sin más se retiró a descansar, alegando que estaba cansada. Conchita lo había hecho hacía un rato antes. Desde hacía unos días apenas se le veía por la casa y tenía mal aspecto. Cuando le preguntaba si se encontraba bien, respondía que tenía molestias estomacales, posiblemente por el cambio de comida y de clima. En cuanto se habituara, se le pasarían.

A la mañana siguiente muy temprano, unos golpecitos a la puerta de mi habitación, me despertaron; mientras intentaba abrir los ojos, la puerta del cuarto empezó a abrirse lentamente y enseguida identifiqué la silueta elegante de la marquesa.

—Hola, preciosa. Siento despertarte, pero estoy muy preocupada por Conchita — Me dijo, Doña Lucrecia, sentándose en el borde de la cama.

—Yo también, tiene muy mal color y cada vez camina más encorvada. Ella lo achaca al cambio de alimentación, pero nosotras no hemos notado nada extraño. Yo creo que es por otro motivo — Le contesté mientras me incorporaba y me sentaba en la cama.

Ella, acariciándome el pelo, me dijo: —He pensado que hoy desayunes con nosotras y te inventes que se te había olvidado comentarnos que tenías cita para hacerte unos análisis y que te acompañemos. He pedido cita para ella, para hacerse un chequeo, pero si se lo digo, no iría, pero si es para ti, no pondrá reparos

—Desde luego. Es una idea genial —le contesté.

No llegamos a ir nunca a esa cita. Esa mañana esperamos que Conchita se levantara, pero no se presentó al desayuno. Había fallecido durante la noche. El médico que certificó su muerte nos dijo que no había sufrido. Murió mientras dormía. Por lo menos teníamos el consuelo de que no había sentido dolor.

Conchita se había convertido en alguien muy importante y querido para mí, a pesar de hacer unos meses que nos conocíamos. Ella fue la primera persona con la que me encontré al llegar de mi pueblo a la mansión de la marquesa y la que consiguió sacarme una sonrisa cuando solamente quería llorar. En ese momento había empezado a quererla y había continuado así hasta el día que falleció. Siempre la guardé en mi corazón porque a pesar de permanecer poco tiempo en mi vida, dejó una huella imborrable.

Para Doña Lucrecia fue más doloroso, no sólo perdía a una amiga, ellas lo eran todo, la una para la otra. Ya hacía tiempo que había dejado de ser parte del servicio para ser parte de la familia, de esa familia que se elige y que no es impuesta por los lazos de sangre. Lloró sin consuelo durante varios días, apenas salida de su habitación. Perdió peso y cayó en una depresión que le postró en la cama durante varias semanas, en las cuales yo no me separé de su cama. Sólo con pensar que podía perderla a ella también, se me rompía el alma por dentro.

Poco a poco Doña Lucrecia fue saliendo de su depresión y empezó a dar paseos por el jardín. Con mis estudios, yo había estado un poco distanciada de ella y apenas habíamos hablado desde que habíamos llegado a la hacienda. Una mañana, después de desayunar, salimos a sentarnos debajo del araguaney, en la parte delantera de la casa, que con sus más de diez metros de altura, era el guardián de la casa. Justino nos había dicho que en primavera le brotaban unas flores amarillas durante unos días solamente, realmente digno de ver.

—Querida, creo que ya tenemos la suficiente confianza para que me cuentes tu historia. Aunque me la contó mi viejo amigo Ricardo, me gustaría escucharla de tu boca —Me dijo Doña Lucrecia, mientras me agarraba mi mano y la acariciaba entre las suyas.

Al escuchar el nombre del padre de Ricardo, me puse tensa. Ese hombre me horrorizaba. —“Doña Lucrecia, creo que ese hombre no le dijo la verdad. Estoy segura y si no he hablado con usted al respecto, es porque el día antes de partir de España, les vi en el jardín

Ahora fue la marquesa la que se puso rígida y se ruborizó, agachando la cabeza para que yo no le viera.

—Por favor, no tiene por qué sonrojarse. Supuse que él era el amor al que tuvo que renunciar de joven y no quise emborronar el recuerdo que guardara de

él. Y sigo sin querer hacerlo por todo el cariño y el aprecio que le tengo, madre — Me acerqué a su mejilla cuando terminé de hablar y le di un beso, a la vez que la acariciaba la otra mejilla con la mano.

—Solamente, si me lo pide, yo le cuento mi historia, pero preferiría guardármela. Los malos recuerdos es mejor guardarlos en un rincón del alma y dejarlos ahí, durmiendo para siempre

—Ya sé que lo mejor es dejar lo malo escondido porque parece que así duele menos que si se cuenta, pero me gustaría escucharlo de tu boca, solamente una vez y que luego lo sepultes en lo más profundo de tu alma, si es eso lo que quieres

Me era imposible negar algo a Doña Lucrecia. Me levanté de la silla en la que estaba sentada a su lado y me arrodillé, apoyando mis brazos encima de sus piernas y mirando a un punto en el infinito, comencé mi historia, a partir del momento de mi vida en que mi hermana pequeña y yo encontramos a nuestra madre muerta en el suelo de la cocina.

Cuando terminé la narración las dos estábamos llorando. Las lágrimas nos habían empezado a brotar a las dos a la vez. Ella me acariciaba la cabeza suavemente, que yo había posado encima de sus rodillas, a las que tenía abrazadas con mis manos. Nos quedamos así un buen rato, mientras las lágrimas resbalaban por nuestras mejillas. Justino llegaba en ese momento de su paseo matutino con Athenea y al vernos, de un brinco saltó de los lomos de la yegua y se acercó corriendo a nosotras.

—¿Qué ha pasado, estáis bien, por qué lloráis? Pero ninguna de las dos hizo ademán de hablar y contestarle.

—¿Alguna va a dignarse a mirarme y a hablarme? Justino hablaba sin parar, lanzando preguntas encadenadas ante nuestra pasividad.

Por fin, fue Doña Lucrecia la que le habló:

—Sólo estamos recordando cosas desagradables, para poder encerrarlas en lo más profundo del alma y no volverlas a sacar

—Dejad de recordarlas pronto porque vais a provocar una inundación y la estación lluviosa ya ha dejado bastante agua. Menudo susto me habéis dado — Se dio la vuelta, con el semblante todavía pálido por el susto y se encaminó hacia Athenea que estaba contemplando la escena desde lejos, como entendiendo que algo pasaba.

CAPÍTULO XXXI

Conseguí aprobar el acceso a la universidad y ese otoño comencé las clases. Me mudé a vivir a un piso que compartía con dos compañeras, cercano al recinto universitario. El principio fue duro, echaba mucho de menos la vida de la hacienda, a la gente, la algarabía y la alegría de todas las personas, pero sobre manera a Doña Lucrecia que se había convertido en mi segunda madre.

Otra persona a la que echaba enormemente de menos, era Justino. Había intentado apartarme todo lo posible de él durante el tiempo que estuve en la hacienda, pero no conseguí apartarlo de mi mente y, ni mucho menos, de mi corazón. Lo había intentado con todas mis fuerzas, pero me había dado igual, lo tenía clavado muy dentro, aunque mi cabeza me decía que él sólo me miraba como una hermana y que en breve se casaría con otra, no podía evitar el deseo y el amor que brotaba de mi estómago cada vez que pensaba en él.

Afortunadamente no tenía tiempo para la melancolía. Me costó acostumbrarme a la vida universitaria. Aunque me había pasado meses estudiando, el estar en un aula con más de doscientas personas, mientras un profesor hablaba sobre algo que me costaba entender, me hacía invertir todo mi tiempo y esfuerzo. El compartir piso con mis compañeras, me ayudó a acoplarme a la vida en la capital, sin mi nueva familia. Con Susana congenié enseguida, también estudiaba medicina, así que compartíamos las mismas clases. Para mí fue de gran ayuda y apoyo, creo que gracias a ella mi integración en ese nuevo mundo fue más rápido. Era hija única, su padre murió de un ataque al corazón delante de ella, cuando era adolescente y por eso decidió estudiar medicina. Había heredado una hacienda enorme, también ubicada en el Lago Sur de Maracaibo, muy cercana a la hacienda de Justino y su deseo era convertirlo en un hospital. Era muy cariñosa y amable; conmigo tuvo una paciencia infinita. Tenía una carita redondita y sonrosada, con mofletitos, adornada por un cabello rizado salpicado de tonos rubios. Era capaz de mantenerse despierta toda una noche estudiando y a la mañana siguiente, parecer que había dormido ocho horas. Pronto intimamos y nos hicimos inseparables. La otra compañera de piso era Amanda, también nos llevábamos bien, pero ella estudiaba psicología y no compartíamos ninguna clase. Era más seria, apenas se reía, cosa que Susana y yo hacíamos sin parar, pero era una gran compañera y una gran persona, con unos valores excepcionales. Entre las tres se formó un lazo de unión que se hacía más sólido a medida que pasaban los días. Su familia provenía de una saga de banqueros y nunca había tenido problema para conseguir todo lo que se le antojara. Compartía piso con nosotras, pero sus padres vivían muy cerca, en una mansión a las afueras de la ciudad. Habían querido que viviese la experiencia de

vivir fuera de casa y conociera el mundo real, pero apenas estaba con nosotras, aunque nos ayudaba a pagar el alquiler y todas las semanas, personal del servicio de su familia, nos llenaban la despensa de comida y nos limpiaban el apartamento. Los fines de semana que no teníamos que estudiar, nos invitaba a su mansión, donde daba fiestas e invitaba a mucha gente. Yo evitaba ir a la hacienda para no encontrarme con Justino, pero para seguir viendo regularmente a Doña Lucrecia, me acercaba alguna tarde que podía escaquearme de las clases, o se acercaba ella a la capital y pasábamos ese día juntas.

La casualidad es caprichosa y el día que descubrí la verdadera cara de Margarita, fue una de las casualidades más generosas que me podía brindar el destino. El mejor regalo de fin de curso.

Fue en una de las fiestas que solía dar nuestra compañera Amanda. Habíamos terminado el primer curso, con unas notas excelentes, al igual que Amanda. Sus padres quisieron premiarla con una fiesta por todo lo alto, invitando a lo más selecto de la sociedad de Maracaibo.

Los padres de Amanda invitaron también a nuestras familias, tanto a la de Susana, como a la mía, así que Doña Lucrecia y Justino no dudaron, ni por un momento en acudir. Eso implicaba que Margarita también asistiera a la fiesta como prometida y próximo miembro de la familia.

No había vuelto a ver a Margarita desde que me había marchado a la capital. No sé si la universidad me había hecho madurar de golpe, pero a pesar de aparecer altiva y deslumbrante delante de mí, con aire desafiante, no me impresionó, ni una pizca. En España y en la universidad había conocido a muchas clases de personas y había aprendido que una actitud desafiante como la que Margarita tenía conmigo, escondía el miedo y la poca autoestima que tenía de sí misma. Era una carta que usar a mi favor si hubiera decidido jugar la partida, pero por suerte para ella, me había retirado, antes de comenzarla.

Llegaron los tres juntos en el coche que conducía Carlos Alfredo. Fui a recibirles en cuanto vi que llegaba el auto. La primera en salir fue mi querida madre, Doña Lucrecia. Los años no le hacían perder ni un ápice de su elegancia, sino todo lo contrario. Nos abrazamos como si hiciera años que no nos veíamos y apenas habían pasado dos semanas desde la última visita que había hecho a la hacienda.

La segunda en apearse del vehículo fue Margarita, con aires de diva segundona. Se acercó a mí y acercando su mejilla a la mía, sin ni siquiera rozarla, me saludó. El último en bajar del auto fue Justino. Era como un dios griego que había bajado al mundo de los mortales, para llevarme a vivir con él

en su mansión de cristal en el Olimpo. Volví a la realidad cuando noté la falta de aire provocada por el efusivo abrazo que me dio Justino, estrechándome entre sus fornidos y musculosos brazos. Los ojos de Margarita clavados en mí, como si fueran dos dardos cargados de veneno mortal, a punto de salir directos a clavarse en mí enamorado corazón, rompieron la magia del momento.

—Querida hermanita, enhorabuena. Aunque no dudaba de tu valía, pero sé que sin el esfuerzo y el tesón que pones en cada cosa que haces, no lo hubieras conseguido y por eso sé que serás una gran médico —Me volvió a estrechar entre sus brazos y yo en ese momento, creí derretirme por dentro.

Afortunadamente aparecieron los padres de Amanda, acompañados de ella y comenzamos las presentaciones. A partir de ahí fue una noche perfecta porque tenía a toda la gente que quería a ese lado del océano, conmigo. Me faltaban mis hermanos, pero no tardarían en estar también junto a mí. Les había pedido que me dejaran terminar la carrera y encontrar trabajo para no cargar a Doña Lucrecia con el peso de dos personas más a su cargo. Ella hubiera accedido con gusto, pero preferí inventarme que no podían todavía mudarse a América.

La velada estaba transcurriendo fantásticamente, charlando y riendo con Susana y su madre, una señora muy elegante y seria que enseguida entabló conversación con Doña Lucrecia. Le apasionaba España, a pesar de no haber estado nunca y cuando se enteró que nosotras éramos españolas, no perdía la oportunidad de preguntarnos por nuestro país. Tenían muchas cosas en común, además de ser las dos unas damas educadas y de porte elegante, tenían una edad aproximada y las dos habían enviudado y se sentían solas y faltas de cariño. Esa noche intimaron y empezaron a quedar para verse, cada vez más a menudo hasta hacerse casi inseparables, cosa que a Susana y a mí, nos llenó de alegría.

Justino tampoco se separó de nosotras en toda la noche. Se interesó por el proyecto que tenía Susana de abrir un hospital en los terrenos de la hacienda que había heredado de su padre.

—Me parece una idea fantástica, a la vez que un negocio muy rentable. La salud es lo más valioso que tenemos las personas y cuando la perdemos, pagamos cualquier precio por recuperarla, sobre todo, la gente adinerada —Nos estaba animando Justino. Aunque Susana no necesitaba ánimo. Estaba totalmente convencida y decidida a realizar ese proyecto, costara lo que costara.

Margarita escuchaba atenta nuestra conversación, sin soltarse del brazo de Justino y manteniendo en todo momento su actitud altiva y desafiante. Yo procuraba no mirarla de frente, su mirada me producía escalofríos.

Nosotros tres seguíamos charlando animadamente sobre nuestro proyecto

común, en el que Justino se había ofrecido a ser socio capitalista, cuando se nos acercó nuestra compañera Amanda, acompañada de un muchacho. Aparentaba tener la misma edad que Justino. Tenía el rostro dulce y amable, de mirada limpia, de un azul profundo, que eran iguales a los de Amanda.

—Hola, chicas, no os encontraba. Quiero presentaros a mi hermano mayor, Gustavo. Acaba de llegar de Europa. Ha estado formándose en los mejores bancos londinenses — Por el rabillo del ojo me pareció notar que Margarita se ponía rígida, como si la llegada del hermano de Amanda al grupo, le hubiera puesto nerviosa.

Una vez hechas las presentaciones, se nos unió a la conversación y no dudó en ofrecernos toda su ayuda y apoyo para llevar a cabo el proyecto.

Margarita se había separado de nosotros, con la disculpa de ir al lavabo y mientras se alejaba, noté que el hermano de Amanda, Gustavo, la miraba de reojo.

En ese momento no le di importancia, puesto que Margarita, aunque no era santo de mi devoción, reconocía que era una mujer monumental y cualquier hombre con el que se cruzaba, no quedaba inmune a sus encantos. Así que Gustavo no iba a ser una excepción, pensé, aunque había algo que no me encajaba y me decía que no era la primera vez que esos dos se veían.

Continuábamos charlando y riendo distendidamente. Gustavo se acopló muy bien al grupo y no parábamos de charlar y de reír.

Fue sólo un segundo, pero por fortuna fui testigo. Margarita se había acercado a nuestro grupo, pero se había detenido unos metros antes de llegar hasta nosotros. Se había colocado por detrás de Justino, así que él no la veía y a la vez, había usado la silueta de Justino para esconderse y no estar en mi campo de visión. Justino estaba contando una anécdota divertida y llevado por la emoción de lo que estaba contando, se le derramó parte del líquido de la copa que sostenía en la mano, encima de su camisa. En ese momento agachó la cabeza para ver el desastre que había causado en la ropa que llevaba puesta; detrás de la cabeza de Justino apareció la cara de Margarita, haciendo un leve gesto con la cabeza, mientras miraba en dirección a nuestro grupo. Al instante, al verse descubierta por mí, se giró y se encaminó al interior de la casa de los padres de Amanda.

Gustavo se ofreció a ir a buscar algo para limpiarle la camisa a Justino y sin esperar respuesta, encaminó sus pasos hacia la puerta por donde unos segundos antes había entrado Margarita.

Una especie de alerta se me activó y en un reflejo intuitivo, agarré a Susana

de la mano: —Oh, mira Susana quien está allí. Disculpa, Justino, ahora mismo volvemos —Y tirando de la mano de mi compañera, encaminé nuestros pasos hacia la puerta por dónde habían desaparecido Gustavo y Margarita.

CAPÍTULO XXXII

Susana perpleja, sin entender mi comportamiento, me seguía mientras protestaba:

—Yo no veo a nadie conocido. ¿A quién has visto?

Tiré de ella sin hablar hasta que conseguí llegar a un lateral de la casa, fuera de la vista de los invitados, que seguían bebiendo y charlando animadamente en el jardín.

—¿No has visto como Margarita hacía una seña al hermano de Amanda y éste ha salido disparado detrás de ella?- Le pregunté a Susana, deseando que me lo confirmara porque quizás mi aversión hacia Margarita, me hacía imaginar cosas que no existían.

—No he visto que le hiciera señas a nadie, pero si me ha extrañado que al regresar, se quedara parada detrás de Justino y al momento, se diera la vuelta y se marchara de nuevo. No he podido ver si hacía señas a alguien porque no la veía la cara — Me contestó Susana poniendo cara de sorprendida porque sabía que algo tramaba.

—Estoy segura que ahora mismo está hablando con Gustavo dentro, en algún rincón de la casa. Vamos — y volviendo a agarrar a Susana del brazo, tiré de ella y nos dirigimos a la puerta trasera de la mansión.

Habíamos estado varias veces en la casa, así que sabíamos movernos en esa zona, a pesar de que apenas había luz. Entramos sin hacer ruido y moviéndonos con cautela, intentando escuchar algún sonido que nos diera alguna pista. Recorrimos despacio el pasillo que cruzaba la casa, desde la puerta trasera a la puerta principal. Sólo se escuchaba el trajín del personal de servicio en la cocina y el ruido de platos y copas. Nos acercamos a los lavabos, pero no había rastro de ellos. Decepcionadas, nos dispusimos a regresar al jardín donde habíamos dejado a Justino, esperando que le llevaran algo para limpiar el líquido derramado en su camisa.

Volvimos a salir al jardín por la puerta trasera por la que habíamos entrado, y como si alguien me hubiera llamado giré mi cabeza para mirar hacia la planta de arriba. En ese momento vi una sombra moverse cerca de la ventana que tenía encima de mi cabeza.

—¡Qué bobas hemos sido! No hemos pensado que habían podido subir a la planta de arriba. He visto moverse una sombra en esa ventana. Seguro que son ellos. ¡¡Subamos!!- Le increpé a Susana. Le hice un gesto con el dedo, llevándolo hacia mis labios, indicándole que no hiciera ruido y volvimos a entrar en la casa, esta vez sabíamos hacia dónde encaminarnos y comenzamos a subir las escaleras, lenta y sigilosamente.

Fuimos a la habitación a la que pertenecía la ventana en la que había visto moverse la sombra. La puerta no estaba cerrada del todo, sólo volteada; asomé muy despacio la cabeza y pude ver que dentro se distinguían dos sombras. No se movían y no se escuchaba hablar, aunque sí una especie de gemido. Las dos nos miramos extrañadas, preguntándonos con la mirada porque sospechábamos qué significaba ese sonido. Habíamos llegado muy lejos para quedarnos con la duda, así que poco a poco comencé a empujar la puerta, abriéndola con mucha cautela, para no hacer nada de ruido y no ser descubierta.

Creo que no se hubieran dado cuenta de que les estaban mirando aunque hubiera sido menos cuidadosa. Ante nuestros ojos apareció una escena que hubiera sido censurada si hubiera sido la escena de una película. Margarita y Gustavo estaban abrazados, con sus cuerpos muy pegados. Gustavo tenía el rostro metido entre los pechos de Margarita y las manos metidas por debajo de su falda, moviéndolas sin cesar, agarrando sus glúteos y empujándola contra él. Ella era quien emitía los gemidos que habíamos escuchado hacía unos momentos y que seguía emitiendo, mientras clavaba las uñas en la espalda desnuda de Gustavo y estirando el cuello hacia atrás dejando sus pechos al alcance de la boca de Gustavo que los succionaba como si fueran el elixir de la vida.

Habíamos visto suficiente y ante el miedo de ser descubiertas, nos dimos la vuelta y bajamos las escaleras igual de sigilosas que las habíamos subido. Ya en la planta de abajo, la que se quedó paralizada fui yo y Susana fue la que tomó la iniciativa y me llevo hasta los lavabos. Nos encerramos en uno para poder estar tranquilas y recapacitar sobre lo que habíamos presenciado.

—No te equivocaste al pensar que esos dos se conocían y vayan si se conocen —Dijo Susana, soltando una risa pícaro.

—Esto es muy serio. No puedo dejar que esa buscona se case con Justino, después de lo que acabo de ver y tampoco puedo ir y decírselo sin más, sin tener pruebas porque ella me desacreditaría

—Tu hermano no parece estar muy enamorado de Margarita. Yo no les he visto hablar entre ellos en toda la noche. No creo que se lleve un gran disgusto si rompiera el compromiso —Dijo Susana, para intentar quitar importancia al

engaño de Margarita con Gustavo.

A mi querida Susana no podía seguir ocultando que Justino no era mi hermano y que me moría de amor por él, así que la agarré sus manos con las mías y mirándola a sus ojos, que me miraban sorprendidos, le dije:

—Susana hay algo muy importante que nunca te he contado y que después de lo que acabamos de ver en la planta de arriba, creo que debo, quiero y necesito contarte porque lo llevo en el pecho como si fuera una losa de cemento que no me deja respirar. Es el único secreto que no te he contado sobre mí, pero sé que si te lo cuento, seguirá siendo un secreto para el resto del mundo porque puedo confiar en ti .

—Me estás asustando Gaby. No tendrás una enfermedad incurable y lo que me quieres contar es que te quedan unos meses de vida, verdad? Dime que no es eso, por favor

—Tranquilízate, boba. No tengo ninguna enfermedad mortal, al menos que yo sepa — Le dije mientras la abrazaba y hundía mi cara en su cuello para aspirar toda la ternura y el cariño que me daba.

—Vamos a intentar terminar la noche de la mejor manera posible y mañana tranquilamente te contaré toda mi historia con todos los detalles. Hoy no tengo ya ánimos, ni fuerzas

—Claro, Gaby. Cuando tú quieras, sabes que me lo cuentes o no, tienes mi apoyo y mi cariño incondicionales

Nos abrazamos fuertemente y comenzamos a llorar como dos niñas pequeñas, presas de la emoción contenida. Estuvimos así un largo rato. No volvimos a la fiesta, no hubiera sido capaz de mirar a Margarita y aguantarme si arrancarle los pelos, ni de contenerme de darle un bofetón al hermano de Amanda. Nos despedimos de Amanda y le pedimos que dijera a nuestras familias que nos habíamos ido.

Al día siguiente mientras desayunábamos le conté toda mi historia a Susana. Desde el momento en que comencé a narrar mi vida, todo se me removió por dentro. Todo lo que tenía dormido en el alma, lo desperté para contárselo a Susana. Hacía mucho tiempo que no lloraba y en los dos últimos días no había parado de hacerlo.

Contarle toda mi historia a Susana alivió mi alma de peso. Llevar todo yo sola, había dejado mi corazón parcialmente congelado, sin capacidad para sentir. Ella me devolvió la ilusión con su apoyo y cariño.

—Gaby, eres una luchadora y una gran persona. Y Justino ha visto en ti todas esas cualidades, aparte de las que saltan a la vista. Ayer a Gustavo también se le

iban los ojos hacia ti — me dijo guiñándome un ojo y abrazándome tan fuerte que impedía que el aire entrase en mis pulmones.

—Vamos a urdir un plan para que la víbora de Margarita caiga ella solita en su trampa. Seguro que Amanda nos ayuda —Me dijo casi en un susurro, mientras seguía abrazándome.

—Para conquistar a Justino no tenemos que trazar ningún plan. Ya está atrapado, ha caído él solito en tus redes —Y deshaciendo el abrazo empezó a reír a carcajadas y contagiándome con su risa, nos pusimos las dos a reír tan fuerte que comenzamos de nuevo a llorar, pero esta vez de felicidad.

Tener a una persona a quien puedas contar tus problemas, te ayuda a que el peso se aligere, ayuda a aliviar el alma. Tener un hombro sobre el que llorar y saber que esa persona te va a ayudar y a apoyar en todo lo necesario para que puedas recuperar la alegría por la vida, es una de las mejores cosas que puede poseer un ser humano. La vida me había regalado a esa persona, la había puesto en mi camino y se había quedado en mi vida y esperaba que se quedara ahí por siempre porque personas como ella, sólo había unas pocas en todo el universo.

En ese momento sentí que por fin mi vida comenzaba a arreglarse, que todas las piezas comenzaban a tener su hueco y que iban encajando como si de un puzzle se tratara. Estaba llena de ánimo y fuerzas para continuar y luchar por lo que quería, traer a mis hermanos a América, licenciarme en medicina y abrir el hospital junto a Susana y como no, conseguir desenmascarar a Margarita y evitar que se casara con Justino.

4ª PARTE

CAMINANDO HACIA LA FELICIDAD

CAPÍTULO XXXIII

Afortunadamente no había fecha fijada para la boda, así que disponíamos de tiempo para preparar la trampa en la que cayera la víbora de Margarita.

Teníamos todo el verano por delante para disfrutar. Había un montón de sitios del estado que no había visto porque desde mi llegada a la hacienda no había hecho nada más que estudiar sin parar.

Me habían hablado de los relámpagos del río Catatumbo, que era un fenómeno natural que producía numerosas tormentas eléctricas en la cuenca del lago Maracaibo, en el poblado de pescadores Congo Mirador, que también

pertenecía al estado de Zulia. El fenómeno se podía observar desde las ocho de la tarde hasta la madrugada durante los meses de verano. Decidimos alquilar unas habitaciones en un pequeñito hotel en el pueblito de pescadores y llevarnos a nuestras madres a conocer esa zona del estado.

Se merecían pasarlo bien y nosotras las habíamos echado mucho de menos durante el curso, así que nos las llevamos al pequeño pueblito palafítico de Congo Mirador. Era un pueblo flotante, las casas estaban dentro del río sostenidas por troncos. La gente dormía encima del agua y su modo de vida era la pesca. Era un pueblo de poesía. Los días que pasamos en él, aunque sólo fueron dos, fueron los mejores de todas las vacaciones. Era un lugar lleno de magia, quizás por la electricidad de los relámpagos o por la luz que iluminaba el pueblo durante la noche, lo cierto es que era como si estuviéramos en un lugar que no pertenecía a este mundo. Incluso las gentes que lo habitaban eran diferentes. Nos trataban con una gran amabilidad y dulzura, tanto la persona con la que te cruzabas por la calle, como los empleados del hotel. Todos te ofrecían su hospitalidad, a pesar de vivir precariamente, a nuestros ojos, pero para ellos era todo lo que necesitaban para vivir, no necesitaban nada más. A cada paso daban una lección de humanidad y respeto hacia las personas y hacia la vida en general.

La noche que contemplamos el espectáculo de los relámpagos fue otra noche que me quedó guardada en el alma. Las cuatro estábamos sentadas en una terraza mirando hacia el río como si esperásemos que alguien levantara el telón y comenzara la obra. Cuando comenzó, la luz que se creó fue inmensa, pasó de ser totalmente de noche a una luz cegadora que iluminaba todo. Nos quedamos eclipsadas ante ese fenómeno de la naturaleza. Doña Lucrecia y la madre de Susana disfrutaron como niñas pequeñas, fue imposible llevarlas para el apartamento hasta que no cesaron los relámpagos aquella noche.

Ese no fue el único viaje que hicimos las cuatro juntas ese verano. Ese fin de semana decidimos alquilar un coche y recorrer todo el estado; no paramos de viajar durante un mes entero. Necesitaba poner orden en mi cabeza y en mi corazón, y eso sólo lo conseguiría alejándome de Justino y de Margarita, así que la idea me pareció genial.

No sé qué habría contado Amanda sobre nuestra huida de la fiesta, pero nunca nos preguntaron por qué nos habíamos marchado sin despedirnos. Yo evitaba nombrar a Margarita cada vez que Doña Lucrecia sacaba el tema de la boda. La tenía muy preocupada porque al igual que a nosotras, Margarita no acababa de convencerla. La madre de Susana, Doña Jacoba, intentaba hablar

bien de Margarita, ella sólo la había visto una vez, la noche de la fiesta y le quedó la imagen de mujer despampanante y atractiva; imagen que tenía muy ensayada y que usaba para no dejar indiferentes a todas las personas que se cruzaban con ellos, sobre todo a las personas del género masculino. Sólo la gente que tenía la suerte o la mala suerte de profundizar, conseguía ver la verdadera cara de la víbora, pues cuando la persona que tenía delante, le había dejado de servir para sus fines, dejaba de fingir y enseñaba su verdadero modo de ser, que era la mala educación y el carácter grosero, unido a un vocabulario soez y tosco. Las veces que había coincidido con ella en la hacienda, se había comportado así con todo el personal del servicio. Lupita, nuestra cocinera, se ponía enferma cada vez que tenía que preparar comida para Margarita; siempre le recriminaba su mala comida, por estar salada, por tener mucha grasa, por estar muy cocinada, siempre había algún motivo y le hacía prepararle otra cosa distinta para ridiculizarla delante de Justino y de los comensales que hubieran en ese momento sentados a la mesa. Justino se callaba y no rechistaba.

Con el resto del servicio era igual de agresiva y maleducada. No tenía en cuenta el esfuerzo, ni la dedicación; para ella sólo eran gente que tenía que estar disponible las veinticuatro horas del día para dar gusto a todos sus caprichos porque para eso se les pagaba un sueldo, Justino, lógicamente. Ella era una muerta de hambre, pero escudándose detrás de esa agresividad, tapaba su falta de elegancia y estilo, cualidades que tenía de sobra doña Lucrecia y Justino.

Ver a Margarita comportarse así con el servicio, sacaba de quicio a Doña Lucrecia, pero no podía enemistarse con ella y poner en peligro la relación con su hijo. No conocía bien a Margarita, pero intuía que podía llegar a ser el mismo demonio y que la maldad que enseñaba era sólo la punta del iceberg.

—No sé por qué tenéis tanta manía a Margarita las tres —Solía comentar doña Jacoba, cada vez que sacábamos el tema, que era bastante a menudo.

Doña Lucrecia, se alteraba solamente con oír su nombre. —Es una víbora con patas, Jacoba. Ha envenado a mi hijo y espero que consiga abrir los ojos a tiempo, antes de que no haya remedio

—Qué exagerada eres, Lucrecia. Hacen una pareja monísima y seguro que te dan unos nietos preciosos, porque a cuenta de estas dos, no aumentamos la familia — Intentaba cambiar de tema, metiéndose con nosotras para que Doña Lucrecia cambiara el semblante de preocupación que se le ponía cada vez que salía el tema de la boda.

Conocimos la cultura del estado de Zulia. La historia de sus habitantes, llamados yukpas. Eran familias extensas, encabezadas por un jefe o cacique, que

era el que tomaba las decisiones de la comunidad, en un principio cultivaban maíz y frijol, yuca y caña de azúcar. Cazaban con flechas y pescaban con arpón. Los hombres fabricaban los instrumentos para cazar y pescar y las mujeres atendían los cultivos y tejían. El matrimonio se celebra con una ceremonia ritual y se prefiere que sea entre primos cruzados. Los primos cruzados paternos eran los hijos de las hermanas del padre y los primos cruzados maternos eran los hijos del hermano de la madre.

Nos alojamos unos días en una aldea típica yukpa, viviendo de la misma manera que lo habían hecho sus antepasados cuando llegaron a esa tierra. Nos enseñaron a cultivar el maíz, el frijol, la yuca y la caña de azúcar como ellos, también a tejer como lo hacían las mujeres. La experiencia de convivir en un poblado típico yukpa nos enseñó el origen de los habitantes de la tierra que nos había acogido con tanta hospitalidad y cariño y a respetarla como ellos lo hacían.

Descubrimos muchos aspectos que desconocíamos, como que ellos concebían la tierra como un disco plano, entorno al cual giraban dos soles, que eran hermanos y tenían la misión de alumbrar la tierra durante el día completo.

Pensaban que la separación entre el día y la noche se produjo porque les sedujo la mujer-rana, Kapeco, quien invitó al hombre sol a una fiesta y bailó con él toda la noche, lo atrajo a unas brasas, pero como estaba acostumbrado al calor, sobrevivió, aunque perdió parte de su brillo y se convirtió en la luna.

La mujer-rana también hacía sufrir tormentos a las almas errantes hasta que llegan al país de los muertos.

Los yukpas han sido un pueblo con una gran capacidad de adaptación y han destacado por la lucha en mantener su cultura y su hábitat. Apreciaban la naturaleza y la vida que emanaba de ella. Los yukpas concebían la existencia sólo en libertad.

Cuentan que su dios, Kemoko creó su mundo mientras andaba caminando por el bosque. Talló en un árbol dos niños de madera, los colocó en una caja y se los llevó al pájaro carpintero para que los incubara. Así llegaron los yukpa al mundo.

Kemoko se quedó con los yukpas y les mandó hacer bollitos de maíz y chicha. También les enseñó a sembrar.

Kemoko al irse dejó al pueblo yukpa bajo el dominio de karabo, un ser maligno que llegaba en las nubes negras, en las tormentas, en el hambre y en el viento. Arrancó a los yukpas de los valles más fértiles y cálidos y les mandó a la soledad inhóspita de la sierra.

En su organización religiosa tenían dos clases de shamanes, el tomaira y el

tuano. El tomaira era el intermediario entre la gente y el mundo sobrenatural. El tuano era el que curaba las enfermedades con hierbas.

Durante la semana que convivimos con los indios en el poblado aprendimos a sembrar el maíz como lo hicieron sus antepasados. Por las noches hacíamos rituales con el tomaira de la tribu imitando los que se realizaban en las tribus ancestrales.

Cada día hacían una representación teatral para que aprendiéramos y entendiéramos visualmente todos esos conceptos. Fue muy lucrativo la estancia en la aldea, pero sobre todo aprendimos a amar a aquella gente por su respeto y veneración hacia la tierra, la cual consideraban la madre de todo.

También nos enseñaron sus plantas medicinales y cómo las usaban para reparar los remedios y medicamentos. Esa parte fue muy interesante para Susana y para mí, como futuras médicas.

CAPÍTULO XXXIV

En la cultura yukpa a cada suceso importante le correspondía un ritual. Cuando nace un niño, lo celebraban con bebidas tradicionales como la chicha de maíz y yuca y se acompañaba del ritual que consiste en poner el cordón umbilical a secar para colgarlo después en algún lugar de la casa.

La última noche que pasamos en la aldea, nos ofrecieron como representación el ritual del matrimonio yukpa. La madre es la que arregla el matrimonio. El joven debía trabajar para la suegra y más tarde debía construir una casa en la localidad de los padres de la esposa, de lo contrario, tenía que contar con el consentimiento de sus suegros para usufructuar sus tierras y vivir en su morada.

El tema de la representación del matrimonio volvió a servir de excusa para sacar el tema de la boda de Justino y Margarita.

—No quiero imaginarme cuando regresemos a la hacienda a Margarita dando órdenes incongruentes a diestro y siniestro. A Lupita, le cuesta una enfermedad, con lo sensible que es la pobrecilla — Dijo Doña Lucrecia, iniciando la conversación.

—Si se le ocurre a Lupe colgar el ombligo del bebé que tenga Margarita por la hacienda, ésta sería muy capaz de arrancarle los ojos con la uñas — Dije yo, haciendo alusión a la representación que acabábamos de ver y echándome a reír al imaginar la cara de asco que pondría Margarita si eso ocurriera. Susana me secundó y al poco nuestras madres también comenzaron a reírse con nosotras.

En un rincón de mi corazón afloró el remordimiento de estar ocultando a la marquesa el episodio tan soez y vulgar del que fuimos testigos Susana y yo el día de la fiesta.

Cuando dejaron todas de reír, carraspeé para coger el valor suficiente y poder describir con palabras la escena a nuestras madres.

—Quiero aprovechar este momento para contaros algo que, si en su momento decidí no contar, no fue por encubrir a su protagonista. Fue porque tanto por inesperado, como por no saber cómo sería encajado si lo contaba — Ahí paré y respiré hondo para intentar tranquilizar a mis nervios que habían disparado los latidos de mi corazón.

—Querida Gaby, creo que sé lo que vas a contarnos y puedes estar tranquila. Sé que si lo callaste fue por algún buen motivo. Nosotras también nos enteramos la misma noche en la que ocurrió, aunque no fuimos testigos visuales de la escena — Al oír esas palabras saliendo de la boca de Doña Lucrecia, me quedé sin palabras, mirándola perpleja y preguntándola con la mirada que explicara por qué ella se había callado hasta ese momento.

—Al igual que tú y Susana os lo habéis callado a la espera del momento adecuado, Jacoba y yo hemos hecho lo mismo.

Es una información muy delicada y comprometida y no podía soltársela a Justino a quemarropa y tampoco podemos decírselo a Margarita porque al verse descubierta, sabe Dios lo que sería capaz de hacer

Susana fue la que tomó en ese momento la iniciativa, dándose cuenta de que yo me había quedado en una especie de shock.

—Me alegro que por fin hayamos enseñado todas nuestras cartas. Y como escribió un dramaturgo español, todas a una como Fuenteovejuna

—Lope de Vega — Corregí a mi amiga.

—Si, no me acordaba de su nombre, gracias Gaby, pero no tiene importancia. Lo que importa es que ahora las cuatro juntas tracemos un plan para que Justino descubra por él mismo a Margarita con las manos en la masa, bueno, con las manos sobando los glúteos de Gustavo — Cómo siempre Susana tiraba de mí cuando me veía flaquear.

—Nada me haría más feliz que Justino rompiera el compromiso con Margarita. Además creo que no me equivocó al pensar que él no la quiere. Es ella la que no le deja romper. No sabemos que tretas usará para conseguirlo, pero estoy segura que si fuera por él, ni siquiera se habría comprometido. También creo estar segura de otra cosa, pero esa me la reservo para mí misma, anhelando que algún día se haga realidad — En ese momento, giró su cara hacia mí,

clavando su mirada azul profundamente en la mía, haciéndome enrojecer instantáneamente porque noté como me ardía de repente la cara.

¿Tan mal fingía que todo el mundo de mi alrededor se había dado cuenta de mis sentimientos hacia Justino?, si era así ¿También Justino se habría dado cuenta de lo que sentía por él? Esperaba que no fuera así porque de la vergüenza, cogía el primer barco y me volvía para España. Estaba deseando que Justino descubriera la verdadera cara de Margarita, pero aunque eso ocurriera, yo seguiría ocultando mis sentimientos por él. Con verlo feliz, me bastaba para serlo yo también.

Continuamos el viaje durante una semana más, mucho más alegres que como lo empezamos porque ahora había un lazo invisible que nos unía a las cuatro. Un lazo indestructible que nos unió en ese momento y no nos soltó nunca más. Cuando una de las cuatro necesita a las otras tres, el hilo invisible parecía actuar como un imán, juntándonos a todas. La frase de la obra de teatro de “Fuenteovejuna”, se convirtió en nuestro lema.

CAPÍTULO XXXV

Cuando llegamos a la hacienda nos encontramos un panorama muy distinto del que habíamos dejado cuando nos fuimos, un mes atrás. Al llegar ya nos llamó la atención que el bullicio y el júbilo que eran habituales, hubieran desaparecido y en su lugar reinara un silencio sepulcral. En lugar de entrar en una casa llena de gente moviéndose de un lado para otro, parecía que nos adentrábamos en un cementerio, en el que ni se escuchaban los cantos de los pajarillos. Hasta los colores parecían haberse vuelto opacos y grises.

—¿Notáis lo mismo que yo? Fui la primera en hablar.

—¿Dónde están todos? ¿Habrá pasado algo? Dijo doña Lucrecia, alarmada ante el escenario desértico que tenía ante sus ojos.

—Nos habría avisado Justino. Sabía nuestro itinerario, pero la verdad es ni la peste negra en el siglo XIV dejó un espectáculo tan desolador.

Al entrar en el interior de la casa, el ambiente no cambió. Nadie nos salió a recibir, ni a recoger nuestro equipaje, aunque ya se empezaba a escuchar algún sonido que nos hizo pensar que había alguien más en la casa.

—Quedaros descansando en el salón. Voy a buscar a Lupita para que nos prepare algo fresquito de beber. Espero no encontrarme con un espectro en su lugar — Bromeé.

—Si, ve a buscarla o a Carlos Alfredo. A ver si alguno de los dos nos explica

que ha pasado para que parezca la casa fantasma — Dijo Doña Lucrecia, cada vez más inquieta a cada minuto que pasaba.

Al entrar en la cocina, respiré aliviada al ver a Lupita como siempre entre los fogones y reconocer el aroma familiar y dulzón de la miel.

—¡Ay, mi niña, qué alegría! menos mal que habéis regresado — Y acercándose a mí, me estrujo entre sus pechos, dejándome sin aire, hasta que pude deshacerme del abrazo de sus brazos.

—Sólo hemos estado fuera unas semanas. Tampoco ha sido para tanto. Además ya tenías que estar acostumbrada a mi falta —Dije guiñándole un ojo.

—Ay, niña, nunca me acostumbraré a no verte todos los días. Ya nadie viene a darme un achuchón por las mañanas.

—¿Dónde está todo el mundo? Pregunté, intentando que no se me notara la creciente inquietud que había empezado a apoderarse de mí, al notar un halo de tristeza en la mirada, siempre risueña y alegre de Lupita.

—Ay, Diosito mío, por eso decía que menos mal que habían regresado. La señora Margarita no quiere escuchar ningún ruido porque le provoca jaqueca y nos ha prohibido cantar y hablar entre nosotros fuera de nuestras habitaciones.

Cuando le tengo que decir algo a alguna de las mucamas, me tengo que acercar y hablarle muy bajito al oído — Explicó Lupita, acercándose a mí y pegando su boca a mi oído, con el miedo en la mirada.

—Pero Margarita no vive aquí. Cuando no esté, no tenéis por qué acatar su voluntad

—Hace unos días que ha terminado de traer sus cosas. Nos ha dicho que en unos días nos reunirá a todos los empleados para informarnos sobre las nuevas normas de la casa .

—Eso es imposible. Margarita no puede cambiar las normas de la casa. La dueña es Doña Lucrecia, aunque ella sea la prometida de Justino, no tiene autoridad en esta casa —Le dije a Lupita y notando como la inquietud se me estaba convirtiendo en rabia que me ardía en el centro del pecho y me subía por la garganta.

—Vamos al salón. Doña Lucrecia tiene que enterarse de todo lo que está pasando. ¿Dónde está Justino? Le pregunté mientras cruzaba mi mano por debajo de su brazo para que se pusiera a andar a mi ritmo.

—Díselo tú, mi niña. Yo no me atrevo a mirar a la señora a la cara. Me siento fatal, es como si la hubiéramos traicionado — Dijo Lupita, poniendo un mohín de niña pequeña a punto de llorar.

—Ven, bobita ¿Cómo crees que va a pensar eso de ti? Le dije, dándole un

achuchón, como los que ella me daba cuando estaba baja de ánimo.

Desde la cocina escuchamos el sonido de un motor. Las dos, como movidas por un resorte, de un salto nos plantamos delante de la ventana. Me quedé paralizada ante la visión que se nos mostró al otro lado de los cristales. Incapaces de decir ni una sola palabra, nos miramos al unísono. Lupita y yo, sin emitir ni una sola sílaba, nos dijimos todo con la mirada. Carlos Alfredo acababa de aparcar el auto delante de la entrada principal. Apenas paró el motor del coche, abrió la puerta y salió disparado a abrir la puerta lateral, de la cual se apeó como si fuera una reina del antiguo Egipto, Margarita, altiva, desprendiendo frialdad en cada movimiento. En cuanto hubo salido del coche, Carlos Alfredo se apresuró a cerrar la puerta del vehículo y salió disparado para abrirle la puerta de entrada a la casa. Margarita caminaba con los hombros erguidos y mirando hacia delante, en ningún momento se giró para hablar al pobre chofer, que sudaba a mares con el uniforme abotonado hasta el cuello, con una temperatura de más de treinta y cinco grados y una humedad cercana del cien por cien.

Justino iba detrás con una cadenita invisible atada a su cuello. Se me asemejó a mi pobre perrito Bobby que había dejado en el pueblo, siguiéndome diligente pegado a mis faldas cuando íbamos, todas las tardes a casa de Teodosio, con la leche sobrante de nuestras vacas. En cuando se despistaba, a un silbido mío, corría obediente de nuevo a caminar a mi lado.

No podía consentir que entrara en la casa Margarita y se encontrara de repente con Doña Lucrecia, Doña Jacoba y con Susana, sentadas en el salón, esperando que yo regresara de la cocina. Tenía que contarlas lo que me había dicho Lupita antes de que cruzaran alguna palabra con la víbora. Ni siquiera tenían que verse, pues podía desencadenar una guerra de la cual, el más perjudicado sería Justino, así que rauda y veloz, entré en el salón y las mandé salir de él a toda prisa, llevándomelas a la cocina, con Lupita que se había quedado preparando agua de coco, bien fresquita.

Teníamos que parar a Margarita, pero más rápido de lo que habíamos pensado. En nuestra ausencia había ganado mucho terreno y estaba visto que Justino le dejaba hacer todo lo que quería, sin ponerle freno. Era una mujer muy lista y sabía muy bien lo que quería y lo que quería, lo conseguía. Lo estaba demostrando, sin importarle a quien derribara por el camino. Afortunadamente no se había enterado, ni ella, ni Justino de nuestra llegada y eso nos daba margen para pensar nuestra siguiente jugada. Estaba visto que Margarita, había jugado y estaba convencida de su victoria. Nos había subestimado y ese error le podía salir muy caro, tanto como nosotras pudiéramos hacérselo pagar y nuestro

objetivo era verla descubierta en brazos de Gustavo y que saliera lo más rápidamente posible de nuestra casa y de nuestras vidas, para siempre.

Yo esperaba tener un plus de recompensa. El destino hasta ese momento, se había empeñado en hacer que me enamorase, para luego quitarme esos amores. En algún momento, me dejaría a uno de ellos, no pensaría pasarse la vida dando y quitando amores. Mi corazón no aguantaría así mucho tiempo, de hecho, con Ricardo, ya quedó muy mal herido. Con Anselmo había logrado mantenerlo cerrado, aunque me costó, al final casi claudico y ahora el destino me había enviado a Justino, la criatura más maravillosa del mundo, educado, atento, encantador, dulce, una persona que había nacido para ser amado. Destilaba dulzura por cualquier poro de su piel. Cada vez que me hablaba, lo hacía con tal delicadeza, que parecía que tenía miedo a hacerme daño con sus palabras, pero esa actitud no la tenía solamente conmigo, era así con todo el mundo. Las personas como Justino son una presa fácil para las caza recompensas como Margarita, posiblemente ya se estaba relamiendo pensando en la fortuna que iba a conseguir al casarse con Justino, con el regalo de tener un marido encantador que se iba a dejar manejar por ella, como si fuera una marioneta en sus manos.

Aunque ese tipo de mujeres no son capaces de querer a nadie, lo más probable es que estuviera enamorada de Gustavo, pero sólo por el hecho de ser un soltero empedernido, que no se casaría tan fácilmente; posiblemente soñaba con ser ella la que le hiciera abandonar la soltería, pero los hombres como Gustavo cuando deciden casarse, no lo hacen con una viuda usada como un estropajo. Se buscan una niña rica, de buena familia, joven, guapa y virgen y Margarita no tenía ni uno sólo de esos requisitos. Posiblemente se habría dado cuenta, pero no podía renunciar a los revolcones con Gustavo, mientras éste estuviera disponible.

Vio en Justino la presa ideal, que cumplía todos los requisitos. No le costaría mucho enamorarlo y conseguir que él hiciera todo lo que ella quisiera, pero pasó por alto un detalle muy importante, a su familia. No íbamos a dejar que esa víbora arruinara la vida de Justino, ni las nuestras.

Escondidas en la despensa de la cocina de nuestra propia casa, decidimos esperar que Margarita se retirase a descansar. La situación era dantesca, así que debíamos pensar muy bien nuestra jugada, antes de efectuarla. La enemiga a la que nos enfrentábamos era muy sibilina y astuta. No nos podíamos permitir dar un paso en falso. Ya habíamos perdido mucha ventaja durante las vacaciones.

La despensa disponía de varios agujeros en la pared, para que entrara aire y hubiera ventilación. Esos agujeros daban a la parte de atrás de la casa y estaban

cerca del porche, al cual había salido Justino a tomarse un coñac y a fumarse un puro.

Sentadas en unas pequeñas banquetas de madera doña Jacoba y doña Lucrecia y nosotras, arrodilladas en el suelo, encima de una manta, no nos atrevíamos apenas a respirar, por si alguien nos descubría y hubiera sido muy complicado dar una explicación convincente de por qué nos ocultábamos, dentro de nuestra propia casa.

Escuchamos el chirrido característico de la puerta trasera y la voz de Margarita un momento después:

—Parece que huyes de mí. Nos vemos ahora menos que cuando no vivíamos juntos — Le empezó a recriminar Margarita, pero usaba un tono zalamero y, aunque no la veíamos, nos imaginábamos que el tono de voz iría acompañado por los típicos gestos de enfado de niña pequeña, que tendría muy bien ensayados.

—Ya sabes que te dije que ahora estoy muy atareado con la hacienda y que no podría atenderte. Que era mejor que esperases a que regresaran mi madre y mi hermana, para que no estuvieras sola en la casa y te aburrieras — Escuchamos hablar a Justino, pero en su tono de voz no había ninguna entonación. No había preocupación por contentar a Margarita, sino más bien, frialdad. Todas nos miramos al escucharle. No era normal en Justino ese tono de voz, siempre era atento y gentil con todos.

¿Por qué ese comportamiento con su prometida? ¿Habrían discutido o quizás Justino sospechaba de Margarita? ¿Por qué Justino había aceptado a regañadientes que Margarita se mudara a la hacienda? Todas esas preguntas y muchas más se me pasaban por la cabeza al escuchar hablar a Justino con Margarita.

Escuchamos decir a Margarita que tenía jaqueca y que se retiraba a descansar; momentos después escuchamos un portazo, con el que retumbaron todos los objetos que estaban colocados en las baldas del trastero en el que estábamos escondidas. Y escuchamos decir a Justino:

—¡Bendita jaqueca, qué alivio!

Era obvio que Justino no estaba a gusto con Margarita. Teníamos que averiguar si era pasajero o su malestar era continuo. Eso lo descubriríamos en los días posteriores, puesto que si Margarita se había mudado a la hacienda, tendríamos que verla más a menudo de lo que deseábamos, que era nada. La grieta que se había abierto entre ellos, nos daba otra pequeña ventaja y puesto que ese día ya estábamos agotadas por el viaje y por la noticia de la nueva

huésped de la hacienda, decidimos irnos a descansar a nuestras habitaciones, sin que nadie más que Lupita supiera de nuestra presencia en la casa.

CAPÍTULO XXXVI

Un libro tiene todas sus páginas en blanco, esperando que el escritor las llenas de letras que formen palabras que nos cuenten una historia. Las personas tenemos nuestro libro de la vida en blanco cuando nacemos. Se irán llenando nuestras páginas, con vivencias y experiencias, unas buenas y otras malas que formarán la historia de nuestra vida y quedarán escritas en nuestro libro.

A veces, incluso, ni de adultos podemos escoger lo que queremos vivir, pero de niños, todo nos es impuesto por los adultos de nuestro entorno, nuestros padres, nuestros familiares, nuestros maestros, que son las personas que nos van mostrando el camino y nos ayudan a convertirnos en el adulto que seremos algún día.

Margarita también fue una niña, con su libro en blanco por escribir. Una niña inocente, candorosa e ingenua, sin ningún tipo de maldad, como todos los niños al nacer ¿Qué hizo que se convirtiera en el ser egoísta y calculador, capaz de todo por conseguir un estatus social privilegiado?

Margarita nació en el seno de una familia muy humilde. Fue la pequeña de cinco hermanos y la única chica. Vivían hacinados en una pequeña casita, que más se asemejaba a una choza destartalada y no a una vivienda. No pudo ir a la escuela con regularidad, tenía que ayudar en las tareas de la casa a su madre y de las escasas tierras que disponía su familia. Pasaba mucho hambre, pues en épocas en las que la cosecha no era buena, apenas tenían para comer.

Creció en un ambiente de precariedad e ignorancia en el que tampoco faltaban los malos tratos y cuando fue creciendo también los vejatorios y denigrantes, puesto que, a pesar de su desnutrición, Margarita destacó por su altura y lozanía, además de una belleza latina exuberante. Cuando llegó a la adolescencia, empezó a notar las miradas lascivas y los comentarios que le hacían, los hombres de la aldea y muchachos de su edad. Algunas veces, incluso alguno llegaba a tocarla.

En ese ambiente, era más notorio aun, el papel que desempeñaba la mujer en la sociedad. No tenía voz. A algunos animales domésticos eran tratados mejor que muchas mujeres. Atendían las labores domésticas, parían y criaban todos los hijos que fueran capaces de engendrar.

El padre de Margarita era un hombre huraño y alcohólico, que acostumbraba

a pegar palizas a su madre y a sus hijos, pero sobre manera a ella, cada vez que llegaba a casa borracho, que eran casi todas las noches. Vio en Margarita, la gallina de los huevos de oro, cuando en la taberna del pueblo le propusieron la posibilidad de vender los favores sexuales de su hija. De esta manera, Margarita se vio usada bajo la instigación de un padre borracho y lascivo, que quiso estrenar lo que otros iban a disfrutar. Fue violada y desvirgada por su padre y luego prostituida bajo la supervisión por su progenitor, que la vendía al mejor postor.

Así fue la adolescencia de nuestra Margarita. El libro de su vida no comenzó a escribirse de la mejor manera, pero ella no pudo escoger ni el lugar donde nació, ni el padre maltratador y borracho, ni las atrocidades a las que fue obligada por su progenitor.

La resiliencia es la capacidad que tenemos las personas para recuperarnos frente a las adversidades que se nos plantean en la vida. Algunas personas desarrollan recursos que guardaban latentes en su interior y que afloran ante esas situaciones, ayudando a superarlas. La resiliencia de Margarita fue infinita y usó el conocimiento profundo sobre los hombres que le dieron los años que duró su tortura, para ayudarse a sobrevivir a lo largo de los años, hasta que Justino se cruzó en su camino.

El carácter de Margarita también fue víctima de sus vivencias. Se tornó huraña y desconfiada, cuando debía de haber sido una niña jovial y alegre, sin ninguna otra preocupación que jugar e ir a la escuela, como debía de ser para una niña, pero en lugar de eso su infancia estuvo plagada de palizas y violaciones.

Estuvo varios años sometida a las humillaciones de los clientes obscenos y babosos con los que su padre trataba, hasta que apareció un viudo que se encaprichó de ella y ofreció a su padre una gran suma de dinero para casarse con Margarita.

Al casarse con el viudo, un rico hacendado de la zona, Margarita pasó a tener una vida mucho mejor, si es que lo que antes de su matrimonio se podía llamar vida. Su marido la cambió totalmente, pues cuando se casó era como un animal salvaje, arisca e intratable. La convirtió en toda una señorita, la contrató una profesora que la enseñara cultura general y protocolo. Margarita aprovechó lo que la vida le ofrecía, puesto que a pesar de no haber tenido la oportunidad de ir a la escuela, no era tonta y sabía que si quería ser alguien y evitar que ningún hombre se volviera a aprovechar de ella, lo primero que debía tener era cultura y modales, para poder desenvolverse dentro de la sociedad.

Su marido era una buena persona, la trataba con respeto y la cuidaba. Estaba

enamorado de ella. El hombre había enviudado hacía unos pocos meses, cuando conoció a Margarita. Le hablaron de los negocios sucios que el padre de Margarita estaba haciendo y se quiso acercar a comprobar si esa atrocidad era cierta. Fue cuando conoció a Margarita, tirada encima de un camastro, al que su padre la tenía encadenada para que no escapara, donde los hombres que pagaban por ella, la usaban como una muñeca de trapo.

El hombre no pudo ante tal aberración y como no había tenido hijos en su matrimonio decidió adoptar a Margarita, pero su padre no iba a aceptar quedarse sin ella tan fácilmente, por eso puso la excusa del matrimonio junto con una desorbitada suma de dinero.

Margarita supo agradecer a su ángel de la guarda, que la hubiera salvado la vida, puesto que si no la hubiera sacado de esa vida, en pocos años hubiera acabado muerta, por alguna paliza o por alguna infección. Afloró en ella una ternura y un cariño hacia ese buen hombre que le había salvado, del que creía que carecía porque sólo sentía odio y resentimiento hacia las personas, puesto que hasta ese momento de su vida, con todas las que se había cruzado, sólo la habían maltratado, física o verbalmente. Sus hermanos, ninguno había hecho nada por impedir que su padre la prostituyera, incluso, en alguna ocasión había recibido alguna paliza por parte de ellos; por la única persona que sentía algún tipo de sentimiento, que no podía calificar de cariño, era por su madre porque era quien la llevaba la comida y la curaba las heridas, que le provocaban los clientes que llevaba su padre.

Al casarse cortó toda relación con ellos, excepto con su madre. La ofreció que se fuera con ella y dejara a su padre, que con el dinero que había cobrado, iba a estar borracho hasta que se lo gastara todo en vino, pero ella no quiso, tenía miedo que le fuera a buscar y la matara por abandonarlo. Eso hizo que el odio hacia su padre creciera más todavía y sus ganas de venganza.

A los tres meses de haber salido del antro donde era torturada, su madre enfermó gravemente. Ella quiso llevársela a su casa para atenderla, pero su padre no le permitió ni siquiera verla, la echó de la casa, amenazándola con una escopeta. El hombre olvidó el detalle de que su hija ya no era la pobre mojigata que había estado usando para sus negocios lascivos y lujuriosos y que además ahora estaba respaldada por un hombre influyente y poderoso, que no consintió el nuevo agravio al que había sometido a su hija. Fue denunciado, condenado y encarcelado. Margarita pudo llevarse a su madre a su casa para cuidar de ella como se merecía, aunque no pudo ser durante mucho tiempo porque la dolencia que padecía era letal y falleció a los pocos días. Su padre fue encarcelado y su

marido, movió sus contactos y consiguió que unos sicarios le dieran una paliza que resultó ser mortal. Margarita al enterarse de la muerte de su padre, respiró tranquila, sintió que por fin era una persona libre y suplicó a todos los santos que conocía que no le dejaran entrar en el cielo, que pagara durante toda la eternidad, no sólo el daño que le había hecho a ella, sino también a su pobre madre.

Parecía que las desgracias habían acabado con la muerte de su progenitor, cuando su marido, murió repentinamente de un ataque al corazón. La diferencia de edad entre los dos era muy grande y él ya había tenido problemas de salud antes de conocer a Margarita. Posiblemente todos los altercados vividos con su padre agravaron sus achaques y su viejo y enfermo corazón no pudo con todo ello. Margarita heredó toda su fortuna y se convirtió en una joven viuda millonaria.

CAPÍTULO XXXVII

Margarita se había quedado sola en el mundo, su madre y su marido estaban enterrados y a sus hermanos no los quería cerca, habían olido el dinero y habían acudido a ella con el rabo entre las piernas, pero Margarita les había echado de su casa amenazándolos con llamar a la policía si volvían a aparecer por su casa.

Nunca había administrado dinero, de hecho, nunca había tenido dinero, puesto que cuando se casó, era su marido quien le compraba todo, sin que ella tuviera que pedir nada, así que se sentía perdida sin saber qué hacer. Fue el hombre de confianza de su esposo quien le asesoró y le aconsejó que fuera a hablar con el director del banco donde su marido tenía su dinero guardado y gestionaba todas las finanzas.

El director del banco ya estaba al corriente del fallecimiento del esposo de Margarita y esperaba que ella se pasara por el banco para arreglar el papeleo que conllevaba la herencia, le hubiera gustado gestionarlo en persona, pero tuvo un viaje imprevisto de negocios y dejó al frente de la sucursal a su hijo, a Gustavo. Ahí fue cuando el destino hizo coincidir a Gustavo y a Margarita por primera vez.

Gustavo se había educado en los mejores colegios de América y sabía desenvolverse en el mundo de los millonarios, sabía bailarles el agua y decirles exactamente lo que ellos querían escuchar para ganarse su confianza para que ingresaran sus ganancias en el banco y convencerles para que arriesgaran sus ahorros en inversiones millonarias que les reportaran inmensas ganancias.

Margarita no era como las esposas de esos clientes adinerados, de carnes

generosas y pechos exuberantes que rebosaban por encima de los escotes con las cabezas huecas. Aunque a simple vista, por su vestidos caros y su porte elegante, incluso pareciera que todo su vida había sido así, pero cuando entró en el despacho de Gustavo, éste reconoció al momento que Margarita era como una niña asustada que había perdido a su madre y se encontraba desamparada en medio de la muchedumbre.

Margarita sabía manejar muy bien a los hombres, pero sólo a un cierto tipo de hombres, los viejos decadentes que a punto de llegar a la senectud eran capaces de cualquier cosa por una mujer que les mostrara atención y si esa atención iba unida a cariño, aunque fuera fingido, eran capaces de regalarles hasta la luna.

Ni Margarita era el tipo de mujer a la que Gustavo estaba acostumbrado a tratar, ni Gustavo el tipo de hombre al que Margarita había tenido que frecuentar. Quizás fue eso lo que les atrajo a cada uno hacia el otro, pero cuando sus miradas se cruzaron por primera vez, en el despacho de la sucursal del banco, los dos quedaron hipnotizados, el uno frente al otro. Por un momento, el tiempo pareció detenerse, mientras un montón de sensaciones recorrían cuerpo y mente de ambos, sin que ninguno de los dos supiera explicarse que le estaba ocurriendo.

Gustavo como hombre de negocios, estaba acostumbrado y era todo un experto en engañar a sus clientes millonarios para que arriesgaran sus ahorros en inversiones peligrosas, sin que le temblaran ni el pulso, ni la voz, así que no tuvo que emplear mucho esfuerzo en aparentar que la presencia de Margarita no le alteraba ni un ápice, a pesar de que por dentro era todo un volcán de sentimientos, que luchaba por mantenerlos a raya porque sabía que era muy peligroso que salieran a flote.

Margarita estaba desconcertada porque siempre se había sentido indiferente a la presencia de un hombre joven y atractivo. La aversión que sentía hacía ellos, le hacía inmune a sus encantos y piropos, hasta ese momento.

En ese primer encuentro intentaron cada uno que el otro no notara toda la tormenta interior que se había producido al encontrarse sus miradas. Les fue difícil porque ninguno de ellos estaba acostumbrado a que sus sentimientos tuvieran vida propia. Siempre les habían sabido dominar y esconder.

Gustavo vio la oportunidad de conquistar una joven mujer, atractiva y millonaria, con la que podía ganar mucho dinero. Nada tenía que ver con las ricas adineradas, esposas de millonarios, que aburridas de que sus esposos no les hicieran caso, camelaban a Gustavo, un joven, educado, encantador y fascinante,

al cual prometían mediar en los negocios de sus esposos para beneficiar a su banco, a cambio de favores sexuales.

Al principio pensó que sólo le movía el afán de negocio. Nunca había estado enamorado y no sabía entender las señales que su cuerpo y su cabeza le enviaban. Margarita al salir del despacho del banco, temblaba de frío, a pesar de que la temperatura en la calle excedía los treinta grados y daba igual hacia donde mirase, sólo podía ver los ojos grises, casi transparentes, de Gustavo mirándola fijamente.

Ninguno de los dos supo lo que les había pasado en esa milésima de segundo en que sus miradas se encontraron, encendiéndose una llama en el interior de sus almas, que se conmovieron de amor, un amor que ninguno de los dos había sentido nunca y ellas, como entes sabios y poderosos harían todo lo posible para que se volvieran a encontrar esos dos pardillos.

CAPÍTULO XXXVIII

La fortuna que había heredado Margarita al morir su marido era inmensa, no fue consciente de ello hasta que el banco le citó de nuevo, una vez que hizo una recopilación sobre todos los inmuebles y negocios que poseía su esposo. En esa segunda entrevista con el banco quien la atendió fue el padre de Gustavo, quien cuando se enteró de la primera visita de Margarita montó en cólera con su hijo por dejarla marchar sin informarle y asesorarle de cómo administrar los negocios.

Margarita no supo ocultar su decepción al ver en el lugar de Gustavo a un señor mayor y decrepito. El padre se excusó por no haberla atendido personalmente en la primera visita, pero ella acostumbrada a no creer nunca lo que decían los hombres, supo que si se excusaba era porque le hubiera interesado estar a él por su propio beneficio, no por ella. Ella le respondió con la misma diplomacia que él, pero le dio a entender que hubiera preferido que en esa segunda visita la hubiera atendido Gustavo.

—Señor Cifuentes, no lamente no haberme atendido. Dudo que lo hubiera hecho mejor que el joven que me atendió, de hecho, si no le importa, me gustaría volver a hablar con él — Dijo con un tono dulce y meloso, pero su mirada penetrante y autoritaria, le indicaba que por su bien, fuera a buscar a Gustavo, sin demorarse.

—Me temo que no podrá ser. Mi hijo Gustavo se encuentra de viaje — Contestó el viejo, dispuesto a no ceder protagonismo al inepto de su hijo que

sólo sabía meterse en la cama de las mujeres que se le insinuaban.

—Es una pena que me haya hecho perder el tiempo, señor Cifuentes. No sé si trata igual que a mí a todos sus clientes o conmigo pensó que porque soy viuda y estoy sola podía aprovecharse de mi persona — Y poniéndose en pie, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta, con paso enérgico, pero despacio para dar tiempo a que el padre de Gustavo, llegase a la salida, antes que ella y pudiera abrirle la puerta sin que ella tuviese que esperar delante de la puerta.

—Señora Chávez, disculpe mi ignorancia. Cuando usted vino a vernos yo no estaba en la ciudad y no he tenido la oportunidad de hablar con mi hijo y por supuesto, no dude ni un instante de que a usted se le ha tratado con mucha más distinción que a otros clientes. Por eso, he querido yo mismo, en persona, hablar con un usted — Mientras hablaba un sudor frío empezó a deslizarse por su espalda, pensando que podía perder a Margarita como cliente por el incompetente y sinvergüenza de su hijo.

—Soy consciente de ello, señor Cifuentes, pero por ello no deja de molestarme que me haya hecho perder el tiempo. Adiós y buenos días — Pasó lo más erguida que pudo y sin volver a mirar a la cara al banquero. Creyó haber desempeñado bien el papel y no dudaba de que en unos días, sería el propio Gustavo quien, personalmente, contactaría con ella, en cuanto regresara de su supuesto viaje, el cual sabía que había sido una excusa de su padre.

Margarita conocía muy bien la naturaleza masculina y conocía, también el efecto que ejercía su físico en los hombres; eso se unía a la potencial cantidad de dinero que podía invertir en su banco. Tenía la certeza absoluta de que la siguiente cita no se demoraría y efectivamente, así fue. A la mañana siguiente, poco antes del mediodía recibió una invitación del mismo Gustavo, citándola en uno de los más lujosos restaurantes de la ciudad, para cenar. La nota estaba escrita de puño y letra de manos de Gustavo y Margarita al leerla le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo, que le hizo temblar como una hoja que es azotada por el viento gélido invernal, que se aferra con todas sus fuerzas al tallo, pero al final acaba cayendo sin remisión. Así se sentía Margarita, se aferraba firmemente a sus convicciones usando su autocontrol, que hasta ese momento no le había fallado, pero estaba exhausta, no sabía por qué ese hombre le removía y derrumbaba como una apisonadora todo los muros que ella se empeñaba en crear, para que no invadiera sus sentimientos, pero ella nunca se había enamorado y no sabía que el amor llega sin llamarlo, de repente, sin avisar, desnudo, sin envoltorio y además para Margarita era su primer amor, con toda su magia pura y blanca que hace que todo nuestro universo tenga nombre propio.

Para Gustavo posiblemente también era la primera vez que se enamoraba como un adolescente, pero el peso del negocio familiar y, sobre todo, la autoridad y el control que ejercía su padre, pesaban mucho más que lo que él pudiera sentir por Margarita, aunque esa noche los dos dieron rienda suelta a lo que habían comenzado a sentir el uno por el otro. Fue la primera de muchas citas, aunque los dos se guardaron muy bien de dejarse ver juntos en público en actitud cariñosa, pero en la intimidad, eran dos volcanes en plena erupción, dando rienda suelta sin ningún tipo de pudor.

Gustavo consiguió que Margarita invirtiera toda la fortuna en unas inversiones que el banco ofrecía a sus clientes más adinerados. El padre prefirió no saber cómo había conseguido ese grado de confianza, porque realmente no le importaba los medios empleados, simplemente lo que le importaba era el resultado.

Margarita cada día estaba más enamorada de Gustavo. Cuando se tenía que ausentar por viaje de negocios, apenas comía, no salía de casa hasta que él regresaba. Era pura obsesión por él. Él sabía de la influencia que ejercía en ella y la alimentaba con regalos carísimos, alguna vez la llevaba a sus viajes de negocios y también la enviaba poesías románticas y sensuales:

Espérame en el umbral de la noche
Con ansias de amarme
Con ojos inquietos,
Explorando mi piel,
Descubriendo mis libres rincones.
Vuela con el viento y ara mis praderas
Y cuando llegues a la metáfora
De mis más ardientes anhelos,
Derrama en mis labios,
El ósculo más cadencioso de tu ardiente
Poesía,
Arrancándome el aliento,
Devolviéndome la vida.
Abre tu corazón
Y déjame sentir que tu alma
Está clavada en la mía.

Fueron varios meses de amor desenfrenado, encuentros furtivos y citas clandestinas, hasta que ella recobró el sentido común y le dijo que no quería esconderse más. Ya había transcurrido tiempo suficiente de luto y quería hacer oficial su relación. Ahí fue cuando despertó de nuevo, a la fría y cruel realidad. Gustavo no reaccionó como ella hubiera deseado ante la petición y Margarita comprendió que él había jugado con sus sentimientos, comprendió que sólo había sido una relación de negocios para él y se sintió utilizada y engañada.

CAPÍTULO XXXIX

Gustavo empezó a viajar con más frecuencia y cuando estaba en la ciudad, ponía excusas para no quedar con ella; lo que Margarita le pedía no podía ser. Había estado muy a gusto con ella, pero nada más. Él tenía vocación de soltero, aunque para sus adentros, reconocía que le había calado hondo, pero no tanto como abandonar su soltería y ni mucho menos para ir en contra de su padre; no podía dejarse ver por la ciudad, sin antes comunicárselo a éste. Tenía que dar el visto bueno a la relación y sospechaba que no la iba a aprobar; efectivamente, cuando le dijo a su padre que se había enamorado de Margarita y que quería formalizar su relación, éste le instó a abandonarla con la amenaza de enviarle a la sucursal de Londres. Debía poner distancia entre ella porque además, las inversiones en la que la habían convencido para invertir la fortuna que había heredado de su marido, no habían dado las ganancias esperadas y posiblemente perdiera todo lo invertido.

Su padre no esperó que su hijo cumpliera con su promesa y le envió a Europa con la excusa de había surgido un inconveniente para la apertura de la sucursal nueva y sólo se fiaba de él para resolverlo. Así que Gustavo se tuvo que marchar sin poder despedirse de Margarita.

El padre de Gustavo se apresuró a citar a Margarita y si bien la primera vez que se vieron fue todo dulzura con ella, en esa ocasión fue más frío que un iceberg. Cómo hombre de negocios experimentado, sabía ser amable cuando lo necesitaba, pero también sabía ser la persona más implacable y despiadado, cuando tenía que cerrar una relación financiera que no le interesaba y cortar una relación comercial y en esa ocasión era por partida doble, necesitaba echar a Margarita de la vida de su hijo y de su banco, puesto que se había arruinado y ya no le servía para nada tenerla de clienta.

Margarita cayó en una tremenda depresión. No sólo porque realmente se había enamorado de Gustavo y creía que él también lo estaba de ella, sino también porque había perdido todo el capital invertido, así que la decepción fue doble. Volvió a encerrarse en casa, como cuando enviudó. Apenas salía algún día al club, por no perder el status social. Era una mujer fuerte; fortaleza que había curtido durante los años en que fue usada como objeto sexual por su progenitor, así que no le costó mucho sobreponerse al desengaño amoroso, aunque la herida que le quedó en el corazón fue muy profunda, tardaría mucho tiempo en cerrarse y le quedaría una cicatriz para siempre. De lo que más le costaría reponerse sería de la bancarrota. Aunque ella estaba acostumbrada a subsistir con apenas nada, ahora pertenecía a una clase social en la que se valoraba a las personas por los bienes materiales, así que debía aparentar que seguía siendo millonaria y que nadaba en la abundancia. Seguramente el padre de Gustavo habría ocultado lo desacertado del negocio en el que la asesoró para invertir su dinero, hubiera sido una malísima publicidad para su banco y le habría hecho perder clientela, así que le convenía mantenerlo en secreto. Por ese lado podía estar tranquila. Si despedía a parte del servicio, se correría la voz, así que habló con la servidumbre y les contó lo ocurrido. Se había ganado el respeto y el cariño de ellos cuando llegó como una oveja asustada a la casa, así que decidieron quedarse y no abandonarla en esos momentos por los que estaba pasando, comida y techo no les iba a faltar.

Después de haber resuelto esos dos frentes, el siguiente paso era encontrar otro marido que le resolviera el problema del sustento y le mantuviera en el escalafón social en el que se había colocado al casarse.

Entre las arpías con las que se codeaba en el club, le ayudaron a buscar al incauto que reuniera las condiciones para ser candidato a nuevo marido.

Millonarios que acudían regularmente al club eran todos los socios. Había que descartar a los casados, a los que pasaban de cierta edad y a los solteros de vocación. Después de desechar a todos los que no reunían los requisitos imprescindibles, no quedaba mucho donde escoger, pero hacía unas pocas semanas que había aparecido un socio nuevo. Un español, joven y soltero que había comprado una hacienda junto con una plantación de cacao, con la intención de hacer fortuna y echar raíces.

Margarita no había coincidido con él en el club, pero varias de sus asesoras sentimentales sí que le conocían y afirmaban que era muy atractivo, y que había sido inmune a los ataques de la devora hombres del club.

A Margarita le daba igual si era guapo o feo, joven o viejo, lo que necesitaba era mantener su status y su nivel de vida. Bajo ningún concepto iba a volver a prostituirse para sobrevivir, así que sin dudarle decidió que ese nuevo hacendado sería su marido. El nuevo hacendado era Justino.

CAPÍTULO XL

Unas semanas más tarde sería la gran fiesta anual de aniversario del club. En esa fiesta daban la bienvenida a los nuevos socios que hubieran entrado ese año y uno de ellos sería Justino, por tanto, ese era el momento idóneo para que Margarita empezara a tejer su tela de araña.

Justino, a pesar de venir de España, se había criado en un pueblo y al ser hijo único había estado arropado por sus padres. Había pasado su infancia y su adolescencia entre colegios. La experiencia que tenía de la vida y de las mujeres era bastante escasa y escueta, por lo que era en una presa fácil para Margarita, que estaba licenciada en levantar pasiones entre los hombres y para ella Justino sería una presa muy fácil.

Margarita cuando lo vio por primera vez, no daba crédito a su suerte, además de ser un hacendado millonario, era joven y guapo, destacando entre los carcamales barrigones que se jactaban de sus negocios entre copas de coñac y puros habanos.

Justino no había llegado a la treintena, su pelo acaracolado, negro como una noche sin luna y su metro ochenta de estatura, le hacían brillar como la estrella polar. Margarita reconoció que sería muy fácil enamorarse de él, si hubiera podido enamorarse de alguien, pero en su corazón ya había entrado Gustavo y no iba a poder echar del él tan fácilmente.

Para el día del evento, Margarita se puso espectacular. Sabía en lo que los hombres se fijaban del físico de una mujer y se puso un vestido con un escote, que dejaba poco a la imaginación. Efectivamente no se equivocó, cuando fueron presentados por una de las artífices del plan para conquistar a Justino, sus ojos se posaron inconscientemente en su escote. Él era una persona que había sido educado dentro del respeto y educación, sobre todo a las mujeres y el mirar de una forma tan descarada, al escote de una mujer, no entraba dentro de lo que él conocía por decoro y respeto, pero no podía controlar sus gestos y sus ojos una y otra vez se dirigían hacia el pecho de Margarita. Totalmente acalorado empezó a notar una erección entre sus piernas, que a medida que intentaba no mirar los pechos de Margarita, más fuerte notaba la presión de su pene en los pantalones.

Justino, imaginando que Margarita pudiera darse cuenta de su erección, empezó a notar como le resbalaban las gotas de sudor por las sienes, junto con un calor que le subía por la garganta y no le dejaba apenas respirar.

Margarita estaba disfrutando de su pequeña victoria. Nunca pensó que le resultara tan fácil conquistar a un hacendado que venía de España. Ya se veía siendo la marquesa de Abionzo que, aunque no sabía dónde estaba ese pueblo colocado en el mapa, le iba a servir para tener un título nobiliario y conseguir una inmensa fortuna.

Efectivamente el truco del escote funcionó y Justino estuvo días soñando con los pechos de Margarita.

El siguiente paso era encontrarse, “por casualidad” y para que esa casualidad ocurriera, tenía un completo equipo de asesoras, que teniendo su vida vacía, pero su cartera, o más bien, la cartera de sus millonarios maridos repletas de billetes, se aburrían como monas y cualquier cosa que les sacase de su tedioso día a día les servía; así que se habían puesto con sumo entusiasmo a preparar el encuentro fortuito entre Justino y Margarita. Y ese encuentro fue, ni más ni menos que el banco de la familia de Gustavo. Margarita iba a menudo para ver cómo podía ir solucionando el problema de la pérdida tan importante de capital, en las inversiones en las que le convencieron para invertir, Gustavo y su padre; Justino también iba con frecuencia al banco para organizar la hipoteca de la compra de la hacienda y de la plantación.

El encuentro fue preparado al milímetro. Se cruzaron justamente a la entrada de la sucursal, en la puerta giratoria y aunque, para la ocasión no se había puesto tan despampanante como para la fiesta del aniversario, su atuendo no hubiera pasado desapercibido, ni para un invidente. Llevaba un traje muy al estilo europeo, de un rojo pasión que destacaba cualquier prenda que adornara. La

prenda en cuestión era una falda cortísima, muy ajustada, que conseguía marcar la forma de sus caderas como si fueran las curvas de una autopista, conjuntada con una americana del mismo color, muy entallada, que le resaltaba su cintura de avispa; contrastaba con unos zapatos negros de tacón de aguja, que la estilizaban muchísimo más de lo que ya era, su figura de modelo de pasarela.

Ella cronometró el encuentro para que coincidieran en la puerta giratoria, cuando él saliera y ella entrara. Ella le estaba mirando por el rabillo del ojo como la miraba boquiabierto, lo que casi le cuesta un buen golpe contra la puerta que no paraba girar mientras ellos entraban y salían, respectivamente. Si sus cálculos no fallaban, al salir ella de la sucursal, Justino debería hacerse el encontradizo con ella y proponerle una cita. Afortunadamente el padre de Gustavo había salido y así Margarita pudo salir del banco pronto, puesto que si hubiera tardado, quizás Justino hubiera desistido de esperar y el plan se hubiera retrasado. Le urgía cazar a un millonario, pues sus fondos empezaban a escasear.

Ella, disimuladamente, miró a su alrededor intentando divisar a Justino. Lo vio sentado en la terraza de la cafetería que había enfrente de la sucursal. Una vez localizada la presa, tenía que conseguir que él no se despistara y la viera a ella también, para lo cual, se paró en seco a la salida de la sucursal y comenzó a hacer que buscaba algo en su bolso, mientras simulaba, revolviendo en el interior del bolso, con disimulo miraba hacia donde estaba Justino, que en ese momento, ya se había percatado de su presencia y estaba levantándose de la mesa, encaminando sus pasos hacia donde estaba ella. No pudo evitar ponerse nerviosa, ante tanta inmediatez y se le cayó al suelo el bolso que sostenía entre las manos, desparramándose todas las cosas que habitualmente llevan las mujeres en el bolso por toda la calle. En el momento en que se agachaba a recoger todos los objetos que habían rodado por el suelo, Justino ya había llegado y se había agachado al lado de ella para ayudarla. Ella aprovechó la suerte que había tenido de que el plan estuviera saliendo incluso mejor de lo que había planeado:

—Oh, muchas gracias. ¡Qué torpe soy! Me enganché con el cierre de la pulsera y se me cayó todo al suelo. Además se me ha roto la pulsera y la tenía mucho cariño porque era de mi madre — dijo mirando la muñeca vacía y dejando escapar una lágrima fingida por su mejilla, poniendo énfasis en las palabras “cariño” y “madre” para dar más dramatismo a la escena.

Justino al escuchar la palabra madre, se acordó de la suya. La había dejado en España y la echaba mucho de menos, aunque muy pronto disfrutaría de ella pues en breve llegaría para quedarse con él en América.

—Sé cómo se siente. Es una manera de tener a su madre consigo y ahora se le ha roto ese objeto que le mantenía en contacto con ella. Yo siempre llevo un reloj que me regaló la mía cuando me licencié y más ahora que la tengo lejos — Se remangó la manga de la americana para mostrarle el reloj, pero Margarita no perdió la ocasión para tirar otro hilo y seguir tejiendo la tela de araña en la que estaba cayendo Justino.

—Es precioso. Debe ser una mujer muy elegante porque se nota que tiene muy buen gusto — y mientras hablaba empezó a subir la mirada muy lentamente, que había fijado en el reloj que tenía Justino en la muñeca, hasta encontrarse con los ojos de Justino. En ese momento que sus miradas coincidieron, aprovechó para darle una estocada al incauto de Justino, que aunque Margarita sabía que no era necesaria, le serviría para rematar la faena.

—Muchas gracias por ayudarme. Si no tiene prisa me gustaría invitarle a tomar algo para agradecerle su ayuda

—Estaría encantado y sería un honor poder disfrutar de su compañía, pero si me deja invitarla a cenar, estaría complacido

—Desde luego, pero tendría que ser mañana. Esta noche ya tengo un compromiso

Ese día se despidieron. Justino deseando que el día siguiente llegara sin demora y ella, satisfecha porque sabía que su presa ya estaba cazada.

CAPÍTULO XLI

A Margarita no le resultó difícil conseguir que Justino cayera rendido a sus encantos, comiera de su mano y accediera a todos sus caprichos. Su belleza y su fingida candidez eran suficientes, que unido a que Justino estaba solo en América, eran los ingredientes idóneos para conseguir que en tan sólo dos meses, él la pidiera en matrimonio. Ella aceleró los acontecimientos, sabiendo que pronto llegaría su madre y su hermana de España. No las conocía, pero intuía que no le iban a favorecer, sino todo lo contrario, por eso no quiso dejar nada a la improvisación y tener el trabajo hecho para cuando llegaran ellas.

No se equivocó, pues cuando llegamos y nos enteramos de su existencia, no nos hizo ninguna gracia, confirmando nuestra aversión hacia ella, cuanto más la íbamos conociendo. Enseguida nos dimos cuenta de que era una caza fortunas, aunque al conocer su historia, llegamos a comprender sus motivos, no podíamos consentir que usara a Justino para sus fines. Como mujeres, todas nosotras la comprendíamos y nos daba pena que su historia de amor con Gustavo, no llegara

a buen puerto porque según nos contó Amanda, su hermano Gustavo llegó a enamorarse de Margarita, tanto como ella lo hizo de él y ya no fue el mismo cuando su padre le prohibió verla y le obligó a marcharse a Europa.

Todas nosotras, pero sobretodo, la marquesa y yo, actuamos movidas por el egoísmo. Hay varios tipos de egoísmo, no todos son malos, nosotras actuamos de un modo altruista, movidas por el hecho moral de hacer el bien a otras personas, en este caso a Justino.

A la par que hacíamos bien a Justino, nos hacíamos sentirnos bien a nosotras y a la vez nos gustaba hacerlo. Esta conducta nos hacía también evolucionar como personas, sin embargo el egoísmo que movía a Margarita a actuar de la forma en que lo hizo, era un egoísmo egocéntrico, destinado a saciar únicamente su propio interés, encauzado solamente a satisfacer sus propios deseos y aspiraciones, sin pensar en la repercusión que sus actos pudieran tener en la vida de los demás, en este caso, del pobre e incauto de Justino.

Su ego ocupaba toda su persona, creyéndose víctima en lugar de verdugo. Margarita era una mujer llena de frustraciones, carencias y miedos con los que había creado una personalidad basada en el victimismo, la cual usaba para encandilar y hacer sentirse culpable a Justino, culpándole siempre de todo lo que no le salía como ella esperaba.

La esencia de una persona, su forma de ser, su personalidad es lo que le diferencia de los demás y es innato en el ser humano, es la herencia recibida de los progenitores, pero todas las experiencias vividas durante la vida, el ambiente que nos rodea, las relaciones con las personas de nuestro alrededor, la forma de desenvolvemos en ese ambiente y la capacidad para resolver y tomar decisiones es lo que van acabar forjando nuestra verdadera personalidad. En el caso de Margarita todas sus penurias en el seno de la familia, el enviudar y perder casi todo su capital, la convirtieron en un ser movido por el egoísmo de la supervivencia, sin importarle como conseguirlo, por eso no la culpábamos, ella era una víctima de ella misma y nosotras solamente queríamos impedir que dejara más víctimas a su paso por la vida, sin crear nosotras más víctimas en nuestro camino, incluida ella, aunque nos iba a resultar difícil evitar que Margarita sufriera.

CAPÍTULO XLII

Justino hubiera resultado una presa fácil para cualquier mujer que se hubiera propuesto conquistarle, pero para una arpía como Margarita, resultaba mucho

más sencillo. Las arpías eran seres que la mitología griega describía como monstruos alados, con cabeza y pechos de mujer, pero cuerpo y garras de aves de presa; primeramente aparecen como hermosas divinidades, pero después empiezan a representarse como viejas semejantes a brujas con los pechos caídos. Literalmente puede traducirse como la que arrebató; eran de naturaleza maléfica, devorando todo lo que encontraban a su paso.

Las arpías humanas, iban camufladas, no se distinguían de las que no lo eran y para un ser tan noble y educado dentro de las normas de la aristocracia española y que nunca había estado comprometido con ninguna muchacha, como le ocurría a Justino, era una presa fácil, tanto como lo es un gorrión que se ha caído de su nido para un águila.

Justino era de un atractivo sublime, aunque tendamos a llamar atractivo a cualquier cosa que nos parezca bonita y bella, la belleza de Justino se salía de esa norma, por eso el calificativo de sublime, porque su belleza instaba a ser objeto de contemplación. Muchas veces, desde la ventana de mi habitación, me quedaba observándolo por horas cuando se encerraba en el cercado con Athenea o cualquier otro caballo y con una paciencia infinita les entrenaba para las competiciones. Podía estarme horas y horas mirándolo, sin comer, sin apenas pestañear; mi voluntad se doblegaba completamente a la visión de todo él.

Su forma de andar era tan natural que creaba estilo propio. Poseía una elegancia innata, que intentaba pasar desapercibida, pero era imposible porque lucía con luz propia y hubiera destacado aunque se hubiera colocado al lado del mismísimo astro rey.

Su cuerpo se adivinaba debajo de sus camisas, fibroso y musculado. Su piel estaba bronceada por el sol, lo que le confería, si cabía más belleza; todos esos ingredientes estaban regados por un tono de voz varonil, pero cadenciosa que nunca tenía prisa por acabar las frases y conseguía con su calidez, calmar e hipnotizar el alma de quien le escuchara.

Hasta Margarita debió de enamorarse, al menos un poco de Justino. Todas nos enamoramos de Justino, aunque yo me empeñaba en pensar que era amor fraternal, el que sentía por él, de hermana a hermano, mi corazón sabía que no quería a Justino de la misma manera que quería a mi hermana Martina y a mi hermano Pedro.

CAPÍTULO XLIII

Nos habíamos quedado escondidas en la despensa de la parte trasera de la

casa, escuchando como discutían Margarita y Justino. Ninguno de los dos sabía que nosotras habíamos regresado de nuestro viaje. Al día siguiente les daríamos la sorpresa, para uno buena, pero para la otra no iba a serlo tanto.

Efectivamente, a la mañana siguiente, cuando Justino nos vio se llevó una grata sorpresa. No pudo disimular su alegría. La primera en bajar a desayunar fue doña Lucrecia y la madre de Susana, habían compartido habitación y se habían despertado a la vez. Susana y yo, seguíamos durmiendo, cuando ellas bajaron a desayunar; nos habíamos pasado parte de la noche divagando sobre las distintas opciones para preparar nuestro plan. Justino entró en nuestra habitación como un tornado. Yo estaba acostada, encogida y agarrada a la almohada; me desperté de repente, cuando noté un peso sobre mi cuerpo que me aprisionaba y me impedía respirar con normalidad. Era Justino que se había abalanzado sobre mí y me estaba gritando eufórico, como un niño que ha recuperado su juguete favorito, que creía perdido para siempre. Con tanta algarabía, Susana también se había despertado y se abalanzó sobre Justino. Ahora el peso que soportaba mi cuerpo era el de dos personas y la dificultad para respirar era mayor, pero por tener a Justino tan pegado a mí y sentir su respiración en mi cuello, era capaz de dejar de respirar, si era necesario.

La que no demostró muestras de cariño, ni siquiera una pizca de alegría fue Margarita. Ni tan sólo nos preguntó por el viaje, pero lo que sí nos preguntó fue cuando regresábamos a la capital para preparar la matrícula en la universidad y el nuevo curso. Estaba impaciente por perdernos de vista y no lo disimulaba, pero nosotras lo estábamos mucho más por perderla a ella, no sólo de vista, sino también de nuestras vidas.

Con ese panorama en la hacienda, no me apetecía mucho estar allí, pero tampoco me apetecía dejar a doña Lucrecia sola con Margarita, aunque Justino no consentiría ninguna falta de respeto de Margarita hacia su madre, aunque poco podría hacer porque apenas estaba en la casa; era época de máxima tarea en la plantación y había muchos días en los que se marchaba al amanecer y regresaba cerca de la medianoche. De hecho eso era lo que Margarita le recriminaba la noche que llegamos nosotras.

No podía demorar los preparativos para el curso. Éste era el último y tenía que escoger especialidad, pero no podía dejar a Margarita sin vigilancia y sin saber qué artimañas pensaba usar para volver a recuperar la atención de Justino. Margarita no conducía; la mayoría de las esposas de los socios del club, tampoco lo hacían, disponían de un chofer; casi todas tenían amantes mucho más jóvenes que ellas y que sus vejesterios maridos. A sus millonarios maridos no les

importaba porque ellos, a su vez, tenían amantes mucho más jóvenes que sus apáticas mujeres, pero aunque no les importara, procuraban actuar disimuladamente; por eso su chofer era como su confidente, les llevaban a los hoteles o a los lugares en donde se veían clandestinamente con sus amantes y guardaban silencio, a la vez que esperaban pacientemente que acabara la cita. A cambio eran recompensados generosamente, ellos y sus familias.

Margarita al mudarse a la hacienda había llevado dos personas de su personal de servicio, una era una chica que la atendía solamente a ella, personalmente y la otra persona era su chofer. Carlos Alfredo, nuestro chofer, nunca la llevaba a ningún sitio si es que no iba Justino con ella.

Teníamos la ventaja sobre ella de saber que Gustavo no estaba en la ciudad, así que eso me daba margen y tranquilidad para preparar mi vuelta a la universidad sin tener que preocuparme por si habrían más encuentros fogosos entre los dos amantes.

Tuvimos suerte y pudimos pasar el último curso sin sobresaltos y tranquilas, dedicándonos en cuerpo y alma a nuestros estudios, tanto Susana, como yo. Amanda nos había informado que Gustavo no regresaría hasta la graduación, haciendo un esfuerzo puesto que la sucursal de Londres requería de su presencia, pero que a su fiesta de graduación asistiría, no quería perderse ese gran momento en la vida de su hermana pequeña.

La boda entre Justino y Margarita se había pausado por petición de Justino. Había puesto como excusa mi graduación. No quería que yo tuviese distracciones mientras preparaba los exámenes y la boda lógicamente, me iba a robar mucho tiempo de estudio.

Así que Susana y yo nos fuimos a la capital a terminar nuestro último año como universitarias y doña Lucrecia y doña Jacoba se dedicaron a afianzar la amistad que habían comenzado entre ellas en el viaje que hicimos las cuatro juntas. Muchos fines de semana lo pasábamos juntas las cuatro; cogíamos el coche y nos divertíamos como cuatro adolescentes. Justino nos reñía, pero a la vez se alegraba de vernos tan felices. Margarita nunca quiso acompañarnos, afortunadamente y, aunque la perdíamos de vista durante esos días, estábamos tranquilas, porque sabíamos que Gustavo no estaba en el país y además Carlos Alfredo y Lupita, junto con otras personas del servicio de nuestra confianza, estaban ojo avizor a todos los movimientos y salidas que hacía Margarita en ausencia de Justino.

Sabíamos cuándo respiraba, cuándo dormía, cuándo y qué comía. Realmente llevaba una vida simple y sosa. Su día a día se basaba en levantarse, arreglarse, ir

al club, volver a la hacienda y acostarse. Si esa era la vida que llevaban los ricos, no entendíamos para que querían tanto dinero.

Los últimos meses Susana y yo nos dedicamos en cuerpo y alma a estudiar, apenas salíamos del apartamento, cada una encerrada en su respectiva habitación, nuestras madres se encargaban de traernos comida y de lavarnos la ropa. Gracias a ellas pudimos aprobar y con muy buenas calificaciones todos los exámenes. Conseguimos licenciarnos. Nos convertimos en doctoras. Qué lejos quedaba el pueblo. Lo echaba de menos, pero si me hubiera marchado en ese momento a España, también hubiera echado de menos Venezuela. Mi corazón estaba ya dividido entre los dos países, pero no por el lugar, sino por la gente que tenía en cada sitio. En España estaban mis hermanos, a los que echaban tremendamente de menos y a los que estaba deseando volver a abrazar. Desde mi marcha, hacía más de cinco años, no los había vuelto a ver, pero esperaba que vinieran para mi graduación y convencerles para que se quedaran a vivir conmigo en Venezuela. El resto de mi nueva familia estaba en Venezuela y si mis hermanos decidían quedarse a vivir conmigo, no necesitaría nada más en la vida. Ese sería mi siguiente objetivo, después de echar a Margarita de la vida de Justino.

Conseguido nuestro sueño de licenciarnos, podíamos ya ocupar todo nuestro tiempo en nuestro siguiente propósito, que era desenmascarar a Margarita delante de Justino y conseguir que se rompiera el compromiso.

CAPÍTULO XLIV

Estábamos flotando de la ilusión, si bien habíamos trabajado duro para conseguir licenciarnos, no por eso nuestra alegría menguaba, sino todo lo contrario. En España quizás fuera más normal, pero en Venezuela, la mayoría de los estudiantes universitarios todavía eran hombres y durante todos los años que duró la carrera, a veces, tuvimos que soportar comentarios machistas por parte de alumnos, compañeros nuestros e incluso de algún profesor o profesora. Pero lo habíamos conseguido y teníamos que celebrarlo por todo lo alto. Nuestro plan marchaba de maravilla.

Ahora que el impedimento para celebrar la boda, ya no estaba, Margarita instaba con impaciencia a Justino para que se decidiera a fijar una fecha para el enlace. Él seguía dando largas, algo en su interior le decía que no se casara, que iba a cometer el mayor error de su vida. Casándose con Margarita no iba a olvidar a la que ocupaba su corazón al completo, además en más de una ocasión,

su madre le había dicho que Margarita no le gustaba, habían tenido charlas entre ellos, cada vez más frecuentes porque doña Lucrecia quería que su hijo anulara el compromiso por sí sólo. Cómo madre quería que su hijo sufriera lo menos posible y deseaba que él mismo abriera los ojos a la realidad, sin tener que mostrarle como su prometida le engañaba con el hermano de Amanda.

—Hijo, sabes que nunca me he metido en tus decisiones y que sólo te he dado consejo cuando me lo has pedido.

Tomar la decisión de casarse es un paso muy importante que va condicionar el resto de nuestra vida. Por eso hacerlo con la persona adecuada es un requisito imprescindible para conseguir nuestra felicidad y la felicidad de la persona elegida.

Sabes que mi matrimonio con tu padre fue impuesto. Yo no me hubiera casado con él por decisión propia porque mi corazón ya lo ocupaba otra persona. No fui infeliz con tu padre; él me adoraba y era la persona más buena que he conocido, pero no le quise como él se merecía.

Cuando en nuestra vida aparece la persona que nos complementa y nos llena plenamente, nos damos cuenta en el momento en que nuestras miradas se cruzan. En ese mágico instante, sentimos que la vida nos ha presentado a la persona correcta. Estoy segura que tú no lo has sentido con Margarita. Soy tu madre y no me puedes ocultar ciertas cosas, que no me pasan desapercibidas

Justino estaba cabizbajo, escuchando las palabras de su madre. En su interior sabía que no se equivocaba, que a Margarita no le unía nada, no tenían nada en común, tenían intereses muy diferentes y una forma muy distinta de ver la vida.

Sin embargo lo que su madre le había dicho de saber cuándo la vida te presenta a la persona correcta, sí que lo había sentido. Lo sintió en el mismo momento en que se cruzaron sus miradas, pero había tenido que esconder todo ese sentimiento porque ya estaba comprometido con Margarita y por otro motivo mucho más poderoso que impedía que entre ellos pudiera haber ese tipo de sentimientos.

Por eso había decidido seguir adelante con el compromiso con Margarita, pero no había conseguido reunir el valor suficiente para fijar la fecha de la boda. Siempre había aplazado con excusas ese momento, pero Margarita ya se impacientaba demasiado y a él se le acababan los pretextos.

Margarita parecía un león enjaulado, tenía que conseguir fijar la fecha de la boda, a cualquier precio. Sabía que Justino se estaba desencantando de ella, pero por algún motivo no había roto el compromiso. Debía aprovechar esa oportunidad antes de que fuera tarde. Al ver que Justino le daba largas, había

intentado ponerse en contacto con Gustavo, pero no lo había conseguido. Todos sus esfuerzos habían sido en vano. Gustavo se había ido a Londres y posiblemente no regresaría nunca más. Eso le había acabado de hundir y Justino era su única oportunidad para no acabar de nuevo prostituyéndose, pues su fortuna estaba ya hace tiempo en bancarrota y había tenido que vender su casa para pagar las deudas, por eso convenció a Justino para irse a vivir con él a la hacienda, a pesar de no soportar ni a la madre, ni a la hermana.

La convivencia en la hacienda se hacía cada vez más insostenible por parte de todos. Yo me había mudado a la hacienda cuando me gradué y cada vez que me cruzaba con Margarita sus ojos disparaban dardos venenosos. Como yo conocía su rutina mejor que ella misma, gracias a la información que me pasaban Lupita y Carlos Alfredo, en rarísimas ocasiones coincidíamos, pero en las comidas familiares, era inevitable tener que soportarla. Doña Lucrecia solamente la dirigía la palabra por cortesía cuando la situación lo requería y Justino se sentía incomodísimo viendo como si la boda se llevaba a cabo, la relación entre las mujeres de la casa estallaría como una bomba.

Ante esa situación había que actuar rápidamente, así que nos reunimos las cuatro con Amanda y fijamos la fecha de la fiesta de fin de carrera, en cuanto Gustavo confirmó su llegada a la ciudad. Ahora quedaba planear el escenario y la estrategia para juntar a los amantes.

CAPÍTULO XLV

Gustavo llegaría en poco más de dos semanas. Teníamos el tiempo justo para prepararlo todo. Decidimos que la fiesta se celebraría en la hacienda. Allí estarían vigilados constantemente los dos tortolitos. Margarita se había creado muchos enemigos entre el personal de servicio, y había muchas personas dentro de la hacienda que se ofrecieron a ayudarnos, para que consiguiéramos desenmascarar y echar a la nueva dueña de la casa.

Margarita no sospechaba que Gustavo iba a regresar de Europa y mucho menos que estaría para la fiesta. No movió ni un dedo para ayudarnos a organizar el evento; posiblemente porque no le invitamos a ayudarnos, de hecho se enteró de la celebración cuando nos vio con los preparativos. Justino nos dijo que él no iba a interferir para nada en lo que nosotras decidiéramos. Eso posiblemente la rebotó mucho más, el ver que su prometido no contaba con ella para las cosas diarias de la casa, pero sí con nosotras.

Las dos semanas se nos pasaron volando. Nos dimos cuenta cuando Amanda

se presentó una tarde y nos dijo que al día siguiente iría a recoger a su hermano al aeropuerto. Que iría ella personalmente para confirmar que no se cruzaba con nadie que pudiera correr la voz de que estaba en la ciudad. Habíamos trabajado mucho, como para dejar que un tonto error nos estropeara todo. Amanda era la hermana de Gustavo y a pesar de ello, nos ayudó sin recriminarnos nada. Ella había oído hablar de Margarita en su casa. Un día escuchó discutir a su padre y a su hermano. Fue el día que le mandaba abandonar a Margarita, amenazándole con enviarle fuera del país si no dejaba de verla. Escuchó llorar a Gustavo de rabia, mientras le contestaba a su padre que era la mujer a la que amaba. Nunca había visto llorar a su hermano, siempre había dado la imagen de hombre seguro y conquistador. Desde ese día, la imagen que tenía de él cambió; le inspiró una gran ternura haberle escuchado llorar por amor; así que cuando sus amigas, casi hermanas, Susana y yo le contamos toda la historia y le explicamos nuestro plan, vio ahí la oportunidad de ayudar a su hermano e intentar darle otra oportunidad, para conseguir al amor que su padre le había obligado a abandonar.

La fiesta sería dos días más tarde. Así que Amanda nos dijo que hasta el día de la fiesta no se despegaría de su hermano. Quedamos en vernos el día anterior a la fiesta para indicarle la hora en que tendría que acudir con su hermano.

Todo estaba preparado al detalle. No podía salir nada mal. Cuando llegase Amanda con su hermano, Carlos Alfredo iría a recibirles y, con disimulo informaría a Amanda en qué parte de la casa se encontraría Margarita, que habría estado vigilada en todo momento por nuestros espías de confianza; ella conduciría a su hermano hacia ese lugar, cerciorándose de que los tortolitos se viesan y tomando buena nota de la reacción de cada uno al ver al otro. Para ello contaría con la ayuda de Carlos Alfredo que les seguiría cubriéndoles las espaldas y fijándose también en la reacción de los viejos amantes.

Si ocurría como teníamos pensado, los dos amantes, a la mínima ocasión, buscarían la oportunidad para estar a solas. Cuando eso ocurriese, tendrían más de una docena de ojos observándoles para no perder detalle del lugar del encuentro.

Ahí entraría en escena Lupita. Teniendo en cuenta que ella casi nunca sale de su cocina y mucho menos molesta a Justino con nimiedades caseras, sería ella la encargada de acercarse disimuladamente a Justino para requerir su presencia en la cocina. Justino, ante la extrañeza de que fuera la misma Lupita en persona quien había salido de los fogones, para requerir su presencia, no haría preguntas y seguiría a Lupita, preocupado, pensando que algo grave debía de haber pasado.

Si por el camino, Justino le hacía preguntas, ella debía de responder que

necesitaba hablar con él en privado, mientras le dirigiera al lugar en donde estuviesen la adúltera de Margarita con el pobre Gustavo.

Nosotras tres, junto con nuestras madres, estaríamos en un lugar estratégico a la espera de que Justino hiciera el descubrimiento que cambiara su vida radicalmente.

Ese era nuestro plan. Pensábamos que era perfecto y que no podía salir nada mal. Ese día por fin íbamos a quitar la máscara de mujer desvalida a la arpía de Margarita y si todo salía bien, la veríamos ese día salir por la puerta de la hacienda para no volver a verla nunca más.

CAPÍTULO XLVI

Amaneció el gran día. No sé por qué, pero a todas nos pasó lo mismo. Apenas habíamos podido dormir. Cuando bajamos a desayunar, Lupita nos comentó que no había pegado ojo y cuando Carlos Alfredo nos llevó a la ciudad a recoger nuestros vestidos y varias cosas más que habíamos encargado para la fiesta, nos dijo que no había conseguido dormir dos horas seguidas durante la noche. Estábamos todos muy nerviosos. Todos nos jugábamos muchas cosas y había una de ellas que era común a todos: recuperar la tranquilidad. Margarita había llegado a nuestras vidas como un ciclón, arrasando con todo a su paso y había acabado con el buen ambiente que reinaba entre nosotros y entre el servicio también. Entre nosotros, había acabado con la buena relación que teníamos con Justino, aunque no habíamos llegado a discutir con él, porque era imposible discutir con una persona que tenía un corazón que no le cabía en el pecho, con una bondad que era inmensa y una mirada que emanaba tanta paz que al mirar sus ojos, sólo se podían sentir cosas buenas, pero desde que Margarita aterrizó en la casa, Justino caminaba como un alma en pena, huyendo de nosotras para evitar tener que dar explicaciones sobre la conducta de su prometida.

Entre el servicio también había creado mal ambiente. Les había prohibido hablar entre ellos durante la jornada de trabajo y si lo hacían tenían orden de hablar en un tono apenas audible. Margarita quería mantener la casa en silencio, como si fuera un cementerio y lo había conseguido porque hasta nosotras, evitábamos andar por la casa y apenas salíamos de nuestras habitaciones, cuando sabíamos que ella estaba en la hacienda. Habíamos acabado escondiéndonos en nuestra propia casa.

Aprovechamos esa mañana para acercarnos a casa de Amanda. Cuando

llegamos, estaba con su hermano jugando al ajedrez y pudimos saludarlo. Hacía mucho que no le veíamos. Su aspecto era demacrado, su mirada estaba apagada, sin luz, sin vida, aunque su tono de voz era jovial, esa mirada denotaba que arrastraba una pena, que posiblemente era de amor, de amor hacia Margarita. Quizás nuestro plan ayudara a juntar de nuevo a los dos amantes. Gustavo era nuestro conejillo de indias y no se merecía sufrir, aunque más sufrimiento del que le había causado su familia, no le iba a causar encontrarse de nuevo con Margarita, sino todo lo contrario, le alegraría verla de nuevo y a Margarita también le alegraría, entre otras cosas, ver a Gustavo. No la odiábamos. En el fondo entendíamos sus razones y si con nuestro plan podíamos ayudarla a ser feliz, nos alegraríamos doblemente.

Convinimos con Amanda la hora a la que debería llegar. Ni justo al empezar la fiesta, ni cuando estuvieran todos los invitados ya cansados. Habíamos pedido a la gente que llegara a partir de las cinco de la tarde y luego se alargaría hasta la noche o madrugada. Sobre la siete de la tarde se serviría un coctel. A esa hora estaba previsto que habrían llegado todos. Así que Amanda y Gustavo deberían llegar entre las seis y media y las siete. Estaba todo planeado al minuto.

Margarita no nos había ayudado, ni había colaborado a preparar ni el más mínimo detalle de la fiesta, pero sabíamos que se había mandado hacer un vestido espectacular. Nos lo había chivado su modista, que también era la de la madre de Susana. Y no sólo nos lo había chivado, sino que también nos lo enseñó, una vez terminado, antes de que Margarita fuera a recogerlo. Era un vestido que se ceñiría a su estilizada figura como si se tratara de un guante de seda, con un escote vertiginoso que dejaba al descubierto gran parte de su espalda, casi al completo. Ella por sí misma no pasaba desapercibida, pero con ese vestido indudablemente, iba a ser el objetivo de todas las miradas, masculinas y femeninas.

—En la última prueba del vestido, se lo probó con los zapatos y el tocado. Era una preciosidad. Con ese tipazo que tiene, esas piernas largas y modeladas, subidas a unos tacones de vértigo. Tu hermano es un hombre afortunado de tener por novia a una mujer como ella porque además de ser un bellezón, es una mujer educada y culta. Lo tiene todo

Lógicamente tuve que disimular y ensalzar aún más de lo que lo había hecho la modista, los valores y cualidades de Margarita, aunque por dentro, la hipocresía de la que había tenido que echar mano me estuviera dando patatas en el estómago.

Nosotras tampoco le íbamos a la zaga. Para una ocasión tan especial

tampoco habíamos escatimado detalle y nos habíamos esforzado por estar deslumbrantes. Susana había elegido un modelo color fucsia, escote palabra de honor, con un cinturón de tela en color azul eléctrico y unas sandalias bicolor en los dos colores. Yo había escogido un modelo de color negro, con escote barco, ajustado con una abertura lateral que llegaba casi hasta la cadera y unas sandalias en color plata con unos tacones de vértigo. Toda la vida he sido una melancólica y cuando me miré al espejo, el reflejo que vieron mis ojos fue el de la niña que cumplía dieciocho años y estrenaba un vestido precioso, lleno de florecillas de colores que me había regalado la madre de mi amiga Sofía para ir a la verbena del Carmen y una lágrima brotó de mis ojos recordando la sensación de felicidad que me invadía en ese momento en el que mi mundo se reducía a mis hermanos y mi padre y no necesitaba más para ser feliz. Ahora la imagen que se me devolvía el espejo era el de una mujer adulta y elegante, que se había convertido en doctora a la que le habían puesto el mundo a sus pies, pero le habían dicho que se lo tenía que ganar. Y eso estaba haciendo, trabajar duro y luchar para conseguir lo que quería y nadie la iba a parar.

CAPÍTULO XLVII

Los invitados comenzaron a llegar. Todos nuestros amigos de la facultad con sus respectivas parejas o con sus familias. También hacendados amigos de Justino que le habían ayudado en sus comienzos y con los que guardaba una estrecha relación.

Todo estaba preparado en el jardín de la entrada para no perder detalle de la gente que iba llegando. Amanda tardaría un rato en llegar y podíamos dedicarnos a atender a los invitados, tranquilamente. A nuestras madres las habíamos preparado un rinconcito en una esquina, debajo de una palmera, desde el que se divisaba casi todo el área del jardín donde estaba montada la fiesta y se serviría el coctel. Desde allí podían disimuladamente, sin llamar la atención, observar los movimientos de Margarita, a la vez que descansaban o charlaban con invitados. Ése sería su puesto de vigilancia. Ahí debían permanecer hasta que se llevara a cabo la misión. Había sido preparado especialmente para ellas.

A la entrada de la hacienda estaba Carlos Alfredo para recibir a los invitados. A partir de las seis y media, uno de los criados, cada vez que Margarita se moviera del sitio en el que se encontrara, informaría a Carlos Alfredo para que en cuanto llegara Amanda con su hermano, les guiara estratégicamente hacia ese lugar.

Margarita, ajena a nuestro plan, no se separaba del brazo de Justino e iba de

hacendado en hacendado, agarrada a su prometido, como si de un apéndice suyo se tratase. Qué disfrutara del momento, veríamos a ver si cuando viera a Gustavo también se aferraba al brazo de su prometido de la misma manera.

Justino estaba impresionante. Mi corazón se aceleró al verlo. Se había puesto una camisa blanca de lino, que resaltaba su piel tostada, con su pelo negro y engominado que disparaba reflejos de luz cuando los últimos rayos de sol se posaban en él. Destacaba entre todos los hacendados, la mayoría barrigones y bigotudos. Él tenía luz propia y un carácter que enamoraba a cualquier persona que se cruzara en su vida, por eso en tan poco tiempo se había hecho tan estimado entre todos los terratenientes del lugar. En cuanto nuestras miradas se cruzaron, su sonrisa iluminó aún más el brillo de sus ojos y agarrando la mano de Margarita para deshacerse de ella, que le tenía trincado por el antebrazo como si se tratase del tentáculo de un pulpo, se acercó hacia mí y estrechándome fuertemente entre sus brazos me dio la enhorabuena por mi licenciatura.

—Querida hermanita. Estás radiante. Se van a pegar todos por ser tus pacientes.

Ven conmigo, que te quiero presentar a unas personas que están fascinados con la idea de tener un hospital y muy interesados en ser socios del proyecto — y cogiéndome del brazo como hacía un momento, lo tenía agarrado Margarita a él, me llevo hacia un grupo de hombres, todos de edad avanzada, con traje oscuro y barriga incipiente. Margarita había desaparecido de mi vista. ¿Cómo había podido ocurrir? Busqué con la mirada a Susana que se había quedado mirando cómo me alejaba con Justino. Afortunadamente vio la desesperación reflejada en mi cara y me hizo un gesto tranquilizador.

El grupo de personas al cual me dirigió Justino, al verme se colocaron alrededor de mí y ya sí que no había manera de poder escapar tan fácilmente. Me empezaron a acribillar a preguntas sobre medicina y sobre el proyecto del hospital. Justino les animaba a que preguntaran y yo había empezado a notar que las manos me sudaban y me temblaban. Los nervios estaban empezando a apoderarse de mí por el imprevisto. Había perdido de vista a Margarita y Amanda estaba a punto de llegar con Gustavo. Debía deshacerme de ese grupo de babeantes gordos porque ya estaba empezando a faltarme el aire. Ahora no era el momento de hablar del hospital, ni proyectos futuros.

De repente apareció Margarita por una esquina del jardín con una copa de cava en la mano. Nuestras miradas se cruzaron por un segundo, tiempo suficiente para ver reflejado todo el odio que me tenía.

—Justino, creo que Margarita te está buscando. La hemos abandonado. No

ha estado bien, hemos sido unos maleducados —Y haciendo uso del más encantador de los encantos, me encaminé hacia dónde estaba Margarita, enrosqué mi brazo con el suyo y me encaminé hacia el grupo de posibles socios para que disfrutaran de la belleza y conversación de Margarita y Justino.

Por fin pude volver a respirar con normalidad. Me había llevado un gran susto. En ese momento no importaba nada más que desenmascarar a Margarita y el proyecto del hospital, aunque era mi sueño desde que empecé a estudiar medicina, tendría que esperar a otro día.

Me acerqué a Susana que estaba en la esquina enfrente de nuestras madres con una copa de cava en la mano.

—Necesito un trago. Menudo susto me he llevado al perder de vista a Margarita —y cogiéndole la copa de entre sus manos, me la acerqué a los labios y me la tomé de un trago. Las burbujas me hicieron cosquillas en la garganta, pero fue una sensación muy agradable que me tranquilizó y serenó, por lo menos momentáneamente.

—No podía tranquilizarte cuando vi que te alarmaste al no ver a Margarita. La vi que se marchó a por una copa para que Justino no viera el gesto que se le dibujó en la cara cuando se acercó a ti a felicitarte —me confesó Susana, mientras me acercaba su copa de cava para que bebiera de ella.

Afortunadamente apareció Luz Divina con una bandeja llena de copas de cava y pudimos reponer las nuestras. La garganta se nos secaba producto de los nervios.

—Esa mujer es el mismo demonio. Creo que satanás la expulsó del infierno porque le hacía competencia y le desbancaba del primer puesto de los malvados —le dije a Susana y nos echamos las dos a reír al unísono. Nos venía muy bien relajarnos unos momentos, pues estábamos en estado de alerta desde que hacía un montón de días.

Fue en ese momento en el que vimos aparecer el coche de Amanda por la entrada principal de la hacienda. Instintivamente las dos volvimos nuestras miradas hacia Margarita, que seguía al lado de Justino, charlando afablemente con el grupo de hacendados, posibles socios del hospital.

Amanda se apeó del coche. Había querido hacer una entrada espectacular para llamar la atención de Margarita, ya desde el momento de su llegada. Lo consiguió y no solamente la atención de Margarita, también la de todos los invitados al llegar en un roll Royce rojo brillante descapotable. Al volante del vehículo iba Gustavo. Muy apuesto y elegante. Le habían salido algunas canas y eso le daba un aire más cautivador.

Al entrar el roll Royce dentro del recinto, se hizo un silencio espectral, que sólo se rompió con el sonido de la copa que tenía Margarita entre las manos, provocó al caer y estrellarse contra los adoquines del suelo rompiéndose en mil pedazos.

No podía haber sido mejor el reencuentro de los dos amantes. Susana y yo nos miramos y nos sonreímos. Lo más difícil ya estaba hecho. Ahora era cuestión de minutos que Margarita buscara el momento de hablar con Gustavo, porque después del impacto que le había causado verlo, estábamos seguras que no aguantaría sin hablarlo, y cuando eso ocurriera, un montón de ojos y oídos iban a estar pendientes de lo que se dijeran.

Para Gustavo tampoco pasó inadvertida la presencia de Margarita. Ella, sin quererlo, se había hecho notar con el estrépito que provocó su copa al caer. Al igual que todas las miradas fueron a parar a la pareja que llegaba en el despampanante coche, al romperse el silencio con el ruido de los cristales rotos de la copa al caer contra el suelo, todos volvieron la mirada hacia dónde provenía el ruido. También la pareja que acaba de llegar, ajenos a que habían sido el foco de atención, durante unos segundos. Ahí fue el instante en que Gustavo vio a Margarita.

Gustavo apenas se inmutó, de hecho su pequeño gesto de enarcar las cejas hubiera pasado desapercibido sino hubiera sido porque era objetivo de un montón de miradas.

Ya teníamos el cebo echado y habían picado los dos peces. Ya se habían visto y para ninguno de los dos el otro le había resultado indiferente.

Susana y yo nos miramos y brindamos con las copas que teníamos en la mano, mirándonos y sonriendo por el pequeño logro. Después, miramos a nuestras madres, que las teníamos enfrente de nosotras, en la otra esquina, haciendo el gesto de levantar la copa e invitándonos a brindar en la distancia con nosotras. Apuramos el burbujeante líquido dorado, disfrutando de nuestra pequeña victoria y de las cosquillas que nos provocaba el cava al atravesar nuestra garganta.

CAPÍTULO XLVIII

Amanda y Gustavo eran los últimos invitados en llegar. La fiesta podía empezar oficialmente.

La música cambió de ritmo. Hasta ese momento había estado sonando una música suave y melodiosa, mientras llegaban los invitados. Ahora era el

momento de que se empezaran a divertir, ellos y nosotras.

Al fondo del jardín había montado un escenario, reservado para la orquesta que ya se preparaba para amenizar la fiesta.

Nosotras no perdíamos de vista a los tortolitos, por eso no nos dimos cuenta cuando Justino se subió al escenario y empezó a hablar.

—Queridos amigos y familiares. Esta fiesta no puede comenzar sin dar un fuerte aplauso y ovación a las personas que son el motivo por el que se celebra. Y son, nada más y nada menos, que tres hermosas muchachas, a las que todos conocemos y a las que yo adoro, sobre todo a una de ellas, y que aparte de su belleza, que salta a la vista, poseen una gran inteligencia y tesón, que las ha llevado a convertirse en tres doctoras que cuidarán de todos nosotros construyendo un gran hospital con la ayuda de almas caritativas como las que hoy nos acompañan en esta celebración —Dicho esto, comenzó a aplaudir, siguiéndole todos al unísono y, haciéndonos un gesto con la cara, nos invitó a subir a las tres al escenario.

Los aplausos aumentaron cuando subimos a él y se mantuvieron durante varios minutos.

Aprovechando el desconcierto y el revuelo que se había formado, Margarita se colocó detrás de Gustavo. Se acercó a su oído, diciéndole algo e instantes después, vimos como los dos se encaminaban hacia una esquina de la casa y desaparecían de nuestra vista.

Susana, Amanda y yo nos miramos desesperadas. No se nos podía trastocar ahora todo el plan, ahora que todo estaba yendo rodado. Nuestras madres también se habían percatado de que se estaban escabullendo los dos tortolitos. Afortunadamente vimos que Carlos Alfredo los seguía a una distancia prudencial seguido de Luz Divina.

Sin pensar me acerqué a Justino y le dije: —Querido hermanito, te importaría terminar con todo esto. Nos estamos muriendo de la vergüenza las tres —Justino me miró divertido y negando con la cabeza me dijo al oído:

—¿Con lo que me estoy divirtiendo al veros a las tres tan alteradas, como tres niñas pequeñas? Ni lo sueñes, hermanita

Qué poco sabía Justino. Pensaba que nos habíamos puesto nerviosas por estar subidas en el escenario y ser el blanco de todas las miradas, cuando la verdadera causa era ver que se nos escapaban los amantes, mientras nosotras estábamos presas sin poder movernos y seguirles.

—Lo siento, pero tenemos que irnos — y agarrando a Amanda y a Susana de la mano bajamos del escenario. La gente se puso de nuevo a aplaudir. Pensaban

lo mismo que Justino, que nos intimidaba ser el foco de atención de todos los invitados de la fiesta y les pareció un gesto gracioso e infantil el que nos fuéramos a toda prisa del templete. Afortunadamente la orquesta comenzó a tocar un vals y los invitados empezaron a coger a sus parejas y se pusieron a bailar llenando todo el espacio del jardín con sus alegres movimientos.

Nos juntamos con nuestras madres en la esquina por donde habían desaparecido Margarita y Gustavo. Allí nos esperaba Luz Divina. Los dos tortolitos estaban vigilados por Carlos Alfredo. Se habían refugiado en el porche en donde discutieron la primera noche que llegamos nosotras del viaje, Justino y Margarita. Así que nos encaminamos a la despensa desde la cual podíamos escucharlos y verlos sin que se dieran cuenta, como aquella noche, sólo que esa noche fue por casualidad y ahora sería con premeditación. Desde ahí podríamos escuchar todo lo que hablasen, sin ser vistas.

—¿Por qué desapareciste de mi vida sin darme una explicación? ¿Tan poco significué para ti? Creí que nos queríamos, por lo menos yo si te quería — la voz que se escuchaba era la de Margarita, pero no tenía el tono prepotente y autoritario al que estábamos acostumbrados. Era un tono suplicante y sumiso.

—No me dio tiempo de despedirme. Fue muy precipitado todo y sabes que yo si te quería

—¿Querías? Hablas en pasado. ¿Ya no sientes nada por mí?

—No tienes derecho a hacerme esa pregunta cuando eres tú la que está prometida y va a casarse en unos meses

—No tengo otro remedio. Tu padre me engañó para que invirtiera todo mi dinero y me quedé en la ruina. Tengo que casarme para poder sobrevivir, pero no le quiero.

Nunca te olvidé, Gustavo. Te quería y te quise con todo el alma.

Dime que no sientes nada por mí, que sólo fui un entretenimiento y no volveré jamás a molestarte. Dímelo, por favor, necesito escucharlo de tus labios — Cuando terminó de pronunciar esas palabras ya estaba llorando desconsoladamente.

Se volvió a escuchar la voz de Gustavo. Esta vez ya no tenía el tono grave y serio del principio. Ahora era todo dulzura y melosidad:

—Margarita. No puedo decirte lo que me pides. No puedo mentirte, pero no quiero decirte la verdad, tampoco. Ahora eres una mujer prometida

Se hizo el silencio. Estábamos intrigadas por lo que estaría pasando. Ayudada por Amanda y Susana, conseguí asomarme al pequeño agujero, a modo de ventilación que había en lo alto de la pared.

Desde ahí apenas podía ver las cabezas de los amantes. La de Margarita estaba encima del hombro de Gustavo y él tenía su rostro hundido en el cuello de ella. Me pareció escuchar cómo él le susurraba algo parecido a “no te imaginas cuánto te he echado de menos”.

Como movidos por un resorte, sus cuerpos se separaron, sin soltarse del abrazo se miraron a los ojos. Él levantó una mano y suavemente la deslizó por el rostro de ella, limpiándole una lágrima que resbalaba por su mejilla. Sin que sus ojos dejaran de mirarse, Gustavo acercó su boca a la de Margarita y los dos se fundieron en un suave y apasionado beso. Suave al principio que se fue convirtiendo en apasionado cuando sus bocas ávidas comenzaron a comerse y a lamerse con voracidad contenida.

Desde mi pequeño observatorio no tenía visibilidad, apenas veía sus caras. Por eso no sabía que además de mí, había otra persona observándolos. Esa persona era Justino.

CAPÍTULO XLIX

Justino se quedó estupefacto al vernos bajar de estampida del escenario. Se nos quedó mirando boquiabierto y sin pestañear, por ese motivo nos vio reunirnos con nuestras madres en la esquina de la casa y también vio como salió Luz Divina del interior mientras nos indicaba con una mano que la siguiéramos y con la otra mano nos mandaba que no hiciéramos ruido.

Así que ni corto ni perezoso se encaminó directo hacia donde habíamos desaparecido, intrigado. Aunque se había quedado perplejo al vernos marchar, sospechó que tramábamos algo, al ver que nos reuníamos todas y entrábamos en la casa con Luz Divina. Estaba dispuesto a descubrirlo. Miró a su alrededor para buscar a Margarita, pues se había dado cuenta que hacía un buen rato que no la veía y seguiría sin verla porque entre los invitados que había en el jardín no se encontraba.

Luz Divina se había quedado a la entrada de la puerta que daba a la despensa, desde donde podía divisar si alguien entraba o si se abría la puerta del porche, donde estaban los dos amantes.

De repente vio como Justino se encaminaba hacia donde ella estaba. No sabía qué hacer. No tenía tiempo de avisarnos porque estábamos encerradas en la despensa y si gritaba, Margarita y Gustavo la escucharían. Para justificar su presencia en ese lugar, agarró la bandeja con las copas y salió al encuentro de Justino, ofreciéndole una. Éste la rechazó, aludiendo que tenía una copa en la

mano y le preguntó por nosotras.

—No sé dónde están las señoritas. Hace rato que no las veo. No paro de entrar y salir, reponiendo las copas y no me he dado cuenta de dónde están

—Gracias Luz Divina, pero mientes muy mal. Os acabo de ver a todas aquí a la entrada. ¿Qué estáis tramando?

—Lo siento, señor, pero no estoy autorizada a decírselo. La señorita Gaby me retorcería el cuello

—Ya sospechaba yo que esa huida del escenario era por algo más que por nervios

Y sin pararse a discutir más con Luz Divina, pues sabía que no la iba a sonsacar más información de la que le había dicho, decidió averiguarlo por él mismo y entró a toda prisa para pillarlas in fraganti, en lo que fuera que estaban maquinando.

Se encontró en el hall de entrada mirando todo a su alrededor y no veía nada. Veía al fondo el pasillo que daba a las cocinas y a la despensa y enfrente suyo la puerta del porche. Decidió salir al porche. Pensó que era un sitio estupendo si estaban reunidas, mejor que las cocinas o la despensa. No se les ocurriría esconderse en un cuartucho, aunque de la cabeza de cinco mujeres podía esperarse cualquier cosa, pero no se las imaginaba hacinadas entre latas de conserva planeando lo que fuera que estuvieran planeando. Así que con decisión abrió la puerta del porche esperando sorprenderlas, pero el sorprendido fue él, pues lo que apareció delante de sus ojos fueron Gustavo y Margarita abrazados, comiéndose las bocas y sobándose como dos animales en celo.

Tan exaltados y entusiasmados estaban los dos amantes, que ni cuenta se dieron del espectador.

Justino se quedó inmóvil. Más que enfado, esa visión le parecía surrealista. Margarita agarraba de manera salvaje la cara de Gustavo mientras sus bocas se comían y lamían. Jamás había sido tan apasionada con él, ni al principio de la relación, tampoco él lo había sido con ella, pero él no lo era porque su corazón pertenecía a otra persona y por lo que acaba de ver, el de Margarita también.

Así que en lugar de enfado, sintió alivio. Ya no tendría remordimientos, pues era el motivo que necesitaba para romper el compromiso que tenía con ella de matrimonio y también para echarla de la hacienda y así poder restablecer la tranquilidad en toda la casa.

Se quedó ahí quieto, mirándolos, sin dar crédito a lo que veía. Observó pacientemente la fogosidad de la que daban muestras, tanto ella como él. Era digno de elogiar y no pudo evitar aplaudir ante tan dulce espectáculo.

Al escuchar los aplausos, los dos amantes se separaron como si les hubiera dado una descarga eléctrica, pero Justino seguía aplaudiendo y riendo a la vez.

—Justino, te lo puedo explicar — se excusó Margarita.

Al escuchar el nombre de Justino, todas nosotras dimos un respingo y como yo seguía encaramada al pequeño ventano de la despensa, empezaron a instarme a contarles lo que veía y a darme tirones del vestido para apremiarme a hablar.

Yo las hacía señas con la mano para que se callaran porque nos iban a descubrir y sería una situación muy bochornosa si eso llegaba a ocurrir.

—No tienes que excusarte, Margarita. La imagen que he visto sustituye a todas las mentiras que me quieras contar. Sólo puedo darte las gracias por haber sido tan descuidada y haberme dejado descubrir antes de la boda, el error tan grave que hubiéramos cometido usándonos para olvidar a otras personas.

—Justino, yo...

—Si, tú me usabas para olvidar a tu amante, con el que te has encontrado en la fiesta por casualidad y yo te usaba para olvidar a la que ha ocupado mi corazón desde el momento en que nuestras miradas se encontraron por primera vez, pero la tengo que olvidar porque no puede existir nada entre nosotros

Al escuchar esas palabras, se me encogió la boca del estómago y una descarga de mil voltios me recorrió todo el cuerpo, desde la punta del pie hasta la garganta, en donde tuve que ahogar un pequeño quejido. Me agarré con fuerza a los barrotes de la ventana para no caerme y respiré hondo para calmar a mi alocado corazón que se había desbocado, pensando que esa persona a la que se refería Justino podía ser yo.

—Espero que no vuelvas a aparecer delante de mi vista y que antes de que acabe la fiesta, te hayas marchado, tú y tu amante. Tus cosas te las enviaré a tu casa mañana, a primera hora. Y tú, Gustavo, no te preocupes por tu hermana. Se quedará a dormir aquí esta noche y mañana Carlos Alfredo la llevará de vuelta a su casa.

Justino se dio la vuelta y se marchó por donde había entrado. Se le había dibujado una sonrisa en el rostro pensando que esas cinco debían de haber estado viendo y escuchando todo lo que acababa de ocurrir.

—Ellas debían de sospechar de esos dos y por eso los estarían espionando. Lo que no esperaban seguramente, era que yo apareciera en la escena y los descubriera — Iba pensando para él mismo, sin darse cuenta de que había empezado a hablar solo.

Volvió a la fiesta y siguió charlando con los invitados como si no acabara de ver a su prometida besándose con otro unos minutos antes.

CAPÍTULO L

No nos atrevíamos a salir de nuestro escondite. Temíamos la reacción de Justino, pero por otro lado, estábamos deseando estar con él, sobre todo yo, para consolarle. Cuando volvimos a la fiesta, le busqué con la mirada, hasta que le vi charlando animadamente con el grupo de hacendados. De Margarita y Gustavo no había rastro por ningún sitio. Salimos disparadas de la despensa para no cruzarnos con ellos. Ya habíamos conseguido nuestro objetivo y no queríamos regocijarnos de su desgracia, aunque bien mirado, ahora si lo decidían así, podían estar juntos sin esconderse de nadie. Tenían vía libre para su amor.

Justino, apenas nos vio salir del interior de la casa, se dirigió hacia nosotras. Había llegado el momento de enfrentarse a la verdad. De saber cómo se había tomado que nosotras le hubiéramos ocultado que su prometida le engañaba con el hermano de Amanda.

—¿Cuándo pensabais decírmelo, el día de la boda?

La que le contestó fue doña Lucrecia. Era a la que más respetaba y con ella no discutía nunca.

—Hijo, sabes que nosotras nunca hubiéramos dejado que llegase ese momento. Hacía meses que sabíamos que Margarita te estaba engañando, pero queríamos que los vieras tú mismo. No sabíamos hasta qué punto Margarita te había sorbido el seso y, teníamos miedo de, si lo escuchabas de nosotras, no te lo creyeras y que ella te pusiera en nuestra contra.

Hoy pensábamos que esos dos no aguantarían y se subirían a alguna habitación para saciar sus ardores, pero tú te adelantaste y les pillaste en el porche

—Me fui en vuestra busca. Os vi entrar a todas juntas y sabía que estabais tramando algo.

Me alegro que todo se haya aclarado. No quería casarme con Margarita y no sabía cómo decírselo sin hacerle daño. Vamos a brindar y a celebrarlo — Y colocándose en medio de su madre y de mí, nos agarró por la cintura y nos empujó suavemente hacia donde estaba Luz Divina con la bandeja de las bebidas.

—Luz Divina, si decides irte de la hacienda, prueba a trabajar de detective, eres única espiando a la gente — Le dijo Justino, a la vez que le cogía una copa de la bandeja.

—¿Por qué dice eso señor, me va a despedir?dijo Luz Divina con la voz

temblorosa, a punto de echarse a llorar.

—No, ¡Por Dios! ¿Cómo se te ocurre pensar eso? Lo digo por todo lo contrario. Te agradezco que ayudaras a desenmascarar a Margarita y te doy las gracias por ello. Es más te has ganado una compensación económica

—Muchas gracias, señor. Yo no dudé en ayudar a la señora Lucrecia, cuando me lo pidió. Sólo quería la felicidad de todos ustedes y la señora Margarita nos reñía constantemente y no nos dejaba hablar. Además a usted, desde que ella se mudó a la casa se le veía más triste y callado — Dijo Luz Divina, ya sin poder aguantar las lágrimas.

—Anda, ve adentro a lavarte la cara. No vayas a asustar a los invitados —y posando la bandeja, entró en la casa, agachando la cabeza para que los invitados no vieran que estaba llorando, dirección a la cocina.

La paz y la armonía regresaron a la hacienda en cuanto Margarita salió de ella.

Se volvieron a escuchar los canturreos de Lupita y de todas las demás. Hasta Carlos Alfredo canturreaba cuando lavaba el coche de Justino. Los animales parecían más felices. Todo había recuperado su armonía.

Nosotras volvimos a caminar libremente por la casa y Susana y su madre se quedaron una temporada con nosotras.

Nos habíamos compenetrado tan bien las cuatro, que la madre de Susana había pensado en vender su ático de la capital y mudarse a vivir al Lago Maracaibo, así con el dinero de la venta, nos dijo que nos podría aportar su pequeño granito de arena a nuestro proyecto del hospital.

En cuanto Justino se enteró de sus intenciones, no se lo pensó y les mandó preparar dos habitaciones en la hacienda para que se mudaran a vivir con nosotras. La hacienda era enorme y casi la mitad de las habitaciones estaban vacías y no se le ocurría mejor manera de ocuparlas.

CAPÍTULO LI

Al cabo de un mes, más o menos, de haber tenido lugar nuestra fiesta, se presentó Gustavo en la hacienda. Llegó sólo, preguntando por Justino. Nosotras estábamos en el porche, con nuestras madres, sentadas alrededor de una dulce merienda, como casi todas las tardes, charlando y riendo como si fuéramos cuatro adolescentes.

Las cuatro nos levantamos a la vez, pero la que se adelantó unos pasos y habló fue doña Lucrecia:

—Gustavo, no pensábamos verte más por aquí. ¿A qué has venido? ¿Justino

está enterado de tu visita?

—Doña Lucrecia, siento mucho lo que pasó el día de la fiesta. Jamás quise ponerles en evidencia delante de los invitados y nunca me cansaré de pedirles disculpas, pero el motivo de mi visita es por negocios.

Me envía mi padre. Él no está enterado del incidente de la fiesta y cuando me ha pedido que sea yo el que gestione este proyecto, no he podido negarme y si llegamos a un acuerdo, en parte me estaré resarciendo en mi penitencia.

Mi hermana nos ha hablado y pedido ayuda sobre el proyecto del hospital y queremos ofrecer nuestro apoyo, tanto en experiencia, como en liquidez, por eso he venido a hablar con Justino

—Sabes que adoramos a tu hermana y todos nosotros la consideramos parte de la familia, así que si ella os ha pedido ayuda y estáis dispuestos a prestarla, seguro que Justino estará de acuerdo y no pondrá reparos.

Si quieres acompañarnos mientras regresa mi hijo de la plantación, estaremos encantadas de que nos ilustres sobre vuestras ideas. Además aquí tenemos las dos propulsoras principales de la idea original y seguro que estarán encantadas de que les cuentes lo que tenéis pensado

Gustavo nos contó que ellos asumirán todo el riesgo de la inversión y conseguirían socios capitalistas para invertir en el proyecto. Que habían calculado que en poco más de dos años podría arrancar un ala del hospital y además, estaban trabajando en otro proyecto para ir poco a poco ampliándolo.

Nosotras no dábamos crédito cuando lo escuchamos, por fin nuestro sueño empezaba a hacerse realidad y dejaba de ser una simple quimera.

Como pensamos, Justino no se opuso a hacer tratos con el banco de Gustavo, sino todo lo contrario, estaba encantado porque no le gustaba enemistarse con la gente y gracias a ellos, cuando llegó a Venezuela pudo poner en marcha la hacienda junto con la plantación.

El banco donó los terrenos en donde se comenzaría a construir el primer edificio y las obras comenzaron enseguida.

Nosotras decidimos irnos a Nueva York para completar nuestra formación, mientras se realizaban las obras. Allí volví a ver a mis amigos con los que conviví durante la travesía del barco que me llevó a Venezuela. Nunca había dejado de tener contacto con ellos durante los años que habían pasado. Estaba al corriente de sus vidas, María Carmen y Adelina se habían casado y vivían muy cerca la una de la otra. Eran madres de dos niños cada una y llevaban una vida aburrida para mí, pero que a ellas las llenaba completamente; iban a fiestas luciendo los últimos diseños de las grandes firmas de moda, para exhibirse

delante de las damas de la alta sociedad, es decir, vivir entre lujo y glamour, que era lo que ellas anhelaban desde pequeñas y lo habían conseguido.

Con los que había tenido más contacto, aunque sólo a través de carta fue con los dos hermanos gemelos, Anselmo y Amadeo. Cuando se enteraron que me había matriculado para estudiar medicina, me mandaron un montón de documentación y libros. Yo les fui teniendo al corriente de todos mis avances hasta el día en que me licencié. Ellos eran ya unos reputados cirujanos en los Estados Unidos y no dudaron en conseguirnos un sitio en su hospital para que nos formáramos con los mejores.

Ninguno de los dos se había casado. Su carrera les absorbía todo el tiempo; así que cuando llegamos Susana y yo a Estados Unidos nos alojamos en su ático que era tan grande como la hacienda, sólo que en lugar de terreno alrededor, lo que se divisaba eran unas vistas increíbles de la ciudad. Por la noche, la vista nocturna era impresionante, aunque yo nunca llegué a acostumbrarme. Cada vez que me ponía delante de la cristalera a contemplar el espectáculo, de luces, rascacielos, el olor a humo de motor y el ruido constante de los coches y de la gente, me acordaba del cielo estrellado que veía en mi querido pueblo del norte de España y el aroma de la hierba recién cortada, en el que había dejado a mis hermanos, hacía ya unos cuantos años y tenía que hacer esfuerzos para contener las lágrimas, aunque nunca conseguía mantenerlas a raya y alguna resbalaba siempre por mi mejilla. Era la espinita que tenía clavada, el poder estar con ellos y mi vida sería plena. No había conseguido convencer a mi hermano para que se mudara a Venezuela conmigo y mi hermana pequeña no se sentía con valor para dejarlo sólo en España. Yo la comprendía porque hubiera hecho lo mismo si hubiera estado en su lugar.

La ciudad que nunca duerme era impresionante, tanto de día, como de noche, pero nosotras apenas veíamos el trayecto que había desde el ático de nuestros amigos al hospital. Sólo disponíamos de dos años y queríamos aprovecharlos al máximo.

A los seis meses de estar en Norteamérica recibimos un telegrama de Justino. Necesitaba ir para mirar material para el nuevo hospital y pedía que lo fuéramos a esperar al aeropuerto. Susana y Amadeo se habían hecho inseparables y se ofrecieron a ir a recogerlo. Yo tenía guardia en el hospital ese día y no podía acompañarlos. Me alegré de que así fuera porque no hubiera podido disimular. El volcán que se removió en mis entrañas al saber que iba a volver a ver a Justino, me era muy difícil de contener y no sabía si al verlo de nuevo lo conseguiría parar. Me había estado engañando a mí misma y pensaba que

mientras hubiera distancia entre los dos podía controlarlo, pero sin la distancia y fuera del entorno de la hacienda, la cosa se complicaba mucho más.

—Algún día tendrás que soltar todo lo que llevas dentro. Cuanto más tiempo lo guardes, más fuerte será la explosión cuando salga. La vida te brinda la oportunidad de poder hacerlo fuera de la hacienda. Lejos de todos los elementos que os mantienen separados. Aprovechalo y disfruta de este regalo que te brinda el destino — No pude aguantar las lágrimas mientras escuchaba a mi queridísima Susana hablarme después de leer el telegrama. Nos fundimos en un abrazo y las dos acabamos llorando. Las lágrimas de Susana contagiadas por las mías, las de ella eran de felicidad y las mías estaban mezcladas con miedo.

CAPÍTULO LII

El día del reencuentro, llegué al ático muy entrada la noche. La luz del día se empezaba a clarear. La guardia se complicó y me costó encontrar un taxi para regresar. Pensé que estarían todos durmiendo y me alegraría de que así fuera, porque necesitaba darme una ducha y dormir unas cuantas horas seguidas para poder presentarme delante de Justino, con una presencia mínimamente aceptable.

Eran las cinco y media de la madrugada cuando estaba girando la llave dentro de la cerradura para entrar en el apartamento. Todo estaba en silencio y a oscuras. Parecía que iba a conseguir llevar a cabo mis planes de acostarme sin ser vista. Entré sigilosamente, cerré la puerta y antes de dar más pasos, me descalcé para no hacer ruido.

La puerta de entrada del ático estaba integrada en el inmenso salón, en el cual, la pared del fondo era una enorme cristalera que iluminaba día y noche la estancia. Cerré la puerta tras de mí y me quité los zapatos con sumo cuidado. Cuando levanté la vista pude distinguir una silueta frente al inmenso ventanal del fondo. Mi corazón dio un vuelco y casi se me sale del pecho al reconocer el perfil que se dibujaba a contraluz. Al abrir y al cerrar la puerta no había hecho ruido y no se había enterado de que había entrado, porque estaba inmóvil mirando el espectáculo que se divisaba a través de los cristales, pero al verlo, mis zapatos cayeron al suelo provocando que se girara y se diera cuenta de mi presencia.

Yo me quedé totalmente paralizada. Todos los músculos de mi cuerpo se agarrotaron, incluso los que tenían movimientos involuntarios, tanto es así, que por un momento, pensé que el corazón había dejado de latir.

El rostro de Justino se iluminó con su sonrisa al reconocirme. Todo mi cuerpo se estaba derritiendo al ver que encaminaba sus pasos hacia mí. Cuánto había soñado con volver a verlo. Cuánto había echado de menos recrearme en su mirada. Cuánto había deseado volver a sentir los latidos de su corazón, mientras tenía apoyada mi cabeza en su pecho. Tan ensimismada estaba en esos pensamientos que me cogió desprevenida su efusivo abrazo.

—Está increíble, doctora. Veo que le sienta bien el aire de la Gran Manzana — me dijo mientras me agarraba de las manos y se alejaba un par de pasos para mirarme de arriba a abajo, consiguiendo que me pusiera aún más nerviosa.

—No digas tonterías ¿Cómo voy a estar increíble llevando más de veinte horas de guardia?

—Pues para mí lo estás y esta luz que entra por los cristales, se refleja en ti y te hace brillar como si fueras una estrella más del firmamento

No podía seguir mirándolo sin echarme a sus brazos. Me estaba derritiendo por dentro, como si mis entrañas se hubieran convertido en lava que se encendía con cada una de sus palabras.

—¿Qué te pasa. Estás temblando? Al final todos los esfuerzos que había hecho por intentar mantenerme entera, no habían sido suficientes y tanta tensión me hizo explotar.

Rompí a llorar como una colegiala y tapándome la cara con las manos, me dejé caer hasta el suelo, donde me hice un nudo y di rienda suelta a mis lágrimas, que ya no tenían freno y caían a borbotones por mis mejillas.

No podía ver la cara de perplejidad de Justino, pero si escuchaba su tono de voz, lleno de preocupación y a la vez de incredulidad. No comprendía mi reacción, pensaba que me había tenido algún problema en el hospital y por eso estaba así. Ojalá hubiera sido eso.

—¿Te ha pasado algo en el hospital? ¿Te someten a mucha presión? ¿Quieres volver a la hacienda una temporada para descansar? Justino no sabía que más decir para que dejara de llorar y cuanto más hablaba más lágrimas salían de mis ojos.

—¿He dicho algo que te haya hecho llorar así? Si ha sido así, perdóname, sabes que nunca te haría daño, ni siquiera con palabras. Gaby, mírame y dime algo, deja de llorar, por favor. No puedo verte así — Empezó a zarandearme por los hombros para hacerme salir del caparazón humano que había formado con mis piernas y mis brazos, escondiéndome la cara entre mis rodillas.

Poco a poco fui levantando la cara. Veía borroso porque tenía los ojos llenos de lágrimas, pero distinguía los ojos de Justino mirándome perplejos sin

entender qué era lo que me pasaba. Tenía el gesto de un niño que ha hecho una travesura y está arrepentido. Inspiraba tanta ternura, tanto amor sin saberlo, que más ganas me entraban de llorar.

Empezó con suavidad y dulzura a secarme mis lágrimas con la yema de sus dedos:

—¿Me vas a decir lo que te pasa? ¿Soy yo? ¿Quieres que me vaya? Puede venir Gustavo o cualquier otro a gestionar la compra de las máquinas

En cuanto escuché que se quería ir, le agarré fuertemente la muñeca de la mano que tenía a la altura de mi cara y grité:

—¡¡ NOOO!!

—Tranquila, sólo era si tú lo querías, pero ya me ha quedado claro que no, pero si no me dices lo que te pasa, me iré porque no puedo verte llorar. Me rompe el alma verte tan triste y no poder hacer nada

¿Cómo iba a decirle que estaba llorando de felicidad, por tenerle frente a mí, mirándome y muriendo de amor por sus caricias?

—Es por el cansancio y la alegría de verte. La emoción me ha sobrepasado. Ya estoy más tranquila. Me voy a dar una ducha y a dormir. Después de dormir unas horas, estaré como nueva — Me puse en pie y respirando hondo, me alejé teniendo cuidado de no levantar la vista para no cruzarme con su mirada.

CAPÍTULO LIII

Justino se quedaría más de una semana. El primer asalto le había salvado a duras penas, pero iba a haber muchos más durante los siguientes días. Había ganado la primera batalla, pero estaba segura de que la guerra la iba a perder.

A Ricardo le había querido muchísimo, fue mi primer amor y la huella que me dejó nunca la olvidaría, de hecho a veces, todavía pensaba en él y me preguntaba que le habría deparado la vida. Al recordarle, sentía una gran ternura por todos los momentos dulces que vivimos, le emoción de nuestro primer beso, bajo la lluvia, el día que fue a despedirse, nuestras citas a escondidas, pero lo sentía tan lejano que parecía que lo había vivido en una vida pasada. Recuerdo cómo me dolió su actitud y pasividad ante la vida. Se quedó impassible mientras su padre me echaba de mi casa y me arrancaba mi vida, separándome, no sólo de él, sino también de mi familia. En mi memoria dejé sólo los momentos bonitos para no odiarlo y poder recordarlo con cariño. Fue una persona muy importante en mi vida y, al cabo de los años, me di cuenta que, gracias a ella cambió mi destino.

Anselmo apareció en un momento en el que necesitaba recuperar la confianza en las personas, sobre todo en cuestión de sentimientos. Me enseñó que mi corazón era capaz de volver a abrirse, aunque él no pudo entrar de la manera que él quería. Durante el viaje en barco compartimos momentos muy dulces e irrepetibles, los dos juntos y con los demás que forjaron una amistad que se mantuvo a lo largo de los años.

Y luego llegó Justino. Había nacido en España, en la misma provincia, a unos pocos kilómetros de mi pueblo, pero el destino decidió juntarnos al otro lado del mundo. La vida ya nos había hecho el itinerario y había decidido el momento adecuado en el que nos debíamos cruzar. Desde el principio fue diferente, a pesar de que mi cabeza se empeñaba en decirme que lo que sentía era cariño de hermano, mi corazón sabía que no era así. Cuando mis ojos se cruzaron con los suyos, algo se activó en mi interior, que en ese momento no supe ver qué fue. Mi alma reconoció a su alma gemela y desde ese momento se atrajeron como dos imanes y cuánto más me alejaba yo, más fuerte era el impulso de estar con él.

Un hilo invisible conecta a dos almas que están destinadas a encontrarse, se puede estirar y enredar, pero nunca se romperá.

De mi cabeza no se iba la frase que escuché decir a Justino a Margarita. No paraba de hacer cábalas para saber quién podía ser esa persona a la que amaba, pero que no podía estar con él, pensaba que si hubiera sido yo esa persona, me lo habría dicho, así que tenía que ser la hija de algún hacendado de la región que estuviera comprometida con otro y por eso no podían estar juntos. A pesar de la pena de saber que no era yo la elegida, me entristecía ver que Justino no era feliz y no poder hacer nada por remediarlo.

—Gaby ¿Vas a espabilar o vas a dejar que Justino regrese a la hacienda pensando que sólo le ves como a un hermano? Yo estaba removiendo la cucharilla dentro de la taza de café, mirando el remolino que se formaba con el movimiento giratorio de la cuchara, pensando que ojalá me tragara ese ciclón y me devolviera cuando Justino se hubiera marchado, cuando la voz de Susana me sacó de mi ensimismamiento.

—Me has asustado. He pasado mala noche” —le contesté sin levantar la vista de la taza de café.

—Supongo que el motivo de haber pasado mala noche es la última conversación que tuviste antes de acostarte ¿no es así? lo dijo con el tono de voz que solía poner cuando me regañaba. Ya lo conocía muy bien porque desde que Margarita se fue de nuestras vidas, lo usaba casi a diario conmigo.

Yo me erguí al instante cuando escuché que Susana estaba enterada de la conversación que había tenido con Justino la noche anterior.

—Anoche os escuché por casualidad, cuando iba a la cocina a por un vaso de agua.

¿Sabes lo que hizo Justino cuando te marchaste a tu habitación? Claro que no lo sabes porque saliste huyendo. Se quedó agachado en el suelo, en el lugar en el que te había abrazado, unos minutos antes, consolándote y se puso a llorar como un niño pequeño. Desde la puerta de mi habitación pude escuchar su llanto. Si al verte a ti salir corriendo llorando hacia tu habitación me había conmovido y las lágrimas habían empezado a rodar por mi cara, al escuchar llorar a Justino, no pude evitar ir a consolarlo. Sabía que lloraba por ti, porque no me había hecho falta escuchar cómo le decía a Margarita que amaba a otra, para saber que esa otra eras tú. Cuando Justino te miraba, lo hacía con ojos de enamorado, no de hermano y sabía que necesitaba desahogarse porque acababa de tocar fondo.

No se dio cuenta de mi presencia hasta que llegué hasta él y le puse mi mano sobre su hombro. Levantó la vista hacia mí y no tuvo que decirme nada porque comprendió que yo sabía todo.

Me agaché y me senté a su lado.

—Ella te quiere. Te quiere desde el día que os conocisteis, pero lo esconde porque piensa que vuestra madre no lo aprobaría y huye de ti. De eso ya te habrás dado cuenta

—Mi madre me ha dicho lo mismo que me acabas de decir, pero yo creo que estáis equivocadas. Sí que me he dado cuenta de que me rehúye y por eso sé que no me quiere de la misma manera en la que la quiero yo

—Mira que sois bobos los hombres. Anda, ve a descansar que estarás agotado del viaje.

Esa fue la conversación que tuve anoche con Justino, después de que le dejaras hecho una piltrafilla con tu espantada.

No sé quién de los dos es más bobo.

¿Recuerdas el plan que ideamos para que Justino pillara in fraganti a Margarita con Gustavo?

—Vaya reprimenda me has echado en un momento. Sí que recuerdo el plan. Lo ideamos y preparamos durante semanas. ¿Cómo lo iba a olvidar? Le contesté poniendo cara de asco al dar un sorbo a la taza de café y notar que se había quedado frío.

—Pues vamos a volver a repetirlo, pero esta vez cambiaremos a la protagonista femenina. Nos vemos esta noche en la pizzería de Marcelo, a las

nueve. ¿Vale? Me dijo y guiñándome un ojo, se dio media vuelta y salió de la cocina.

—¡¡¡EHHH!!! Vuelve ¿Quién va a ser ahora la protagonista? Salí detrás de ella, gritando, pero me callé de repente, cuando me di cuenta de que el resto de las personas que vivían en la casa, estaban todavía durmiendo porque apenas acababa de amanecer.

CAPÍTULO LIV

Ese día no pude concentrarme. No era mi forma de actuar, pero intentaba escabullirme de todas mis obligaciones en el hospital. Yo nunca me había acobardado ante los problemas y siempre los había afrontado con valor, nunca me había quedado agazapada en un rincón, esperando que desaparecieran solos. Justino no era un problema, pero me daba pánico perderle si le enseñaba la verdadera naturaleza de mis sentimientos hacia él. Susana me había convencido de que los sentimientos de él hacia mí, eran iguales y que él tenía el mismo miedo que tenía yo. También estaba Doña Lucrecia, temía que se enfadara conmigo, que se sintiera traicionada por mí. Estaba hecha un lío, pero tenía que tomar una decisión y no me podía demorar más. Tenía que mostrar mis sentimientos a Justino o guardarlos definitivamente para el resto de la eternidad.

Tenía suerte de tener una amiga como Susana. Desde que nos conocimos, nos hicimos inseparables y siempre nos habíamos apoyado, la una en la otra, en lo bueno y en lo malo. Esa noche, en la pizzería me infundió el valor que necesitaba para conseguir completar el puzle de mi vida con la pieza que faltaba, Justino.

—Sabes que te considero la hermana que nunca tuve y que tu felicidad es la mía. Todos estos años he visto como llevabas la pena por dentro. Nunca te hablaba de ello porque respetaba que tú quisieras guardártelo para ti, pero anoche fui espectadora del sufrimiento de dos personas a las que adoro. Anoche me dieron ganas de agarraros por las orejas a los dos y ponerlos frente a frente, como a dos niños pequeños .

—Voy a empezar a llorar y no quiero estropear esta pizza que tiene una pinta buenísima. Mis tripas están rugiendo de hambre. No han probado nada en todo el día — Le dije intentando demostrar tranquilidad, dando un toque cómico a mis palabras.

—Sí, en esto tienes razón. La pizza tiene un aspecto magnífico y no debemos dejar que se enfríe — y estirando la mano, me quitó el trozo al que estaba a

punto de hincarle el diente y se lo llevó a su boca, haciendo que me quedara con la boca abierta y sin el trozo de pizza.

Estaba claro que era yo quien tenía que hacer la siguiente jugada. Tenía la ventaja de que sabía que Justino no me iba a rechazar, pero me faltaba el valor para declararme. Susana me animó y me dijo que pocas mujeres podían estar tan seguras de que no les iban a rechazar y por consiguiente tenía que prepararle algo muy especial, ya que Justino se lo merecía. Nuestro amor se lo merecía.

Respiré hondo y tomé la decisión. Me declararé a Justino, pero tenía que hablar antes con Doña Lucrecia. Si ella no daba el visto bueno, me quedaría callada como lo había estado haciendo hasta ese momento y, lógicamente el escenario donde tendría lugar todo, debería ser la hacienda.

Justino se marchó al cabo de unos días. Yo no aparecí por el apartamento, hasta que él se marchó. No me sentía con fuerzas de enfrentarme a su mirada después de la charla que había tenido con Susana.

Al cabo de un mes, recibí la visita inesperada de Doña Lucrecia, acompañada de la madre de Susana. Las tres se habían puesto de acuerdo para darme una sorpresa con su visita. Susana las había puesto al día de todo lo ocurrido durante el viaje de Justino. Viajó para darme su aprobación y lloramos las dos juntas, de felicidad.

—Hija ¿Cómo crees que yo no iba a aprobar que las dos personas que más quiero en el mundo estén juntas? Ya había notado la atracción y la magia que había entre vosotros dos, pero no podía hacer nada. Teníais que ser vosotros quien lo hicierais cuando estuvieseis preparados y, creo que por fin llegó el momento. No te imaginas lo feliz que estoy

Me dio el abrazo que necesitaba para infundirme el valor al que tendría que recurrir cuando llegase el momento de la verdad. Recordamos cuando lloramos las dos juntas, años atrás al abandonar nuestra tierra. En aquella ocasión fue por tristeza, pero ahora llorábamos de felicidad. Las tres ya habían planeado el encuentro entre nosotros dos. Yo me enteré de eso, después de que todo pasó y hoy, al cabo de los años, todavía le recuerdo en mi memoria con todo lujo de detalles. Fue uno de los días más felices de mi vida.

Fue el día de mi cumpleaños. Yo seguía haciendo prácticas en el hospital. Hacía guardias de hasta cuarenta y ocho horas. Apenas hablaba con la hacienda; tenía miedo que cuando llamase por teléfono, la voz que me respondiera fuera la de Justino.

Susana se había marchado hacía una semana porque su madre había enfermado. Supuestamente era una simple gripe, así que me dijo que no me

preocupara y que me quedara en Nueva York, que ella regresaría en un par de semanas, en cuanto su madre mejorase. Yo le hice caso, seguí enfrascada en la medicina y ella se marchó para Lago Maracaibo.

Faltaba una semana para mi cumpleaños, pero yo no tenía ánimo para celebrarlo; además la madre de Susana seguía enferma y no habrían preparado nada ni ella, ni doña Lucrecia, pero me llegó una carta certificada con un billete de avión destino Caracas para el día anterior a mi cumpleaños, junto con una nota que decía me necesitaban en la hacienda y que por favor no hiciera preguntas.

Lógicamente, en cuanto leí la nota, el miedo de que hubiera ocurrido alguna desgracia se apoderó de mí y contacté inmediatamente con la hacienda. Me contestó Luz Divina.

—Señorita Gabriela, qué alegría escucharla. Se le echa mucho de menos en la hacienda

Me alegró escuchar la voz de Luz Divina. Era una chica muy buena y dulce que desde el primer momento la había cogido cariño, un cariño que se consolidó cuando nos ayudó a desenmascarar a Margarita.

—¿Ha pasado algo en la hacienda? ¿Doña Lucrecia está bien?

—Señorita Gaby, no me haga preguntas que no estoy autorizada a responder

—Lo siento, Luz. No quiero ponerte en un aprieto, pero estoy preocupada porque me han mandado un billete de avión para el día nueve, con una nota en la que me piden que vaya sin hacer preguntas

—Mi niña, sabe que la adoro, pero no puedo resolver sus dudas, aunque sí le diré que Doña Lucrecia está bien de salud, pero por favor no diga que yo le he informado

—Gracias Luz. Por eso te quiero tanto, porque tienes un corazón que no te cabe en el pecho

La conversación con Luz Divina me tranquilizó, pero no del todo. Sabía que algo pasaba y que no me lo habían dicho para no alarmarme, aunque me tranquilizaba saber que no eran problemas de salud de doña Lucrecia.

Intenté en varias ocasiones antes del viaje hablar con Susana, pero todos mis esfuerzos fueron inútiles. Siempre la misma excusa: “las señorita Susana no se encuentra — Cuando preguntaba por doña Lucrecia, la contestación era la misma. Así que tuve que resignarme a viajar a la hacienda sin saber el motivo por el que me habían mandado ir.

CAPÍTULO LV

Mientras esperaba en el aeropuerto que anunciaran mi vuelo, se apoderó de mí un miedo atroz. Todos los miedos que me habían estado rondando en la cabeza durante los días anteriores, comenzaron a dar vueltas y vueltas y no paraba de imaginar múltiples desgracias posibles que habrían podido ocurrir. Pensaba que Luz Divina me había podido mentir acerca del estado de salud de Doña Lucrecia, que podía estar grave, incluso que podía haber fallecido, o que el que estuviera mal fuera Justino. Todas esas ideas macabras estaban dando vueltas por mi cabeza cuando de repente apareció mi vuelo en el tablón. Me dirigí a la puerta de embarque y cuando por fin estuve sentada en mi asiento, decidí tomarme un somnífero para poder dormir durante todo el viaje y así no pensar.

Al llegar al aeropuerto de Caracas busqué con la mirada entre todas las personas que estaban esperando a sus familiares, pero no vi ninguna cara conocida, ni siquiera Carlos Alfredo había ido a recibirme. Decididamente algo muy grave había ocurrido en la hacienda. Apenas me sostenían las piernas, que me habían empezado a temblar, como si fueran las hojas de un árbol sacudidas por un vendaval.

Salí de la terminal, arrastrando mi maleta y me monté en el primer taxi que vi. Le di la dirección de la hacienda y al momento puso el motor en marcha y arrancó.

El viaje se me hizo interminable. El taxista, tras varios intentos de darme conversación, cedió al ver que yo le contestaba con monosílabos y optó por limitarse solamente a conducir; sólo volvió a hablar cuando giró para entrar en la vereda de entrada de la hacienda, como si yo no hubiera reconocido el camino.

Había un silencio extraño. El taxista paró delante de la puerta principal. Sólo se escuchaba el murmullo de la brisa meciendo las hojas de las ramas. Ni un vestigio de vida humana. Como si no habitara nadie en la mansión. Era todo muy extraño. Pagué al taxista y me apresuré a entrar en la casa.

Todo estaba en silencio. Sólo el zumbido provocado por el aleteo de las alas de una mosca rompía ese mutismo. Me asomé a la cocina, no había nadie. Miré en la parte de arriba, una por una, en cada habitación, tampoco me encontré a nadie. Bajé de nuevo al salón, seguía todo en silencio.

Salí al porche de la parte trasera de la casa, el que había sido el escenario en el que Justino descubrió a Margarita besándose con Gustavo. Seguía sin haber un vestigio de vida en la casa. Cada minuto que pasaba, más nerviosa me ponía

porque no entendía nada de lo que estaba pasando, parecía que una epidemia había acabado con todos los habitantes de la casa y yo era la única superviviente. Un escalofrío recorrió mi piel al imaginarlo.

De repente escuché el trotar lejano de un caballo y un relincho que me resultó familiar. Me volví en dirección hacia donde venía el sonido y a lo lejos vi acercándose una polvareda que, poco a poco se iba haciendo más nítida. Era Athenea y a lomos suyos iba Justino, moviendo sus caderas al ritmo del trote de la yegua. Una sonrisa se dibujó en mi rostro, aunque el rostro de Justino no se inmutó al verme, aunque el brillo de sus ojos delataba la alegría del reencuentro.

Yo estaba inmóvil admirando sin pestañear la imagen con la que soñaba todas las noches, cuando un lametazo de Athenea me sorprendió desprevenida. Fue la única que dio muestras de alegría de los dos.

—Hola, Justino ¿Sabes dónde están todos? Se me ha hecho extraño que nadie fuera a recogerme al aeropuerto — Mientras la hablaba intentaba que no se me notara el nerviosismo, acariciando a mi dulce Athenea.

Justino se bajó del caballo, pues le era imposible que la yegua diera un paso más. Se dirigió hacia el interior de la casa, dejando a la yegua conmigo y cuando pasó a mi lado, se paró y mirándome con una tristeza infinita, me dijo:

—Pensaba que te conocía, pero me equivocaba. Tú y yo no tenemos nada que hablar. Feliz cumpleaños

Sus palabras fueron dardos que se clavaron en mi alma, dejándola rota en mil pedazos. Y girando de nuevo la vista al frente, comenzó a andar dirigiéndose a la entrada de la casa. Sin darme cuenta mis lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas. Me quedé mirando cómo Justino entraba en la hacienda, esperando que se diera la vuelta y me dijera que todo era una broma y que se alegraba de volver a verme, pero eso no ocurrió. Desapareció de mi vista al entrar y cerrar la puerta tras de sí, con un sonoro portazo. Noté el sabor salado de las lágrimas en mis labios. Athenea se acercó a mí y comenzó a olisquearme la cara y a frotar su hocico en mi pelo. Yo era incapaz de parar de llorar. Me subí a lomos de mi querida Athenea y me marché al galope de allí, dejando que ella escogiera el lugar a donde ir.

Estaba empezando a anochecer, pero me dio igual. Nada podía ser peor que perder a Justino. Cuando llegamos al lago, Athenea paró para que yo bajara. Me dirigí a mi rincón, una gran piedra desde la que se divisaba todo el lago y la yegua siguió mis pasos caminando a la par mía, acercando su hocico, de vez en cuando a mi cara. Era su forma de consolarme. Me moría por dentro, no entendía que había pasado. No reconocía a Justino. Nunca se había dirigido a mí con tanto

desprecio. ¿Sería él quien me envió el billete de avión para regalarme su odio como regalo de cumpleaños?

La noche había llegado. La luna era llena y su luz se reflejaba en el agua del lago. Me quité la ropa y me zambullí en sus aguas oscuras hasta que tuve que salir a la superficie a respirar. Intentaba lavar todo el dolor de mi alma y dejarlo en el fondo del lago, pero eso no ocurrió. Al salir a la superficie, me seguía doliendo. Tenía las palabras de Justino clavadas como garras en mi corazón, desgarrándolo de dolor.

—He sido un estúpido por pensar mal de ti. Perdóname, por favor — Creí que volvía a escuchar la voz de Justino en mi cabeza, pensando que lo que acababa de escuchar era producto de mi imaginación, pero había sido real. Me giré y ahí estaba Justino. Estaba de pie, al borde del lago, al lado de la yegua, mirándome los dos.

Me quedé inmóvil sin creerme que Justino estuviera delante de mí, pidiéndome perdón. Un nudo se me puso en la garganta que me impedía hablar y las lágrimas volvieron a brotar, esta vez con más fuerza de mis ojos.

—No tengo que perdonarte nada. La estúpida he sido yo — Conseguí decir entre hipidos.

Se lanzó de cabeza al lago, vestido como estaba y desapareció debajo de sus aguas. Como un volcán en erupción emergió todo él, de entre las aguas a dos centímetros de mi cuerpo y ascendió hasta que nuestras miradas estuvieron una enfrente de la otra. Nuestros ojos se miraron, por fin, sin esconder lo que sentíamos el uno por el otro y no hicieron falta más palabras, nuestros cuerpos hablaron por sí solos.

Mis lágrimas continuaban resbalando por mis mejillas, pero esta vez fue de felicidad plena y los labios de Justino las secaron a besos.

La luna llena fue testigo de nuestra felicidad esa noche, en la que por fin dejamos de torturarnos ocultando lo que sentíamos el uno por el otro y dejamos fluir todo lo que llevábamos guardando desde el primer día que nos conocimos.

Desde ese momento nunca más volvimos a separarnos. Ya lo habíamos estado durante muchos años. Ahora nos tocaba VIVIR con mayúsculas.

CAPÍTULO LVI

Nos casamos dos meses más tarde en la hacienda y Justino como regalo de bodas, me regaló el padrino. Me dio la sorpresa Trayendo a mis hermanos desde

España y ya no se marcharon. Mi hermano mayor fue el padrino de bodas y mi hermana la madrina de nuestro primer hijo.

La vida me había ido devolviendo todo lo que me había arrebatado. Me había dado con Doña Lucrecia, la madre que había perdido siendo una niña. No la reemplazó, pero sí que llenó le vacío que había dejado. Me regaló a la persona que me hizo feliz todos y cada uno de los días que viví junto a ella. Por último me devolvió a mis hermanos, la única familia que tenía.

A la boda acudieron todas las personas que formaban parte de mi nueva vida y las que pertenecían a mi vida anterior, pero que las necesitaba en la nueva.

La hacienda fue prosperando y dando un cacao de primera calidad. El hospital se convirtió en el centro hospitalario de referencia de toda Centroamérica.

Tuvimos dos hijos maravillosos, una niña a la que llamamos Lucrecia y un niño que se llamó como su padre. Los dos siguieron mis pasos y se convirtieron en grandes profesionales de la medicina y junto a ellos trabajé en el hospital, hasta que me jubilé.

Gustavo y Margarita se marcharon a Londres. Allí se casaron alejados de la autoridad y dominio del padre de éste. No volvimos a ver a ninguno.

Su hermana Amanda trabajó con nosotros en el hospital y era la que nos informaba sobre ellos.

Mis hermanos se quedaron a vivir con nosotros en la hacienda. Me hubiera resultado imposible separarme otra vez de ellos, eran mi única familia junto a la que había formado junto a Justino y doña Lucrecia. Mi hermana Martina se casó con el hijo de un hacendado de la región y fue muy feliz, tuvo dos niñas preciosas, como ella y mi querido hermano me hizo inmensamente feliz, el día que me dijo que se casaba con mi amiga Susana; ellos tuvieron dos niños, el mayor era el vivo retrato de su abuelo.

La vida no podía haberme dado más. Me recompensó con creces de todas las penurias que pasamos mis hermanos y yo en nuestro pueblo. Nos dejó disfrutar de nuestra queridísima Lucrecia durante muchos años, hizo de abuela de sus nietos y de mis sobrinos; fuimos todos muy afortunados de tenerla. Fue una mujer increíble e irrepetible. Ella me sirvió de ejemplo en muchas facetas de mi vida. Todavía hoy la sigo recordando muchos días, con su sonrisa plácida y amable que transmitía serenidad y tranquilidad cuando más lo necesitaba. Me costó vivir sin ella, cuando se fue de nuestras vidas. Hasta para marcharse, lo hizo como era ella, se fue discreta silenciosamente, sin hacer ruido, una noche mientras dormía.

Yo viví cuarenta años maravillosos al lado de mi amor, disfrutando todos y cada uno de los días a su lado. Jamás conocí a una persona tan buena y tan noble como él. Fue el mejor marido que podría haber deseado y sus hijos tuvieron el mejor padre del mundo. El alzheimer me lo robó a mí y a él, sus recuerdos. Si la vida me lo regaló, después se ensañó, arrebatándomelo de la peor manera. Vi desaparecer al Justino que amaba. Poco a poco vi cómo nos iba olvidando a todos sus seres queridos, cómo se olvidaba de las cosas más cotidianas, hasta que se quedó postrado en una cama como un vegetal. No me reconocía, pero yo no me separé de su lado hasta que dio el último aliento. A veces tenía momentos de lucidez, en los que volvía a ser el Justino de siempre y se daba cuenta de lo que le pasaba. Se ponía a llorar como un niño, y a mí se me desgarraba el alma. Quería estar presente siempre que tuviera uno de esos momentos, en los que recuperaba al amor de mi vida, aunque sólo fueran unos minutos.

Cuando Justino falleció, mi vida acabó también.

Me encerré en mi misma y me puse a escribir mi historia, para que mis nietos y todos los descendientes conocieran quien fue su abuelo, pero sobre todo, aprendieran que en la vida todo ocurre por algún motivo, aunque a veces sea duro continuar, tenemos que seguir adelante, porque a la vuelta de la esquina nos esperan cosas buenas.

Ahora que el alzheimer ha decidido venir a por mí y quitarme mis recuerdos, no se quedarán dormidos en el alma. Quedarán plasmados en este libro y en la memoria de quien lo lea, por toda la eternidad. Y cada vez que una persona lo lea, un pedacito de Justino vivirá. Ese será mi homenaje al amor de mi vida, intentar que su recuerdo no se quede sólo dormido en mi alma.

FIN

Dedicatoria:

Para mi madre,

La primera mujer luchadora que conocí y de la que cogí ejemplo, de fortaleza y superación. Jamás te olvido y siempre te tengo presente.

Agradecimientos:

El primer agradecimiento, aunque ya no estén conmigo es para las mujeres de mi familia, que son las que me han dado la inspiración para escribir esta novela y la he escrito por y para ellas, para que quede su esencia plasmada entre las líneas de esta historia.

Mi más sincero agradecimiento para mi amiga Iris Boo, sin su ayuda, jamás esta historia hubiera podido publicarse.

A mi querido Justino, que ha sido uno de mis conejillos de indias, que leía todo lo que escribía. Ha sido mi crítico más duro, pero uno de mis más apreciados. Él es uno de los regalos que la vida me hizo tarde.

A mi querida Carmen, que siempre ha estado animándome y dando fuerzas, incluso cuando a ella le faltaban.

A mi hermana del alma, mi adoraba María José, otra de esas maravillosas personas que la vida te regala.

Todas ellas alumbran mi vida y son las que me han inspirado unas, y otras me han apoyado, durante todo el tiempo que he estado escribiendo esta historia.

Y, por último, agradecer a la vida los dos regalos que me ha hecho, mientras creaba esta novela. Uno, es una gran persona, noble y sencilla que ha entrado de puntillas en mi vida y espero se quede todo el tiempo porque es una de esas almas únicas e irrepetibles.

El otro regalo, es un doble pedacito de mi, que al que estoy deseando ver la carita y que cuando aprenda a leer, espero que lea lo que su abuela escribió.